

RAQUEL ANTÚNEZ

Tus  increíbles

→ BESOS ←

de albaricoque



Tus increíbles besos de albaricoque

Raquel Antúnez

Edición en formato digital: septiembre de 2018.
Título original: Tus increíbles besos de albaricoque
Copyright @ Raquel Antúnez, 2018
rqantunez@gmail.com

Diseño de portada: Marta Fernández (Munyx design).

Correctoras: Yanira García y Susy Casas.

Maquetación: Raquel Antúnez

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

Prólogo

El amor no se hizo para mí, esa es mi premisa. Tengo veintiocho años y nunca jamás me he enamorado y soy tan feliz... igual tengo un problema en el cerebro, me falta una neurona o una conexión, ¡yo que sé! Solo con ver la cantidad de problemas que trae se me quitan las ganas de experimentarlo, también te digo. Las experiencias que encuentro a mi alrededor no son nada halagüeñas, así que he tomado la mejor decisión de mi vida: no me pienso enamorar jamás de los jamases.

Siempre he sido una chica pragmática con una vida sencilla. No quiero más. Me gusta la Coca Cola, bebo Coca Cola. La tortilla de patatas con cebolla es mi comida favorita y me la permito una vez a la semana. No tenía tetas, quería y me las puse. Me encanta follar y, simplemente, lo hago cuando me apetece, con quién puedo y quiero.

Los hombres que han pasado por mi cama saben a qué atenerse. Siempre he sido clara, hasta con Javier, que fue el chico que me desvirgó. Tanta chorrada alrededor de ese momento; que hay que hacerlo con alguien especial a quien quieras, que tiene que ser bonito, inolvidable. Bah, ¡chorradas! Lo especial lo pones tú, con tus curvas y la cara de alélado que se le queda al otro, fin. La primera vez va a ser un desastre, sea como sea, y te vas a acordar de ella porque jamás en la vida querrás otro polvo igual.

Me resulta tan estúpido ver a esas personas que lloran dándose golpes en el pecho, soltando lágrimas en nombre del amor, que se vuelven amargadas, dependientes e incompletas. Pero ¿el ser humano no era el animal más inteligente sobre el planeta Tierra?

Así que esta soy yo, no creo en el amor, es un invento de Hollywood para hacer películas entretenidas. Mis amigas me echan en cara el por qué me gustan tanto las películas ñoñas románticas si no creo en ello, también me

gusta *Harry Potter*, chicas, y *Residen Evil* (por nombrar algunas que se me vienen a la mente ahora). En fin... no me veo yo en casa intentando hacer hechizos con mi varita.

En la vida, he dado con personas que han hecho muchas gilipolleces por amor, muchas eh, tantas que siempre he dicho, «qué suerte tengo de no haberme enamorado», y cuando pensé que lo había visto todo y que lo demás solo aparecía en las pelis, conocí a Adriana.

Fue clienta de mi peluquería desde que se mudó a Barcelona con el cenutrio ese que la arrastró del lado de su familia para amargarle la vida. Siempre me pareció una chica muy dulce y simpática y como me enrolló como las persianas que para eso soy peluquera (y eso se da en primero de carrera del grado en «Si quieres estar guapa me aguantas la chapa»), al final nos fuimos haciendo amigas. Amigas, amigas igual no es la palabra, pero vamos, que me caía de puta madre.

¿Os podéis imaginar mi cara cuando la vi aparecer por la puerta de mi casa con el pelo hecho trasquilones y me contó la pesadilla en la que llevaba viviendo durante meses? Demonios, niña... no entendí una mierda. ¿Por qué? A ver, que sí, que yo puedo concebir que llevas un montón de años con una persona a la que quieres, pero chica, todo se acaba en esta vida, y eso que vosotros creéis que es amor, pues también. Pero el faltar al respeto y actuar como hizo Álvaro... pues mal, mal él y peor ella por no mandarlo a cagar. Te lo juro, se le ocurre a un tío hacerme lo que le hizo ese bestia a Adriana en el pelo, y las tijeras se las clavo en... perdón, que me sale el lado macarra.

En fin, que para mí eso fue el colmo de los colmos, pero no se quedó ahí. Esa chica tonta (a la que actualmente quiero mucho porque a día de hoy somos tan amigas que la considero como mi hermana), no solo siguió aguantando al imbécil ese que la trataba como el culo, sino que se volvió a enamorar y lo hizo todo al revés.

No comprendí nada. Pero bueno, al parecer, al final le salió más o menos bien, aunque lloró como para llenar una piscina olímpica antes. Dicen que si te hace llorar no es amor, yo simplemente digo: EL-AMOR-NO-EXISTE.

Capítulo 1

El día a día en la peluquería era bastante divertido. Siempre fue mi pasión. Lo tuve claro toda la vida. Mis padres no eran de esos típicos lerdos que les dices quiero ser peluquera y arman un drama en plan: ¿por qué, Señor?, ¿por qué no quiere mi hija estudiar medicina? No.

Cuando les dije a mis padres que quería ser peluquera, me dejaron estudiar eso y luego me animaron a hacer un montón de cursos más sobre belleza, estética, estilismo y demás y como en casa el dinero nunca faltó, pues mi padre me preguntó: «Nena, ¿tú quieres trabajar para otros o quieres ser tu propia jefa?». Y a mí eso de ser mi propia jefa me sonaba a gloria bendita... poder de decisión sobre todo y por encima de todo, sobre mí misma. Mi cabeza fue sola y me imaginé con una peluquería de éxito que saldría en las revistas, que vendrían hasta famosos, porque yo era buena, siempre me lo había currado un montón, reciclándome continuamente. Así que le dije a mi padre que quería ser empresaria, porque sonaba súper *cool*.

Mis padres me ayudaron a elegir el local donde debía situar mi peluquería, que fuera una zona concurrida era importante, la estética del local aún más, el cartel, el nombre, el logotipo, el uniforme... así, hasta el infinito. Estuvieron meses a mi lado y me compraron el establecimiento donde trabajo actualmente, que les costó un riñón, pero como no tengo hermanos y tampoco he sido demasiado derrochadora en mi vida (nunca fui una niña mimosa, ni una adolescente enganchada a las compras), mis padres, con todo lo que se ahorraron en *chuminadas* y unos miles de euros más, me compraron el local y corrieron con todos los gastos hasta que pusimos el negocio en marcha.

Entonces mi madre y yo nos plantamos frente al cartel de Coquetería Ribelles, con una sonrisa de emoción me entregó la llave y me dijo: «Bueno, Didi... (sí, a mi madre le dio por llamarme así cuando era pequeña), de aquí

en adelante, todo es responsabilidad tuya».

Así que, con unos veinte años aproximadamente, ya llevaba mi negocio yo sola y enfrentándome a los pagos con Hacienda y la Seguridad Social, que por desgracia, en este país, no son pocos para un autónomo.

La peluquería había ido bien, la verdad y el poder trabajar sin tener que preocuparme por el alquiler, pues era una ventaja. Así que vivía feliz. Unos tres años más tarde, cuando el negocio empezó a dar beneficios de verdad, ya me independicé y me mudé a un piso pequeño, cerca del parque de Guinardó y de mi peluquería, en la calle Pi y Margall. Para mí era un lujo el no tener que conducir para ir al trabajo. Calidad de vida.

Gano bastante dinero, vivo yo sola y no he tenido que meterme en un atasco para ir al trabajo jamás en la vida. Si crees que como médico hubiera vivido mejor... pues me la sopla bastante, la verdad.

Y como es mi peluquería y mi negocio, muy de cuando en cuando, me doy un lujo como el de ese día, en el que había puesto el cartel de: «vuelvo en cinco minutos» durante unas dos horas aproximadamente, porque había quedado con mis chicas, Adriana y Mónica, para comer juntas. Hablábamos a diario y nuestro grupo de WhatsApp echaba humo, pero últimamente casi no nos veíamos y Adriana llevaba días insistiendo en la idea, así que finalmente, quedamos en un bar de tapas cerca de su oficina en Virgen de Montserrat.

Pasé antes por casa para darme una ducha. A pesar de estar finalizando el mes de septiembre, hacía una temperatura agradable y me apetecía despojarme del uniforme negro. Una cola de caballo, maquillaje muy sutil y ropa ligera: una camiseta sin mangas y unos pantalones vaqueros, sandalias y andando.

Sonó un WhatsApp en mi móvil de un número que no conocía.

NÚMERO DESCONOCIDO 

«Hola, princesa. Me encantó lo del viernes».

¿Con quién narices había quedado yo el viernes? Probablemente fuera con Alberto ¿o se llamaba Roberto? No, no... Alberto fue el sábado. El viernes... pues no me acordaba.

DIANA 

«Hola, cielo. Gracias. Un beso».

Socorrido y rápido. Mi abuela siempre decía que es de bien nacido ser agradecido. Hale, bonito. A otra cosa, mariposa.

Me coloqué las gafas de sol y los auriculares para ir caminando hasta el bar, que no estaba lejos. Recibí otro WhatsApp. ¿Otro?

NÚMERO DESCONOCIDO 

«¿Te apetece quedar esta noche? Voy a cocinar una paella, me sale de muerte. ¿Te hace? Cena rica, música, velas...».

Por Dios, este tío pretendía que me vomitara encima, seguro. El estómago ya se me había revuelto solo de pensarlo.

DIANA 

«No, que va. Tengo alergia al marisco. Ya nos vemos en otra ocasión».

Contesté rauda y veloz.

Me sonó otro WhatsApp. «Pero ¿este hombre qué quiere? ¿Matrimonio? ¡Qué plasta!». Lancé el móvil dentro del bolso sin prestarle más atención y caminé deprisa, al ritmo de la música.

Miré la hora, llegaba como quince minutos tarde, pero tampoco me preocupé demasiado, como Mónica y Adriana trabajaban juntas e iban a ir al bar después del trabajo, no estarían solas.

Las vi de lejos, sentadas en la terraza, tomando una cerveza. La risa de Adriana era inconfundible y se oía desde donde me encontraba. Sonreí porque me apetecía mucho achucharlas. Allí estaban las dos, con sus uniformes de mujeres serias y estiradas, a las que abracé como si no nos hubiéramos visto

desde hacía siglos.

Me encantaba ese bar, casi siempre quedábamos allí porque era muy céntrico y también porque preparaban los mejores *calçots* que he probado nunca, que no son finos, ni elegantes, pero están de vicio y me chiflan.

—Ostras, Adriana. Tienes el pelo larguísimo, mañana te pasas por la peluquería al mediodía —le dije como saludo.

—Yo también te quiero, Diana. No pienso cortarme el pelo —me respondió la muy insensata.

—¿Por qué no? ¿No te fías de mi habilidad con las tijeras? —bromeé sentándome a su lado.

Me gustaba picarla un poco chuleando con que desde que la conocía, le había hecho unos cambios de *looks* que habían dejado noqueado a Carlos en más de una ocasión. Orgullo de peluquera, será.

—Ya sabes que sí, pero no quiero cortármelo.

—Creo que ha descubierto los efectos de los tirones de pelos en ciertos momentos intensos —declaró Mónica levantando las cejas tras sus gafas rosadas.

Soltó una carcajada tras lo cual dio un trago a la cerveza. A esa hora del mediodía hacía calor, el cielo había amanecido despejado y el sol pegaba con fuerza, pero una de las mejores cosas de ese sitio era que casi siempre soplaba una brisa de aire fresco (con la cual en invierno te acordabas de todos tus antepasados, pero que en verano disfrutabas). La sombrilla estaba abierta y suponía que mis amigas habían reservado, porque el bar estaba lleno hasta los topes y la terraza plagada de gente.

—No sé por qué insistes tanto, Diana. Tienes la misma melena larga y rubia desde que te conozco —rechistó Adriana, me encogí de hombros y reímos las tres.

Le pedí una Coca Cola a la camarera que pasaba por nuestro lado.

Unos minutos más tarde, nos tomó nota de la comanda.

—¿Qué tal con Carlos? —pregunté a mi amiga.

—Muy bien, la verdad. La próxima semana es nuestro aniversario y estoy dándole vueltas a la cabeza a ver si puedo hacerle algún regalo original y significativo —respondió con una sonrisa feliz.

—Cómprate una minifalda de esas que tanto le gustan —soltó Mónica con una risilla malévola—, y debajo ponte un tanga, cuanto más recortado mejor, o no te pongas nada directamente, llévalo ese día a la ofi y ya verás... El hombre más feliz del mundo.

Adriana se echó a reír con las mejillas coloradas. Mi amiga era preciosa, tenía unos labios carnosos y unos ojos verdes que iluminaban toda su cara. Me encantaba cuando se dejaba experimentar con el pelo, cuando le teñí el pelo de rosa le sentaba muy bien, porque le aniñaba sus rasgos, pero después de varios cortes, bastante estrambóticos, había optado por quedarse con un color oscuro: cabello largo, liso y flequillo. Cuando hablaba de Carlos se le iluminaba la cara, la sonrisa y los ojos.

—¿Y qué tal el sexo en la oficina? —pregunté socarrona, a colación de lo que acababa de decir Mónica.

Si se pensaba que era tan estúpida como para creer que no se hartaban a darse revolcones allí adentro, estaba muy equivocada. Mónica rio atragantándose con la cerveza.

—No tenemos sexo en la oficina —contestó metiéndose una patata en la boca, de uno de los platos que el camarero acababa de colocar en la mesa.

—Sí, claro —ironicé.

—No, algún magreo sin importancia —reímos las tres.

—Venga, no seas estrecha. Cuéntanos algo —le rogué.

—Pues, ¿sabéis qué? Lo de la minifalda no es mala idea —se salió por la tangente con cara de pilla—. Cuando conocí a Carlos y empecé a trabajar

en MBF se empeñó en elegir mi uniforme. Ese hombre tiene una seria adicción con las faldas cortas. Tuve un sueño muy caliente con la oficina como escenario y me gustaría hacerlo realidad, uf, cada vez que lo recuerdo me pongo muy mala —enrojeció abanicándose con el posavasos que estaba bajo su bebida.

—Dios, no sé si quiero saber esto —la interrumpió Mónica—. Es que luego yo me paseo por esa oficina y me siento en esas sillas.

—Calla, no seas aguafiestas —protesté señalándola con un dedo acusador.

—Has empezado tú, bonita —se defendió Adriana—. Solo diré que tiene que ver con ojos tapados, manos atadas, alguna que otra nalgada... pero me da corte pedírselo.

—Joder con la mosquita muerta —solté.

Comimos sin parar de parlotear. Mónica contaba alguna discusión tonta con Unai, su marido, y en cómo habían hecho las paces dos o tres veces cuando su hija Daniela ya se había dormido, estábamos riéndonos cuando mi móvil sonó.

Descolgué sin mirar la pantalla, muchas clientas me llamaban a mi número personal y siempre llevaba la agenda encima, así que instintivamente, mientras contestaba la busqué en el bolso junto a un bolígrafo.

—Buenas tardes. ¿Con quién hablo? —me había aprendido el nombre de la mayoría de las clientas habituales, pero no tenía sus contactos memorizados en la agenda.

—Buenas tardes, princesa —una voz suave y varonil contestó al otro lado.

—¿Roberto? —Pregunté.

—Eeh, no. Miguel Ángel —respondió algo cortado.

—Claro, Miguel Ángel, era broma —salí del paso—. ¿Tú eres el de la

paella? —pregunté por confirmar.

Rememoré a Miguel Ángel. Ese hombre era un ropero de dos puertas, medía cerca de dos metros, rubio, barbita *hipster* que molaba mucho, me podían las barbas, no podía evitarlo. Era bueno en la cama, me corrí varias veces, atento y además simpático, me hizo reír bastante. Bueno, vale, pues no cortaría la llamada a pesar de su empalagoso saludo.

—Sé cocinar otras cosas o también podemos pedir un par de pizzas y ver una peli —respondió.

—¿Una peli? Bueno, si pretendes que caiga como un saco, que es lo que me suele pasar cada vez que intento concentrarme en el televisor, pues vale, me vendrá bien dormir un poco —bromeé. Adriana y Mónica me miraban extrañadas y con un gesto divertido. Miguel Ángel rio al otro lado.

—Te paso mi dirección por WhatsApp —respondió sin darse por vencido. Mira por dónde, de pronto me empezó a apetecer un buen revolcón, así que al final cedí.

—Venga, vale. Nos vemos luego.

—Hasta luego. Un beso —se despidió feliz antes de cortar la llamada.

Grabé el número de Miguel Ángel en el móvil para evitar volver a confundirme de nombre y tiré el aparato, la agenda y el boli dentro del bolso, mientras aquellas dos me escrutaban con ojos rasgados comiendo patatas como si no hubiera un mañana.

—¿Quién era? —me preguntó Adriana.

—Un tal Roberto —contesté y me encogí de hombros.

—Miguel Ángel —rebatió ella. Mónica reía por lo bajini.

—Pues si ya sabes, ¿para qué preguntas? —cogí una croqueta y me la metí entera en la boca dando por zanjada la conversación.

—Vas a quedar dos veces con el mismo chico... Uuuuhhhh... Creo que te han hecho chiribitas los ojos —Mónica soltó una de sus perlas para aliarse

con Adriana, por supuesto.

—Uuuuuhhhh —repitieron las dos al unísono.

—Me come bien el coño —resolví, una chica que estaba sentada en la mesa de nuestro lado comiendo sola, se atragantó con la bebida y empezó a toser—. Uy, perdona, cariño —me disculpé—. Has estado a punto de ahogarte —Adriana y Mónica reían a carcajadas.

—¡Serás bestia! —se quejó Adriana.

—Dijo la que quiere que la amarren y le den dos azotes mientras se la meriendan sobre la mesa del despacho —soltó Mónica.

La cara de la chica de la mesa de al lado se volvía de color morado. Tenía aspecto de modosita, igual necesitaba un poco de mambo.

—Eh chica, si necesitas alegría para el cuerpo le puedo dar tu número —le ofrecí—. Así tiene entretenimiento y me deja un poco en paz.

La muchacha negó con la cabeza riendo. Mi madre me había enseñado a compartir desde pequeña y eso que nunca tuve hermanos, pero si no quería, tampoco la iba a obligar. La chica enterró la cara en su plato de comida, solo le faltó girar la silla y me encogí de hombros.

Estaba en mitad del almuerzo cuando me volvió a sonar el teléfono, pero esta vez era una de mis clientas habituales, que había entrado en pánico porque llevaba media hora esperando frente a mi peluquería, que por norma general no cerraba al mediodía, y no había aparecido por ahí. Tenía una cita o una fiesta importante. El deber me llamaba. Me despedí de las chicas y me dirigí de nuevo al trabajo, sin pasar por casa a ponerme el uniforme, para no tardar demasiado en llegar.

La tarde fue bastante movidita y cuando cerré la reja del local, lo único que me apetecía, era tirarme en mi cama a dormir, así que cogí el móvil y tecleé.

«Lo siento, estoy cansada. Acabo de salir del trabajo y necesito una ducha y tirarme en bragas y sujetador en mi sofá».

Y sanseacabó. Miguel Ángel leyó el mensaje pero no me contestó. Mejor.

Lo que le escribí fue exactamente lo que hice. Tras una ducha rápida, me coloqué el primer conjunto de bragas y sujetador que vi en el cajón de la ropa interior.

Me pintaba las uñas de los pies en el sofá, mientras veía un programa basura de la tele, cuando llamaron el timbre. No había sonado el telefonillo del portal del edificio. «¿Será Yoli?», pensé fastidiada. Mi vecina solía venir a mi piso cuando estaba aburrída y no tenía con quién compartir las infinitas latas de cerveza que guardaba en su nevera. Normalmente se cercioraba de que no estuviera acompañada, pero también sabía que si estaba ocupada la ignoraría y listo.

Cuando abrí me desconcertó ver a Miguel Ángel al otro lado. Iba guapo, con camisa de botones y olía bien, no solo por las cajas de pizzas que llevaba en las manos, sino él en sí. Me sorprendí a mí misma. Normalmente me hubiera cabreado mucho el hecho de que se presentara en mi casa sin responder al mensaje y sin ser invitado, pero uno: traía comida y dos... de pronto me habían entrado ganas de que él comiera (y no me refería a la cena).

—¿Puedes cerrar la boca? Te expliqué que iba a estar en bragas y sujetador tirada en mi sofá. No te mentí —le dije como saludo porque me miraba con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—Buenas noches. Sé que estás cansada, pero tendrás que cenar y seguro que no tienes ganas de preparar nada. He traído pizza —me explicó con ojitos de cordero degollado.

—Tengo ojos. Pasa —me aparté de la puerta y lo dejé entrar—. Tienes que esperar un poco, me estaba pintando las uñas de los pies.

—¿Te ayudo? —preguntó con una sonrisa.

—Claro y si quieres te presto unas bragas y hacemos una pelea de almohadas después —zanjé. Eso era un no, claro y bastante bestia, pero a él le hacía gracia.

Terminé de hacerme la pedicura y comimos la pizza en el sofá, con un par de cervezas, mientras no dejaba de devorarme con la mirada, así que un rato más tarde, aparté todo lo que estorbaba para que pudiera hacerlo también con la boca.

Capítulo 2

Al despertarme tuve que pensar en qué día de la semana estábamos, porque con los turnos tan variopintos en el supermercado, me costaba ubicarme. Ese jueves tenía que trabajar en horario de mañana, así que no tenía demasiado tiempo para remolonear.

«Aún me queda otro día más antes de salir de vacaciones», pensé asqueado. No tenía nada especial planeado. Lo cierto, es que me apetecía no hacer nada. Vaguear. Playa. Sol. Ver pelis, jugar a la Play y alguna cerveza con amigos.

Lo bueno de vivir en un mini-estudio como el mío, es que no tenía que caminar demasiado para llegar a la cafetera, en tres pasos estaba en mi cocina. Me preparé un café con leche y un sándwich de jamón y queso que fui masticando despacio, dándole algo de tiempo a mi cuerpo para que se desperezase, ojeando el Facebook en mi móvil cuando vi una publicación de Adriana. Era una foto con dos amigas suyas. Estaba preciosa y muy cambiada desde la última vez que nos vimos. Tenía esa sonrisa que le iluminaba la cara.

Me di cuenta entonces de cuánto la echaba de menos, mucho, muchísimo. Nos habíamos hecho muy amigos, después de echar unos cuantos y buenos polvos (todo sea dicho de paso), pero lo cierto es que eso no tuvo nada que ver, solo lo digo porque me gusta recordarlo. Creo que cuando más nos unimos fue cuando me la encontré en aquella terraza, medio en pijama, tomando un café. Su expresión era la peor que había visto en la vida y me sentí un completo gilipollas por haberla hecho enfadar la noche anterior. Fue dura de pelar la tía, me hizo sufrir hasta que me contó que nada de aquello era por mí. Cuando logré que bajara la guardia, supe el porqué de su mal aspecto y estuve a su lado, su ex acababa de darle una tunda. Aquel hijo de perra se merecía una buena paliza, pero había salido de rositas. Aquel día Adriana

volvía de la comisaría donde le había puesto una denuncia y comenzado los trámites para una orden de alejamiento de Álvaro.

Ya sé que es una ñoñería y no es algo que suela hablar con mis colegas, pero creo mucho en el destino y opino que fue él mismo quién me puso en el camino de Adriana para apoyarla en ese momento en el que sentí que se hundía frente a mí. La abracé. Sé que se sentía como una mierda y fue el único motivo por el que se desnudó delante de mí y me pidió que le echara un polvo, pero no soy tan gilipollas, no pensaba hacerlo, no así, pues era lo último que le faltaba en aquel momento. Necesitaba un amigo que la abrazara, que la escuchara, que le diera un lugar donde cobijarse hasta que se sintiera un poco mejor y yo estuve ahí.

Siempre me he sentido muy orgulloso de cómo superó aquel bache, cómo dijo basta y la forma en que luchó por Carlos, que al final vino a buscarla y se la llevó consigo. Hacía casi un año de aquello, un año en el que no nos habíamos vuelto a ver y aquella sensación me picaba.

Terminé de masticar el sándwich y miré la hora, me di una ducha veloz, tras lo cual me enfundé el uniforme del curro. Me acordé nuevamente de ella, sonreí al recordar cómo la saludaba cada día en el trabajo: «piernas bonitas». Era la única de todas las compañeras del supermercado, que había elegido la falda en lugar de los pantalones para su jornada laboral y a mí me encantaba verle esas piernas torneadas por horas de *running*.

Joder, la echaba de menos. Agarré el móvil con la intención de llamarla antes de salir camino al trabajo, resignado a que no podríamos hablar demasiado. Primero, porque yo tenía que conducir la moto en unos diez minutos para no llegar tarde y segundo, porque seguramente a esa hora, Adriana estaría en la oficina enfrascada ya en sus tareas, frente al ordenador, entre números y papeles.

Sin embargo necesitaba escucharla, así que no me lo pensé más.

Marqué el número de su despacho para que no pudiera saber que era yo y darle una sorpresa. Cuando saltó el contestador de MBF presioné su extensión, que había memorizado hacía mucho.

—MBF, buenos días —escuché al otro lado.

—Buenos días, piernas bonitas —saludé.

—¡Fer! ¡Hola, Fer! ¿Cómo estás? —contestó feliz.

—Echándote de menos —le solté—. Te acabo de ver en una foto de Facebook con dos chicas y he sentido algo extraño —me sinceré muy serio.

—Se llama erección —bromeó soltando una carcajada y haciéndome reír a mí también.

—Sí, eso también.

—¿Qué tal en el trabajo? —me preguntó.

—Bien. Como siempre. Nada nuevo. Mañana salgo de vacaciones unos días.

—¿Cuándo vas a venir a verme? —preguntó. Siempre me hacía la misma pregunta cuando hablábamos, pero a mí no me parecía buena idea ir a visitarla porque igual a Carlos no le sentaba bien—. Venga, te he dicho mil veces que tenemos un montón de espacio en casa, que puedes quedarte aquí —rechistó cuando comprobó que tardaba en contestar.

—No creo que a Carlos le haga gracia —me apetecía muchísimo ir a verla, abrazarla y charlar de todo y nada frente a una cerveza, o dos. Básicamente, porque Adriana era mi mejor amiga, pero entendía que las amistades entre personas del sexo opuesto no estaban bien valoradas por la sociedad en general y, en concreto, por novios que saben que alguna vez nos acostamos juntos.

—Carlos estará encantado. Sabe que somos amigos —insistió.

—Pero... Bueno, él sabe muchas cosas... —quise explicar, pero me interrumpió antes de acabar la frase.

—Sí, cierto. Sabe muchas cosas, como que estuviste a mi lado cuando pasó lo de Álvaro. Que me abrazaste tanto como necesitaba, que me escuchaste y me apoyaste como nadie. Sabe que me animaste a ir a buscarlo y que cuando volví con el corazón hecho trizas, estuviste a mi lado para reconfortarme de nuevo y que me calmaste para que no lo matase cuando me llamó para pedirme que nos viéramos...

—¿Y también sabe que follamos como cosacos en pleno parque? — pregunté divertido, interrumpiendo su perorata. No me gustaban demasiado los rollos sentimentalistas.

—Ostras, mira que eres bestia —Adriana rio de buena gana—. Pues algo sabe, pero eso no tiene importancia, Fer.

—Tengo que dejarte. Hoy tengo turno de mañana. Me muero de ganas de verte, de verdad que sí. Me lo pensaré, te lo prometo. Un abrazo muy fuerte —me despedí rápidamente mirando mi reloj de pulsera, ya llegaba justo de tiempo.

—Otro. Un abrazo y saluda a los chicos del supermercado de mi parte.

Hablar con Adriana siempre era curativo, últimamente me sentía hastiado, raro y solo y después de cortar la llamada, sonreía feliz. No se trataba de que no tuviera a nadie, siempre había estado muy unido a mi familia, sobre todo a mis hermanos: Octavio y Mélni, con los que tenía una buena relación (muchísimo mejor desde que no vivíamos juntos); también estaban mis colegas del supermercado y, por supuesto, cada fin de semana me venía a casa con una chica diferente que normalmente se quedaban en mi estudio hasta que acababa el domingo, pero luego cada uno volvía a su día y de la mayoría no recordaba ni su nombre.

Cuando conducía la moto me empezó a vibrar el móvil, pero lo ignoré, no tenía dónde parar ni tiempo de hacerlo. Insistieron bastante, sin embargo no me quedaba más remedio que esperar, ya miraría quién era más tarde.

Fui pensando por el camino que estaba asqueado de la misma monotonía cada día. Llevaba algunos años trabajando en el mismo sitio. Siempre lo mismo y estaba aburrido., la verdad. Fastidiado por no saber en qué día vivía, qué horario tendría, si me tocaría doblar turnos o me mandarían a cubrir un fin de semana en alguno de los centros comerciales que abrían de lunes a lunes. Debía admitir que me había sumido en la comodidad de un trabajo estable que me permitía subsistir de forma independiente, pero ya estaba necesitando algo más.

Hacia algunos años había terminado Magisterio con especialidad en música, fue una profesión que siempre tiró mucho de mí, porque no me desagradaba la idea de enseñar y de hacerlo con niños que, normalmente, me parecían simpáticos y con los que solía llevarme bien, eso me hizo decidirme por esa carrera. Pero lo cierto era que, una vez acabados los estudios, intenté opositar como todos mis compañeros, me quedé hundido en las listas de sustitución, así que empecé a trabajar en lo primero que tuve ocasión: el mantenimiento de algunos bares. Allí conocí a Rubén, el dueño, que me animó a cambiar de puesto sirviendo copas. El muy capullo, siempre me decía que yo era guapo y simpático y que las chicas no dudarían en aflojar pasta en la barra y que eso me ayudaría a llevarme a algún ligue a casa (además de los bolsillos llenos de propina). Trabajé unos meses de temporada alta para él, pero lo de currar de noche, con gente que desfasaba bastante y con el reggaetón perforándome los oídos, no era lo mío.

Al final conseguí el curro en el supermercado, en el que me pagaban un poco menos, pero no tenía que trabajar por las noches y tenía un contrato fijo. Me presenté de nuevo a las oposiciones, pero como no tenía demasiado tiempo para estudiar, volvió a ocurrirme lo mismo:, la nota solo me dio para quedarme en las listas de sustitución en una posición no mucho mejor que la anterior. Después de eso no me molesté en buscar otro empleo y pensé, por un

momento, que ya había llegado la hora. Habían pasado tres años desde entonces y no me arrepentía de nada de lo vivido, había tenido la oportunidad de independizarme, comprarme la moto y tener una vida divertida, fiestas, chicas y demás... pero necesitaba más, mucho más.

Aparqué en la puerta del supermercado y me volvió a sonar el móvil. Era un número extraño, pero ya tenía que entrar, se me hacía tarde. Cuando acabara el turno llamaría.

—¡Buenos días, Fernando! —escuché a mi lado.

—Hola Haydée. ¿Estás por aquí hoy? —Haydée era compañera de la cadena de supermercados, pero de otro local. La conocía de algún turno en el que nos habían trasladado a ella o a mí para hacer alguna sustitución o refuerzo.

—Sí, estaré un par de semanas sustituyendo la baja de Mari Carmen —me explicó.

—Ah qué bien, pues nada, por aquí nos vemos. Voy a ponerme las pilas —le respondí con una sonrisa.

—Oye, Fernando. ¿Te apetece que nos tomemos algo luego?

Sabía que a Haydée le gustaba, no había que ser muy listo, que normalmente yo era muy tronco para estas cosas, pero ella me miraba devorándome y no me pasaba desapercibido. Físicamente no me desagradaba, tenía buenas curvas y tetas grandes. Era rubia y con ojos rasgados de color celeste. Además me parecía muy simpática.

—Sí, ¿por qué no? —respondí al fin. Total, ¿qué tenía que perder?

La jornada transcurrió tranquila y al salir ya me esperaba mi compañera con paciencia para nuestra improvisada cita.

—¿Qué te apetece hacer? —pregunté.

—No sé. ¿Comemos juntos?

La verdad es que no me apetecía demasiado andarme por las ramas, no

estaba de humor. Tenía el día raro.

—¿Vamos a mi casa? Podemos pedir algo para almorzar —propuse.

A mi compañera se le iluminó la sonrisa y yo me convencí de que no había motivo para perder el tiempo cuando estaba más que claro que lo que quería era un revolcón. Más efectividad y menos tontería.

Le tendí un casco para que subiera a mi moto y conduje rápido, esquivando los coches, que a esa hora estaban inmovilizados por las retenciones.

En cuánto cruzamos el umbral de mi casa la besé, comenzando a desabrochar los botones de la blusa del uniforme que llevaba puesto. Me deshice de los pantalones que dejé caer al suelo, guiándola hasta mi cama sin dejar de besarla. Mi cuerpo reaccionó solo.

Al rozar su sexo, a través de la ropa interior, con el mío Haydée gimió, así que casi de forma automática, deslicé sus braguitas hacia abajo y me deshice del sujetador también. Comprobé que estaba húmeda y preparada para mí, así que me coloqué un preservativo y la penetré, moviendo las caderas despacio y profundamente, mientras devoraba sus pezones.

No me apetecía entretenerme demasiado con aquello, así que busqué con mis dedos su clítoris y con movimientos circulares y acelerando las embestidas, pronto noté los espasmos que anunciaban el final. Agarré con fuerza sus muslos, elevando sus caderas y la penetré más enérgicamente hasta que, instantes después, me corrí. Rápido y placentero, ¿para qué más?

Tras darle un beso en los labios, fui hasta el cuarto de baño para tirar el condón usado en la papelera y darme una ducha rápida. En lo que me vestía llamé a un restaurante al lado de casa y pedí un par de pizzas y refrescos. Cuando corté la comunicación Haydée ya estaba vestida, se acercó y volvimos a besarnos.

Hablamos un rato, hasta que llamaron al timbre y devoramos los platos

en silencio porque después del ejercicio y la hora que era ya, estábamos muertos de hambre.

—¿Vamos a dar un paseo? —me preguntó cuándo terminamos de comer. Miré la hora.

—Uf, no puedo. Tengo que estar en un sitio dentro de un rato —me excusé.

—Ah, vale. Pues me voy entonces. Nos vemos mañana en el trabajo —me sonrió, cogiéndome de la mano.

—Sí, claro. Espera, que te llevo —no iba a ser tan capullo de dejarla que se fuera en transporte público.

Cogí la cartera y el móvil y cuando iba a abrir la puerta de casa, Haydée me llamó.

—Oye, Fernando. Que me ha encantado esto.

—A mí también, guapa —le di un beso rápido en los labios.

—Estaría bien repetir otro día —insistió.

—Claro, estaría bien —respondí amablemente.

—Me gustas —sonreí y no le contesté, dando por zanjada la conversación, porque a mí no me gustaba especialmente ella. Era simpática y guapa, pero no provocaba en mí nada especial.

Al volver a casa me tiré en el sofá a jugar a la Play, cuando sonó mi teléfono. Era el mismo número que me había telefoneado esa misma mañana.

Capítulo 3

El despertador sonó y como siempre, le di a posponer con la intención de dormir diez minutos más. Era una costumbre un tanto estúpida, lo sé, pero todos lo hacemos. Me llevé un susto del carajo cuando sentí un brazo rodearme por la cintura. Pegué un grito.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —preguntó una voz varonil a mi lado.

—Joder, Miguel Ángel, qué puto susto. ¿Qué haces aquí? —bramé, intentando recuperar el ritmo normal de pulsaciones.

—Pues hasta que has pegado ese berrido, dormir —explicó.

—¿Por qué? ¿No tienes casa dónde hacerlo? —Miguel Ángel rio. En serio, este tipo debía ser imbécil profundo—. Venga, bonito, lárgate ya que me tengo que ir al trabajo y tengo que pasar por la ducha —dije sentándome en la cama.

Miguel Ángel se acercó y me abrazó por la espalda.

—¿Y si nos duchamos juntos primero? —me preguntó. ¿En serio? Por las mañana nunca había sido Miss Simpatía, así que intenté controlarme para no sonar demasiado borde.

—¿Por qué? ¿Te han cortado el agua? —Finalmente reí al ver su cara. Más me valía tomármelo con humor—. No. Tengo prisa. Quiero cagar, ducharme y tomarme un café antes de irme al trabajo —lo escatológico siempre funcionaba.

Mi acompañante soltó una carcajada y se levantó de la cama, buscando su ropa.

—Eres tremenda —me dio un beso en la frente—. Me voy y te dejo tranquila. ¿Nos vemos esta tarde?

—No. Hoy no —respondí tajante, mientras rebuscaba en los cajones la

ropa que me pondría después de la ducha.

—¿Mañana? —preguntó con una sonrisa y ojitos de cordero degollado y estaba bueno el capullo, pero se acabó el juego. ¿Qué era eso de dormir en mi casa? ¿Por qué no se había largado después de follar? Ese tío era un psicópata.

—Va a ser que no. Venga, vete ya. Ya te llamo yo si eso.

Pensé que se mosquearía, pero seguía riendo. Me dio un beso en la mejilla cuando acabó de vestirse.

—Bueno, adiós, rubia.

Por fin se fue de casa y me pude meter en la ducha. Me sonó el teléfono cuando me estaba tomando el café. Los pelos se me pusieron como escarpías al pensar que podía ser el psicópata, pero no, era Adriana.

—Adri, buenos días. ¿Qué pasa?

—Hola, Diana. ¿Vamos mañana por la noche a cenar con Mónica? Me ha dicho que puede dejar a la niña —propuso.

—¿Noche de chicas? —pregunté. Me apetecía. Me apetecía mucho.

—Sí —contestó escuetamente.

—¿Con alcohol?

—En cantidades ingentes. ¿Te animas o no? —contestó mi amiga con una risa.

—Por supuesto, ¿por quién me tomas?

Reímos y nos despedimos, tenía que ponerme camino al trabajo.

El día se me pasó rápido, los viernes eran moviditos, no paré en todo el día. Almorcé de pie un bocadillo, aprovechando un rato en el que la peluquería se quedó vacía.

Una media hora después me estaba quedando dormida y mi cuerpo me pedía a gritos una Coca Cola bien fría. Abrí el pequeño frigorífico bajo el mostrador, pero no quedaba ninguna y refunfuñé.

—¿Qué te pasa, guapa?

Levanté la cabeza y vi a Quique que entraba en la tienda. Mmmm... Quique, con su grraaaaan corazón y mayor entrepierna. Hacía al menos dos meses que no lo veía.

—Hola. Nada, que se me ha acabado la Coca Cola —reí.

—¿Y puedo hacer algo para que te animes un poco? —ofreció con una sonrisa.

—¿Dices, aparte, de traerme una Coca Cola? —bromeé. Quique sonrió de medio lado.

—Digo como comerte enterita o enterrarme entre tus piernas y hacerte jadear hasta que te olvides del veneno ese que sueles tomar para sentirte mejor.

—Mmmmm. Suena bien, ¿me ayudas a desintoxicarme entonces? — Quique se acercó a mí y me besó con ansias. Dios mío. Esa lengua salvaje en busca de la mía, esos dientes mordiendo mi labio inferior, esas manos gigantes colándose entre mi cabello. Mmmmm. No podía cerrar. ¿No podía cerrar, verdad? ¿O sí? No tardarían en empezar a aparecer clientas de nuevo, así que me iba a salir caro el polvo, más me valía que fuera rapidito. —Dame un minuto.

Puse el cartel de vuelvo en cinco minutos y pasé la llave en la cerradura. Volví hasta Quique para abrazarme a él, que agarró mis piernas haciendo que me aferrara alrededor de su cintura. Ya estaba preparado para mí y menuda preparación.

Me llevó hasta la trastienda, apoyándome en la primera pared que encontramos. Notaba su sexo duro a través de la ropa. Me quité la camiseta y apartó a un lado el sujetador antes de bajar la cabeza y clavar sus dientes con suavidad en mis pezones, haciéndome gemir. Me dejó en el suelo para poder quitarnos los pantalones y la ropa interior.

Quique sabía perfectamente donde guardaba los preservativos, no era la primera vez que pasaba por la trastienda y no necesitó pedirme permiso para abrir la gaveta superior del cajonero, junto a la puerta y palpar hasta dar con uno, que rasgó con rapidez antes de colocárselo.

Había gente en el universo que tenía el don de la oportunidad, y no me iba a parar a curiosear quién era la persona, que de pronto, le había dado por aporrear la puerta de la peluquería.

—Joder, ¿no ven el cartel o qué? —protesté, ignorando los golpes.

Quique volvió a cogerme y sin demasiadas contemplaciones se coló dentro de mí haciéndome gemir, movió las caderas con agilidad mientras devoraba mis labios. Le clavé las uñas en sus brazos y, madre mía, qué brazos. Eran fuertes y estaban bien formados. Suponía que ese hombre, debía pegarse media vida en el gimnasio. Algún día tendría que preguntarle a qué se dedicaba. La verdad es que nunca habíamos hablado mucho, lo que sí habíamos hecho era acostarnos varias veces, si se podía llamar acostarse a eso, porque nunca lo hacíamos en posición horizontal.

Volvieron a insistir en la puerta. Quique la ignoró tanto como yo. Me llevó hasta la mesa y me posó en ella. Coloqué mis manos hacia atrás, apoyándome en la madera, para liberarle del peso y no darme de hostias, porque no era muy delicado. Minutos más tarde mi cuerpo se tensó, liberándose en un orgasmo bestial. Quique no paró, seguíamos a lo nuestro mientras continuaban llamando.

—Joder, Diana. Me encanta enterrarme dentro de ti —jadeó mientras se corría.

Madre del amor hermoso. Eso sí que era mejor que la Coca Cola. Mientras recuperábamos el aliento nos vestimos. Volvieron a llamar. Menuda insistencia.

—¡Voy! —vociferé—. ¡Un momento, enseguida voy! —Volví a gritar

—. Qué pesaditos, por Dios.

—Eres una buena peluquera, te necesitan —sonrió—. La verdad es que yo venía a cortarme el pelo, que hace tiempo que no ven unas tijeras, pero se me ha acabado la hora del descanso —lo llevaba casi por los hombros y nunca se lo había visto tan largo.

—Te queda bien —resolví revolviéndoselo un poco.

—Calla, que si cada vez que vengo, terminamos así, más me vale cambiar de peluquería —bromeó besándome en los labios.

—Oye, guapo, que puedes follar con quién quieras, pero si cambias de peluquera te dejo de hablar —bromeé y ambos reímos—. Bueno, voy a abrir antes de que me echen la puerta abajo. Sírvete un café si quieres —le señalé la Nespresso de mi mesa—, y si me sirves uno a mí te lo agradezco.

Adriana estaba en la puerta de la peluquería.

—Ya te vale, Diana. Me dijiste que podía venir a las tres. Me convences para cambiarme el *look* y luego no me abres —protestó enfurruñada.

—Pensé que no ibas a venir, petarda. Me contestaste que ni de coña. Tenía la música puesta y no te oí. Estaba ocupada —me disculpé sin pensar demasiado.

—Sí, claro. Venga, anda, que tengo que volver a la oficina en un rato.

—Te tiras al jefe, no te van a llamar la atención por llegar tarde —bromeé.

—Bueno, Diana. Ya vendré para que me cortes el pelo cuando encuentre otro hueco —se despidió Quique que apareció detrás de mí, dándome un beso en la mejilla y una taza con un cortado—. Un placer, como siempre.

—Chao. Igualmente —le guiñé un ojo.

Quique salió del local y Adriana me dio un golpe en el brazo.

—¿Estabas echando un polvo? —preguntó con la boca abierta.

—Que va, es mi asesor. Estábamos repasando unas facturas —solté dándole un sorbo a mi taza.

—Ahm —respondió algo desilusionada—. Pensé que era uno de tus ligues.

—Qué tonta eres, Adriana. Te lo crees todo —solté una carcajada. Adriana era tan fácil de vacilar, que no podía evitarlo.

—Imbécil —me dio un golpe y nos echamos a reír las dos—. ¿Ese es Miguel Ángel?

—No. Quique.

—Me pierdo con los tíos con los que sales, en serio. A ver si sientas cabeza y te enamoras de una vez —me recriminó.

—Anda, vamos a lo que vamos, que como te pongas a hablar de cosquillas en el estómago, me pongo a vomitar aquí mismo —bromeé haciéndole poner los ojos en blanco.

—No tienes remedio —me reprochó con una sonrisa—. Bueno, hazme algo chulo.

Y a eso pasamos. Le iba a dar un buen corte de pelo, estilo *bob* quizás, que si se lo dejaba más corto me mataba. Siempre me había gustado cómo le sentaban los tonos claros, porque dulcificaban mucho sus rasgos, así que me decanté por un tinte que fuera aclarando el color tan oscuro que había elegido la última vez, con unas mechas rubias.

Me encantaban las tardes en las que Adriana se pasaba por la peluquería, que yo hablaba por los codos con todas mis clientas, pero ella era mi amiga y era más divertido hacerlo con ella. Le estaba narrando, con todo lujo de detalles, el pedazo de polvo que acababa de echar cuando sonó mi móvil, que estaba colocado en el estante del espejo frente a Adriana.

—¿Puedes cogerlo? Tengo las manos llenas de tinte —tenía los guantes

puestos.

—Hola... —le oí contestar—. No, soy Adriana. Ahora mismo no puede ponerse. ¿Quién eres?... Anda, Miguel Ángel, encantada de conocerte, Diana me ha hablado mucho de ti —bueeeno, lo que le faltaba ya al musculitos plasta ese que no me dejaba vivir. Pero ahora ¿para qué narices me llamaba? Si ya habíamos follado la noche antes. En serio, no entendía nada de lo que hacía ese tío—. Ajá, sí, todo bueno —«claro bonita, como que solo te hablo de la forma en que hace que me corra», pensé riendo por lo bajini—. Ah, sí, claro. Espera —vi como Adriana manejaba el móvil volviendo a colocarlo en el estante—. Ya está —dijo en alto.

—Buenas tardes, princesa.

—Hola, cielo. ¿Qué pasa? ¿Se te ha quemado algo? A parte de la entrepierna, digo —bromeé.

—¿Eh? No. Quería saber si te apetecía que fuéramos de camping mañana.

—No puedo. Mañana ya he quedado. Otra vez será. Hale, bonito, ya te llamo yo cuando me venga bien quedar —contesté con la intención de que cortara la llamada de una vez.

—Oye, Diana, quería decirte algo.

—Ya empezamos —mascullé.

—Me gustas. Me gustas mucho y me apetece mucho volver a verte —pero ¿qué decía ese hombre?

—Eeh... vale —contesté mosqueada mientras Adriana soltaba una risilla—, como vuelvas a reírte te rapo la cabeza —susurré. Adriana intentó controlarse—. Chico, estoy en medio del trabajo con la peluquería atestada de gente —era mentira, solo estaba Adriana, pero eso él no lo sabía—, creo que no es buen momento para hablar de esto —sonreí—. Te llamo, ¿vale?

—Bueno, vale —contestó resignado.

—Por favor, cuelga el puto teléfono —le murmuré a Adriana, que soltó una carcajada en cuanto le dio al botón rojo con el que daba por finalizada la llamada—. ¿Por qué? Dios mío, qué pesadilla de hombre.

—A mí me pareció simpático —respondió mi amiga.

—¡Tú no opinas!

Me había puesto de mal humor el pesadito de las narices, debía ser más clara con él. La verdad, es que ignoraba el motivo por el cual no le había dicho ya que pasaba de él y de su rollo, pero parecía que cada vez que era directa con él le hacía gracia y a mí estaba dejando de hacérmela.

Adriana intentó evitar nombrarlo más, sobretodo porque después del tinte sabía que venían las tijeras y no le apetecía que me vengara. Pero yo era muy profesional y la dejé preciosa, como siempre.

Nos despedimos hasta el día siguiente, cuando nos veríamos con Mónica y ya me apetecía. Mucho. Muchísimo. Me moría por tomar un par de gin-tonics y menear las caderas al ritmo de la música, bailando, sola o acompañada. Vamos, con cualquiera menos con Miguel Ángel. Decidido. Al día siguiente sería mi noche loba. Reí y observé cómo Adriana me observaba extrañada, pero no abrí la boca. No tenía ganas de soportar otro de sus sermones sobre la monogamia.

Capítulo 4

—¿Sí? —contesté extrañado porque no conocía el número.

—¿Fernando? —la voz al otro lado tampoco me resultaba familiar.

—Sí, soy yo. ¿Quién es? —pregunté.

—Soy Carlos —no añadió más, pero tampoco necesitaba explicaciones pues sabía exactamente qué Carlos era. Me quedé un poco cortado, sin saber qué decirle.

—Ah. Hola, Carlos. ¿Qué tal?

—Muy bien —silencio incómodo increíblemente largo, unos tres o cuatro segundos después continuó—. Quería hablar contigo de algo. Hoy, durante el almuerzo con Adriana, la he notado un poco triste y me ha dicho que habíais charlado esta mañana y que te echa de menos, pero que no quieres venir porque piensas que a mí va a molestarme.

—Eehh —aquella conversación se estaba tornando un pelín incómoda—. Adriana y yo solo somos amigos —dije a la defensiva.

—Lo sé, Fernando. No te agobies. Mira, yo no soy un crío. Adriana está aquí conmigo porque quiere. Confío en ella y ¿sabes qué? Confío en ti.

—Vaya, no sé si eres bueno o tonto, tío —bromeé. Carlos rio al otro lado.

—Ya. Suelen decírmelo. En serio, me encantaría que vinieras —me pidió—. No sé, conocerte un poco mejor, hablamos poco cuando estuve allí.

Carlos y yo nos conocimos cuando vino a Gran Canaria a buscar a Adriana, y nos vimos ese día en el que interrumpí su reconciliación (en mi defensa diré que Adriana y yo habíamos quedado para salir porque por fin estaba dispuesta a dejarle hacer a Ákira, el camarero asiático que le había tirado los trastos un par de veces, y olvidar a Carlos a base de darle alegría al cuerpo), pero cuando llegué y me abrió supe que el plan se había cancelado.

Estaba preciosa, no solo por su descarada vestimenta que poco dejaba a la imaginación, sino también por su sonrisa, que pronto entendí, al verlo a él, explicándome que no estaba dispuesto a compartirla. Reí al recordarlo. También nos habíamos tomado un café unos días más tarde para despedirnos y desde entonces, no los había vuelto a ver a ninguno de los dos.

—Vale, me lo pensaré —respondí al fin.

—Adriana me ha dicho que sales de vacaciones mañana y quería proponerte algo. La próxima semana voy a prepararle una fiesta sorpresa porque cumplimos un año juntos y había pensado que tú podrías ser su regalo y espero que entiendas que no hay ninguna connotación sexual en esto —reímos los dos—. Quiero decir, que me apetecería mucho pagarte el pasaje y que vinieras de sorpresa.

—¿Te parece si hacemos otra cosa? Tú le preparas una fiesta bonita, con las personas que te apetezcan. Yo me pago mi pasaje, así me sentiré más cómodo y aprovecho que tengo unos días de vacaciones y voy para allá. Aparezco de sorpresa y todos contentos. ¿Vale? —expuse sin pensar, porque sí, porque lo que más me apetecía en el mundo era verla de nuevo.

Carlos aceptó y me pidió que guardara su número de teléfono, para que lo avisara del día y hora que llegaba. Prometió irme a buscar al aeropuerto de Barcelona. Sonreí. Era un tipo simpático y aunque el rollo de las relaciones estables y la monogamia no se habían hecho para mí, me hacía tremendamente feliz que Adriana estuviera con un hombre como él, que la cuidaba, la mimaba y le hacía tan feliz que sus ojos resplandecían y su sonrisa brillaba aún más.

Comprar un pasaje en pleno verano y de un día para otro no iba a salir barato, pero me daba igual, Adriana se lo merecía y tampoco tenía mayores gastos, tenía bastante dinero ahorrado pues nunca había sido demasiado derrochador. Me apetecía un montón sorprenderla.

Esa noche me fui a la cama ilusionado, igual cualquier persona

pensaría que era estúpido estar tan feliz por volver a ver a una simple amiga, pero en ese instante estaba tan harto de todo, que lo que más me apetecía era poner tierra, mar y aire de por medio a toda mi rutina y escaparme lejos y si era cerca de Adriana, sería el mejor lugar que podría elegir.

A la mañana siguiente me levanté de un salto y después de una ducha rápida, me tomé un tazón de cereales tirado en el sofá, mirando un capítulo repetido de *Big Bang Theory* que había visto como un trillón de veces, elección segura para echarme unas risas y empezar bien el día. Me tocaba trabajar en uno de los turnos de tarde de los más jodidos, pero me daba un poco igual, porque por fin saldría de vacaciones y se acabaría mi tortura, al menos por un buen puñado de días.

Entré al supermercado sonriente, feliz, silbando. Marcos me paró en la puerta y nos saludamos, el encargado me dio conversación un rato y bromeó con verme tan feliz por la idea de perderlo de vista y para ser sincero, Marcos no era mal tío, era un buen jefe, con él no tenía problema. Más de una fiesta nos habíamos pegado juntos. Mi problema era la rutina aburrida en la que me había sumergido desde hacía mucho tiempo.

Haydée estaba en caja atendiendo detrás de nosotros y cuando Marcos se fue, me giré para saludarla, sentía su mirada clavada en mi nuca.

—Hola, buenos días, guapa. ¿Qué tal? —sonreí.

—Bien, ¿y tú? —se mordió el labio inferior, estaba nerviosa. Pasó un mechón de pelo detrás de su oreja. Mierda. Esa tía se había pillado. «Joder, qué cagada».

—Bien, he dormido bien —fui amable—. Además hoy salgo de vacaciones unos días, lo cual necesito con urgencia.

—Ah, qué bien. Me alegro mucho. ¿Tienes planes?

—Sí, de hecho me voy de viaje en un par de días —le expliqué, aunque sonara feo mi primera intención era quitármela de encima y que

supiera que iba a largarme y que no podríamos vernos.

—¿Te apetece hacer algo después y celebramos tus vacaciones? —me propuso.

Me sentí algo incómodo porque no me apetecía demasiado. Haydée era guapa y simpática, pero yo estaba en otro rollo, no quería volver a quedar con ella, ni siquiera aspiraba a echar un polvo, pero ni con ella, ni con ninguna. No me apetecía. Punto.

—Tengo planes, lo siento. Oye, Haydée. Yo... —pretendía disculparme por no haber sido claro con ella, por no haber hablado antes de acostarnos de que aquello solo era diversión y que yo no buscaba nada más que pasar el rato, pero entró una clienta y tuve que callarme. No era el momento ni el lugar idóneo, ya lo hablaríamos—. Bueno, da igual —miré el reloj intentando aclararme, sintiéndome realmente mal por la forma en que me miraba ella. No sé qué esperaba de mí exactamente, pero intuía que se alejaba bastante de lo que yo quería—. Igual puedo sacar tiempo luego para una cerveza en la terraza de aquí al lado, ¿te parece? Salgo a las diez.

Ella asintió y sonrió destensándose, volvió a morderse el labio inferior al tiempo que me sentí el tío más gilipollas y más cabrón sobre la faz de la Tierra. Pero no me gustaba, ¿qué podía hacer contra ello? No estaba en mis manos, no me gustaba y punto. Nos habíamos divertido y ya está. No le prometí nada. No hablamos de nada, para ser exactos, me dije a mí mismo tratando de no sentirme mal.

A pesar de la cantidad de curro de ese día, que estábamos a principios de mes y las colas eran interminables, la jornada se me hizo larguísima, agotadora y eterna. Estaba de mal humor en general, por todo y por nada. Suponía que tenía algo que ver con el hecho de tener que hablar con la chica que había llevado a mi piso el día anterior sin pensar que trabajábamos juntos y que igual iba a meter la pata si nos acostábamos.

Cuando llegué a la terraza ya estaba Haydée allí sentada con ropa de calle, había tenido tiempo de ir a su casa a cambiarse. Estaba guapa. Llevaba un vestido ligero de tirantes, blanco, con un buen escote. «Eso es jugar sucio», pensé. De pie, a su lado, estaba una compañera del supermercado que acababa de salir del curro, la había visto allí y se había parado a saludarla.

—¡Hola chicas! —saludé algo más feliz porque ya estaba oficialmente de vacaciones—. ¿Os apetece una cerveza? Os invito, para celebrar que no vuelvo a pisar ese supermercado en dos semanas —sonreí. También era un poco estratagema para que Tamara se sentara con nosotros y no quedarme a solas con Haydée. Así romperíamos el hielo.

Me senté junto a Haydée. Tamara, aunque se nos quedó mirando un poco raro, imaginando que realmente habíamos quedado y ella sobraba, se sentó. Tam y yo nos llevábamos bien, solíamos salir de fiesta con el resto de los chicos del supermercado e igual pensó que por tomarse una cerveza con nosotros no pasaba nada.

Haydée no parecía tan feliz cuando nuestra compañera se sentó a mi lado y pidió al camarero una cerveza, la mía la pedí sin alcohol, no solía beber, y menos si tenía que conducir la moto.

Entramos los tres en una conversación agradable, siempre había alguna anécdota que contar del trabajo que nos hacía reír y Haydée tenía muchas que no conocíamos porque ella trabajaba en otro local y Tamara y yo le contamos alguna de las nuestras, reímos juntos un rato.

Para cuando Tamara se fue, no había pasado demasiado tiempo, pero Haydée llevaba al menos cuatro cervezas y se le habían teñido las mejillas de rojo, sonreía mucho, hablaba sin parar y me comía con la mirada, eso también, tanto que Tamara se dio cuenta de que debía irse y rápido.

Cuando nos quedamos solos pidió su quinta cerveza.

—Oye rubia, estás bebiendo mucho, luego no voy a poder llevarte a tu

casa, que para ir en moto tienes que poder conservar el equilibrio —me pareció buen momento para informarle de que no nos íbamos a ir juntos a ninguna parte.

—No pasa nada. Me apetecía emborracharme un poco. Oye... —se mordió el labio inferior tal y como había hecho esa mañana—. ¿No vas a besarme?

—Oye, Haydée, es que... —comencé a hablar.

—Por favor, no me rechaces, hoy no. No he tenido buen día. Solo bésame —me pidió acercándose a mí.

—¿Qué te ha pasado? ¿Necesitas desahogarte? —Intenté salirme por la tangente.

Sin embargo, Haydée se acercó aún más, me agarró por la camisa y tiró de ella besándome con ansias. Besaba bien. Estaba buena y era simpática, pero no me gustaba. No me hubiera importado volver a acostarme con ella, pero no quería hacerle daño. Ella buscaba algo más que yo, me quedaba claro.

—¿Podemos ir a tu piso? Yo iré en taxi, no hace falta que vaya en tu moto —murmuró apartándose un poco mientras acariciaba mi barba.

Mi erección era ya más que evidente y joder, era preciosa, y tenía un escote de vértigo. Miré hacia abajo y noté sus pezones erizados a través de la ropa, mierda, no llevaba sostén. Sentí un latigazo en mi polla y se me secó la garganta. «Joder, Fernando, un poco de sensatez», me dije.

—No, Haydée. No podemos ir a mi piso —me obligué a contestar. Ella volvió a besarme y se acercó más a mí, rozando sus pezones en mi pecho, sentí un nuevo latigazo—. Oye, escúchame, es que... —volvió a besarme. No podía pensar—. Vamos, joder.

Me levanté y la agarré de la mano, llamé a un taxi que venía de frente y le di mi dirección, una vez nos subimos a la parte trasera. Haydée no paró de besarme durante todo el trayecto y en cuanto entramos al portal se deshizo del

vestido cuando aún no habíamos llegado al rellano de mi piso.

—Dios mío, estás loca.

Solo llevaba un minúsculo tanga de color blanco y los tacones, el vestido en una mano y una sonrisa maliciosa mientras se acercaba y me besaba.

—Fóllame aquí, ahora —tiró el vestido al suelo y deslizó el tanga hasta caer al lado.

—Joder, puede salir algún vecino —protesté, con poca convicción, por supuesto.

Se sentó en las escaleras que subían al siguiente piso, justo frente a mí, se abrió de piernas y comenzó a acariciarse dejándome completamente petrificado, clavado en el sitio, con mi polla a punto de estallar dentro de los pantalones. Tuve que desabrocharlos y dejarla salir porque dolía. Se penetró con un dedo mientras arqueaba las caderas y luego hizo lo mismo con dos. Con la otra mano se pellizcó un pezón y noté su piel de gallina y los músculos de sus piernas tensarse.

Menuda imagen, estaba buena, muy buena, sobre esos tacones, desnuda, expuesta a mí en medio de aquel sitio en el que podía vernos cualquiera. Llevé mi mano a mi entrepierna y me acaricié yo también. Se mordió el labio, tal y como había hecho innumerables veces cerca de mí.

—Llevo todo el día deseando sentirte. Ayer fue demasiado rápido. Eficaz, pero rápido. Quiero más —exigió.

Hice el amago de acercarme, pero me hizo una señal para que me esperase. Aumentó la velocidad de sus caricias alrededor del clítoris y pude observar en primera fila cómo se corría. Noté las convulsiones y el líquido recorrer sus dedos y solo deseé enterrar mi lengua en su cavidad. Me arrodillé frente a ella, perdiendo la cordura por completo, con mi polla fuera de los pantalones, completamente empalmado y aquella mujer gimiendo, agitando las

caderas.

Mi lengua fue sola, con ella la penetré y recorrí sus recovecos y pliegues hasta llegar a su succulento e hinchado clítoris que aún temblaba en mi boca y al que arranqué un nuevo orgasmo unos minutos después cuando la penetraba con mis dedos. Me bebí cada gota de su jugo y la ayudé a levantarse, notando como le temblaban las piernas. Cogí el vestido y el tanga del suelo y me costó concentrarme en sacar las llaves e introducirlas en la cerradura para poder pasar al interior de mi piso de una vez.

Pretendía ayudarla a descalzarse y llevármela a la cama, pero fue ella la que me guio con suavidad, besándome. Me desabroché la camisa y la dejé caer hacia atrás, el pantalón fue lo siguiente y, un minuto más tarde, ella me había empujado para que me tumbara sobre la cama colocándose encima de mí. Hundió mi polla en su interior, sin contemplaciones y sin ningún tipo de protección de por medio.

—Joder, Haydée. Sin condón no, tía, que no puedo. No sé cuánto voy a aguantar —ella ignoró mi queja y continuó a lo suyo, moviendo las caderas. Dios mío, iba a correrme en menos de diez segundos. Comencé a pensar en las cosas que faltaban en la nevera. «¿Tendré que hacer una compra pronto?» Joder... no podía, no podía pensar, aquella mujer estaba loca, me cabalgaba y a mi polla le importaba una mierda si llevaba preservativo o no. «¿Hay leche? No, creo que no. Tengo que comprar», igual era buen momento para pensar en los tipos de leche que existían en el mercado. Sin poder evitarlo me vino a la cabeza la imagen de la corrida de Haydée resbalando por sus dedos—. Mierda, tía, para, para... me voy a correr.

—Fernando, cállate de una puta vez. Tomo protección. Deja de acojonarte y llénate de ti porque yo me voy de nuevo, pero ya.

Cerré los ojos, «mierda, mierda... qué puta locura. Qué locura más rica». Me dejé ir y sentí como ella me apretaba con todo su cuerpo,

comprimiéndose alrededor de mí mientras no dejaba de agitarse y gemir.

Dios mío, nunca había tardado tan poco tiempo en correrme. Pero ¿qué me había hecho esa mujer? Me había puesto muy bruto. No se me bajaba la erección, necesitaba más. Me la quité de encima de un movimiento y la coloqué a cuatro patas en mi cama, follándomela de nuevo, agitando la pelvis con fuerza.

Ella no se cortaba en gemir y estaba tan sexy, tan excitada, tan mojada que no pude evitar darle una nalgada suave. Cuando advertí que le había gustado, le di otra un poco más fuerte y sentí como su sexo se comprimía alrededor del mío. Volví a repetirlo agitando las caderas y con otra más, se corrió de nuevo y yo con ella. Dios mío... era el mejor polvo que había echado desde hacía mucho, mucho tiempo.

Me tiré en la cama, intentando recuperar el aliento y Haydée pasó por encima de mí, me besó en los labios y fue hasta mi cuarto de baño. Sentí el agua correr y me quedé dormido a los pocos segundos.

—Eh, tú... —escuché un murmullo a mi lado—. Es hora de despertarse.

La habitación estaba a oscuras completamente.

—¿Jumm? —no podía hablar, estaba agotado, me dolía todo el cuerpo. Miré mi mesa de noche y el reloj marcaban las tres—. Demonios, ¿son las tres?

—Sí —rio ella.

—¿Por qué no te duermes? Anda ven —intenté abrazarme a ella.

—No, no... Necesito que te duches.

—¿Ahora? Joder, ¿tan mal huelo? —olí mi axila, vale, no olía nada bien.

—Gilipollas. Necesito chupártela, si no, no me voy a poder dormir —exigió.

Pues como de gilipollas no tenía un pelo, dos segundos más tarde estaba en la ducha, dejando que una cascada de agua tibia fuera acariciando mi miembro que ya estaba erecto y feliz por lo que venía a continuación.

Capítulo 5

Esa mañana me levanté de un salto después de haber descansado bien. De hecho, la noche anterior me había derrumbado en la cama como un saco, sin tiempo ni siquiera de encender el televisor, que tampoco es que me extrañara, pues después del ejercicio en la peluquería con Quique, sumado el tute de una jornada ordinaria de trabajo, era de lo más natural.

Tenía calor, había dormido en bragas y una camiseta. Uno de mis defectos más terribles, que debo reconocer, es que era el ser más tiquismiquis a la hora de dormir (ni luces, ni ruidos, ni aire acondicionado encendido que me dejara la lengua como una lija y la garganta hecha polvo), por suerte, solía dormir sola.

Así pues, la noche anterior, tras cenar una ensalada mixta, una manzana, una bolsa de pipas, media tableta de chocolate y dos Coca Colas... (bueno, por lo menos al principio tuve la intención de comer sano), me había dado una ducha tibia y mano de santo, a dormir como un bebé.

Canturreé mientras me enfundaba el uniforme de trabajo, el típico pantalón negro largo y un top muy cómodo que llegaba hasta la cadera, de tira ancha y escote pronunciado del mismo color, con el logotipo de la peluquería. Mi rutina de potingues me solía llevar unos quince minutos y si no tenía prisa, me lo tomaba como un mimo personal: jabón facial, tónico purificante, contorno de ojos, crema hidratante con base de maquillaje, *eyeliner*, máscara de pestañas y lápiz labial de color rojo, pues era el tono ideal para esa mañana en la que me había levantado de buen humor.

No me apetecía complicarme demasiado con el cabello, porque para pasarme el día en la peluquería lo más cómodo era un moño... el típico peinado despeinado de toda la vida.

Por norma general, apenas desayunaba un café en casa, pero me había

levantado con hambre y sed, así que me di el lujo de prepararme un *smoothie*, que fui tomando por el camino en un vaso gigante de plástico, con tapa y pajita que me había regalado Mónica, junto con un librito de recetas de zumos y batidos variados, cuando había visto mi despensa llena de bollería industrial. Lo de ser madre, lo llevaba muy arraigado esa mujer.

Y, como hacía cada mañana, me coloqué los auriculares con mi Spotify a tope, mientras me ponía camino al trabajo. Noté que alguien me miraba, me seguía o qué sé yo y me entró la paranoia de que el Miguel Ángel de las narices me estaba acosando, pero cuando me volví a un lado vi a Adriana haciéndome gestos de lo más ridículos para intentar llamar mi atención. Tuve que reír, cuando quería mi amiga era muy estúpida. Levanté la mano para saludarla, antes de que le diera un aire y se quedara con la expresión esa de lela por los siglos de los siglos.

Bender correteaba a su lado y Carlos sonreía mirando las muecas de mi amiga, el cual me saludó también cuando se dio cuenta de que por fin los había visto. Como no era demasiado tarde me acerqué, abrazando a la tarada de mi amiga.

—¡Eh, tú, chucho! ¡No me llenes de pelos que ya tengo bastante con mis clientas! —reprendí a Bender que se había subido apoyando sus *patorras* en mis piernas. El animal me respondió con un lametón y dándome golpecitos con el hocico en la mano para que le dedicara algunas caricias. Al final me ganó y lo achuché un poco. Para cuando levanté la cabeza aquellos dos se estaban morreando—. Puag, hay que ver qué asquito dais —Adriana soltó una carcajada sin alejarse de Carlos. Estaba guapa la jodida. Llevaba un top con el hombro al aire, una falda vaquera y unas Converse blancas. Carlos iba en bermudas vaqueras y camiseta *friki* de Stars Wars, me reí, parecía más joven que yo, el tío. Suerte que tenían algunos de no tener que trabajar el fin de semana.

—Buenos días. Tienes buena cara —me saludó la mujer-lapa.

—Por supuesto. Ejercicio, dormir bien y alimentación equilibrada... las claves de una vida sana.

—A saber a qué le llamas tú a hacer ejercicio. A salir a correr no creo que sea, que te llevo insistiendo hace casi un año para que vengas conmigo y siempre pasas de mí —me recriminó.

—Correr es de cobardes —sentenció como única respuesta, dándole un sorbo a mi zumo.

—¿Qué tomas? No tendrá alcohol eso, ¿no? —los saludos de Carlos siempre eran así, no te dejaban indiferente.

—Anda, mira, qué simpático el abuelo —Adriana me soltó un golpe en el brazo y Carlos sonrió—. ¿Quieres? ¿Necesitas emborracharte para aguantar a la empalagosa de mi amiga, verdad? Te entiendo, pero no, cariño. Esto es un *smoothie* —Adriana volvió a soltar una carcajada—. Oye, ¿y a ti qué te pasa? ¿Por qué estás de tan buen humor? —se encogió de hombros sin contestarme—. Vale, has follado, me alegro. Me tengo que ir, pareja... Venga, a ser felices.

No sé qué les hacía tanta gracia a aquellos dos, que soltaron otra carcajada. La próxima vez que fuera a su casa, investigaría a ver si tenían plantada maría o setas alucinógenas, porque aquello no era normal.

Emprendí de nuevo el camino a la peluquería, tenía que hacer un pedido al proveedor antes de que empezaran a llegar clientes, así que más me valía darme prisa. Cuando estaba abriendo la verja, apareció, de no sé dónde carajo, Miguel Ángel, con dos cafés, uno en cada mano, y una sonrisa alelada.

—Buenos días, princesa.

—Dios —murmuré... «¡Qué cansino!»—. Buenos días.

—Te he traído café.

—Tienes el don de la elocuencia, ¿eh? —solté y él rio. Otro... iba a

empezar a pedir que rulara esa porquería que tomaba todo el mundo por la mañana para estar de buen humor. Que no sabía si era maría o no, pero ya lo averiguaría, ahora estaba concentrada en el olor que desprendían esos vasos desechables—. Pasa, anda.

—Cielo, tienes que follar más, estás un pelín irascible —me soltó el muy lerdo.

—Pero si follé ayer —le contesté mientras caminaba al cuadro de luces y subía todas las palancas hasta que la peluquería quedó completamente iluminada. Miguel Ángel soltó otra carcajada.

—Pero si ayer no nos vimos —Don elocuente, lo que yo te diga... «buf, paso de explicarle a este hombre mi vida»—. Oye, cariño —cambió de tema—. El próximo fin de semana me han invitado a un rollo de unos amigos y pensé que igual te apetecía venir. Podremos beber gratis, comer algo y escabullirnos a alguna parte a mejorar ese humor que me traes.

—¿Un rollo de unos amigos? —Levanté la cabeza del ordenador, estaba esperando a que se encendiera para activar el Spotify, trabajaba mejor con música—. ¿Qué rollo? —pregunté por curiosidad. Hacía tiempo que no me daba una fiesta, comida y bebida gratis, intimar en lugares morbosos... No sonaba mal.

—Una boda.

En serio, ¿tan mal había hecho yo en otra vida para que me estuvieran dando tanto por saco desde primera hora de la mañana? Eso no prometía a nada divertido, era un compromiso, un muermo.

—¿Por qué quieres ir conmigo a una boda? ¿Por qué no te buscas a una chica normal que le molen las relaciones estables y se emocione con esas cosas? Yo es que es entrar en una iglesia y me da una urticaria... No creo en Dios —«ni en el amor, ya que hablamos del tema», pensé.

Lógicamente no fui tan directa con él, porque me parecía muy bestia

decirle: «Mira tío, te vas a gastar un dineral en tu traje y mi vestido (porque no se pensaría ese hombre que iba a tocar mi cartera para comprarme algo decente para su compromiso), vas a aguantar la chapa de la boda, la fiesta, el padre de la novia borracho, la madre llorando, los tíos cortando el liguero para venderlo... esas mierdas, y vas a soltar un pastón en el regalo, para que dentro de dos, tres, cuatro años a lo sumo se divorcien». Porque sí, porque yo creía mucho en las estadísticas y estas no fallaban, que a mí nadie me lo había contado, las había calculado yo sola en mi peluquería con lo que largaban las clientas por la boca. Me encogí de hombros con mi explicación, esperando a que no me diera más la chapa.

—No es por la iglesia, mujer. Es por lo civil.

—¿Un rollo así playero, con todo el mundo vestido de blanco y cócteles con sombrillas mientras el *dj* hace que retumben hasta las olas? — pregunté ilusionada.

—Ehm, va a ser que no —volvió a reír—. Por favor, vente conmigo. Prometo que lo pasarás bien. Mis amigos son guais. —¿A qué llamaría guay este hombre?

Miré la hora, quedaban apenas quince minutos para que empezaran a llegar clientes, ya me había liado el Miguel Ángel de los huevos y no me iba a dar tiempo de hacer el pedido. «Aagggg».

—Venga, vale. Pero lárgate ya, que tengo que trabajar —le exigí.

—¡Bien! —gritó pegando un salto y dándome un besazo en la mejilla.

—Eso. ¡Bien! Bien rectito te vas ahora de mi peluquería y ya estás preparando la cartera que el lunes nos vamos de compras —Miguel Ángel sonrió y parecía feliz.

—Lo que quieras. Me voy, te dejo trabajar —me dio un beso en los labios y se fue raudo y veloz antes de que me arrepintiera.

A este le borraba yo la sonrisa en la Avenida Diagonal cuando leyera

las etiquetas de los precios de la *boutique* a la que pensaba llevarle. Sonreí con malicia y me metí de lleno en mi jornada, al fin.

Capítulo 6

Haydée acababa de ducharse de nuevo, por tercera vez desde que había llegado a mi casa la noche anterior. Mi compañera no me había dejado dormir más de dos horas. Caminaba desnuda por mi estudio y me quedé pasmado mirándola. Lo único que me vino a la cabeza es que estaba muy confundido con ella, porque parecía un ser tierno y angelical y en realidad era una leona, ese lado morboso hasta el roce del exhibicionismo, nunca jamás me lo hubiera imaginado.

Lo había pasado muy bien, la verdad, pero tenía que hablar con ella, porque parecía muy a gusto y suponía que no tenía demasiadas ganas de marcharse de mi casa.

Trasteaba desnuda en mis muebles y se preparó un sándwich y un café con leche, sentándose en una banqueta frente a mi cama (vivía en un estudio, mi dormitorio formaba parte del salón y de la cocina, la veía desde la cama), me guiñó un ojo cuando notó que la miraba con cara de gilipollas. «Menudas tetas», intenté disimular la erección, pero no era tonta la rubia. Se dio cuenta de que mi cuerpo iba por libre y abrió las piernas mostrándome como estaba húmeda, hinchada y que, por supuesto, aún tenía ganas de fiesta.

O hacía que esa mujer se vistiera o no iba a hablar con ella antes de morir deshidratado. Me incorporé acercándome observando cómo masticaba despacio con una sonrisa socarrona. Me agaché frente a ella y me la desayuné, cuando la sentí tensarse y convulsionarse en mi boca, soltó el sándwich, se sacudió las manos y se acercó a mi oído al incorporarme.

—¿Te apetece darme unos cuántos azotes más?

Esa mujer iba a acabar conmigo, lo sabía, no iba a salir vivo de aquel fin de semana.

Se giró, apoyándose contra la encimera ofreciéndome las preciosas

vistas de su culo. Le di el primero muy suave y me colé dentro de ella de una estocada. No fue corto, pero sí intenso, la torturé metiéndome dentro de ella muy despacio y cuando ella agitaba las caderas yo salía de su interior, le daba un azote y volvía a entrar. Tenía que dejarla sin ganas de más por aquel día, porque yo no iba a aguantar otro asalto.

Volví a repetir, despacio pero profundo, cuando la oí gemir, le di un nuevo azote. La torturé, según mi reloj de cocina, unos cuarenta minutos, no rocé su clítoris ni dejé que lo hiciera ella hasta que prácticamente me suplicó que la follara fuerte, entonces lo hice, desfogándome dentro de ella y dejando que por fin ella hiciera lo mismo.

Nos duchamos de nuevo y esperaba que esa fuera la última ducha del día. Dimos un paseo, hablando de tonterías del trabajo, de los estudios, de lo que queríamos hacer en el futuro y paramos a almorzar algo. Se tomó una copa de vino y cuando las mejillas empezaron a teñírsele de rosa, cambió de tema.

—Oye, Fernando. ¿Sabes una cosa? El día que te conocí supe que necesitaba esto, que necesitaba que tú y yo estuviésemos juntos —me revolví incómodo en la silla—. Se rumorea por ahí que te dejó muy tocado una chica y que desde entonces no sales con nadie.

—¿Una chica? ¿Qué chica? —pregunté extrañado.

Si yo no había salido más de dos semanas con la misma tipa desde hacía siglos y la pregunta más importante: ¿rumoreaban cosas sobre mí? ¿Por qué?

—Una tal Adriana. No la conocí, creo que yo entré unos meses después de que se fuera —solté una carcajada tras su explicación.

—Menuda gente que no tiene nada de qué hablar y se inventan historias. Adriana y yo somos amigos —expliqué escuetamente.

—Pero ¿te acostaste con ella? —me preguntó con una sonrisa falsa.

—Sí, pero no me gustaba. No me colé por ella. Solo éramos colegas.

—¿Y por qué te acostaste con ella si no te gustaba? —me preguntó levantando una ceja con un gesto de suficiencia, como si me conociera, como si pudiera juzgarme.

—Pues igual que lo he hecho contigo, chica —el golpe no le sentó bien, lo supe desde el primer segundo y me arrepentí de ser tan brusco, pero es que la gente cotilla podía conmigo. ¿Qué le importaba a ella con quién me había acostado yo? ¿Y por qué narices la gente era tan estúpida de rumorear sobre algo de lo que no tenían ni idea?—. Perdón, no quería ser tan bestia.

—¿Eso piensas? —me preguntó, era ahora o nunca, tenía que ser sincero.

—Lo cierto es que sí. No me gustas, Haydée. Eres divertida y preciosa, pero no siento nada especial por ti. Decide mi entrepierna por los dos —bromeé intentando destensar el ambiente, pero a ella no le hizo gracia.

—¿Ni siquiera me vas a dar la oportunidad de saber si lo nuestro podría funcionar? —«pero, ¿qué nuestro, niña?». Me mantuve en silencio pues no quería meter más la pata—. Es un poco mezquino que me sueltes eso después de haber follado como cosacos toda la noche, porque juraría que durante las últimas horas me has comido con la mirada y con lo que no es la mirada también. Fernando, nos hemos acostado sin condón. Eres un cerdo.

—Pero... pero... —Haydée se levantó, limpiándose unos lagrimones que caían por su cara, y se largó— si fuiste tú. —Acabé la frase, aunque ella ya no me escuchaba.

Pagué la cuenta y caminé un buen rato hasta llegar a mi moto, que seguía aparcada frente al supermercado. Me sentía mal, pero luego recapacité en la idea de que ella me había manipulado, porque la noche anterior sabía que la iba a rechazar y no me dejó hacerlo. Se abalanzó como una loba y se lanzó a por todas, supongo que con la intención de que no me pudiera negar. Me encogí de hombros. Estaba asqueado ya de todo ese rollo. Me vendría bien

pasar una buena temporada sin tías, eran unas jodidas manipuladoras, un puto asco todo.

Cuando llegué a casa, tiré a la basura las reservas de condones que había por todos los rincones. Como cuando los alcohólicos vacían el contenido de las botellas a las que están enganchados, por el retrete, igual, pero con las gomas. «Se acabó. Ni una tía más». Prefería vivir tranquilo y hartarme a pajas si era necesario, que volver a estar con una mujer que quisiera manipularme para hacerme sentir mal porque no quisiera algo serio, porque menudo año llevaba.

Encendí el portátil y me puse a buscar por Internet algún directorio de colegios privados o concertados en los que pudiera echar el currículum. Necesitaba un cambio en mi vida, porque me estaba quedando mustio y estaba hastiado de llevar tres años viviendo exactamente igual.

Me acordé de Adriana y le escribí un WhatsApp.

FERNANDO 

«¿Qué haces, piernas bonitas?».

ADRIANA 

«Vestirme, voy a salir con las chicas».

FERNANDO 

«¿Estás desnuda? ¿Y no podrías mandarme una foto de tus tetas? Creo que a tu maromo no le importa compartirte. ¿A dónde vas?».

ADRIANA 

«¡Ja! Las ganas tuyas, guapo...A tomarnos una copa y menear las caderas. ¿Y tú? ¿No sales hoy?».

Casi me la imaginaba bailando mientras me lo decía, ya me había hecho sonreír. Siempre me pasaba cuando hablábamos y bromeábamos juntos.

FERNANDO 

«No, que va. Ya he tenido suficiente movimiento de cadera por hoy. Pásalo muy bien».

ADRIANA 

«¿Cuándo vienes a verme?».

FERNANDO 

«¿Por qué? ¿Necesitas un movimiento de cadera que no te da el novio ese que te has echado?».

ADRIANA 

«Ja y ja, qué gracioso. Harías buena pareja con mi amiga Diana, es como tú, siempre pensando en lo mismo».

FERNANDO 

«Como si tú no pensaras en ello».

Me contestó con un guiño y yo lo hice con un emoticono que le lanzaba un beso. Sonreí. Sonreí mucho. Estaba deseando que fuera miércoles.

Capítulo 7

Por fin se acabó la jornada. Me di una ducha rápida y pasé el secador por el pelo hasta que quedó liso. Lo cierto era que Adriana tenía razón, tenía el cabello demasiado largo, pero no había tenido tiempo para cortármelo, que no es que no me atreviera a hacerlo yo sola, pero me apetecía dejarme mimar un poco. Tendría que irme a la competencia a hacerme algo chulo, llevaba tiempo con la idea de cambiarme a un color más atrevido. Algo rojo, verde o naranja, ya decidiría.

Me enfundé un vestido, tacones y por supuesto, imprescindible, maquillaje. Durante todo el día estuve decidida a que aquella sería mi noche loba, y que acabaría dándome un magreo con algún tío que me pusiera muy perra en cualquier rincón del bar, pero la verdad era que a esas horas, y con mi humor de ese día, me apetecía algo más tranquilo: beber una copa con mis amigas, reír y pasar de todo.

—¿Qué te pasa hoy? —Me preguntó Adriana—. Por norma general no dejas de hablar o de hacer preguntas y estás en tu mundo. ¿Tienes algo que contarnos?

—Estoy mosqueada. Me ha liado Miguel Ángel para que vaya el fin de semana que viene a la boda de unos amigos suyos —solté sin anestesia ni nada.

—Ostras. ¿Sigues viendo a Miguel Ángel? ¿A una boda? ¿En plan cita? ¿Cómo te ha convencido? ¿Por qué? ¿Te has pillado? —me atacó a preguntas mientras Mónica intentaba cerrar la boca que aún tenía abierta.

—Joder, nena. No me hagas tantas preguntas. No sé... se puso a hablarme de bebida gratis, comida, polvos a escondidas y se me fue la neurona —mis amigas soltaron una carcajada—. No tiene gracia —protesté.

—A ti te gusta el moreno ese —soltó la muy insensata de Mónica, que

no hablaba mucho pero cuando lo hacía era para darle un premio. Premio a la más petarda.

—No es moreno, es rubio —expliqué.

—¿Miguel Ángel no era el de la disco esa, el que nos mandaste la foto? —preguntó Adriana.

—No, ese era Raúl, Roberto, Alberto... no sé, ese era otro —respondí encogiéndome de hombros, qué pesaditas se ponían con los nombres, ¿qué más daba cómo se llamaran?

—¿Cuántas veces has visto a Miguel Ángel? —me escudriñó Mónica con ojos rasgados. A mí la morena esta con rostro angelical y gafas de pasta rosa ya me empezaba a caer gorda.

—No sé... dos o tres veces —calculé mentalmente—. Igual cuatro o cinco. Pero no porque yo quiera. Se presenta en mi casa y en la peluquería cada vez que se le antoja y me trae drogas.

—¿Drogas? —rio Adriana.

—Sí. Café, pizza, mierdas varias de ese estilo —me defendí.

—Ya, vamos, que te ha conquistado —sentenció Mónica y se echaron a reír aquellas dos.

—No lo entiendo, de verdad. Ya hemos follado, no le he pedido nada y viene a buscarme cada vez que le apetece. Le he dicho que me acuesto con otros —expliqué intentando entender qué le pasaba a ese hombre.

—¿Se lo has dicho? —preguntó con los ojos desorbitados mi amiga «amor-y-monogamia-son-mi-bandera» (Adriana, por si no lo pillas, que la otra tampoco era muy defensora de mi actitud de picaflor).

—Bueno, en realidad, no se lo he dicho directamente. Solo le comenté algo en plan que el día anterior había follado... Bah, no te sé explicar cómo fue con exactitud, pero creo que no me creyó o me dio por loca.

—Igual se está encoñando de ti, Diana. Deberías ser más clara con él

—Mónica, todo simpatía ella.

—Ya —suspiré—. Debería —y no entendía por qué me resultaba tan difícil serlo con él. Igual era por la barba. A mí es que las barbas me cegaban.

Oí un WhatsApp en mi móvil y se me pusieron los pelos como escarpas. Adriana y Mónica me miraban con las cejas levantadas en lo que desbloqueaba la pantalla y miraba el mensaje, si me concentraba un poco podía escuchar la melodía de la banda sonora de *Psicosis* en la cabeza de aquellas dos.

Solté tremenda carcajada al ver una foto de Quique, sin camiseta, marcando abdominales de esas de babear, con el pelo todo encrespado a lo león y un puchero. El texto era escueto:

QUIQUE 

«Prométeme que el lunes llevarás puesto al trabajo algo que tape esas tetas increíbles que tienes».

Pobre. Rauda y veloz tecleé sin que desapareciera la sonrisa de mi cara.

DIANA 

«Llevaré mi uniforme, como siempre, soy muy profesional».

—Estás muy rara, Diana. Tú te estás enamorando —pronunció Adriana.

—Dios, qué pesada. Que ni muerta me pillo yo de un tío. Era Quique, el que te cruzaste en la peluquería el otro día —le mostré el móvil para convencerla.

—Vaya, está bueno. Tiene cuerpazo —dijo Mónica.

—Ya te digo. Creo que se está dejando el pelo largo aposta para tener excusa para venir a empotrarme a mi peluquería —expliqué con una sonrisa de autosuficiencia y se me había contraído todo al pensar en aquel hombre dentro

de mí.

—¿No te aburres de acostarte con unos y otros? —me preguntó, la muy demente, no tenía otra palabra para definir a Mónica.

—La verdad, Diana, es que yo tampoco lo entiendo, ni siquiera recuerdas el nombre de algunos que pasan por tu cama —y dale con el nombre, la otra mojigata se unió a la morena.

—En serio, no sé cómo me podéis preguntar eso. Si no os aburrís vosotras todos los días con el mismo, me voy a aburrir yo —intenté explicarme, aunque sabía que ellas estaban abducidas por los muermos esos con los que compartían vida y que no me iban a entender y mucho menos apoyar.

—Cuando menos te lo esperes estarás enamorada hasta el tuétano. Ya no eres la misma de antes, cuando te conocí eras más tajante con los tíos —sentenció Adriana.

—Ya. Me estoy volviendo un poco blanda. Pero yo soy feliz así, con la vida que llevo, me creáis o no. Es divertido. Bastantes responsabilidades tengo ya con mi negocio, no quiero otra cosa que me ate... Bueno, que me ate sí... y algún azote, así como en tu sueño guarro, pero solo así —Adriana se ruborizó y soltó una carcajada. Lo que yo te diga, una mojigata como una casa de grande—. Bueno, dejemos de hablar de mí que eso sí que me aburre. ¿No me vas a contar por qué estás tan contenta? Estás rara desde esta mañana.

—La próxima semana es mi aniversario con Carlos y no sé, estoy feliz. Hace un año que fue a buscarme a Gran Canaria y han pasado tantas cosas desde entonces. Mi vida aquí es un sueño —la culpa era mía por preguntar.

—¡Qué bonito todo! —ironicé, dándole un sorbo a mi copa, lo del país de las maravillas prefería dejarlo para los cuentos de hadas.

—Me alegro mucho de que seas tan feliz, Adriana. Te tocaba después de todo lo que viviste —Mónica se puso profunda acariciándole un brazo. Las

dos monógamas se achucharon.

—En eso tiene razón la morena. Carlos te trata bien y te cuida. Luchaste y lo conseguiste y solo te autocompadeciste un poquito hasta conseguirlo —bromeé.

Adriana rio al recordarle la de veces que nos habíamos metido con ella. Mónica y yo coincidimos en ser claras, no había excusas admisibles. Yo no creía en el amor, pero sí que creía en que en la vida hay que luchar por lo que a uno le apetece hacer o tener y ella estaba muy convencida de que su vida estaba junto a Carlos y al final lo había logrado.

Durante la noche se me acercó algún chico, de esos que en otro momento no hubiera dudado en arrastrar hasta mi cama. Por supuesto me dieron conversación, me invitaron a alguna copa, intentaron ligar conmigo pero ni los miré, no me apetecía irme con nadie, por una vez quería dormir sola y tranquila.

Bailamos, mucho, como locas medio borrachas. Riendo a carcajadas porque se nos trababa la lengua al intentar seguir las letras y los pies ni te cuento. Saltamos, gritamos, meneamos las caderas, bebimos y bebimos más.

Cogimos un taxi entre las tres para la vuelta, la primera que se bajó fue Mónica quejándose de que iba a tener que hacerle chantaje (sexual) a Unai para que se encargara de la niña cuando se despertase en apenas unas horas, porque necesitaba dormir para recuperar el estado de madre responsable.

Adriana estaba abrazada a mí, medio desmayada. Hacía mucho que no salíamos y nunca habíamos aguantado hasta tan tarde, bueno, al menos yo nunca me había quedado el suficiente tiempo con ellas para saber a qué hora habían vuelto a casa.

—Estás rara —murmuró mi amiga.

Me costó entenderla, que ella estaba borracha pero yo tampoco tenía muchas luces.

—¿Por qué? —pregunté.

—No te has ido a casa con ningún tío del que te tengas que dar golpes en la frente para recordar su nombre mañana —me explicó.

—Chica, os importa más a vosotras eso que a mí —reí—. Hoy no me apetecía. Estoy un poco asqueada de eso, me aburro, me aburren.

—Te gusta Miguel Ángel —declaró convencida.

—No. Lo cierto es que no.

—¿Y por qué vas a ir a esa boda con él? —preguntó a Adriana o al menos eso le entendí.

—Pues yo qué sé. Por hacer algo diferente, ponerme guapa, charlar con gente, comer y beber. Porque me va a comprar un vestido en una *boutique* que su tarjeta de crédito va a temblar y eso me hace gracia. Coge la razón que te apetezca.

—Porque te gusta... —Insistió—. Rara... muuuyyy rara —repitió y reí.

Pasé de ella, no quería explicarle por millonésima vez que simplemente no me apetecía irme con nadie y ya está, sin más explicación.

Al día siguiente me levanté a una hora incierta, bastante resacada, con la boca pastosa, el estómago revuelto y una punzada de dolor en la cabeza que hacía que me costara hasta respirar. El zumbido del modo vibrador de mi móvil me empezó a taladrar la cabeza, menos mal que lo había puesto en silencio, porque si llega a sonar la música que tenía de melodía en mi estado, me hubiera querido morir.

Fruncí el ceño al ver el nombre que aparecía en mi pantalla. ¿Qué habría pasado? Olvidé la resaca, el dolor de cabeza y que hasta hace un segundo me sentía incapaz de vocalizar dos palabras seguidas.

—¿Carlos? —contesté.

Capítulo 8

Como estaba de vacaciones no tenía por qué madrugar. Aún así, me levanté temprano y me fui a dar un paseo, parando en un bar cercano a tomarme un café. Terminé la mañana en una conocida zona comercial para comprar unos vaqueros nuevos, camisetas y unas Vans, no era yo mucho de ir de compras, pero me vendría bien tener algo de ropa nueva para el viaje.

Con calma preparé la maleta, estaría unos días en Barcelona y tenía tantas ganas de perderme de todo, que hasta me daba igual quedarme en casa de Adriana y Carlos, que siempre me había parecido un corte.

El trayecto en avión fue tranquilo, iba bastante vacío y los asientos a mi lado estaban desocupados, así que estaba cómodo. Dormité a ratos y en cuánto me espabilé me puse una película en la *tablet* que hizo que el trayecto se me pasara rápido.

Carlos se retrasó casi una hora, así que lo esperé en la cafetería, tenía intención de tomarme un café bien cargado, pero me pedí directamente una cerveza sin alcohol, necesitaba refrescarme. Era algo estúpido pero estaba inquieto. La calefacción del aeropuerto estaba demasiado alta para mi gusto y tenía la garganta seca, igual por la temperatura, por los nervios o ambas cosas.

—Eh, Fernando. ¿Qué tal? —oí una voz y levanté la cabeza de mi móvil, que toqueteaba por hacer algo. Me puse en pie para saludar a Carlos.

—Hola. Gracias por venir a recogerme —nunca había sido demasiado tímido, pero con Carlos no terminaba de sentirme cómodo como para soltarme.

—Perdona el retraso. He mandado a Adriana a una reunión a la otra punta de Barcelona que la mantendrá ocupada todo el día, para poder prepararle la sorpresa y he tenido que llevarla en coche—sonrió.

—No hay problema.

—Vamos —comenzó a caminar a mi lado—. Estás cambiado —me miró de reojo y sonrió—. Me ha costado reconocerte.

—Sí, me lo suelen decir —reí acariciándome la barba.

Durante el último año, había pasado bastante de ir a la peluquería y con lo que me ahorraba en cortes de pelo, hojillas de afeitar y unos cuantos de cientos de euros más, fui llenando mis brazos de tatuajes que hacía demasiado tiempo que quería hacerme y siempre había terminado posponiendo el momento.

—Si te parece, te voy poniendo al día un poco del plan por el camino —asentí—. Mañana le he preparado una sorpresa especial a Adriana, así que hasta entonces, no podrás aparecer en escena, por lo que hoy te he buscado un sitio para que duermas.

—Genial —no esperaba pasar mi primera noche en Barcelona en un hotel, pero entendía que teníamos que esperar al día siguiente para sorprender a mi amiga, aunque realmente, lo que me apetecía era aprovechar cada minuto que estuviera en aquella ciudad y hablar con ella por los codos, tendría que esperar, no me quedaba otra.

—Le he preparado algo íntimo, con unos pocos amigos a la hora del almuerzo. Por la noche he reservado un hotel para nosotros dos, pero ya podrás quedarte en casa, sin problema y le daré unos días libres en el trabajo para que podáis estar juntos y aprovechéis el tiempo —asentí—. ¿Has estado alguna vez en Horta?

—No, que va. Nunca he venido a Barcelona. La verdad es que Adriana me ha hablado tanto de todo esto, que siento que lo conozco, pero no he estado nunca —Carlos asintió.

—¿Te importa si paramos a tomarnos un café? Lo necesito —me sugirió. Palabras mágicas. Ya le empezaba a coger cariño al hombre aquel.

—Claro, perfecto.

Carlos arrancó. Hablamos durante el trayecto de cosas triviales, lo típico: que el vuelo había salido en hora, que había sido tranquilo, el cambio de temperatura entre Gran Canaria y Barcelona, esos típicos temas para no quedarte en silencio. Al mirar a Carlos se me venía a la cabeza Adriana, en mi cama, abrazada a mí, exponiéndome sus dudas sobre él, hecha un manojo de nervios porque se lo había hecho pasar mal en Barcelona, pero al final, lo importante era que todo se solucionó, sonreí sin decirle nada de lo que pasaba por mi cabeza.

Unos veinte minutos después, aparcamos cerca de una cafetería. Él se pidió un capuchino y yo un cortado, me vendría bien espabilarme. Lo vi trastear con el móvil y me mantuve en silencio, no quería molestarle. Igual estaba trabajando o hablando con Adriana. Sonreía mucho, así que imaginé que no se ponía tan contento por el curro.

—Quiero presentarte a alguien que vendrá ahora —me explicó y asentí—. Me acaba de confirmar que está llegando. Te vas a quedar en su casa. Al principio pensé en que fueras a un hotel, pero eres nuestro invitado, y la idea de dejarte solo hasta mañana, no me parecía bien. Mi vecino Eduardo no hubiera tenido problema, porque vive solo y la casa es tan grande como la mía, pero allí corremos el riesgo de que te vea Adri, así que esta noche te voy a poner en otras manos —me encogí de hombros, me daba un poco igual, lo que quería era ver a Adriana y la espera se me iba a hacer larga, estuviera donde estuviese.

Unos minutos después, apareció a nuestro lado una chica rubia con unas gafas de sol, iba vestida de negro de arriba abajo.

—Hola —se acercó a Carlos y lo abrazó, dándole dos besos—. Hola —dijo mirando en mi dirección—, ¿el barbitas es Fer? —le preguntó a él, levanté una ceja y reí, menudo saludo.

Carlos soltó una carcajada.

—Perdona, Fernando, se me olvidó advertirte que Diana es buena, pero le falta filtro en la lengua.

—¿Y yo qué he hecho ahora? Si no he dicho nada, que acabo de llegar —se acercó a mí y me dio dos besos—. Picas, tienes que arreglarte esa barba. Tienes mucho pelo por aquí —dijo toqueteándomela por los lados—. Luego te doy un champú específico con acondicionador para esta zona, que te la suavizará —levanté las cejas y miré a Carlos espantado, pero ¿esa loca quién demonios era? Me olió. Juro por Dios que se acercó a olerme la barba.

Carlos se partía de risa.

—Fernando ella es Diana, es muy amiga de Adriana y va a ser tu anfitriona hoy —me explicó por fin, como si pudiera leerme la mente.

—Hostias —murmuré—. ¿Y dónde dices que queda ese hotel en el que podía hospedarme solo?

—Oye, desagradecido —me escrutó ella con los ojos rasgados.

—Perdón, era broma —rectifiqué, no me fuera a llevar un sopapo, que esa mujer estaba medio loca. Adriana se había quedado muy, muy corta cuando me había hablado de ella. ¿Ésta es con la que decía que haría una buena pareja? Pero si estaba como una puñetera cabra. Sonreí antes de que me mordiera un brazo—. Encantado de conocerte.

—Hazme caso, barbitas. Los *hipsters* se cuidan mucho para lucir una barba suave, esponjosa... —insistió.

—Yo no soy *hipster* —la interrumpí. Mierda, no me había traído ibuprofeno y ya me dolía la cabeza. Menudo día me esperaba—, solo soy descuidado, vago... vamos, que me aburrí de afeitarme y listo.

Diana me sonrió pero supuse, por su expresión, que si tuviera una catana cerca me hubiera rajado de lado a lado.

—Bueno, tenemos lío hoy. Me tomo algo y nos vamos, ¿vale? —asentí. Dios bendito. Ni siquiera se sentó, aquella chica era hiperactiva, en cinco

minutos que llevaba allí no paraba de moverse, fue hacia la barra y la vi hablando con la camarera.

—¿Un calmante no tendrás, no? —murmuré no me fuera a oír y la liáramos parda. Carlos soltó una carcajada.

—Es simpática, ya verás que te cae bien.

—¿Seguro? ¿Cuándo? Está como una regadera —sonreí porque la teníamos casi encima y guardé silencio, volviendo a mi café. Traía en una mano un trozo de tarta y una taza en la otra.

Me sonaron las tripas. A saber cuándo volvía a tener la oportunidad de comer. Cuando pasó una camarera por mi lado, me pedí un pedazo de tarta igual que el de ella, que olía bien y parecía que estaba buena porque había hecho que aquella mujer se mantuviera en silencio un rato.

Carlos nos explicó el plan de nuevo y dejé de prestarle atención a la rubia entrometida. Ella escuchó sin hablar, la miré dos veces de reojo por si se había atragantado y había muerto ahogada y no nos habíamos enterado, porque que de pronto estuviera tan callada, era raro.

—Bueno chicos, yo tengo que volver al trabajo. Mañana nos vemos, Fernando. Diana, cuídame y no le des mucha caña —le guiñó un ojo a lo que ella sonrió.

Carlos había dejado la comanda pagada, así que nos levantamos para marcharnos cuando acabamos de comer.

—¿Te gusta la música? —me preguntó al salir de la cafetería.

—¿A qué clase de persona no le gusta la música? —respondí.

—No sé... ¿a los vagos que no les gustan que les arreglen la barba? Te podría cortar un poco el pelo también. Mira, por aquí tienes las puntas abiertas —me tocó el cabello por la nuca, sorprendiéndome con el contacto, me dio un escalofrío.

—Ya empezamos —murmuré.

Al parecer había dado con otra que quería fiesta (más desequilibrada aún que la última). Pues yo no tenía ganas de nada. Solo quería darme una ducha y quizás leer un poco. Diana apartó la mano, supongo que me escuchó, pero es que ya me daba igual. ¿No se quejaban de que no era claro?, pues lo sería.

—Tengo que ir a la peluquería, ¿te importa venir conmigo? —me pidió cambiando de tema.

—Vale, no tengo planes hasta mañana. En lo que te pueda ayudar, encantado —Diana me miró con una sonrisa extraña y socarrona, que ignoré. No le iba a preguntar qué pasaba por su cabeza. No tenía ganas de seguirle el juego.

Me tendió un auricular y comenzaron a sonar los acordes de una canción punk que no conocía, no sonaba mal, así que caminamos en silencio uno al lado del otro un buen rato. Diana no aflojaba el paso, caminaba a todo trapo con las manos en los bolsillos y cantando, no lo hacía mal. Yo la seguía arrastrando la maleta a mi lado por la ciudad.

Unos minutos más tarde, llegamos a lo que supuse que era su peluquería. Coquetería Ribelles. Tenía buena pinta, un local moderno, amplio y muy luminoso decorado con tonos blancos y rojos y espejos interminables. Paró la música y le di el auricular que llevaba puesto, que guardó en el bolsillo trasero, abriendo la reja del local. Cuando accedimos volvió a cerrar la puerta y puso el cartel de vuelvo en cinco minutos.

—¿Te importa encender el ordenador y poner algo de música? Tengo que preparar unas cosas dentro —me pidió, le contesté encogiéndome de hombros.

Fui hasta el ordenador que estaba tras el mostrador. Activé Spotify y le eché un vistazo a sus *playlists* y listas de reproducciones. No tenía mal gusto. Puse *Basket Case* de Green Day, me gustaba esa canción, y me fijé que justo

debajo del mostrador había un pequeño frigorífico, el cual, tras abrirlo, comprobé que estaba repleto de latas de Coca Cola. Me tomé la libertad de coger una, a ver si se me pasaba un poco la sed del demonio que tenía, supuse que no le importaría.

—Coge, sin problema. ¿Puedes darme una para mí? —me preguntó, entraba en la sala en ese momento arrastrando un carrito de esos típicos de peluquería. Cogí otra lata más y me acerqué a ella para tendérsela. A su lado abrí la mía y di un largo trago—. Oye, ¿me vas a dejar arreglarte esa barba? No te voy a cobrar, lo hago por orgullo y amor propio.

—¿Amor propio? —pregunté sorprendido.

—Me gustan las barbas —se encogió de hombros.

—No me pone nada el rollo fetiche ese que os traéis las tías con afeitarnos —solté. Vale, me estaba faltando filtro ese día, no sabía por qué esa mujer hacía que me pusiera tan a la defensiva.

—Dios, eres más plasta que Miguel Ángel —refunfuñó poniendo los ojos en blanco.

—¿Quién es Miguel Ángel? —pregunté riendo por su gesto de asco.

—No quieras saberlo. Bueno, ¿me dejas o no? —se empecinó señalando la silla.

—La verdad es que simplemente había pensado afeitarme antes de ver a Adriana, no tenía intención de dejarme estas pintas—expliqué a modo de disculpa, no iba a dejar que esa tipa se acercara a mí con unas tijeras o una navaja.

Ya me imaginaba que se iba a poner pesada así que resoplé cuando puso un puchero y se enfurruñó.

—¿Quieres darme el gusto? No te conozco de nada y vas a dormir en mi casa —era cabezota la tipa.

—Venga, yo te dejo que me cortes la barba si tú me dejas que te

arregle el pelo —dije mirando los cabellos rebeldes que se le habían salido del moño y que se habían colocado a su antojo... que estaba despeinada, vamos.

—Ni de coña. No tienes ni puta idea de peluquería —respondió con una sonrisa burlona.

—No me conoces de nada, no sabes cuáles son mis habilidades. Yo tampoco tengo idea de las tuyas —me encogí de hombros.

—¡Tengo una peluquería! —soltó exasperada y sonreí.

—O lo tomas o lo dejas —resolví, sabiendo que me iba a mandar a cagar, pero así acabaríamos antes y nos iríamos pronto.

—Venga, vale.

—¿Qué? —esa tía estaba más loca de lo que pensaba.

—Pero no vas a meter una tijera en mi pelo —me advirtió.

Levanté las cejas. ¿Qué quería que le hiciera? ¿Unas trenzas? Era lo único que había hecho en la vida a un cabello de mujer, mientras mi hermana me chillaba que dejara de darle tirones. Porque creo que lo que hacía dentro de mi cama, con las que pasaban por allí no contaba como experiencia en peluquería. Reí.

—Estás como una regadera —seguí riendo.

—Siéntate ya, pesado.

Diana comenzó a cantar *Complicated* de Avril Lavigne que sonaba de fondo, le gustaba cantar o lo hacía para no tener que hablar, pero como se le daba bien y mis tímpanos no corrían peligro, tampoco protesté. Me senté y la dejé hacer, era una latosa de cuidado y, o la dejaba salirse con la suya, o al final iba a necesitar un calmante de verdad.

Empezó a manejar las tijeras con agilidad, concentrada en lo que estaba haciendo y yo me mantuve en silencio, no se me ocurría nada que decirle. La verdad es que me esperaba una tía más simpática, más divertida,

por lo que me había explicado Adriana de ella, no a la loca del moño esa que movía ese artilugio cual Eduardo Manostijeras. Después de un buen rato con artefactos varios, me hizo pasar a la zona de los chorros y me echó un jabón en la barba, era raro e incómodo, pero bueno, me suponía que ya estaba a punto de terminar mi suplicio.

Se colocó delante de mí para secármela con una toalla y tuve que apartar la mirada porque tenía un escote muy pronunciado que quedaba a la altura de mis ojos. Secó el bote que acababa de utilizar y lo colocó en una bolsa, tras lo cual fue hasta una estantería rebuscando algo y sin pensar, murmuré la canción que sonaba, *Welcome to my life* de Simple Plan moviendo la cabeza.

Me miraba de forma extraña cuando venía en mi dirección, trasteaba con un bote minúsculo de unos tres centímetros, del que dejó caer unas gotas en la palma de su mano y me la aplicó en la barba. Olía muy bien, no atinaba a distinguir a qué, pero era suave.

—Casi me das penita cantando eso —intentaba picarme, lo sabía.

—No cantaba —solté.

—¿Eres un alma solitaria que promulga a los cuatro vientos que está solo y deprimido? —se burló de mí. La rubia me estaba tocando los huevos.

—No. Para nada. Solo cantaba.

—Pensé que no cantabas.

—¿Tienes intención de volverme loco en las próximas veinticuatro horas? —le pregunté exasperado. Cada vez que abría la boca me ponía de los nervios.

—Vaya, qué sensible —colocó el bote pequeño en la bolsa y me la tendió—. Esto es para ti. Todas las mañanas te lavas la barba con el champú que te he puesto aquí, te la peinas con un peine de púas. ¿Tienes? ¡Qué vas a tener! —respondió antes de que yo lo pudiera hacer. Solté una risilla y la vi

rebuscar en unos cajones, colocó lo que parecía un peine de juguete con lo demás—. Luego te echas unas gotitas del aceite, solo un poco y listo. Tienes que ir recortándola por aquí o mejor ve a una peluquería una vez a la semana o una vez cada dos, si eres demasiado vago para mover tu culo hasta un local decente.

—No creo que aguante demasiado con la barba, pero gracias. Ha quedado bien —dije mirándome en el espejo, había hecho un buen trabajo, unos minutos antes parecía un vagabundo y en ese momento estaba hasta guapo.

—Venga, te toca. Vamos a elegir un tinte a ver si logro que no me hagas una masacre —resolvió decidida. Me eché a reír.

—¿Te vas a dejar teñir por mí? —pregunté. Se encogió de hombros.

—Era el trato, ¿no?

—Pero elijo yo el color —bromeé.

—Vale —definitivamente estaba loca de remate. Aunque pensándolo mejor, trabajaba en una peluquería, si le hacía un desastre podría arreglarlo casi sobre la marcha—. Yo preparo la mezcla, que no me fio un pelo —sonreí—. Sírvete un café si quieres, nos queda un buen rato antes de irnos a almorzar e imagino que ya tienes hambre.

Me señaló la cafetera y me explicó cómo utilizarla. Nos tomamos el mejunje en silencio, ella de vez en cuando, tocaba mi barba muy seria y a mí eso me hacía gracia porque me parecía un gesto muy íntimo y ella lo repetía como si nada.

Fuimos tras el mostrador, pensé ponerle algo estrambótico en el pelo, tipo un azul o un negro que hiciera que se cagara en mis muelas, pero era amiga de Adriana y no quería que le fuera con el cuento de que me había puesto borde y me había cargado su melena y mi amiga me echara un sermón.

Miré su cara, intentando averiguar qué color le sentaría bien. Igual

encontraba mi profesión frustrada a esas alturas de la vida. Tenía la tez pálida, los ojos verdes, algunas pequillas muy suaves sobre sus pómulos y por la nariz, que con su forma puntiaguda, aniñaba su aspecto. Los labios eran anchos, no demasiado carnosos, de un color natural rosáceo. Era bonita y lo sería más si dejara guardada esa lengua viperina y se mantuviera callada. Sonreí sin decir nada. Yo era pelirrojo, tenía pecas, ojos claros... suponía que mi color le sentaría bien, pero por molestarla un poco le señalé un tono naranja cantoso que había en la paleta. Ella sonrió. Sonrió mucho.

—Me encanta —declaró dando palmas. Vale, pues había acertado sin querer.

Me hizo poner unos guantes, bastante poco varoniles, dicho sea de paso, y me fue explicando los pasos que tenía que dar. La media hora que tuvimos que esperar a que hiciera efecto el color hablamos de Adriana. Me contó algunas anécdotas del último año.

Al preguntarle cómo se habían conocido se le volatilizó la sonrisa, me contó todo, desde el momento en que Adriana se había presentado una noche en su casa, tras un ataque de celos de Álvaro. Adriana le había contado su suplicio con él y después, cuando volvió a Gran Canaria y pasó todo lo demás, le había hablado de mí. La muy bruja me soltó que sin duda había exagerado y que no era tan guapo como le había dicho. Hablamos de toda aquella época, cuando trabajábamos juntos en el supermercado, de lo que ocurrió con Álvaro cuando fue a buscarla a casa de su madre y lo mucho que nos habíamos unido Adriana y yo desde ese momento.

Hablamos de ese cerdo y me contó que tuvo un enfrentamiento con Carlos cuando Adriana huyó a Canarias, que estaba tan desquiciado y desesperado por encontrarla que se presentó en el despacho para exigirle responsabilidades. Diana me contó que le había sonsacado a Carlos que se había llevado un puñetazo de aquel tipo, pero que no se defendió ni le

correspondió, le pidió que se largara y le puso una denuncia por agresión. Adriana no sabía nada de lo que había ocurrido, nunca había preguntado y él prefería no contárselo y dejar en el pasado todo lo que pasó con aquel desgraciado.

Esa última media hora hablando con Diana me pareció más normal, menos chiflada, lo cual se me pasó cuando me pidió que me volviera a colocar los guantes para que le lavara la cabeza. Era raro, tanto como que ella me hubiera lavado la barba a mí, pero no estaba mal, era hasta un poco erótico aquello. A ella parecía gustarle la forma en que yo lo hacía, así que le di el gusto de no protestar ni hablar durante el rato que estuve tras el grifo y le masajeeé el cráneo mientras ella cerraba los ojos.

Se pasó el secador y el pelo le calló liso, supongo que su confianza en mí no pasaba por poner entre su pelo y mi mano nada que pudiera quemarlo.

—Me gusta —dijo—. Lo has hecho muy bien, ha quedado uniforme y el color es bonito.

—¿Me contratas? —bromeé.

—¿Necesitas curro? —preguntó con las cejas levantadas.

—Lo que necesito es cambiar de vida.

—*Welcome to my life* —canturreó.

—No soy un niño depresivo y llorón —protesté como si tuviera que justificarme con aquella tipa que no conocía de nada. Ella sonrió y me acarició la barba de nuevo. Se acercó a olerla y me dejó descolocado. ¿Quedaba mucho para que se acabara ese día?

—¿Notas el olor? Huele muy bien, me encanta esa esencia, es mi favorita —me dijo, supongo que para justificarse, porque que me resultaba incómodo que lo hiciera debía notarse.

—Sí, huele bien —tuve que admitir—. ¿Qué es?

—Albaricoque.

—¿Albaricoque? Vale, huelo a champú infantil —protesté con una sonrisa.

—Eres un quejica. Venga, vámonos a casa para que sueltes la maleta y luego si quieres salimos a comer algo o nos pedimos comida a domicilio. Lo que te apetezca. Esta tarde me voy a dar el lujo de cerrar la peluquería.

—Oye, Diana. Muchas gracias por lo de la barba, por dejarme jugar a los peluqueros durante un rato y por acogerme en tu casa —debía reconocer que fuera como fuese, había sido amable conmigo.

—Lo hago por Adriana —sonrió y la esperé en la puerta en lo que apagaba las luces. «No, yo lo hago por Nefertiti, no te jode»—. Oye, barbas... ¿A ti te gusta la comida china? —me preguntó Diana mientras bajaba la reja de la peluquería.

—Tengo hambre. Me comería hasta a un chino si me dejaras ahora mismo. No he comido nada decente desde ayer —respondí

—Vale, pues ahora llamo y nos subimos a casa algo rico. ¿Te gusta el pollo en salsa de ajo? No me fío de las personas a las que no les gusta, ya te lo advierto —me dijo señalándome con el dedo. Rompí a reír.

—No osaría en quebrar tu confianza hacia mí y menos hoy, de lo contrario no me dejarás dormir contigo, pide lo que te apetezca, soy bastante bueno de boca —me di cuenta de que se había quedado atontada mirando detrás de mí, con las cejas levantadas y me giré.

Detrás había un tipo que me pasaba como dos palmos, pero dos palmos de alto y dos palmos de ancho. Traía una cara de mosqueo de la leche, lo que podía entrever a través de su barba, porque eso sí que era una barba que le llegaba hasta el pecho. Apretaba los puños a los lados.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó y a mí se me abrieron los ojos como platos. ¿Sería el novio celoso de la peluquera? ¿Qué quería decir exactamente con lo de «todo esto»? ¿Por qué acababa de cortarme la barba?

¿Por qué cerraba ya la peluquería y no le recortaba la suya primero? ¿Por qué había dejado de ser rubia?—. ¿Me lo puedes explicar, Diana? ¿Quién es este?

No perdí de vista los puños del rubiales, porque ya estaba viendo venir una hostia y tenía todas las papeletas para que me cayera a mí en lugar de a alguna pared que le destrozara los puños. Como Diana no contestaba, me giré para mirarla y la cara de mosqueo de ella era peor aún que la de él. Lo miraba con los ojos rasgados, el ceño fruncido y los brazos en jarras.

—Pero bueno, ¿y a ti qué narices te importa? —preguntó ella al fin mosqueada. Me iba a llevar una torta, pero fijo, fijo.

—¿Cómo? ¿Cómo puedes hablarme así? —bramó mosqueado el hombre.

—Que a ti no te importa un pimiento. ¡Que te des el piro!

Lo que me faltaba, estar en medio de una discusión entre enamorados, y no dos enamorados cualesquiera, sino de la loca del moño y un vikingo de dos metros. Resoplé.

—Venía a traerte el resguardo de la lavandería, tienes que presentarlo el viernes para recoger el vestido para la boda —el tipo se sacó un papel del bolsillo trasero y lo tiró al aire, cayó a mis pies, pero no me moví. Esperaba que fuera como las abejas, que si no te mueves y no las molestas no te pican, porque esos puños debían picar y mucho.

Diana gruñía algo ininteligible y el monstruoso rubio me miró con odio, así que decidí intervenir.

—Eh, que yo no soy nadie. Nos acabamos de conocer.

—No le des explicaciones a este imbécil. Miguel Ángel, ¡que te largues! —soltó ella y daba miedo la tía y eso que debía medir poco más de metro sesenta.

—¡Ah! ¿Tú eres Miguel Ángel? ¿El plasta? —pregunté mirando para Diana, se me había escapado obviamente. Diana soltó una carcajada.

—El mismo. ¡Qué aburrida estoy de los tíos! De verdad, qué asquito me dais —protestó mirando al rubio—. ¿Crees que soy algo tuyo? ¿De tu propiedad? ¿No te ha quedado lo suficientemente claro que paso de ti?

Al rubio se le saltaron las lágrimas. En serio, aquel hombre de dos metros lloró y yo me quedé a cuadros, alucinando, flipando... ¿Dónde me habrían echado las drogas? Porque aquello no podía ser real.

—Lo que me faltaba ya. Vamos, Fernando. Paso de ver cómo este tío hace el ridículo de su vida.

Era cruel y despiadada la jodida, porque a mí me había dado un poco de pena pero a ella no parecía haberle afectado lo más mínimo. ¿Por qué no le decía que no era nadie? ¿Que me iba a quedar en su casa para hacerle un favor a un amigo? Un favor no sexual, me refiero. Vamos, que no entendía una mierda pero ellos sabrían.

Diana le pasó la llave a la verja, sacó el móvil y marcó rápidamente. La escuché hablar con los del restaurante para pedirle un par de rollitos de primavera, arroz tres delicias y pollo con salsa de ajo. Pasó a mi lado y al lado del rubio y siguió caminando a paso ligero y yo tenía mucha hambre, demasiada. Mi estómago no me dejaba ser solidario con esa persona que suponía que acababa de vivir una ruptura dolorosa con la tía de pelo naranja que guardaba mala leche encerrada en ese cuerpo angelical como para tumbar a un ejército.

—Lo siento, tío —dije girándome, porque irme así sin más, me daba cosita—. Supongo que ya estaba así de loca cuando la conociste.

Miguel Ángel ni me miró y seguí a Diana arrastrando mi maleta, más que nada, porque no sabía el camino a su casa y no tenía su número de teléfono. No me apetecía dormir en la puerta de la peluquería tal como si fuera un perro guardián.

Capítulo 9

Pues lo que me faltaba ya, flipando me había quedado con el Miguel Ángel de los cojones. Pero ¿quién demonios se pensaba que era para montarme un espectáculo de tal calibre y delante de Fernando?

Por Dios, menuda vergüenza.

—Se acabó, Diana. ¡Se acabó! Es la última vez que dejas dormir a un hombre en tu casa —refunfuñé.

—¿Eso es por mí? —oí a mi espalda, pero no me giré. El pelirrojo debía ser aún más lerdo de lo que era evidente a primera vista.

—¡Asco! ¡Asco de todos los putos tíos! Ni uno más —seguí a lo mío, desahogándome.

—Ejem... es que... Diana... ¡Diana! —Fernando corría como un cervatillo asustado siguiendo mis pasos y arrastrando la maleta. Si no fuera por Carlos y Adriana lo mandaría a freír morcillas.

—¡Quééé! —vociferé.

—Dios, ¡qué miedo das! Que yo soy un hombre —soltó.

—Un hombre, dice. Tú no llegas ni a medio —refunfuñé.

—Joder con el genio de la rubia —escuché que murmuraba a mi espalda.

—Ya no soy rubia, imbécil. Me has teñido tú. ¿Por qué, señor? Por qué me tocan a mí todos los tontos del culo. Anda, camina de una vez, que esto no es contigo, no lo ves ¿o qué? Mira que eres egocéntrico.

Fernando comenzó a reír. ¿En serio? ¿Se estaba riendo? ¿De mí? ¿Conmigo? ¿Había soltado un chiste y no me había enterado? No me estaba haciendo ni puñetera gracia, eso seguro.

—Perdona —se disculpó, pero pasé de él, no lo conocía de nada y tampoco teníamos que hacernos amigos porque lo fuera de Adriana. Solo le

estaba haciendo un favor a Carlos y a mi amiga dejando que se quedara en casa y al día siguiente se iría—. Es que menudo genio tienes, chica.

Me giré levantando una ceja.

—Anda, vamos, que tengo hambre —aceleré aún más el paso.

Por fin me alcanzó y caminó en silencio, lo cual agradecí. Pasamos por el restaurante, cogí la comanda, que se empeñó en pagar y subimos hasta mi casa, que estaba dos portales más allá.

Al pasar el umbral y encender las luces, hablé:

—Salón, cocina —dije señalando a la izquierda—, pasillo, dormitorio, cuarto de los tratos y baño —señalé a la derecha esta vez—. Hay una pequeña terraza allí detrás, pero la puerta está mal, se atasca, si la abro, luego no puedo cerrarla. Fin de mi palacio. ¿Comemos?

—Por favor.

Pasamos a la cocina, donde había una mesa pequeña. En el salón tenía una más grande, pero para nosotros dos era demasiado, no tenía ganas de quitar todos los platos que había encima tirados. Cuando empecé a abrir tarrinas, Fernando trasteó en mis muebles sacando platos, vasos y cubiertos.

Comía a dos carrillos el muy bestia, tal como hacía yo. Cuando me sentí lo suficientemente satisfecha, le sonreí con la boca llena.

—¿Mejor? —me preguntó.

—Sí, el hambre y mi paciencia no se llevan bien —me justifiqué.

—Ya lo he visto —bromeó—. ¿Novio celoso? ¿Ex que no quiere admitir vuestra ruptura?

—Nada de eso, no es más que uno que pasó por mi cama y se cree que vamos a casarnos o algo así, porque no me lo explico —me encogí de hombros.

—¿Sabes que no cogiste el resguardo de la lavandería, verdad? —me preguntó.

—Da igual, el vestido lo pagó él —reí maliciosamente.

Sí, era un poco bruja, lo sabía. Era una pena, porque después del espectáculo de hacía un rato me quedaría sin vestido, con lo caro que le había costado y lo mucho que me gustaba.

—En serio, estoy asqueada de los tíos. Últimamente me topo con cada elemento que es para alucinar. Creo que va siendo hora de pasar de todos ellos, estoy harta. Me voy a comprar un vibrador, uno de esos mega caros que me haga hasta el café si lo pido —Fernando soltó una carcajada—. Tú ríete, chaval. Pero hay que ver qué insoportables os ponéis cuando queréis. Hombres cavernícolas, posesivos... ¡Aaaggg! Asco, en serio. Mucho asco.

—Te entiendo —me dijo el pelirrojo—. Yo estoy un poco igual, precisamente estos días tuve una movida con una del curro que se me quitaron las ganas de volver a estar con una tía en la vida. Ya se me pasará porque al final impera la necesidad.

—Se nos pasará, sí, menuda mierda —sonreí y brindamos con nuestras bebidas— A nuestra salud, por tener que aguantar a tanto impertinente.

Él repitió mi gesto y bebimos.

Fernando y yo nos picamos, empezamos a explicarnos vivencias varias que nos habían ocurrido con las personas del sexo contrario en plan: «pues espérate, que esto es peor, pues anda que esto, pues mira esto...» Fue divertido, era la primera vez en mi vida que daba con alguien cuya idea de una relación, se asemejaba bastante a la mía.

Cuando estuve lo suficientemente borracha para eliminar el filtro de la cordura y la discreción le rogué que me contara, con todo lujo de detalles, sus encuentros sexuales con la mosquita muerta de Adriana y después de suplicarle un poco, cedió.

A la quinta cerveza le pregunté si le apetecía escuchar música y me arrebató el móvil cuando lo conecté a los altavoces del salón. Rebuscó en mi

lista y distinguí la letra de una de las canciones más populares de Green Day. A la siguiente, decidió tomarse una él también, me explicó algo de que por norma general, no le gustaba tomar alcohol, pero que iba a hacer una excepción... vamos, raro de narices que era el tipo. Para cuando la acabamos cantábamos juntos. A la séptima me pidió permiso para coger mi guitarra, que yo la tenía de decoración, no había aprendido a usarla en la vida, me aburrí al segundo día. Pero él era ágil, la afinó en un momento y tocó las canciones que iban sonando. Las que no se sabía, las pasábamos.

Terminamos cantando a voz en grito *Fat Lip* de Sum 41 y ya desconectamos los altavoces entre risas porque se estaba haciendo de noche y no tenía ganas de que mis vecinos llamaran a la puerta para echarme la bronca.

Era temprano pero se notaba que Fernando estaba cansado. Tenía los ojos rojos y no dejaba de bostezar. Así que le dejé algo de ropa de cama para que durmiera cómodo en el sofá y me retiré a mi habitación para no molestarlo. Una hora más tarde fui a por agua a la cocina y vi que se había quedado dormido con un libro sobre el pecho, la luz encendida y una postura de lo más extraña, parecía un jodido mono. Me reí por lo bajini. Después de coger una botella de agua le quité el libro, miré la portada, parecía una novela de misterio. No era yo muy dada a la lectura y no conocía al autor. Lo cerré y lo coloqué sobre la mesa del salón, apagué las luces y me fui a dormir.

Había decidido tomarme el día libre en la peluquería, ya lo había planificado durante toda la semana para que no me llamase ninguna de mis clientas habituales histérica porque necesitara mis servicios con urgencia. Pero como soy estúpida, se me había olvidado desactivar el despertador, y una vez parado, en cuanto me di cuenta de que no tenía por qué levantarme aún, ya no me pude volver a dormir.

Cuando entré al cuarto de baño para darme una ducha di un respingo al ver mi reflejo en el espejo, no recordaba el color naranja. Me reí. Me gustaba.

Molaba mucho. Los siguientes minutos los dediqué a hacer gestos de lo más tontos delante del espejo y volví a reír como una tonta.

Me entretuve en elegir la indumentaria para el almuerzo sorpresa de Adriana. Vestido corto en color *champagne*, con escote ilusión, bordado de *strass* y minifalda, con unas sandalias de tacón atadas al tobillo. Me maquillé muy poco, delineador, máscara de pestañas y lápiz labial... poco más.

Cuando llegué al salón, el sofá estaba recogido, la ropa de cama doblada y Fernando sin camiseta y en pantalones cortos, trasteaba con la puerta de mi terraza. Había estado revolviendo en la despensa y había dado con un kit de ferretería que me había regalado mi padre y que guardaba por ahí.

No le dije nada, fui directa a la cocina y preparé un par de cafés y saqué de la despensa pan tostado y mantequilla, mermelada y un zumo de la nevera. Preparé la mesa del salón y encendí el televisor.

—Buenos días —me dijo sin levantar la cabeza de lo que hacía— disculpa que me haya tomado la confianza de coger tus cosas. Me pareció ver ayer en tu despensa una caja de herramientas y he estado rebuscándola, espero que no te importe. Sabía que una chica como tú tendría lo necesario para arreglar esto —soltó, no sabía si eso era un piropo o no. ¿Una chica como yo? ¿Una chica lista? ¿Una chica que vivía sola? ¿Una chica medio machona? La verdad es que prefería no preguntar.

—Buenos días. El desayuno está listo —me senté y comí observándole.

Tenía buen cuerpo el jodido y no sé por qué me gustaba verle arreglando mi puerta. Unos minutos después se sentó a mi lado.

—Era una tontería, estaba suelta una bisagra. Ya está arreglado —explicó.

—¿Eres de esos tíos que por ser hombres se creen que ya tienen que

arreglar todas las cosas que encuentren a su paso? —solté por incordiarle un poco.

—De nada —se encogió de hombros y empezó a masticar una tostada—. Necesito una ducha.

—¿Y qué quieres, que te enjabone la espalda? —ironicé de forma distraída mirando mi móvil. Noté que se había quedado callado y cuando subí la cabeza tenía una ceja levantada—, era coña, barbitas.

Fernando se rio. Menuda mañana más larga nos esperaba.

—Bueno, con tu permiso me voy a ducha —reformuló la frase.

—Tienes toallas en el baño.

En lo que él rebuscaba en sus cosas, me tiré en el sofá, me quité los zapatos y encendí el televisor, pasé canales un buen rato hasta que vi que daban Crepúsculo. Me quedé mirando el canal, pensando en mis cosas.

¿Qué hacía yo con ese hombre hasta las tres y media que habíamos quedado con Carlos? Me estiré hacia atrás y crucé las piernas colocándolas en el respaldo del sofá, esperando que no se me arrugara mucho el vestido porque no pensaba ponerme a planchar antes de salir. Fer revolvía en la maleta buscando algo de ropa, me suponía. No era muy organizado el muchacho, me estaba regando el salón de prendas.

Miró el televisor horrorizado cuando comprobó lo que estaba viendo y reí por lo bajini, le iba a molestar un poco. Comencé a recitar el diálogo de la película. Me sabía algunos trozos. Tenía buena memoria para eso.

—Dios, qué horror —refunfuñó y yo reí de nuevo.

—¡Eh! Barbarroja —lo llamé cuando ya se había dado la vuelta para dirigirse al baño cargado con la ropa que acababa de elegir en la maleta— Olvidas tu kit de belleza.

Fernando sonrió y buscó con la vista la bolsa que le había dado el día anterior.

—Cierto, cierto. Gracias —me dijo y me reí, sabía que me daba por loca, pero me encantaba su barba, era bonita y quería que se la cuidara.

—No te pases con la esencia, solo un par de gotas —le recordé y sentía ser tan pesada, pero me venía de serie y me salía solo.

Hacía rato que no se oía la ducha y me estaba aburriendo. No era habitual en mí que un jueves estuviera tan ociosa. Un día cualquiera que no tuviera libre, hubiera salido a pasear, o a patinar que me encantaba y no lo hacía demasiado a menudo, principalmente porque no solía tomarme días, bajo ningún concepto, excepto los domingos, que llegaba reventada por una semana bastante movidita y el mejor plan consistía en quedarme en casa haciendo lo que entre semana no tenía tiempo, como limpiar, poner lavadoras y llenar el congelador de comidas que llevarme al trabajo. También solía salir a comer con mis padres por ahí, dejando que me mimaran un poco. Al cine, quizás. Incluso me hubiera movido en tren a otra ciudad, hubiera quedado con amigas... cualquier cosa menos estar allí tirada sin hacer nada, que me ponía de los nervios.

¿Por qué tardaría tanto en arreglarse? Llevaba al menos veinte minutos ahí adentro. Me acerqué al baño, un poco por meterle prisa y otro poco por molestarle y llamé con los nudillos.

—Eh, barbarroja... ¿necesitas ayuda?

—No, gracias. Puedo hacerlo solo —le escuché decir al otro lado.

—¿Hablamos de la barba, verdad? —bromeé y Fernando soltó una risilla.

—Enseguida salgo.

Llegó al salón un par de minutos después, se había puesto guapo, camisa vaquera con pantalón a juego y zapatos de piel en color marrón oscuro. Se sentó a mi lado en el sofá y me aproximé a inspeccionar. Le atusé un poco la barba y me acerqué a olerla. Me encantaba el olor tan suave del

albaricoque.

Capítulo 10

Pues la loca del moño parecía menos loca a esas alturas, ya no le tenía tanto miedo ni la veía como una psicópata que me fuera a rajarse con la navaja hasta que me desangrara. No. No estaba tan loca. Aunque era molesta y burlona. En cuanto se dio cuenta de que no me gustaba lo que estaba viendo, se puso a recitar diálogos de la película del demonio esa.

Así que, después de que me olisqueara como un perrillo y me toqueteara la barba, cosa que me seguía haciendo gracia, siguió a lo suyo y yo cogí de la mesa del salón el libro que estaba leyendo la noche anterior. Era una novela de misterio que me habían regalado por mi cumpleaños y que no había tenido tiempo de leer. Me senté a su lado en el sofá e intenté concentrarme en sus páginas pero por alguna extraña razón, no me centraba con Diana por allí.

Pensé en Adriana, miré el reloj, aún quedaba mucho para la hora en la que nos reuniríamos con ella. Sonreí al imaginar su reacción. Seguramente me llevaría un sopapo por no haberle dicho que iba a venir a verla.

—Eh, tú —Diana me daba pataditas en el muslo con su pie desnudo—. Te estás quedando dormido y yo me aburro.

Solté el libro a un lado, bostecé y me restregué los ojos.

—Perdona —me disculpé.

—Te toca hacer el café y creo que en mi despensa hay donuts o algo hipercalórico, con mucho azúcar o chocolate, que te ayudará a quitar el sueño.

—Menuda cara —reí—. ¿Yo no era el invitado?

—Tú lo que eres es un okupa, así que déjate de tonterías y hazme un café, que me muero de desidia aquí mismo o me piro a currar a la peluquería y te quedas solo, que encima saldrás y le fastidiarás la sorpresa a Adri.

—Caradura, chantajista —refunfuñé y me levanté del sofá. Diana me

sacó la lengua.

Preparé la cafetera y cogí varios tipos de bollería que había en la despensa, no se le fuera a antojar algo diferente de lo que había elegido y volví al salón. Se incorporó en el sofá y sonrió feliz.

—Gracias.

—¿Quieres que vuelva a tocarte? —me refería a la guitarra, obviamente, y Diana soltó una carcajada.

—Cariño mío, si me has tocado, no me he enterado o ya no me acuerdo —bromeó y me hizo enrojecer la muy bruja.

—Créeme, señorita, el día que te toque no lo vas a olvidar en la vida —seguí su broma con una sonrisa.

—¡Serás engreído! —Rio—. Los tíos que han pasado por mi cama, no han disfrutado igual jamás con otra tía.

Vale, esto se había convertido en una competición de a ver quién meaba más lejos. No podía evitar reír al verla, con su sonrisa de dientes perfectos y su mirada malévola, con ese aspecto tan frágil y angelical y tan bestia en realidad. Me resultaba simpático el hecho de que Diana pareciera un lobo con piel de cordero.

—Por eso Miguel Ángel lloraba ayer —solté sin pensar. Abrió la boca de forma desmesurada, riendo.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Pero cierto —rebatí.

—Pobre rubio, estaba bueno el jodido, pero me tocó mucho los ovarios. Supongo que no volveré a verlo en la vida —se encogió de hombros.

—Pues que te hubiera tocado otras partes más placenteras de tu anatomía —defendí su forma de actuar, aunque en realidad me había parecido demasiado radical.

—Seguro —me respondió—. Bueno, ¿me tocas ya o qué? —la miré

con las cejas levantadas.

—¿Seguimos hablando de la guitarra? —pregunté sonriendo.

Diana simplemente rio, echando la cabeza hacia atrás y no me contestó. La hija de satán estaba loca, pero también estaba buena. Sentí un latigazo en mi entrepierna cuando me paré a observarla. La ropa que llevaba apenas le cubría y tenía cuerpazo la tía. Pero deseché la idea. Diana era amiga de Adriana, si se pillaba de mí la iba a armar buena.

Fui en busca de la guitarra por hacer algo que nos entretuviera a ambos y toqué algunos acordes. Diana se sentó con las piernas cruzadas, devorando el donuts que acababa de traerle, agarrando una servilleta debajo de su boca para que no cayeran migas en el vestido. Se había manchado el labio inferior de chocolate y me eché a reír pensando en la idea de limpiarle a lametazos. Agaché la cabeza.

—¿De qué te ríes?

—De nada. Tienes el labio manchado de chocolate —Diana me miraba extrañada. No sé qué pensaba, pero no era una tía con la que me resultara sencillo adivinarlo.

Toqué unas cuantas canciones con la guitarra, ella me observaba y de cuando en cuando, canturreaba alguna letra que se sabía. Había apagado el televisor. Me sentía cómodo con ella así, cada vez que miraba sus ojos verdes ella me sonreía y yo hacía lo propio.

Desde el primer momento supe que uno de sus grupos favoritos era Paramore y toqué *Still Into You*, enseguida se puso a cantar y aunque me la sabía la dejé hacer a ella. No parecía una peluquera cualquiera, con esas pintas y ese carácter, parecía una auténtica cantante de punk, me la imaginé encima de un escenario dándole todo, tal como ahora y reí. Supongo que mi mirada se volvió demasiado intensa porque noté cómo se ruborizaba, pero no paró de cantar. Era consciente de que la letra era bastante ñoña, pero me

gustaba el ritmo y la cantaba con tanta intensidad que no pude evitar preguntarle.

—¿Quién está aún dentro de ti? —en referencia a lo que decía la canción.

—¿Eh? ¿Cómo? —preguntó sin entender de qué hablaba.

—¿Que de quién no has superado aún las mariposas en el estómago? —insistí.

—¿En serio? ¿Fernando-dios-del-sexo-y-adiós me está preguntando sobre el amor? —reí. Menudos motes me ponía esta mujer—. No creo en el amor. El amor no existe. Es un invento de los centros comerciales para que te gastes dinero.

—¿Eso no era San Valentín? —pregunté tras una carcajada.

Me resultaba extraño oírla hablar así, no es que las mujeres no pudieran pensarlo, claro que sí, pero nunca había dado con ninguna que al menos lo expresara en alto con tanta claridad.

—Lo mismo da —se encogió de hombros.

—¿Nunca te has enamorado? —le pregunté con curiosidad.

—Sí, en párvulos. Moisés me dio muchas calabazas, siempre iba detrás de una morena de trenzas preciosas y que era la más repipi del universo y pasaba de mí. También estuve toda la secundaria colgada por Ángel, uno de mi clase, que me ignoraba. Fin de la lista.

—Déjame adivinar... Tus padres están divorciados, quizás desde que eras una cría y tu padre te dio de lado. No venía a tus cumpleaños, ni a tus actuaciones de *ballet*, por lo que, cuando fuiste un poco mayor te frustraste y dejaste de bailar para evitar la decepción de no verlo entre el público —no era descabellado, con el cuerpo tan bien formado que tenía, estaba seguro de que había dedicado muchas hora a hacer deporte cuando era niña—. Tu madre te crio sola, trabajando de sol a sol y prometiste que nadie, nunca, jamás te

haría nada parecido. Que no te enamorarías. Que los hombres no valían un céntimo. Hoy en día mantienes una relación cordial con tu progenitor que te llama para felicitarte por tu cumpleaños y por Navidad —Diana soltó tremenda carcajada que me dolió en el tímpano.

—No has dado ni una, chaval —siguió riendo, agarrándose la barriga—. No soy una niña abandonada que odie a los hombres. No los odio. Los adoro a todos. Cuantos más, mejor —reí, levantando las cejas—. A ver... mis padres llevan casados como treinta y cinco años. Vivían en el mismo pueblo y jugaban al escondite desde que tenían seis. A los doce solo se escondían para besarse y a los dieciocho, les dolía el corazón de tanto quererse y se casaron, palabras textuales de mi madre —Diana sonrió—. Luego vine yo, nunca fui una niña problemática y tuve una infancia bonita.

»No era mimosa, ni pedía cosas materiales sin tino. Era feliz si salíamos los tres en bici a recorrer montañas, si patinábamos los domingos, si pasábamos el día en la playa. Me encantaba cuando mi madre nos hacía palomitas y nos tirábamos a ver Piratas del Caribe en el sofá, es mi película favorita de todos los tiempos y como me digas que odias a Johnny Depp, te echo de mi casa ahora mismo —levanté las manos en señal de defensa, pero no abrí la boca—. Me encantaba también ir al pueblo a casa de mi abuela. Vivía en Cadaqués, aún a veces lo visito en verano, es un sitio precioso de casas blancas con una costa increíble, repleta de pequeños barcos que nunca me cansaría de mirar. Me gustaba cuando pasábamos la Navidad allí y mi abuela me llevaba a la fiesta del *Sol ixent*. Cada vez que iba a visitarla, me sentaba para ver cómo me preparaba *panellets*, me encantan, mierda, ahora me ha entrado antojo. ¿No sabes lo que es? —me miró extrañada por mi gesto interrogante y yo negué—. Dios, qué pena me das. Eres un ignorante —le tiré un cojín a la cara soltando otra carcajada—. Nunca las he cocinado, a mí me gustaban las que me hacía ella. Igual algún día me animo a prepararlas y te

mando unas cuantas a tu casa.

»¿Qué más? ¿Qué más? —Pensó tocándose la barbilla—. Ah, no he hecho *ballet* en la vida. A mí me gustaba al fútbol y jugaba con Andreu y Almudena, mis mejores amigos del colegio. Soy muy buena, cuando quieras echamos unos regateos. No me apunté al equipo del cole, porque nos dividían a los chicos de las chicas y a mí me repateaba, porque me encantaba jugar con Andreu que era un picado. Almudena sí que lo hizo y hoy juega en un equipo profesional, por desgracia, el fútbol femenino no le da para ganarse la vida y la mitad de su tiempo lo dedica a entrenar chicos en una casa de acogida para niños problemáticos. Vamos, un reformatorio de toda la vida.

—Pues sí, como mentalista no me ganaré nunca la vida —declaré.

—¿Y tú? ¿Te has enamorado alguna vez?

—Yo estuve enamorado de mi profesora de música durante todos los años de primaria. Era guapa, la tía. Joven y divertida. Sonreía todo el tiempo y era cariñosa. Pero nuestro amor no funcionó y luego yo me hice adicto a la música por su culpa, terminé estudiando magisterio con especialidad en música. Supongo que por ese trauma que me quedó.

Diana soltó una carcajada.

—Vaya dos —dijo en alto.

—Tuve una novia, hace como cuatro años, estuvimos juntos un año y me rompió el corazón. Era una chica que me gustaba mucho y me volví un gilipollas amargado cuando cortó conmigo.

—Bueno, al menos lo de amargado parece que se te ha pasado —Diana rio y le lancé otro cojín a la cara riendo yo también.

—¿Me estás llamando gilipollas? —asintió—. Joder, menuda tía... No me gustó sentirme así, como si no fuera yo, como si necesitara a otra persona para estar completo y pasé de volver a pillarme.

Diana gruñó algo, escrutándome con los ojos rasgados antes de

cambiar de tema.

—¿A qué edad perdiste la virginidad? —me preguntó.

Debía estar muy aburrida. Miré la hora deseando que tuviéramos que marcharnos de una vez, pero el reloj no avanzaba.

—A los veintidós —contesté.

—¡Joder! Pues sí que eras gilipollas —Diana se reía a carcajadas.

—¿Te has drogado, niña? No sé qué te hace tanta gracia. ¿Con qué edad la perdiste tú, listilla? —pregunté entre risas.

—Con diecisiete.

—¿Fue bonito? —no sé por qué cojones pregunté eso, no estaba ayudando en nada para que ella dejara de reírse de mí.

—Fue una mierda monumental, por suerte, luego fue mejorando la cosa —resolvió.

—¿Con cuántos hombres te has acostado? —pregunté por curiosidad.

—A esta conversación le faltan litros de alcohol —se levantó del sofá y se dirigió a la cocina—. ¿Una cerveza?

—No. No quiero llegar borracho a la celebración de Adriana —Diana se sentó de nuevo a mi lado con un botellín, se lo arrebaté de las manos y le di un largo trago antes de devolvérselo—. Se va a llevar una buena sorpresa. Me alegro de que le vaya todo bien con Carlos aquí.

—Sí, es muy feliz con él. Le tocaba, después de todo lo que pasó con el innombrable —Diana se puso seria.

—Joder, no sabía que Adriana se había liado con Voldemor —solté por quitarle un poco de hierro al asunto, ya que cada vez que se nombraba a Álvaro el ambiente se volvía bastante incómodo.

—¡Gilipollas! —Diana rio de nuevo, echando la cabeza hacia atrás. Me gustaba cuando reía así, era contagioso.

—Eso ya lo has dicho —reí.

—Carlos me dijo que esta noche se iba a llevar a Adriana a un hotel, uno muy pijo que está por la Sagrada Familia, con jacuzzi, champagne y esas cosas. A Adriana le va a encantar —me explicó y asentí, ya Carlos me lo había contado en el aeropuerto y me pareció una idea estupenda. Estaba seguro de que a mi amiga le iba a gustar—. ¿Te quieres quedar aquí esta noche?

—No quiero molestarte —sonreí algo sorprendido, no esperaba esa invitación.

—No es molestia. Supongo que no te apetece estar solo en una casa desconocida. Yo tengo un poco de hermanita de la caridad porque me van las causas perdidas y ayudar a los demás —me convenció. Lo pensé unos instantes, quedarme solo en casa de Adriana y Carlos no me resultaba agradable.

—No sé si soportaré otra noche al lado de la loca del moño —bromeé, Diana rio y me dio una patada en el muslo con la pierna que tenía subida al sofá, pero una patada de verdad, no se andaba con ñoñerías.

Le pillé el pie y sonreí con malicia, se lo agarré con fuerza y le hice cosquillas y no la solté hasta que noté que le faltaba el aire de tanto reír.

—¡Capullo! —se incorporó e intentó hacerme cosquillas, pero yo no tenía. Sonreí.

—Quita, loca —reímos los dos y cuando paró y se fue a apartar, la cogí de nuevo y le hice cosquillas otra vez. No tenía mucha fuerza, podía manejarla, reía otra vez sin parar y la torturé un rato más. Mira por donde, ya me estaba empezando a divertir.

Capítulo 11

Conocía a Fernando desde hacía apenas algunas horas y la primera impresión no había sido demasiado buena, con esas pintas de indigente y ese mal genio, protestando por tener que venirse a mi casa. Cuando insinuó que prefería irse a un hotel, me dieron ganas de patearle los huevos, sin duda.

Sin embargo, después de unas cuantas horas, entendía por qué Adriana se llevaba bien con él, era un buen tipo, simpático. Era raro haber cogido confianza en tan poco tiempo, suponía que era lo que pasaba con un hombre cuando no te pegabas la noche follando con él y podías hablar de cosas, porque creo que Fernando era el chico con el que más había hablado en toda mi vida.

Me había mirado raro un par de veces y esperaba, vamos, estaba rezando interiormente, para que no se pillara de mí, porque era amigo de Adriana (Adriana pro-monogamia, para ser más exactos) ya que eso podría suponer mi ruina a nivel mental. Mi amiga me volvería loca, me odiaría e incluso me haría chantaje emocional, incapaz de comprender que yo no tenía sentimientos, no hacia las personas del sexo contrario al menos.

Fer se entretuvo un rato más con la guitarra, tocaba bien, me encantaba ver cómo bailaban sus dedos por las cuerdas y mi instrumento estaba feliz de que alguien lo desvirgara y le diera placer. Sí, lo sé, estoy muy enferma, todo lo llevo a ese terreno, pero no puedo evitarlo.

—Oye Diana, ¿y tú por qué eres peluquera? —me preguntó.

—Porque me gusta, creo que lo has notado, porque muy simpático conmigo no has sido y sin embargo te he dejado una barba espectacular —solté—. ¿Y tú? ¿Por qué trabajas en un supermercado?

—Porque necesito pagar el alquiler —soltó riendo, por primera vez noté que se le marcaba un hoyuelo en la mejilla derecha. Mis ojos se clavaron

en la zona. No estaba mal. Era bastante seductor... Joder, cómo me podía parecer tan condenadamente sexy con ese agujerillo en la cara.

—¿No te gusta trabajar ahí? —pregunté con curiosidad desviando la atención a otra parte. Adriana nunca me había comentado nada a nivel personal de Fernando.

—No es que no me guste. No está mal. Pero me aburro como una ostra de hacer siempre lo mismo.

—¿Y en qué te gustaría trabajar? —Fernando tocó unos cuantos acordes más y nos quedamos en silencio un rato. Supongo que él recapacitaba y yo no tenía ganas de interrumpirlo.

—Estudié para ser profesor de música, pero un curro de mierda me llevó a otro y luego a otro y en el supermercado terminé. Llevo tres años estables en este trabajo y me permite pagarme el alquiler, mi moto, mis gastos...

—Vamos, que te has conformado —solté y me contuve para no decirle que no me gustaban las personas que se resignaban con lo que la vida les ponía en el camino y no luchaban por más, más que nada, porque yo lo había tenido bastante fácil. Estudié lo que quise y lo demás lo hicieron mis padres por mí, pero yo qué sé, tampoco era fácil llevar un negocio yo sola y aún así, no me rendía.

—Exactamente, soy gilipollas —confirmó. No le contesté aunque me había leído el pensamiento porque no me parecía de buena educación decirle que sí directamente, más que nada, porque no teníamos todavía esa familiaridad.

—¿Me tocas un poco más? —le pedí, porque llevaba un buen rato con los dedos parados.

Me reí cuando reconocí los acordes de la banda sonora de *Crepúsculo*, esa canción me la sabía, había visto muchas veces la película y canté. Me

gustaba cómo me miraba cuando cantaba, suponía que le resultaba agradable y a mí eso me subía el ego, porque, que alguien que sabía de música disfrutara con mi voz, me llenaba de orgullo. Cerré los ojos y canté concentrándome.

—Pensé que no te gustaba *Crepúsculo* —le reproché cuando terminó la canción.

—Y no me gusta, pero conozco la canción —se encogió de hombros.

—Qué pena, tenía pensado verla esta noche con un bol de palomitas y un pack de cervezas —bromeé.

—Yo creo que en casa de Adriana no estaré mal solo —me guiñó un ojo y siguió toqueteando acordes de la guitarra sin interpretar ninguna canción en concreto.

—¿Por qué te follaste a Adriana? —le pregunté por curiosidad.

—Porque me llevaba de puta madre con ella, era una tía simpática que estaba muy buena. Tenía piernazas y no sé, nos llevábamos bien. Un día, una cosa llevó a la otra, y ambos nos dejamos llevar. Fue divertido —me explicó—. ¿Y tú por qué te liaste con el tal Miguel Ángel si a la legua se ve que es un poco pesadito?

—Porque me ponen mucho las barbas —bajé la vista, creo que era la primera vez en mi vida que me avergonzaba de reconocerlo delante de un tío (de un tío con barba, precisamente). Fernando soltó una tremenda carcajada—, soy así de simple —me encogí de hombros—, si tienes barba y follas bien, me has ganado.

Yo y mi falta de filtro. Fernando se levantó del sitio y dejó la guitarra en su lugar. Me quedé petrificada pensando que vendría e intentaría besarme. La imagen de él acercándose a mí, sentándose a mi lado y buscando mis labios con los suyos me produjo un cosquilleo haciendo que apretara los muslos, pero no era buena idea y por supuesto lo iba a rechazar. Sin embargo lejos de hacer tal cosa, fue hasta la cocina y volvió con dos Coca Colas. Me caía bien

este tío.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —le pregunté al segundo sorbo a mi bebida.

—Pues no sé. Tenemos dos opciones..., la primera, pues ya sabes, no sé, no me parece buena idea y la segunda, pues si quieres me afeito, pero me hacía gracia que Adriana me viera así con la barba, lo va a flipar con mi cambio de aspecto desde la última vez que nos vimos —explicó muy serio.

—¿Eh? —no sabía de qué me hablaba.

—Coño, pues si te ponen tanto las barbas si quieres me la quito. Tengo barba y follo bien —resolvió y di una carcajada.

—Eres gilipollas, ¿eh? —solté—. Me refería a que estás aburrido de currar en el supermercado y que tienes una carrera. ¿No vas a hacer nada para cambiar tu vida?

—Ah, joder. ¡Qué susto! —soltó. ¡Será cabrón! Susto, dice. No sabe este quién está aquí—. He echado algunos currículum, me moveré para ver si encuentro algo, pero es difícil.

—Pero no imposible.

—No. Imposible no es. Ya vendrá lo que tenga que venir —reconoció.

—Pero no vendrá solo. Lo sabes, ¿verdad? —Se encogió de hombros y me quedé un rato observando los tatuajes de sus brazos. Adriana no me había dicho que tenía tatuajes, bueno, a decir verdad no me había contado demasiado a nivel físico de él, solo que estaba tremendo.

El ambiente se puso tenso, Fer me miraba las piernas desnudas como no había hecho en todo el día. Llevaba toda la mañana tirada en el sofá con la falda corta y ni una sola vez había desviado la vista hacia mí. Mierda de lengua, se me había escapado lo de la barba y ahora se estaría haciendo una escena de lo más porno en el cerebro. Por suerte, con la postura que tenía a mi lado, no podía comprobar si tenía una erección o no. Me incorporé en el sofá y

me coloqué las sandalias de tacón.

— Oye, deberíamos ponernos en camino.

Sería mejor pirarnos de una vez y poner aire fresco de por medio porque se me estaban pasando ideas impuras por el cerebro y ninguna tendría buen final. Fernando asintió. Cogimos las cosas, antes de salir de casa y llamamos al ascensor. Parecía alterado.

—¿Estás nervioso? —le pregunté.

—Me muero por ver a Adriana —murmuró. «Sí, ya...».

—¿No estarás encoñado por ella en plan es ahora o nunca? —pregunté con curiosidad, no es que me importara demasiado, pero entonces esa celebración de aniversario iba a ser un pelín extraña.

—Que no, joder, qué perra le ha dado a todo el mundo. Que Adriana y yo somos amigos y no la veo hace casi un año. Me apetece verla, solo es eso.

—Vale, perdón, perdón —levanté las manos en señal de disculpa y sí, ahora sí podía comprobar su más que evidente erección.

Fuimos dando un paseo hasta el restaurante que nos había dicho Carlos. Nos pusimos los auriculares y caminamos un rato en silencio. Estaba bien que le gustara la música tanto como a mí y no necesitara hablar todo el tiempo. La música nos hacía felices a ambos, era algo que teníamos en común. Sin embargo, tenía curiosidad por saber más de él y no tardé en preguntarle.

—¿No me vas a contar nada de ti?

—Creo que ya lo sabes casi todo —se encogió de hombros. Vale, él mismo no era su tema de conversación favorito, pero insistiría un poco más.

—¿Por qué tu abuela no te cocinaba *panellets*? —bromeé.

—Porque mi abuela es más canaria que el gofio^[1] —me explicó—. Si ibas a casa de mi abuela a pasar la tarde, no te librabas de comer plátanos escachados con gofio y azúcar. Siempre me decía que estaba muy delgado y que eso era fuente de vitaminas.

—¿Tienes hermanos?

—Tengo dos hermanos. Una hermana, Mélani, dos años mayor que yo y un hermano, Octavio, tres años más pequeño. Nos llevamos bien los tres, al menos ahora que somos mayores y no vivimos juntos. Mis pasatiempos favoritos eran la bicicleta y la Game Boy. Creo que me darías una tremenda paliza al fútbol, porque nunca me ha gustado y no he jugado jamás en la vida. Mi película favorita de todos los tiempos es V de Vendetta. Poco más.

—¿Cómo se llama la última chica con la que te acostaste?

—¿Por qué me preguntas sobre esas cosas todo el tiempo? —preguntó con una sonrisa burlona.

—Me gusta el sexo, mucho..., perdona...

—Dios, nunca me había pedido disculpas una mujer porque le gustara el sexo —mencionó—. Se llama Haydée y va a ser mi peor pesadilla cuando vuelva al trabajo.

Durante el resto del camino, Fernando me relató lo que le había pasado con ella y sin darnos cuenta, ya habíamos llegado al restaurante. Preguntamos a uno de los camareros por la reserva a nombre de Carlos y nos pasaron dentro.

Estaba Mónica ya, con su marido, Unai, y la pequeña Daniela que correteaba por todas partes. En cuanto la niña me vio vino corriendo a donde estaba, demasiadas tardes de fines de semana tirada en el parque jugando con ella me parecía a mí. La cogí en brazos y la achuché un poco y sus padres vinieron en nuestra dirección. Abracé a Mónica y saludé a Unai.

—Chicos, él es Fernando, el dios del sexo —lo presenté como Mónica y yo lo habíamos bautizado cuando Adriana nos empezó a hablar de él.

—Pero ¿qué dices? ¡Loca del moño! —protestó y reí.

Mónica también se partía la caja dándole un par de besos y Unai directamente hizo como si no hubiera escuchado la coletilla y le dio la mano a

Fer.

—Encantada de conocerte. Adriana se va a llevar una buena sorpresa hoy —dijo mi amiga amablemente.

Los camareros nos sirvieron una copa de champagne o algo así, no era muy fina de paladar, si me hubieran dado una cerveza, sería más feliz, pero no quise ser descortés. Sonaba una música agradable y Mónica le preguntaba a Fer lo típico: qué tal le había ido el viaje, si había descansado o si yo le había dado mucho el coñazo... ¿Yo? Si yo era un angelito, ignoraba el motivo por el cual se pensaban que yo le podía haber amargado la existencia al pobre hombre.

Al rato llegó una pareja muy joven, eran Martín, el hermano de Adriana, y Ebba, su novia, que iban a estar unos días también de vacaciones por la zona y se habían organizado con Carlos para la sorpresa. Mi amiga se iba a emocionar y mucho.

Nos presentamos todos y un camarero accedió al reservado y nos pidió que guardásemos silencio. Adriana y Carlos ya habían llegado y ella venía con los ojos vendados.

Capítulo 12

Quitando que el restaurante era pijo de mil demonios y que yo en esos ambientes no me movía muy cómodo, lo estaba pasando bien. Mónica y Diana eran divertidas y Unai le ponía un poco de cordura a aquel trío. No esperaba que viniera el hermano y la cuñada de Adriana porque sabía que vivían en Alemania y egoístamente, pensaba que la iba a tener unos días para mí sola, pero sabía que se iba a llevar una gran sorpresa y que le iba a encantar vernos a todos allí.

Daniela se encaramó a mis piernas como si me conociera de toda la vida y Mónica se disculpó porque la pequeña no se quería bajar de encima de mí, pero a mí no me importaba. Seguía la conversación con ellos mientras la entretenía dando palmadas y jugando con ella, hasta que un camarero accedió a la zona donde estábamos y nos pidió que guardáramos silencio.

Fue Mónica la que se acercó a coger a la pequeña y me la quitó de los brazos, le dio una galleta para que no protestara y le prometió entre susurros, que era solo un momento, para darle una sorpresa a Adriana. La niña sonrió feliz y se fue con su madre con una mano encima de la boca para no hacer ruido.

Diana me miró y yo sonreí, no quería que supiera que estaba de los nervios por ver a mi amiga, no fuera a especular de nuevo con toda esa mierda de que me había pillado de Adriana, porque nada más lejos de la realidad.

La vi aparecer de la mano de Carlos, que tenía un dedo puesto sobre los labios pidiéndonos silencio. Se pararon en medio de la estancia, junto a nosotros.

—Bien, hemos llegado —murmuró Carlos.

—¿Puedo quitarme la venda ya? —sonrió Adriana.

—Espera. Quiero decirte algo..., hoy hace un año del día que fui a

buscarte a Gran Canaria. Después del cual, solo han venido momentos felices para mí, para nosotros... —Adriana se mordía el labio inferior, miré a Diana y me sonrió—. He querido prepararte algo bonito hoy para recordar ese día. Pero sé que además de a ti tengo a más personas que agradecer el que estés aquí conmigo, así que supongo que esto es un aniversario conjunto.

—¿Cómo? —preguntó Adriana levantando las cejas.

Carlos desató la venda que llevaba en los ojos y se la quitó.

Adriana estaba preciosa, se había vuelto a cambiar el cabello, al menos desde la última foto que había colgado en Facebook, rubio y por los hombros. Llevaba puesto un vestido ajustado con una falda tremendamente corta mostrando esas piernas preciosas al mundo encima de unos taconazos, pero lo que más, más, más me gustaba de todo, era su cara de pasmo. Se quedó parada, agarrada a la mano de Carlos con la boca abierta.

—Ostras —murmuró y se quedó allí helada, sin moverse.

Martín y Ebba se acercaron a abrazarla, ella me miraba de soslayo y sonreía, sonreía mucho y yo también lo hacía, pero la dejé saludar a su familia primero, pues era lo lógico.

Daniela correteó hacia ella cuando vio que la abrazaban aferrándose a una de sus piernas. Adriana la cogió en brazos y la besuqueó.

Diana y Mónica estaban alteradas, muertas de risa metiéndose con la minifalda de Adriana, cuchicheaban algo entre ellas, reían y se daban codazos partidas de risa «Que seguro que no lleva..., que sí..., que te digo yo que no...». A saber qué habían confabulado esas.

—Muchas gracias por venir, preciosa —volvió a besarla y a abrazarla dejándola en el suelo.

Me miró otra vez. Sonreí.

Caminó hasta mí, como si no se creyera que estuviese allí, como si fuera un holograma a punto de desaparecer y solté una carcajada.

—Eh, piernas bonitas, ¿no vas a darme un abrazo?

—Fer... estás aquí... —murmuró a mi lado y se colgó a mi cuello. La abracé girando sobre mí mismo. La abracé muy fuerte y le di un beso en la frente cuando noté que estaba llorando. Como me hiciera llorar, iba a perder toda mi hombría delante de aquella gente, así que más me valía disimular—. ¿Y esa barba? —preguntó limpiándose con el dorso de la mano las lágrimas que se le habían escapado—, me gustan tus tatuajes nuevos—rio acariciando mi brazo donde asomaban los tatuajes que habían dibujado en mi piel los últimos meses, de algunos les había mandado fotos, de otros no, supongo que sorprendía verlos todos juntos en vivo y en directo por la forma en que los tocaba—. No se te puede dejar solo.

Miré a Carlos, que estaba sonriendo mientras nos observaba.

—Feliz aniversario, piernas. —Susurré.

—¿Cómo has venido? ¿Por qué no me has dicho nada? ¿Cuándo has llegado? —balbuceaba.

—Creo que le entendí a Carlos que soy tu regalo de aniversario, no sé si tiene algo que ver con tríos y demás, algo así me dijo —bromeé mirando hacia él que estaba riendo atento a mis palabras—. No sé, no lo entendí bien. Se le ha olvidado empaquetarme.

Adriana soltó una risa y me besó en la mejilla.

—Me alegro mucho de verte, mucho.

—Y yo, Adri, y yo.

Me senté cerca de ella durante el almuerzo, que agarraba mi mano a cada rato. A mí me daba un poco de miedo que Carlos viniera a cortarme los huevos pero, al fin y al cabo, había sido idea suya que estuviera allí.

Les conté a todos, con los refunfuños de fondo de Diana, que había pasado una pesadilla las últimas horas y luego la miré, con los brazos cruzados y el ceño fruncido y le dije que era broma. No me perdonó. Lo supe

cuando me enseñó el dedo corazón. Se echaron todos a reír y yo tragué fuerte. Alguna me haría pasar esa noche como venganza, seguro. Pensé en quedarnos a solas de nuevo en su casa, en su sofá, tirados hablando tranquilamente o cantando alguna canción mientras tocaba su guitarra y la sensación que me produjo era extraña. Me apetecía. Mucho.

Hablábamos de forma distendida, bromeando, alargando la sobremesa escuchando las aventuras y desventuras de aquellas tres, sus propios recuerdos del último año y así, pasó un café y luego otro y más tarde el último.

—Fernando, ahora te vienes con nosotros—me informó Carlos—. Te acercamos a casa.

—Siéntete cómodo allí, manéjate a tu antojo. Estará Bender contigo, si ves que se pone un poco pesado déjalo en la terraza —me expuso Adriana, a la que Carlos ya le había explicado sus planes durante la cena.

Miré a Diana que se encogió de hombros.

—No hace falta. Me quedo con Diana hoy y así no estaré solo —expliqué atropelladamente.

—¿Con Diana? —preguntaron Mónica y Adriana al mismo tiempo.

—Ehm. Sí, ¿por? —pregunté y supe que había sido un error incluso antes de que me contestaran.

—Uuuuuuhhhh... —gritaron aquellas dos, miré a Diana sin entender, la cual había puesto los ojos en blanco.

Me quedé en silencio, un poco cortado, porque no tenía mucha confianza con la mayoría de aquella gente y con Diana tampoco. Estaba loca y eso, pero era simpática y mejor estar con ella, que solo. Aquellas dos se estaban montando una peli a lo Jane Austen, me temía. Diana me hizo una señal para que las ignorara y decidí que era lo mejor que podía hacer.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —escuché como Carlos le preguntaba y le cogía la mano a Adriana. Los camareros acababan de retirar todas las tazas

sucias y habían limpiado la mesa. Suponía que ya nos marchábamos.

Adriana sonreía, mucho, todo el tiempo. No necesitaba escuchar su respuesta para saber que era feliz y le había encantado ver allí a las personas que más quería, a pesar de que faltaba su madre, que no había podido acudir.

Adriana asintió y lo besó, entreteniéndose demasiado.

—Escuchad —pidió Carlos, para que le prestásemos atención, apartando con suavidad a mi amiga—. Quería daros las gracias a todos por estar aquí, porque en mayor o menor medida habéis tenido que hacer un pequeño sacrificio. Martín y Ebba llevaban meses organizando las vacaciones y han pospuesto el momento para poder estar aquí. Fernando ha venido desde Gran Canaria y ha tenido que pasar una noche infernal en casa de Diana...

—¡Eeh! Lo que me faltaba ya, que te metieras tú conmigo —Diana protestó y Carlos soltó una risotada.

—Diana ha cerrado la peluquería dos días para poder poner todo de su parte y ha acogido a Fernando y Mónica me ha ayudado a preparar todo esto sin que Adriana sospechara nada. Gracias a todos. Me habéis ayudado a darle una sorpresa y hasta ahora todo ha salido como yo quería.

Todos asentimos.

—Gracias —murmuró Adriana tímidamente.

—Y por último quería señalar algunos aspectos importantes. Cuando Adriana se fue de Barcelona, su familia se sintió en el compromiso de alejarla de toda su vida anterior y perdimos el contacto y sé que Mónica tuvo mucho que ver en que volviéramos a hablar, no solo en las llamadas que me llegaban de forma imprevista —Mónica sonrió, acariciándole el cabello a su pequeña, que se había acurrucado en sus brazos y se estaba quedando dormida—. Diana nunca se cortó un pelo, si no me equivoco, no le permitía demasiado sentirse triste sin más por lo que había ocurrido. Fue alguien que la empujó para que viniera a buscarme.

—Lo sé, soy un cielo. Vuestro primer vástago debería ser mi ahijado y llamarse como yo —bromeó, sonreímos todos.

—Fernando..., sé que fuiste muy buen amigo de Adriana y que en cuanto supiste de mí, le insististe muchas veces para que me llamara, para que viniera a Barcelona. Con todo lo que ocurrió muchas veces pienso que, si no fuera por ti, Adriana y yo hoy no estaríamos juntos —«exagerado», pensé, pero no abrí la boca porque Adriana se estaba poniendo nerviosa con tanto discurso y a Carlos ya se le veía más relajado, pero tanto empalague junto me iba a dar diabetes—. Os unisteis todos para hacerle ver que si me quería, no se podía terminar de la forma en que acabó. El problema era que yo no tenía nadie al lado, no comprendía nada de lo que había ocurrido y me dolía. Me dolía mucho que ella no confiara en mí y me dejase ayudarla, aunque con el tiempo lo entendí. Ebba y Martín separaron a Adriana de mí, pero lo que es más importante, la separaron de una situación que le estaba haciendo mucho daño y aunque tuvieron sus reticencias, me ayudaron a ir a Gran Canaria a buscarla. Por eso quería que estuvieran todos aquí hoy, porque cada uno ha puesto un trozo de sí mismo para que al final esto funcionara y me siento muy agradecido, muchísimo, porque cada día que pasa estoy más convencido de que Adriana es la mujer de mi vida.

—Ooooohhhhhh —aclamamos todos aplaudiendo.

—Te quiero —murmuró Adriana, dándole un beso en los labios.

—Llegados a este punto, me siento en el deber de haceros testigos de otro momento importante para nosotros —Adriana lo miró extrañada—. Nunca he sido un romántico empedernido, no se me dan bien las palabras, aunque intento hacerte sentir especial cada día. Creo que en este año he cumplido mi parte del contrato —Adri asintió—. Para mí no hay desayuno más delicioso que tus besos sabor a café y estoy convencido que te mereces una historia de cuento de hadas... —Carlos se quedó callado, miré a Diana levantando las

cejas, que hizo lo mismo. Creo que todos teníamos la misma cara de pasmados, incluida Adriana—. No me quiero ir demasiado por las ramas — sacó una caja del bolsillo del pantalón y la abrió sacando un anillo—. Adriana, ¿quieres casarte conmigo?

Vale, eso había sido demasiado para mí e intuía que para Diana también, pero había sido bonito. Pude comprobar que Diana tenía corazoncito, aunque quisiera negarlo, cuando advertí que se le escapó una lagrimilla mejilla abajo cuando escuchó a Adriana murmurar un tímido sí y abrazar a Carlos. Lo grabé en mi memoria para poder burlarme de ella cuando nos quedáramos a solas en su casa. Aplaudimos de nuevo. Debía reconocerlo, me había calado. Carlos me había tocado la patata hasta a mí.

Capítulo 13

Me había sorprendido la petición de matrimonio de Carlos y me había emocionado también, porque sabía que eso haría feliz a Adriana. Lo que al mismo tiempo, me daba un poco de repelús, porque si a mí un tío me hacía algo así y con público me lo cargaba, lo mataba, lo hundía, lo pisoteaba... menuda vergüenza. Pero Adri estaba feliz y para mí era suficiente.

No me pasó desapercibido que el barbitas me miraba con una sonrisa socarrona cuando me limpié las lágrimas y sabía que iba a tener fiesta para rato con el temita de las narices. Así que le hice otro corte de mangas para que supiera que me importaba un carajo lo que pensara y él se echó a reír.

El almuerzo terminó y cada mochuelo voló a su nido. Carlos y Adriana pensaban acercar a Martín y Ebba a su hotel y Mónica y Unai tenían planes familiares. Así que me quedé a solas con Fernando, que me sonrió.

—¿Sobredosis de empalague? —me preguntó.

—Un poco. Pero ellos son felices así y al final, eso es lo que importa —asintió—. ¿Te apetece ver dónde se enamoraron esos dos? —pregunté por hacer algo y no irnos a casa ya, de pronto el estar encerrada con ese hombre en mi piso, en mi sofá, con intimidad, susceptibles por los últimos acontecimientos y bastante alteradilla por el alcohol que había tomado durante el almuerzo, me pareció la peor idea del mundo. Mi acompañante asintió y sonreí.

Fuimos dando un paseo hasta el parque de Guinardó, charlando tranquilamente. Me reía con sus payasadas y cuando llegamos, se mantuvo en silencio mientras le fui mostrando las zonas del parque y le relaté cómo y dónde se habían conocido Adriana y Carlos.

Le expliqué también el madrugón que se había dado Adriana a las siete de la mañana con una resaca de narices la noche que estuvimos de fiesta en mi

casa las tres juntas, cuando había vuelto a Barcelona para intentar hacer las paces con él. Esa mañana se enfundó un top minúsculo, unos *shorts* y la convencí de maquillarse para salir a correr al parque y así poder encontrárselo, sorprenderlo, reconquistarlo... La idea del amor no la tenía yo muy definida, vale, pero si existía, tenía que ser eso. Fer reía sorprendido, por lo visto no se sabía toda la historia.

Nos quedamos observando el atardecer y miré a mi acompañante, le quedaba bien la barba, tenía unos rasgos finos y suponía que con la piel afeitada parecería una niña de colegio. No le había preguntado su edad, pero si no me equivocaba, por lo que me había contado Adriana debía estar a punto de cumplir los veintisiete. Se la acaricié un poco para comprobar si los productos que le había dado habían hecho su efecto, estaba suave y olía bien. Evité acercarme, porque sabía que no le resultaba muy cómodo cuando olisqueaba su barba.

—Puedes hacerlo si quieres —me dijo como leyéndome el pensamiento y solté una carcajada antes de acercarme a satisfacer mis ganas de impregnarme de su delicioso aroma. La esencia de albaricoque me encantaba, pero mezclada con su propio olor, era increíble. Mi olor favorito del mundo.

Mi mirada se cruzó con la suya a apenas cuatro centímetros de su cara y un cosquilleo recorrió mi intimidad, mi cuerpo iba por libre, no estaba acostumbrada a estar cerca de un chico que me atrajera sin hacer nada por solucionarlo. Sin embargo, seguía teniendo la fiel idea de que no era buena idea dejarme llevar, porque Fernando era amigo de Adriana y no un amigo cualquiera, se habían acostado juntos e igual no sentían ni habían sentido nada nunca el uno por el otro, pero sería demasiado raro para mí.

El sonido de mi móvil nos interrumpió avisándome de que acababa de llegarme un mensaje.

MIGUEL ÁNGEL 

«Diana, he estado pensando y estoy hecho un lío. Solo tengo claro que me gustas y no quiero que esto se acabe. Sé que tenías razón al enfadarte, porque en ningún momento hemos hablado de lo nuestro, de exclusividad y demás y al fin y al cabo, te monté un numerito delante de tu amigo. He ido a recoger tu vestido. Espero que podamos salir juntos este sábado, tal como habíamos planeado y que me des la oportunidad de demostrarte que esto puede funcionar. Un beso».

Me quedé fuera de juego, no esperaba un mensaje así de él. Cuando conocí a ese hombre de casi dos metros, me pareció un tío rudo con el que echaría un polvo del carajo, un empotrador de manual, por así decirlo. Con lo poco que hablamos me pareció una persona directa y sensata. No entendía cómo ni por qué se había pillado así.

Calculé mentalmente desde hacía cuánto nos llevábamos viendo y si no me equivocaba, hacía un par de meses, no lo recordaba con exactitud, porque para mí no era importante. Era la primera vez en mi vida que me sentía mal por no poder corresponder a alguien. No sentía nada hacia él, bueno, quizás un poco de pena y vergüenza ajena a esas alturas, poco más.

Me senté en el césped. Fernando me miraba a la expectativa, me había calado rápido el tío, sabía que si me decía algo en aquel momento lo podía morder. Se sentó a mi lado, con los brazos apoyados en sus rodillas, mirando al frente y esperó unos minutos a que me calmase antes de hablar. Me adelanté a su pregunta tendiéndole mi móvil después de desbloquearlo para que pudiera leer el mensaje que acababa de recibir.

—Soy una mala persona —resolví—. Voy a responderle que pasará a recoger el puñetero vestido para la boda.

—¿Por qué? —me preguntó con el ceño fruncido.

—Yo qué sé, este tío me ha hecho sentir mal. Saldré con él el sábado y trataré de explicarle cómo están las cosas. —Si me escucharan Adriana y

Mónica se tirarían al suelo para partirse de la risa de mí. Yo. Saliendo con un tío por lástima.

—Diana, ¿te sentirás mejor si vas a esa fiesta con él? —me preguntó.

—Lo dudo —fui franca.

Era lo que menos me apetecía del mundo. Iría. Comería. Bebería. Follaría en algún rincón perdido y luego le diría que no podíamos volver a vernos y hasta ese momento, era lo que pensaba que debía hacer, pero la mirada de mi acompañante me generaba dudas. Bueno, dudas, y cierto picor en la entrepierna, ¿por qué cojones me miraba con esa intensidad?

—¿Qué es lo que te apetece hacer? —me preguntó mientras jugueteaba con la hierba del césped.

—Ahora mismo... —«follar», pensé, pero no iba a decírselo. Esa puñetera barba me traía por el camino de la amargura. Maldije la hora en que le había pedido que me dejase arreglársela. Tenía que convencerle para que se afeitara, decidí de inmediato—. Mandarlo al cuerno, sin dudar. Oye, otra cosa. Estaba pensando que ahora que en tu tierra todavía aprieta el calor, seguro que no quieres volver a casa con esa barba, que vas a estar incómodo, porque no estás acostumbrado. Si quieres pasamos por la peluquería y te libras de ella.

—¿Eres adicta al trabajo? Siempre pensé que las personas que no podían vivir sin su curro eran esos típicos hombres de negocios que están siempre pegados al móvil. Si decidiste tomarte el día libre hoy no vamos a pisar tu peluquería. Estoy bien, me gusta, tengo pinta de malote —soltó.

—De malote dice, lo que tienes es pinta de pringado. A ver cuándo has visto tú a un pelirrojo con tanto pelo —soltó una carcajada.

—¿Y esa insistencia ahora para que me la quite? —siguió riendo—. No hay quién te entienda, chica. Pensé que te gustaba.

—Pues he cambiado de idea —rebatí.

—Da igual, a mí sí me gusta —mal, pelirrojo, mal.

—Además hueles a cabeza piojosa —lo chinché un poco más, pero él no hacía más que reírse.

—Paso de tu rollo de loca del moño.

Le solté un sopapo en el cogote, se lo estaba mereciendo, lo que provocó que se riera aún más y acabé riéndome con él.

—Vas a dormir en la puerta de mi casa hoy, como los perritos —bromeé.

—En serio, Diana —volvió a hablar unos minutos después volviendo al tema en cuestión—. Tienes que ser clara con ese chico. Si no quieres volver a verlo, díselo. No quedes con él porque te haya hecho sentir mal, porque al final estás dejando que te manipule. Si no lo quieres, ¿qué puedes hacer contra ello?

—Yo no sé querer, Fer —y lo dije de verdad, de corazón. No como la broma que siempre soltaba. Era la tía más rara del mundo, quizás, pero yo no había querido a un hombre en mi vida y no sabía cómo se hacía.

—A querer no se aprende —replicó.

Vale, mi acompañante tampoco es que fuera Romeo, poco podía hacer para que pudiera entender cómo se sentía el hombre que acababa de escribirme al móvil ni tampoco me podía ayudar a saber cómo evitar hacerlo sentir peor, pero al recapacitar un poco, supe que tenía razón. ¿Qué sentido tenía ir en contra de mí misma? Pasar un rato más juntos, unos besos más, un polvo más o incluso, lo que me daban arcadas, algunas lágrimas más..., ningún sentido. Resoplé. Aquel barbarroja era un entrometido de mucho cuidado, eso también lo tenía claro.

—Vuelvo enseguida —Fernando se levantó de mi lado y por un momento olvidé quién era, que no conocía la zona y que no tenía ni idea de a dónde iba, pero estaba sumida en mis propios pensamientos y me dio un poco igual. Ya volvería y más le valía no perderse, que no tenía mi número de

teléfono. Si me llamaban por algún tipo de megafonía lo dejaba tirado en el parque.

Marqué el número de Miguel Ángel. Le iba a mandar un mensaje, pero me parecía frío e inapropiado.

—Hola, princesa —contestó al otro lado con voz triste. Dios, era más patético de lo que me imaginaba.

—Hola, chaval. Oye, mira, que no voy a alargar más este momento. Que no es que no quiera quedar contigo por no darte una oportunidad, es que, chico..., a mala persona te has venido a juntar. No quiero salir con nadie. No quiero compromisos de ningún tipo. Es más, nunca suelo ver más de tres o cuatro veces a mis ligues. Tú has sido una excepción...

—Eso me hace ver que te importo. ¿No te das cuenta? —me interrumpió.

—Voy a ser sincera intentando no ofenderte, ¿vale? Me exasperas y no quiero verte más —«filtro Diana, filtro...». Lo de bruta no me lo iba a quitar en la vida, por mucho que lo intentara.

—Vale —murmuró, pensé que si se ponía a llorar me arrancaba las venas a mordiscos, pero no, colgó antes de poder escuchar nada más y respiré aliviada. Debería empezar a plantearme tatuarme en algún lugar accesible: «solo sexo». Menudo mal trago con el Miguel Ángel de los huevos.

Fernando apareció unos minutos después con un par de botellines, el suyo sin alcohol.

—Perdona, he tardado un poco. Este parque es inmenso —«hombres imbéciles... igual es el momento de probar con el género femenino», pensé, pero luego sacudí la cabeza con la certeza de que no sería posible, con lo mucho que me gustaban a mí los tíos.

La cerveza me había subido un poco, ya que el almuerzo de ese mediodía no había sido demasiado copioso y tras todas las horas que habían

transcurrido, estaba más que digerido. Fer hablaba y hablaba y me molestaba que me resultara tan agradable estar allí con él, así que me mantuve en silencio, a la expectativa, por no ser borde porque sí.

Un buen rato más tarde me sentía agotada y solo el hecho de pensar que al día siguiente tenía que madrugar para ir al trabajo, se me quitaban las ganas de estar allí con él. No me quedaba más remedio que ir a la peluquería. No podía cerrar un viernes o me iría a la ruina.

Mi acompañante se puso en pie cuando comprobó que mi cara se volvía cada vez más mustia.

—Ya sé cómo hacer que te sientas mejor —me soltó y no tenía ni idea de lo que me decía, hasta que caí en la cuenta de que se refería a mi conversación con Miguel Ángel, que la verdad a mí me importaba un pimiento, ya había pasado el mal rato y me daba exactamente igual—. Te voy a tocar como nadie te ha tocado nunca —soltó una carcajada y reí. Sabía que estaba haciendo un juego de palabras para picarme.

Me levanté, me sacudí el trasero y nos pusimos de camino a casa, ya estaba anocheciendo. Me quedé turbada cuando noté que cada vez que nos rozábamos al caminar, sentía una especie de calambre... quizás era el momento de reconocerlo, entre nosotros saltaban chispas.

Capítulo 14

Diana no era lo que yo esperaba desde un principio. Era rara. Estaba loca, era simpática, le gustaba la música, cantar, los paseos, la cerveza, la Coca Cola y follar. No era una tía demasiado complicada, pero se alejaba bastante a la idea que me había hecho de ella, me tenía un tanto descolocado.

Me había aficionado a la forma en que me acariciaba la barba y de pronto me había dicho que lo mejor que podía hacer era deshacerme de ella, que me sentaba como el culo. Puf. Era una tía, vale, y nunca las iba a entender por mucho que me lo propusiera, pero eso sí que me dejó fuera de juego, porque precisamente aún la conservaba porque había insistido en arreglámela.

Caminamos en silencio hasta su casa que no estaba lejos del parque de Guinardó. La noche empezaba a caer, la temperatura agradable que había reinado ese día había dado paso a una brisa de aire frío. Aún así, no me hubiera importado apostarme en una terraza a tomarme algo con Diana, pero se le notaba tanto cuánto le pesaba el cansancio del día, que no se lo pedí.

Pensaba agarrar la guitarra en cuanto llegara a su casa y armar un dúo tal cual lo habíamos hecho la noche antes, pero según traspasamos el umbral de su piso, se disculpó diciéndome que estaba agotada y que al día siguiente tenía que ir a trabajar, tenía una expresión extraña y seria que no llegaba a entender y que me obligué a achacar al cansancio.

Diana me indicó que podía comer lo que quisiera y hacer lo que me diera la gana, pero que no hiciera demasiado ruido. Me quedé un poco fastidiado porque no tenía sueño y aquella chica me caía bien, era fácil divertirse con ella. Sin embargo no insistí, porque entendía que llevaba dos días dándome toda su atención y que eso era demasiado para ella. Así que me preparé un cacao caliente y me senté en el sofá a leer la novela que tenía a

medias.

Sentí unos golpecitos en el hombro unas horas más tarde.

—¿Siempre duermes sin quitarte los zapatos? Me estás ensuciando el sofá —me recriminó.

Abrí un ojo, para comprobar que Diana me escrutaba con los brazos en jarras y cara de mosqueo.

—Perdón, me dormí leyendo —me incorporé un poco para quitarme los zapatos.

—Ese libro no te gusta, por si no lo has notado —soltó.

—Sí me gusta, pero estaba cansado.

—Vale, lo que tú digas —Diana fue hasta la cocina.

Me quité la ropa y rebusqué en la mochila la camiseta que había usado la noche anterior para dormir. Apareció un minuto más tarde con dos botellas de agua fría, el ambiente parecía cargado y me dio la sensación de que hacía calor allí aunque igual eran cosas mías.

—Toma —me tendió una.

Llevaba una camiseta corta que le dejaba un hombro al aire y un culote a juego en color negro con encaje, si se ponía unos tacones podría salir de fiesta con esa ropa.

—¿Ese es tu pijama? —le pregunté, un poco por meterme con ella, ya que me había despertado, por lo menos la molestaría un poco.

—No todos vamos por el mundo con pinta de vagabundos —bromeó con una sonrisa.

Bebió un trago de la botella de agua fría y resbaló una gota por su barbilla hasta caer en el escote, lo que hizo que sus pezones se erizaran y mi polla brincó de felicidad. «Quieto, parao...», pensé tratando de disimular.

—¿Te confieso una cosa? —me preguntó y por un instante, pensé que me iba a decir que tenía ganas de chupármela o algo de eso. Joder, no me

juzgues, que de pronto me había entrado un calor de la leche y esa tía iba medio en bolas. Asentí sin decir nada, no podía hablar, estaba concentrado en que la sangre volviera al riego—. Solo me he puesto pijama porque estás aquí, suelo dormir en bragas.

—Está bien saberlo —solté. «Me cago en tu madre, so loca», pensé—. Yo también me he puesto mi mejor pijama.

Llevaba una camiseta vieja de Harley Davidson, en la que apenas se podía distinguir ya el dibujo, pero era suave y cómoda, me gustaba dormir con ella.

—No puedo dormir, estoy incómoda —se tiró en el sofá a mi lado bufando.

—Pues si estás incómoda quítate la ropa para dormir. No pienso pasar por tu dormitorio.

Diana me escrutó con la mirada afilada. Ya estaba malinterpretando de nuevo mis palabras, aunque debía admitir que me habían hecho chiribitas los ojos con la idea de imaginarla desnuda, en bragas quizás, tumbada en su cama, con las tetas al aire, los pezones erectos y cayendo ligeramente hacia los lados. Su vientre plano y el círculo perfecto de su ombligo coronando la belleza hecha mujer.

Se me secó la boca. Mi polla brincó y clavé los dedos en mis muslos para que no fueran solos a acariciar esa piel que tanto me apetecía sentir.

—Las ganas tuyas de que yo te deje pasar por mi dormitorio —me reprochó. Me encogí de hombros y levanté las manos en señal de defensa sin decir nada.

—Si piensas en sexo no te va a dar sueño —resolví por molestarla otro poco.

—Lo sé. Es la fuerza de la costumbre. ¿Me cuentas algo? A ver si me aburres un poco —me pidió con un mohín.

—¿Qué quieres que te cuente? —Protesté, yo sí que me caía de sueño
—. Son las dos de la madrugada.

—¿Cuál es tu helado favorito? —me preguntó.

—De plátano —dije tras pensarlo unos segundos.

—No me ayudas —rio y lo hice con ella.

—¿Dónde es el sitio más raro del que has tomado helado? —continuó su interrogatorio tras beber otro sorbo a la botella de agua.

—Pues no sé... cerca de la Cumbre de Gran Canaria en pleno febrero, por el frío, pero a mí siempre me apetece comer helado, da igual si hace frío o calor —contesté.

—Me refiero a de qué parte del cuerpo más rara has tomado helado —reformuló la pregunta.

—Pensé que querías olvidarte de los temas sexuales —solté.

—Pídele a un alcohólico que desee una cerveza sin alcohol —bromeó.

—Pues la verdad... —pensé un poco—. Nunca he comido el helado de otra forma que no fuera en un vaso, bol, cucurucho, con cuchara o lengua... quiero decir, que nunca lo he usado como juego sexual —aclaré cuando vi cómo me miraba.

—Ahm. Me voy a la cama —soltó—. No me ayudas nada.

—Pero lo intento —sonreí y ella se marchó—. Eso debería puntuar.

Apagué las luces y me tumbé en el sofá, quedándome dormido rápidamente.

Capítulo 15

Cuando sonó el despertador preferí no darle a posponer, temía equivocarme de tecla y que no volviera a sonar. El agotamiento era tal, que me dormiría de nuevo, sin embargo ya no podía faltar más al trabajo. Bastante había hecho con cerrar dos días completos. Eso era lo más parecido a unas vacaciones que había tenido desde hacía al menos cinco años, así que al final debía agradecerle a Fernando que hubiera decidido venir al almuerzo sorpresa de Adriana, y a Carlos por pedirme que le hiciera de anfitriona.

Descalza caminé hasta la cocina para beber un poco de agua antes de meterme en la ducha. Fer dormía en el sofá con la boca abierta, los brazos desparramados y una pierna colgando. Sonreí. Menuda pinta. Para hacerle una foto. Agarré mi móvil, que había soltado sobre la encimera, y disparé unas cuantas, cerciorándome antes de que el sonido estaba desactivado.

Con la intención de que se fuera espabilando con el olor a la droga líquida que estaba segura de que necesitaba, puse la cafetera al fuego y abrí las persianas del salón, pero seguía roncando. Se había quitado la camiseta en algún momento de la noche y dormía en ropa interior, nada del otro mundo, unos calzoncillos cualesquiera de los típicos grandes almacenes que los vendían en paquetes de cinco y obligué a mi cerebro a no detenerse en esa zona el tiempo suficiente para averiguar si ya había hecho presencia su erección matutina

Serví dos cafés sin que aquel hombre se inmutase y, con las tazas en la mano, me acerqué a observarle. Tenía los dos brazos completos llenos de tatuajes y en el pecho tres rosas, que a saber si tenían algún significado. Se le marcaban las abdominales y preferí no fijarme en lo que había más abajo. Miré con mayor detenimiento los dibujos que tenía grabados en la piel. Sin pensarlo antes, solté una de las tazas sobre la mesilla del salón y me paré a

acariciar una parte en la que los colores eran llamativos a la altura de los bíceps, mientras bebía a sorbos de la mía.

Me senté en el borde del sofá, a su lado. Las yemas de mis dedos viajaron a través de un dragón en su antebrazo, una calavera, otra rosa..., las rosas de su pecho eran grandes y ocupaban todo el pectoral y se podían distinguir otros dibujos más pequeños alrededor, los músculos se marcaban firmes debajo.

—¿Te gusta? —preguntó en un murmullo y me pegó un susto de la leche porque no me había fijado en que se había despertado y me estaba observando.

—¿Eh? No, digo que... no sé, solo miraba —me disculpé, si es que eso se podía considerar una disculpa.

—Ya. Me hice uno, luego me apeteció hacer otro y cuando me di cuenta, cada quince días estaba de nuevo en el estudio de mi amigo. Pensé que igual en algún momento me iba a arrepentir, pero ese momento no ha llegado. En realidad, no me importaría seguir —me explicó.

—¿Tienen algún significado? —pregunté por curiosidad.

—Para mí sí.

Supuse que no me lo iba a explicar porque se quedó en silencio. Di un sorbo a mi café, tenía que ponerme en marcha y me estaba costando despejarme. Fer me miraba raro, igual por la cercanía, porque seguía sentada pegada a él en el borde del sofá, ya que me parecía un poco raro levantarme y huir como si estuviera haciendo algo malo.

Le atusé la barba, por hacer algo con las manos, sonrió y me dejó en treinta y tres cuando introdujo los dedos en mi cabello, agarrando mi cabeza y tirando de mí para que me acercara. No tenía por costumbre ir apartando a los tíos que me ponían *guarrona*, así que dejé que lo hiciera, aunque por algún motivo me producía cierto rechazo. Olí el albaricoque a un centímetro de sus labios y cerré los ojos en el justo momento en el que sonó el timbre de casa.

Me aparté de Fernando como si quemara, intentando averiguar si se me habían agitado los latidos por él o por el susto de la puerta a esas horas de la mañana. Fer se puso la camiseta y unos vaqueros que tenía tirados al lado del sofá antes de que pudiera abrir la puerta.

Adriana estaba al otro lado con una sonrisa y una bolsa de papel que, por las manchas de grasa, debían ser churros. Entró después de darme un abrazo.

—Tú has follado. Mucho —solté. Adriana se echó a reír y miró para Fernando, al que guiñó un ojo.

—Por lo que veo, tú no —bromeó. No había que ser muy listo para saber que él había dormido en el sofá. Me encogí de hombros y miré a Fer, que repitió mi gesto. Nos reímos los tres.

Comimos un par de churros sentados en el sofá mientras hablábamos de nada en concreto. Adriana tenía pensado llevarlo a dar un paseo y conocer un poco la zona y le estaba relatando los planes.

—Chicos, yo me tengo que ir al trabajo, porque llego condenadamente tarde. Fer, no sé si te volveré a ver antes de que te marches, pero me lo he pasado bien, me ha gustado conocerte —fui sincera.

Se levantó del sofá, donde estaba tirado junto a Adriana que lo abrazaba una y otra vez. Me resultaba extraño verla tan cariñosa con otro hombre que no fuera su amorcito barra empalagoso del año, aunque sabía que ellos solo eran amigos que se tenían un cariño especial. Fernando se acercó a mí, suponía que iba a darme dos besos, pero en lugar de eso me abrazó y volvió a hundir sus dedos entre mi cabello suelto.

—Me ha encantado conocerte —murmuró cerca de mi oído, tras lo cual me dio un beso en la mejilla.

Me dejó noqueada, totalmente fuera de juego. Me costó recuperar el aliento. Adriana nos miraba con las cejas levantadas y yo no sabía qué

responderle, nunca había sido especialmente cariñosa con nadie y esas actitudes, y delante de otra gente, por norma general no eran de mi agrado. Sin embargo, esta vez no me molestó. Me había sorprendido, eso sí.

—Espero verte pronto —murmuré, apartándome un poco de él.

Su mirada se había clavado en mis ojos, desviándose hasta mis labios y puse una mano en su pecho para apartarle antes de agarrar mi bolso y marcharme de casa. Tenía que darme prisa o doña Montserrat, que venía religiosamente todos los viernes a primera hora, se iba a cagar en mis muelas.

Fue una mañana intensa, había cambiado todas las citas del miércoles y el jueves para el fin de semana y no tenía demasiados espacios libres, a no ser que alguna clienta fallara.

Tenía claro que sería una de esas jornadas en las que no me iba a dar tiempo de comer porque apenas tenía espacio entre una cita y otra. Aguanté como una campeona hasta las tres de la tarde, cuando el flujo de clientas aflojó bastante y me dejaron pasar por el cuarto de baño y plantearme coger una Coca Cola de mi nevera, que tomé de un trago prácticamente, muerta de hambre y sed, esperando que con eso tuviera azúcar y cafeína suficiente para aguantar unas horas más.

—Te queda bien el naranja —me giré y vi a Quique alias te-empotro-dónde-y-cuándo-quieras detrás de mí.

—Hola, chaval. ¿Vienes a cortarte el pelo? —le pregunté con una sonrisa.

—¿Se te ocurre otra cosa que haya podido venir a hacer? —sonrió de forma socarrona.

Reí y negué con la cabeza. No me apetecía. Por una vez no me apetecía nada.

—Mejor te quito esa melena ya.

Quique asintió sonriendo. Me acerqué a la nevera con intención de

coger otra Coca Cola antes de ponerme al lío, pero se me quedo mirando con las cejas levantadas. Recordé que nuestro último encuentro era parte de un proceso de desintoxicación del líquido químico que tan enganchada me tenía, así que preferí, por no darle pie a una nueva sesión, preparar un par de cafés.

Le hice un corte de pelo bestial, no recordaba haberle visto nunca el cabello tan corto, pero le quedaba bien y a mí me había servido de terapia, porque ignoraba el motivo, pero me sentía agitada y no había nada en el mundo que me calmara más que dar tijeretazos. ¿Me iría a poner enferma? Esperaba que no, porque una enfermedad no era motivo para cerrar la peluquería y la fiebre solía dejarme bastante hecha polvo. Me costaba recuperarme de una gripe.

—Oye, Quique. Tengo curiosidad por saber en qué trabajas —pregunté con la intención de romper el silencio incómodo que se había instalado entre nosotros.

—Prefiero que no lo sepas —me soltó.

—Ahm.

Pues nunca le había preguntado, porque en realidad me importaba bastante poco, pero me había molestado su respuesta. ¿Por qué no podía saberlo?

—No me mires así —me pidió, porque era irremediable, se me estaba poniendo una cara de mala baba que no podía controlar.

—Vamos a lavarte el pelo, pasa por aquí —le pedí, sin responder a su insinuación. Le puse el agua fría, por molestarlo un poco mientras reí por lo bajini.

—Ostras, Diana... qué fría.

—¿En serio? No lo noto, perdón —giré un poco el grifo, pero algo casi imperceptible.

No volvió a abrir la boca hasta que terminé de lavarle el cabello. Era

lo suficientemente inteligente para saber que no haría caso a sus protestas.

Le sequé con la toalla y le pasé un poco el secador, levantándole las puntas hacia arriba con un peine. Le había quedado bien, pero me gustaba mucho más verle el pelo largo. Para mí había perdido todo el *sex appeal* ese a lo hombre salvaje de la selva.

—Bueno, muchas gracias —dijo tras pagarme la cuenta.

—A ti, cielo —le guiñé un ojo—. Vuelve cuando quieras.

—Chao. —Caminó hasta la puerta y antes de irse se giró para llamarme— Diana —levanté la cabeza del ordenador—, soy repartidor de Coca Cola.

Se me abrieron los ojos como platos y me reí a carcajadas.

—Venga ya, idiota —le amonesté. Se reía él también—. Si no me quieres decir a qué te dedicas, da igual —¿qué importancia tenía? Era simpático, sexy y follaba bien. ¿Para qué demonios quería más información?—. Serás gigoló, traficante o capo de la mafia... a saber, pero no inventes.

—Anda, ven —fui a su lado y me señaló el camión que había aparcado a unos veinte metros de la peluquería. Aún así, no lo creí del todo. Podía haberlo visto antes de salir y por eso me lo había soltado, pero en realidad, no sabía por qué me había molestado. ¿Qué demonios me importaba a mí a qué dedicara sus horas laborales? Me encogí de hombros con una sonrisa.

—Pues vale. Tráeme tres cajas la próxima vez que vengas —solté quitándole importancia.

—¿Quieres una ahora? —me miró socarrón.

—Pues muchas no me quedan, la verdad.

—¿Necesitas otra sesión? —desvió su mirada a mi escote.

Vi a Adriana y a Fernando que se acercaban hacia el local, hablando entre risas, por lo que era necesario deshacerme de él rápidamente.

—Hoy no, lo siento —contesté sin más—. Adiós.

—Hasta la próxima, guapa.

Quique se marchó, cruzándose en la puerta con Adriana y Fer que ya entraban.

—Tu asesor viene mucho últimamente por aquí, ¿no? —Preguntó la cínica que tenía por amiga—. ¿Revisión de datos a fondo?

—No. Un simple corte de pelo.

Adriana no me creía, lo sabía, por la forma en que me miraba y me encogí de hombros, un poco mosqueada la verdad. Fer nos miró extrañado sin entender, pero no preguntó. Ella se echó a reír y no supe por qué, pero como la mayor parte de las veces solía hacer gracia a las personas de mi alrededor por cosas que no entendía no le presté mayor atención. Le sonó el teléfono móvil a Adriana y salió del local para atender la llamada, quedándonos Fer y yo a solas.

—¿Qué tal el día? —me preguntó.

—Agotador. Tenía muchas citas acumuladas de estos dos días atrás que he tenido que atender hoy. Ahora en media hora empezará a llegar otra remesa fuerte y ni siquiera he tenido tiempo a limpiar lo que ensució esta mañana —le expliqué señalando el suelo. Estaba todo lleno de restos de cabello por todas partes, el cesto de las toallas hasta arriba y manchas de tinte, brochas, pinzas y peines pendientes de lavar. Resoplé— y tengo hambre.

Fer levantó las cejas, supongo que era la primera vez que me veía de tan mal humor y le había sorprendido que no le soltara alguna estupidez de las mías, pero es que no me apetecía. Me miraba con una ceja levantada y luego recorrió toda la tienda con la mirada. Suponía que se iría para no interrumpirme, porque lo que menos necesitaba era que el poco tiempo que me había quedado libre y podía aprovechar para adecentar la peluquería, me hiciera perderlo.

Sin embargo, no parecía querer marcharse. Se acercó hasta mí y agarró

mi mano, tirando de ella. ¿Y este a dónde me lleva ahora? ¿Otro que quiere desintoxicarme? Fer tenía la clara idea de que estaba obsesionada con el curro, así que no me extrañaba en absoluto que se le hubiera pasado por la cabeza que necesitaba una sesión de desconexión, todavía no había decidido si eso me gustaba o no, porque tenía partes de mi cuerpo que me gritaban cosas contradictorias que en ese momento no me podía parar a analizar.

Cuando llegamos a la recepción me hizo sentar en el taburete y por una vez, decidí esperar a ver qué pasaba cuando eran otros los que tomaban decisiones. Tenía curiosidad por saber qué se le había ocurrido al barbarroja.

Después de manejar unos instantes mi ordenador, activó la música de mi *playlist*. Ni siquiera me había dado cuenta de que no estaba sonando. Abrió mi nevera y sacó una Coca Cola que abrió y me la tendió. Reí. No sabía qué demonios pretendía, bueno, sí. Me imaginaba que quería que me sentara un rato a descansar.

—A ver —dijo, girando a su alrededor—. Esto no puede ser tan difícil.

—¿Eh? —pregunté completamente perdida.

Solté una carcajada cuando lo vi agarrar el cepillo y comenzar a barrer. Lo observé alucinada, las cejas no se me bajaban. ¿Qué demonios hacía el barbitas barriendo mi peluquería, en lugar de estar por ahí de paseo con nuestra amiga? No entendía un carajo. Miré fuera de la tienda y Adriana continuaba hablando por teléfono, lo que a él tampoco parecía molestarle.

Rodó las sillas y los carros para llegar a todos los rincones. Me estaba molando aquello, la verdad. Así que decidí guardar silencio y observar. Nunca me había imaginado que me resultaría tan seductor ver a un hombre limpiar mi peluquería.

Rebuscó por los bajos de la zona del lavacabezas hasta dar con un trapo, que lavó en un pequeño lavamanos de detrás y lo pasó por todas las

superficies, enjuagándolo de vez en cuando. Me miró y sonrió, volviendo al lío sin dejarme corresponderle o todo lo contrario.

No sé exactamente cuánto tiempo estuve con las cejas levantadas, me había quedado absorta mirándolo manejarse por mi peluquería como nunca antes había visto a nadie, ni siquiera a mis padres.

No había notado que Adriana había entrado de nuevo y que estaba al lado mío, tan alucinada como yo, observando en silencio a Fernando, que en ese instante iba recogiendo toallas que se habían quedado regadas por ahí y las echaba al cesto. Colocó algunas batas que se habían caído de las perchas y lo vi mirando en todas direcciones, buscando algo. No le pregunté qué necesitaba, porque me resultaba simpático verlo desenvolverse de esa forma por mi territorio. Lo perdí de vista cuando accedió a la trastienda y unos segundos más tarde salió en busca del cesto de las toallas, con el que se perdió al fondo de nuevo. Adriana y yo nos miramos.

—¿Y a este qué le pasa? —pregunté por fin, me había costado recuperar el habla.

—No tengo ni la menor idea —murmuró Adriana—. Déjalo, parece feliz.

—Jum —respondí pensativa.

—He hablado con mi madre —me explicó contesta—. Se ha puesto como loca.

—¿Por qué? —pregunté despistada.

—Jolín, Diana. ¿Será porque voy a casarme?

—¡Ah! Sí, claro, claro —me costaba concentrarme en lo que decía.

—¡Diana! —Me llamó Adri, la miré—. Estás rara de narices.

—Estoy agotada y tengo hambre. No he comido nada desde ayer. Me he mantenido a base de café y Coca Cola todo el día y aún me quedan mínimo tres horas —resoplé disimulando el estado en el que había entrado y que

todavía era incapaz de identificar del todo: agradecida, agotada, alucinada, hambrienta, cachonda..., de todo un poco.

Adriana me abrazó y me dio un beso en la mejilla.

—Muchas gracias, Diana, por confabularte con Carlos para que Fernando se sintiera bienvenido, por la sorpresa, por cerrar la peluquería para atenderlo, por todo... —correspondí su achuchón.

—No es nada, nena. Lo hice con gusto, porque te quiero mucho. Lo que pasa es que no estoy en mi mejor día —confesé—. Creo que me voy a poner mala, me siento rara.

—Ya, mala... —murmuró mirándome con intensidad.

Mi descanso terminó cuando entró una clienta al local. Se disculpó por el retraso, hacía diez minutos que debía estar allí, unos segundos más tarde, entraron dos chicas más. Suspiré y bebí de un trago lo que quedaba de mi refresco antes de ponerme de pie.

—Tengo que volver al trabajo. Gracias por venir a verme.

—A mí no me las des —respondió Adriana—. Fue cosa de Fernando y es él el que te está ayudando, o intentándolo —asentí.

—Voy adentro un momento a despedirme de él —le dije—. Chicas, tomad asiento, en unos minutos os atiendo.

—Chao, cariño. Dile a Fer que le espero fuera, voy a llamar a Martín y Ebba, que vamos a quedar para cenar y necesito confirmar sitio y hora —asentí dándole dos besos—. Si te quieres venir luego, estás invitada —una mirada fue suficiente para que supiera que luego iba a estar demasiado ocupada desmayándome en mi cama.

En la trastienda me apoyé en el quicio de la puerta con los brazos cruzados para observar a Fernando manejando los botones de mi lavadora.

—Ponlo en el programa número cinco, la temperatura y centrifugado ya están regulados —se giró a mirarme y acto seguido siguió mis instrucciones.

Se sacudió las manos feliz, me había dejado la peluquería como una patena en un rato—. Muchas gracias por tu ayuda —sonreí.

La intensidad de su mirada hacía que me costara respirar y ese hoyuelo, en el que volví a fijarme, me hizo sonreír. Se acercó, su olor llegó pronto a mí, esa mezcla única de matices con la que no me quedaba más remedio que cerrar los ojos para aspirar con fuerza. Los abrí cuando me acarició la barbilla justo antes de darme un beso en la mejilla.

—Tienes mejor aspecto, espero que un descanso de diez minutos sea mejor que ningún descanso —murmuró.

—Por supuesto. Mil veces mejor —susurré yo también con una sonrisa. ¿Por qué demonios hablábamos en voz baja? Pues no sé, era un misterio para mí, pero de pronto me habían dado ganas de apagar las luces y tumbarme a dormir abrazada a él—. Me pensaré contratarte —bromeé, lo cual hizo reír a Fernando.

—Me voy. Te dejo trabajar.

—Gracias, de verdad.

Lo decía de corazón, no estaba acostumbrada a que nadie me ayudase en mi trabajo. Normalmente no me quedaba más remedio que comérmelo con patatas yo sola todo. Fer me dio otro beso en la mejilla y salió del cuarto de la lavadora pasando a mi lado.

—Oye, Diana —se giró antes de salir de la trastienda.

—¿Qué?

—¿Puedo quedarme esta noche en tu casa?

Capítulo 16

Salí de la peluquería riéndome por lo bajini por la cara de sorpresa que se le había quedado a Diana, primero, porque en un rato le había recogido el estropicio que tenía montado en la peluquería y segundo, por mi petición, que tampoco era tan extraña.

A lo primero, tengo que decir en mi defensa, que Diana tenía cara de zombi cuando entramos al local, pero de zombi hambriento, de un momento a otro se pondría a arrastrar los pies con los brazos levantados, estaba hasta verde. Sabía que le iba a sentar bien descansar un poco y tomar algo de azúcar de un refresco de esos que guardaba en su nevera, que por cierto, se le estaban acabando, así que me acercaría a comprarle más porque suponía que si tenía la agenda tan apretada como parecía, y todo era porque había tenido que cambiar las citas del miércoles y el jueves por no dejarme solo, no tendría tiempo de pasarse por el supermercado. Lo menos que podía hacer por ella era echarle una mano.

A lo segundo, pues tampoco era tan descabellado. Quería a Adriana con todo mi corazón, pero no me sentía cómodo pensando en dormir en su casa porque no tenía mucha confianza con Carlos, y tampoco quería ser testigo de los posibles ruidos que se pudieran escuchar ahora que estaban tan contentos y entregados después de la formalización del compromiso. También debía admitir que me apetecía pasar más tiempo con Diana antes de marcharme, como si una parte de mí necesitara descubrir más de ella, algo que negaré haber reconocido.

Adriana hablaba sin parar a mi lado y acababa de percatarme de que no le había prestado la más mínima atención hasta que me llamó insistente.

—¡Fer! Oye, Fer —rio—. ¡Menudo amigo estás hecho! Me estás ignorando.

—Perdona. Estaba pensando en una cosa que tengo que hacer luego — dije.

—Ya. Una cosa que tienes que hacer —repitió—. Escúchame, anda, guapo —sonreí y asentí, prestándole atención esta vez—. Hemos quedado sobre las diez con Carlos, Ebba y Martín en una masía que está en la carretera de Horta y luego nos vamos a un bar cercano donde suelen tocar grupos en directo, son un poco metaleros, pero bueno, es por ellos, que les gusta mucho ese tipo de música y luego...

—Adri... ¿podemos tomarnos una cerveza allí? —la interrumpí señalándole una terraza cercana. Tenía sed y algo de calor, pero contuve las ganas de quitarme la sudadera porque Adriana llevaba un rato frotándose las manos y suponía que tenía frío, no quería que bromeara sobre los posibles motivos que habían hecho subir mi temperatura. Adriana asintió, así que caminamos hasta el bar, tomando asiento y pidiendo un par de cervezas, la mía sin alcohol, como era habitual—. Te noto pletórica —le dije en un momento en el que por fin había dejado de hablar para coger resuello.

—Lo estoy. Es que teneros a todos aquí y no sé, todo lo que ha pasado estos días, es bonito, es ideal. Me hace feliz —me explicó.

—Me alegro, piernas. Oye, Adriana. ¿Te importaría que esta noche no cenara con vosotros? No me apetece mucho salir. Tengo el estómago a reventar y ese rollo así familiar, no me va mucho. Todavía tenemos algunos días por delante antes de que me vaya... —Adriana me escrutó con los ojos entrecerrados y las cejas enfurruñadas.

—¿Diana? —me interrumpió y no sé por qué que me preguntara ese nombre así, sin venir a cuento, sin motivo ni razón aparente, pues no me hizo mucha gracia.

—¿Diana qué? Diana está trabajando hasta tarde y supongo que estará agotada y lo cierto es que yo también lo estoy. Me apetece acostarme pronto y

a ella parece que no le importa que duerma en su sofá —confirmé sus sospechas.

—¿Seguro? —Me preguntó con curiosidad—. Porque eres el primer hombre que deja dormir en su casa más de una noche seguida.

—Es diferente —resolví convencido.

—¿Por? —preguntó mi amiga.

—Evidentemente, porque conmigo no se acuesta, le da igual si sigo ahí cuando se despierte o no —expliqué, era sencillo de entender.

—Uhm, sí, aún no... sí —murmuró.

—¿Te molesta si me retiro pronto a dormir y mañana salimos de fiesta? —le pregunté directamente ignorando su comentario. Intentaba averiguar si aquello le estaba fastidiando y no me estaba enterando.

—No. No me importa. Claro que no. Estoy muy contenta porque estás aquí. Duerme donde quieras y no te sientas obligado a hacer nada que no te apetezca —Adri me abrazó y me soltó un beso en la mejilla—. Oye, qué bien te huele la barba, ¿no? —me encogí de hombros ruborizándome sin querer.

Acabamos la cerveza y le dije que tenía que marcharme porque tenía que hacer un par de cosas antes de ir a por Diana.

—Cómprale algo de cenar, no ha probado bocado en todo el día —me abrazó—. Hasta mañana.

Caminé de nuevo hacia la peluquería y entré en un supermercado cercano a hacerme con un par de packs de latas de Coca Cola. Me llevé también unas pechugas de pollo recién cortadas, queso, tomates, lechuga, pan, cervezas y chocolate. ¿A todas las mujeres les gustaba el chocolate, no? Recapacité.

Entré en la peluquería y Diana estaba enfrascada con el secador, tenía a una señora con papel de aluminio en la cabeza, que suponía que se había teñido o tenía unas mechas y otra chica con el cabello mojado, que leía una

revista mientras esperaba por Diana.

Me goberné solo y vi que Diana me miraba patidifusa cuando reponía los refrescos de su nevera, en el justo momento en que entraba otra chica. ¿Otra? Eran cerca de las ocho de la tarde, aún le quedaba trabajo para un buen rato. Diana terminó de pasarle el secador a la mujer que atendía y le quito la capa, enseñándole con un espejo pequeño reflejado en el grande, cómo había quedado el cabello por detrás. La clienta asintió feliz y se levantó, cogiendo su bolso del perchero y acercándose a donde yo estaba en el mostrador. Diana estaba recogiendo con el cepillo los cabellos que estaban regados por el suelo.

—¿Me cobras, cariño? —me preguntó la chica. Levanté la cabeza mirando a Diana.

—Mira en la libreta junto al ordenador los precios. Tinte y corte para cabello corto —asentí—. Gracias —sonrió.

—Un minuto —le dije a la chica mientras colocaba en la nevera las pechugas de pollo para que no se echaran a perder, porque intuía que aún me quedaba un buen rato allí—. Disculpa, ya estoy contigo.

Calculé según las instrucciones que me había dado Diana y le cobré a la mujer que me miraba raro, pero no le hice mucho caso. El datafono era como el del supermercado, así que tampoco me suponía mayor problema. Cuando fui a guardar el resguardo me di cuenta de que tenía demasiado dinero en la caja, lo que no me parecía muy buena idea, así que en cuanto se fue la clienta, abrí el cajón y comencé a contar. Dejé dentro unos doscientos euros en billetes y monedas y el resto lo metí en un sobre que cogí de un paquete que encontré en el cajón del escritorio de la recepción, había más de tres mil euros. Los tickets del datafono los ordené y los dejé dentro del cajón, no eran pocos. Pues o llevaba muchos días sin pasar por el banco o sí que había hecho caja ese día. Escribí el importe con un lápiz por fuera.

—Hay una caja fuerte debajo del mueble que está junto a la lavadora, detrás de los botes de detergente. La llave está en mi bolso, ahí debajo. ¿Puedes ponerlo dentro? El lunes iré a ingresarlo —murmuró pasando por detrás de mí, asentí e hice exactamente lo que me pidió. Tenía un buen escondite para la caja fuerte. Era difícil dar con ella. Guardé el dinero y volví a la recepción.

—¿Tienes ayudante nuevo, Diana? —escuché que le preguntaba la señora de la platina en el cabello. Diana levantó una ceja mirando en mi dirección.

—Sí, me está echando una mano en la peluquería. Es un chico aplicado —Sonreí e intenté acallar los ruidos de mi estómago que protestaban de hambre—. Oye, Fer, ¿te importa lavarle el cabello a Remedios?

Levanté las cejas y me hubiera descojonado si no hubiera notado que me suplicaba con la mirada que le hiciera caso para quitarse de encima ya a las clientas que le quedaban. Estaba terminando de cortar el cabello a la que tenía el pelo mojado y aún tenía en espera a la última que había entrado hacía un rato.

—Por supuesto —sonreí.

Me puse unos guantes, tal como había hecho unos días atrás con ella, y le masajé la cabeza a la señora, cosa que ya no me parecía tan erótico, no al menos con esa mujer de más de sesenta años, aunque debía admitir que ella parecía disfrutar.

—Se te da bien —bromeó Diana al pasar tras de mí—. Te debo una muy grande.

—Eres una arpía, loca del moño —murmuré, procurando que solo pudiera escucharlo ella, que soltó una carcajada—. Te parece si en cuanto termine esto, me das las llaves de tu casa y voy preparando la cena cuando llegue.

—¿Sabes cocinar? —preguntó extrañada.

—Por supuesto. Me salen unos bocadillos de pollo para chuparse los dedos, las tortillas francesas son mi especialidad y el cacao frío me queda de vicio —solté. Ella se echó a reír.

Diana asintió y fue hasta el bolso, para coger las llaves y separar del manojito las de su casa, que me tendió. Pero aún estaba aclarándole el pelo a la señora y no podía cogerlas. Puse el culo en pompa, señalándolo con la barbilla para que pusiera las llaves en el bolsillo trasero y Diana volvió a reír, negando con la cabeza. Metió las llaves en el bolsillo y me dio una nalgada sin que nadie se diera cuenta, la cual tuvo efecto inmediato en mi entrepierna que brincó de alegría por la expectativa de un poco de roce. Negué con la cabeza... Había cosas que no podía controlar.

Para cuando Diana llegó a su casa, hora y media más tarde, los bocatas de pollo, queso y vegetales estaban listos y las bebidas heladas, esperando a ser disfrutadas. Apenas habló durante la cena, me miraba, sonreía y masticaba despacio, como si estuviera demasiado cansada incluso para comer. Se tomó dos latas de cerveza antes de acabarse el bocadillo y se sentó en el sofá, en lo que yo fregaba los platos y cacharros que habíamos ensuciado, lo cual me costó diez minutos de discusiones, porque Diana no parecía dispuesta a dejarme limpiar en su casa, pero era lo menos que podía hacer por dejarme dormir allí.

Para cuando llegué al sofá, estaba acurrucada, tapada con una manta ligera y roncaba suavemente. ¿Y ahora qué hacía? Despertarla para que se pusiera el pijama y se fuera a la cama no me parecía buena idea, con la misma se desvelaba o me ponía en la puerta de la calle, por joderle el sueño. Así que la dejé allí y cogí mi libro y el móvil antes de irme a su dormitorio.

Capítulo 17

Cuando sonó el despertador en mi móvil no me lo podía creer, le di a posponer y durante la siguiente media hora tuve una lucha con mis ojos y mi conciencia, para espabilarme de una vez y tirarme de la cama abajo para poder ir a trabajar de nuevo.

Me encantaba la peluquería, pero esos días tenía más trabajo que nunca y no estaba la situación como para ir rechazando clientes. Aún sentía calambres en las piernas y me dolían hasta las pestañas. Cuando por fin logré abrir los ojos, me di cuenta de que estaba en el salón y que me había quedado dormida en el sofá, que ni siquiera me había quitado el uniforme. A aquello podría definirlo como un desmayo en toda regla.

Pensé en Fernando. El salón estaba ordenado y la cocina limpia. La batería de mi móvil estaba a punto de morir, así que fui a mi dormitorio en busca del cargador, para enchufarlo un rato en lo que me duchaba y preparaba el café. Fer dormía boca abajo en mi cama, en calzoncillos. Buenas nalgas se gastaba el señor, sí. Babeé un poco pensando que la noche siguiente podría dormir abrazada a su olor en mi almohada.

No quise molestarle. Se había portado muy bien conmigo el día antes y estaba segura de que estaba cansado, pues no habría dormido muy bien en mi sofá los días pasados, porque era cómodo, pero no muy largo y Fernando era alto, así que me apiadé de él y lo dejé dormir. Me llevé el cargador sin hacer ruido y cogí un uniforme limpio del armario antes de irme a la ducha.

Cuando estaba acabando de tomar el café, mientras tonteaba con el móvil viendo fotos de la última salida con Diana y Mónica, apareció Fernando por la cocina, en camiseta, ropa interior y descalzo... mmm buena imagen.

—Buenos días —me dio un beso en la mejilla—. Anoche te quedaste trancada en el sofá. Roncabas como un orangután —bromeó— y me daba

miedo despertarte, por si me arrancabas un brazo a mordiscos. Así que no me quedó más remedio que ocupar tu cama.

—No hay problema —murmuré.

Me dolía la cabeza. Me llevé los dedos a la sien, masajeando la zona a ver si se me aliviaba un poco. Fer me miró extrañado. Se tomó un café en silencio mientras me observaba y yo trataba de coger fuerzas para irme al trabajo. No me quedaban calmantes en casa, así que tendría que parar en una farmacia de camino a la peluquería, porque no soportaría otra jornada como la del día anterior con ese dolor.

—¿Te duele la cabeza? —me preguntó y asentí. Se levantó y cogió su taza y la mía llevándola al fregadero. Lo vi abrir el armario superior y sacar un vaso que llenó de agua hasta el borde. Me lo tendió—. Bébetelo.

Le hice caso, no te sé decir por qué, me gustaba su voz varonil dándome órdenes y tenía sed, eso también. Igual si me hubiera dicho chúpamela, me hubiera hincado de rodillas delante de él, vete a saber..., y eso que yo no era la mujer más sumisa del mundo.

—Gracias —murmuré.

—Ponte recta —Fer se colocó detrás de mí, después de volver a llenar el vaso de agua que dejó a mi lado y me dio un toque en el brazo.

—¿Qué haces? —le pregunté, haciéndole caso y enderezando la espalda, tenía la costumbre de tirarme en la silla de cualquier manera.

—Cierra los ojos y relájate.

La última vez que un tío me había pedido eso estaba con la cabeza entre mis piernas y la lengua perdida entre mis pliegues y no parecía que se tratara de lo mismo, pero lo dejé hacer.

Empezó a masajearme la cara, encima de la nariz, la frente, las sienes, en el cuero cabelludo, el cuello, hombros y por último haciéndome estirar el cuello hacia un lado y hacia otro muy despacio. Para cuando terminó se me

había aliviado bastante el dolor.

—Tómame otro vaso de agua —se dio la vuelta y se sentó en la silla de mi lado, era tarde y tendría que marcharme, pero no me parecía educado irme como alma que lleva el diablo sin decir nada. Lo observaba sorprendida. Aquel hombre no era nada de lo que esperaba cuando lo conocí—. Mi hermana Mélani estuvo una época padeciendo dolores de cabeza, su médico le dijo que eran causados por la tensión y el estrés y que si no quería hartarse a tomar ibuprofenos, podía probar con los masajes. Aprendí a dárselos para que ella pudiera relajarse esos quince minutos al día al menos y le funcionó muy bien.

—Gracias. Tienes unas manos mágicas.

—No lo sabes tú bien, nena.

Sabía que había sido una broma, sin embargo, sentí que se me contraía todo en un latigazo de placer que recorría todo mi sexo, lo cual ignoré, evidentemente.

Con todo el fastidio del universo me levanté, para poder ponerme de camino al trabajo. Le dije a mi acompañante que podía quedarse en casa un rato más y acostarse, o hacer lo que le diera la gana. Era demasiado temprano para estar en la calle un sábado por la mañana.

El día había amanecido algo nublado. Sonreí al escuchar en mi lista aleatoria de Spotify *Welcome to my life*, acordándome de Fer en mi peluquería, mientras le arreglaba la barba. Sentí un cosquilleo en el estómago. Mierda, iba a darme uno de esos terribles virus estomacales que me tendrían la mitad de la jornada vomitando en el lavabo entre tinte y tinte. Temblé. Menudo fastidio.

Vi a Carlos, que se dirigía junto a Bender al parque. Levanté la mano para llamar su atención y me acerqué a él. Bender se puso como loco, a saltar y brincar a mi alrededor, se subió sobre mi pecho y me lamió por todas partes.

Ese perro era demasiado cariñoso. Le acaricié las orejas y cuando se bajó me acerqué a darle dos besos a Carlos.

—Eh, ¿qué tal, Romeo? ¿Dónde está tu Julieta? —le pregunté.

—Pues Julieta debe estar junto a Teobaldo Capuleto.

—Dios... estás más tarado de lo que imaginaba —bromeé.

—La dejé en la ducha hace un rato, había quedado con Fernando. Hoy se van a pasar el día solos por ahí, le prometió ayer que saldrían de fiesta y no sé qué más —otra vez el puñetero cosquilleo, tendría que darme prisa en llegar a la peluquería no me fuera a dar un apretón por el camino.

—¿No te molesta? —pregunté. Vamos, yo no era celosa en absoluto, para nada... si no creía en el amor, como para creer en la monogamia. Pero estos dos estaban agilipollados y enganchados, por lo que me sorprendía esa repentina libertad.

—No. Adriana y yo vamos a casarnos y Fernando es un buen tipo. ¿Y a ti? ¿Te molesta? —inquirió socarrón.

—Bueno, me pasaría toda la mañana hablando contigo, pero me siento un poco mal del estómago y tengo que llegar al trabajo enseguida. Otro día seguimos hablando de por qué creo que eres el hombre más empalagoso sobre la faz de la Tierra —evidentemente ignoré su estúpida pregunta. ¿Por qué iba a molestarme? A mí *plin*... Carlos se echó a reír.

—Que tengas buen día.

Seguí mi camino. En fin... «¿A mí? ¿Qué quería decir?» Volví a recapacitar. «De verdad, la edad qué mala es...», se le iba la pinza a este señor y mucho.

Subí el volumen de mi Spotify en cuanto empezó a sonar *CrushCrushCrush*^[2], me encantaba esa canción. Fer se la sabía también, la habíamos cantado a dúo la primera noche que se quedó en casa. Cantando entré a la peluquería y cantando seguí, aunque ya no llevaba los auriculares

puestos, mientras encendía las luces, el ordenador y demás. Supongo que por eso no me di cuenta, hasta un buen rato más tarde, que justo enfrente del local, sentado en el bordillo de la acera junto a una moto mientras fumaba un cigarrillo, estaba Miguel Ángel.

Estaba bueno el jodido, era la primera vez que lo veía con esa chupa de piel, que suponía tenía algo que ver con la gigantesca moto que estaba a su lado. No recordaba que me hubiera dicho que tenía una, pero tampoco es que habláramos demasiado. Apagó el cigarrillo en el asfalto antes de ponerse de pie y acercarse a una papelería cercana para tirarlo. En ese momento, en el que estaba a punto de entrar a la peluquería, me preguntaba muchas cosas, pero sobre todo cómo demonios había podido llevar el vestido colgado en una percha y envuelto en una funda de plástico mientras conducía la moto... menudo misterio.

—Hola. ¿Cómo estás? —fui agradable.

—No te pones tan chulita cuando no está tu nuevo ligue cerca — contestó serio.

—¿Qué nuevo ligue? —pensé—. ¡Ah! Fernando... sí, hoy lo he dejado en casa —contesté, primero porque era medio verdad y segundo, porque me salía de los ovarios, no se pensaría este que me iba a armar otra escena como la del otro día, que follaba bien y todo lo que él quisiera, pero no tanto como para aguantar según qué cosas.

—Me imaginaba que no vendrías a la boda. Esperaba al menos una llamada, una disculpa, algo... —me recriminó y me encogí de hombros.

—Lo siento —no sabía qué más decirle sin ser desagradable, teniendo en cuenta que la última vez se había echado a llorar delante de Fernando, prefería no arriesgarme a que lo hiciera de nuevo y entrara alguna de mis clientas que debían estar a punto de llegar.

—Esto es para ti, ya está pagado y después de pasar por la lavandería

no lo puedo devolver. Quédatelo.

—Gracias —sonreí cogiendo la prenda, igual era el momento de sentirse un poco mal, pensé y me quedé absorta unos segundos recapacitando, pues no... no me sentía mal. Me importaba un carajo, directamente.

—¿Podemos cenar juntos hoy? Se me da bien la cocina, puedo prepararte algo, tomarnos unas cervezas, hablar un poco...

—No quiero ser desagradable, Miguel Ángel, de verdad que no. Pero yo no voy a darte nada de eso que buscas. No me van ese tipo de citas, yo soy más de follar y ya está.

—Tampoco es mal plan... —sonrió—. Podría cenarte a ti —entraron dos clientas muy jóvenes que tenían cita a primera hora.

—Lo siento, tienes que irte. Tengo trabajo —Miguel Ángel asintió con una sonrisa de medio lado y salió de la peluquería. Me quedé unos instantes mirando cómo se ponía el casco y se subía a la moto—. Psicópata... —murmuré y las dos chicas se echaron a reír.

—En serio, nenas. No os fieis nunca de las apariencias, ese tipo duro de dos metros con cara de perdonavidas es más tierno que el osito de Mimosín —rieron de nuevo y me puse al lío.

Les pregunté a las chicas si les gustaba la música que sonaba y como me dijeron que sí, subí un poco el volumen, necesitaba un poco de ritmo para arrancar.

Capítulo 18

Cuando estaba saliendo de la ducha y escuché el timbre, supuse que era Adriana, pues habíamos quedado en que me vendría a recoger por la mañana para poder pasar el día juntos, aunque no habíamos concretado ninguna hora. Me sequé rápidamente y me coloqué una toalla alrededor de la cintura antes de ir a abrir la puerta.

—Hostias... —le escuché murmurar a una chica morena, de pelo largo, negro, labios carnosos y dos buenos melones.

—Hola —saludé levantando las cejas por la forma en que me miraba.

—Ehm, hola... perdona, no quería molestar. ¿Está Diana? —igual era cierto que no quería molestar, pero lo que tampoco quería era dejar de mirar, por cómo abría los ojos de forma desmesurada.

—No. Se ha ido al trabajo hace un rato.

—Vale, pues me voy. Soy Yoli, la vecina —me explicó señalando la puerta de al lado— y me he quedado sin café, lo que es muerte cerebral para mí. Esperaba que me invitara a uno, pero bajaré al supermercado, no pasa nada.

—Anda, entra —me eché a reír—. Acabamos de tomar hace un rato, debería seguir caliente.

Me hice a un lado, esperaba que a Diana no le importase, total, era un momento. Me siguió hasta la cocina y se sentó a la mesa, en lo que yo trasteaba para servir dos cafés, no me vendría mal otra ronda de cafeína.

—¿Cómo es que te ha dejado dormir en su casa? —preguntó escrutándome de arriba abajo.

—Pues no sé, se lo pedí y me dijo que sí —contesté.

—¿En serio? Pues sí que debes gustarle —sonreí.

—Ya. Normalmente no duerme aquí ningún hombre, ¿no? —pregunté

divertido, me hacía gracia ver lo alucinada que estaba aquella mujer con verme allí de esa guisa.

—¿Eres su hermano? —preguntó. La morena no era boba y sabía que allí pasaba algo raro.

—No —volví a reír. Respondí escuetamente por ver cómo elucubraba un poco más.

—Es verdad, no tiene hermanos —murmuró—. ¿Un primo? ¿Algún familiar? —Me encogí de hombros y negué con la cabeza—. ¿Eres gay?

—No.

—Debes ser el top de los folladores —soltó con una risilla y bebió de su taza.

—No lo dudes —bromeé encogiéndome de hombros—. Pero creo que mis dotes sexuales no han tenido nada que ver. Estoy aquí de vacaciones y Diana ha dejado que me quede por un favor a una amiga en común.

Yoli me miró con intensidad de nuevo.

—Ya decía yo —soltó.

—¿Tienes hambre? —pregunté, girándome para abrir la despensa. Diana siempre tenía reservas de bollería industrial para alimentar a un ejército, seguro que le podía dar algo a la muchacha para que centrara su atención en otra cosa que no fuera yo.

—No lo sabes tú bien —noté que se había levantado, suponía que venía a poner la taza en el fregadero o a comprobar con sus propios ojos lo que había en el mueble. Sin embargo se paró detrás de mí y cuando me giré me sorprendió que pasara un dedo por mi abdomen —quería comprobar si esas abdominales eran de verdad —me explicó por mi evidente gesto desconcertado.

—Vale —respondí, tampoco sabía qué otra cosa decirle.

—¿Tienes nombre?

—Fernando —respondí, me estaba incomodando un poco que estuviera tan cerca, supongo que lo notó porque se separó un par de pasos.

—Encantada —sonrió.

Yoli no era una persona de andarse por las ramas, o eso me pareció en cuanto la dejé entrar al piso de Diana, en ese momento pude comprobarlo, cuando de un movimiento, se quitó el vestido que llevaba puesto, quedando expuesta a mí con las tetas al aire (muy buenas tetas, todo sea dicho de paso) y con un hilo minúsculo que supongo que hacía las veces de tanga. Caderas prominentes, vientre plano, pendiente en un ombligo perfecto. Piel perfecta y uniformemente bronceada, sin marcas de ningún tipo. Tenía cuerpazo la tía, pero no supe reaccionar, porque no estaba acostumbrado a esos ataques tan directos.

—Igualmente —murmuré. Volvió a acercarse y se puso de puntillas, dispuesta a besarme, pero me aparté un poco hacia atrás—, perdona, Yoli, no quiero ser desagradable, pero es que he quedado y mi amiga debe estar a punto de llegar.

Puso una mano en mi pecho y la deslizó hacia abajo, cuando llegó al ombligo la detuve y se la aparté.

—Vale —soltó y no parecía muy contenta.

Con una mueca de desagrado recogió el vestido del suelo para colocárselo justo en el instante en el que sonaba el timbre.

—Te lo advertí —sonreí aliviado.

Esperaba que fuera Adriana y no otra vecina de Diana dispuesta a violarme. Ese debía ser el edificio de las taradas, pensé.

—Gracias por el café, ya nos vemos otro día —observó. Asentí, apoyando una mano en su espalda para apresurarle hasta la entrada.

Al abrir la puerta a Adriana estuvieron a punto de salirse los ojos de las órbitas cuando vio a la morena y a mí, que te recuerdo que seguía vestido

simplemente con una toalla alrededor de la cintura.

—Hola, Adri. Pasa.

Yolanda se fue, despidiéndose con la mano, y mi amiga pasó al salón ojiplática y boquiabierta.

—Cierra la boca —dije mirando hacia abajo—. Ya te había contado que me había hecho muchos tatuajes y que te los enseñaría.

—Pero ¿estás tonto? —soltó.

—Ah, ¿es por las abdominales? Son de verdad, sí, no me las he tatuado —reí, sabiendo que en realidad quería hablar de la exuberante morena que acababa de salir del piso de Diana.

—¿Te has acostado con Yoli? —preguntó directamente para que dejara de tomarle el pelo.

—No. No me van las locas. Esa mujer está fatal, si no llegas a aparecer me viola en la cocina —bromeé por quitarle hierro al asunto.

—Fer, cariño. Pero ¿tú has visto la pinta que llevas? —Me encogí de hombros.

—¿Tú también vas a intentarlo? —Me llevé un sopapo en el brazo, un sopapo que escoció, de esos que solo puede darte una amiga de verdad—. Será mejor que me vista.

Con una sonrisa burlona rebusqué en la maleta que estaba en el salón, pensando en molestarla un poco más. Saqué la ropa limpia que iba a ponerme y dejé caer la toalla para vestirme.

—¡Fer! —bramó girándose de espaldas a mí.

—Ni que no me hubieras visto todo ya —me eché a reír y me vestí con toda mi cara. Por listilla.

—Eres un capullo —protestó mi amiga.

—Te he puesto cachonda. Lo siento, no puedo evitarlo.

Cuando ya estuve completamente vestido me tiré en el sofá y Adri vino

a sentarse a mi lado.

—Estás bueno —dijo.

—Echas de menos un buen polvo de verdad —bromeé levantando las cejas repetidas veces.

—Gilipollas. Estoy prometida —se acurrucó a mi lado y le pasé el brazo por encima, dándole un beso en la frente—. ¿Qué tal con Diana?

—Me cae bien.

—Pensé que era la loca del moño.

—Lo es —reí—. Ayer estaba muy quemada en el trabajo, le eché una mano en lo que pude. Sería un fantástico peluquero, tendrías que ver cómo gemía de placer la señora a la que le lavé el pelo —reí—. Le preparé la cena y cayó rendida.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Está buena, tiene un polvo —solté con sinceridad, porque Diana era preciosa e igual, si la hubiera conocido en una noche de fiesta, hubiéramos terminado en mi cama, en la suya, en un baño público, en algún rincón escondido de la calle moviendo las caderas al ritmo de nuestros gemidos...

—¿Habéis... intimado? —Adriana paseaba los dedos por mi barriga, acariciándome de forma mecánica, mientras yo le acariciaba el cabello. La besé de nuevo en la frente.

—Eres una alcahueta —Adriana se echó a reír y me dio un golpe en la barriga—. No, no hemos follado, intimado, ni nada que se le parezca.

—¿Por qué? —preguntó.

—Adriana, no intento ligar con tu amiga, en serio. Está un poco hasta los cojones de los tíos, la verdad.

Adriana se apartó para mirarme a los ojos.

—¿Cómo? —preguntó incrédula.

—Acaba de romper con uno. El hombre le montó un espectáculo el

otro día delante de la peluquería bastante vergonzoso —le expliqué.

—¿Cómo que romper? No me entero de nada. Si Adriana no ha salido con nadie en la vida.

—Pues un tío de unos dos metros le montó una escena que yo diría que no estaría de acuerdo con tu afirmación —advertí—. Diana me dijo que estaba hasta las narices de los tíos y que no quería saber nada de ellos en una buena temporada, y como yo soy uno de ellos, pues entiendo que no le apetece... intimar, como dices tú.

—No entiendo nada —murmuró. Volviendo a acoplarse a mi lado—. Bueno, ¿y tú qué? ¿También sales con alguien y no me lo has contado?

Aquella pregunta dio pie a hablarle a Adriana de lo ocurrido con Haydée, y seguía preguntándome por qué me había liado con una persona del curro de la que tenía la certeza que yo le gustaba mucho y que me traería problemas. Ya nada podía hacer contra ello, más que aguantar el chaparrón.

—No entiendo cómo no te aburres de ese rollo y te lo he dicho un millón de veces, los líos en el curro los justos —me sermoneó.

—Tú eras del curro.

—Ya —sonrió destensando el semblante.

—Trabajas con Carlos —le recriminé.

—Ya. No soy el mejor ejemplo. Consejos vendo pero para mí no tengo —se encogió de hombros y sonreímos los dos.

—No sé. Estoy un poco asqueado de todo. La verdad es que me siento algo solo últimamente. Igual es que este curro ya no me llena. Igual es que estoy hasta los huevos de irme con una diferente cada semana. O igual es que estoy hormonando, vete a saber —Adriana soltó una carcajada—. He pensado cambiar de trabajo. Estoy aburrido del supermercado, la verdad.

—¿Y qué has pensado? —me preguntó.

—He echado algún currículum en colegios privados, pero no es fácil.

Hay pocos colegios privados y muchos profesores de música. Así que he pensado que voy a ser flexible en cuanto a un posible nuevo empleo y he reducido mis objetivos a tres: primero, quiero cambiar de aires; segundo, que sea algo nuevo; y por último que me inyecte un poco de alegría y rompa con la monotonía de los últimos tres años de mi vida.

—Vente a Barcelona.

—Sí, claro... —me eché a reír—. Seguro que a Diana no le importa contratarme en la peluquería.

—Ayudante de día, esclavo sexual de noche... yo lo veo —se encogió de hombros.

—¿A dónde me vas a llevar hoy? —le pregunté intentando cambiar de tema. No me apetecía demasiado pensar en mi futuro y en qué haría cuando se me acabaran las vacaciones. Al recordar a Haydée y que seguramente me la iba a encontrar hasta finales de verano en el supermercado, menos aún me apetecía.

—Improvisaremos.

Hablamos toda la mañana, abrazados en el sofá de Diana y al mediodía salimos, nos acercamos a su casa a dejar mi maleta aunque ni siquiera entré, la esperé fuera para irnos a comer a una hamburguesería que había por allí cerca, para aplacar un poco el hambre que ya atenazaba, donde nos pedimos un banquete de comida basura y un refresco cada uno.

Sonó *Decode* por los altavoces y sonreí. Quizás en aquel momento debí ser lo suficientemente inteligente para pensar que mi piel de gallina no era buen augurio y que por norma general, la buena música, la que me calaba, la que estaba hecha con pedacitos de alma (o al menos la que me daba esa impresión personal) erizaban el vello de mi piel, pero no era el caso de Paramore, que era un buen grupo, pero no provocaba ningún tipo de emoción en mí, esa canción ni siquiera era de las que más me gustaban.

Aquella reacción en mi piel no era más que un efecto mariposa. Música que me recordaba a ella, que me llevaba a dos noches atrás escuchando su increíble voz cantarla, su sonrisa, sus guiños, sus gestos estúpidos, la forma de apartarse el pelo de la cara, o de tocarse los labios con las yemas de los dedos para intentar recordar el título de alguna canción que quisiera pedirme que tocara para ella, Diana en mi cabeza meneando las caderas. Diana en mi imaginación despojándose de la ropa y cabalgándome... todo ello es lo que venía a mi mente con tan solo los primeros acordes de una canción que le había escuchado cantar una sola vez. Raro, ¿no?

Sin embargo, no lo pensé, me quedé obnubilado con una erección a medias (vale, es mentira, con una erección por todo lo alto. Mi polla saltaba dentro de los pantalones para que le prestara algo de atención. No estaba acostumbrada a que le hiciera pasar hambre).

Después de comer, nos dimos una vuelta por el parque de Guinardó, por el que estuvimos paseando un buen rato. Nos paramos bajo la sombra de un árbol, en medio del césped y nos tiramos allí a no hacer nada, donde me quedé traspuesto unos minutos y me desperté cuando sentí a Adri hablando con alguien. Al incorporarme vi a Carlos con un labrador gigante a mi lado, que según me incorporé me pegó un lametón en la cara que hicieron reír a aquellos dos.

—Este es Bender —dijo mi amiga, acariciándole la cabeza al perro y haciendo que se apartara de mí para que pudiera levantarme. Saludé a Carlos y acaricié al animal, que debía reconocer que era un perro precioso.

El día transcurrió tranquilo, entre risas, charlas y más risas y a una hora indeterminada, en la que simplemente nos apeteció, volvimos a casa de Adriana a darnos una ducha, con la intención de salir a tomarnos algo. O lo que significaba para mí, Adriana se bebería como tres o cuatro *gin tonics*, yo acabaría con un par de cervezas sin alcohol y nos reiríamos juntos durante

horas de las chorradas que se le ocurrieran a mi amiga con el cerebro embotado por el alcohol.

Era nuestra noche, estaríamos los dos solos y me apetecía aprovecharla al máximo, dejándome arrastrar al primer bar dónde bailamos, reímos, hablamos y mi amiga bebió mucho más de la cuenta, volviéndose un ser de gelatina escurridizo con la risa floja que me hacía partirme la caja.

Aquella mujer hablaba y hablaba, hacía rato que había activado el botón de *off* en mi cerebro porque me estaba volviendo loco y no tenía la menor idea de lo que me estaba contando con aquella intensidad, así que activé el salvapantallas y me metí en mi propio mundo, recordando a Diana, preguntándome qué tal día habría tenido en el trabajo o si necesitaba ayuda con alguna cosa.

—Estás absorto. ¿En qué piensas?

—En la lista de la compra —solté veloz. No quería decirle que estaba pensando en su amiga.

—Ya. Seguro... yo creo que estás pensando en que no te vendría mal un corte de pelo —me cagué en el puñetero sexto sentido de las tías y un amago de sonrisa apareció en mis labios.

Capítulo 19

El sábado por la noche, cuando llegué a casa, tenía calambres en las piernas del tute que me había pegado durante todo el día, normalmente, los sábados solo abría la peluquería un par de horas por la mañana, pero ese día había trabajado una jornada intensiva.

Me moría de hambre, pero estaba tan cansada que era incapaz de prepararme nada y mucho menos de masticar. Al menos tenía el consuelo de que había hecho bastante caja el fin de semana, como si se hubieran puesto de acuerdo todas mis clientas para venir a la peluquería al mismo tiempo. Tenía que empezar a plantearme cerrar una semana y tomarme unas vacaciones de verdad e ignoraba el motivo por el cual, en cuanto pensaba en vacaciones, se me venía a la mente Canarias, con la de lugares bonitos que había por España y el mundo entero.

En definitiva, entre que me dolía todo, el hambre, el cansancio y un estado general de mal humor que se instaló en mí, era incapaz de pegar ojo y las horas pasaban una tras otra mirando el techo de la habitación. Pensé en Fer y en Adriana, seguro que lo habían pasado súper bien. Igual me hubiera podido apuntar, pero a quién quería engañar, primero, esos dos no querían compañía y segundo, no hubiera aguantado ni una hora. Otra vez sentí una molestia en el estómago.

Me levanté y fui hasta el cuarto de baño por si de pronto me daba por vomitar, pero no... sería solo hambre. Al final me rendí, me froté los ojos, arrastrando los pies hasta la cocina y me preparé un sándwich que mastiqué despacio, tras lo cual me quité la camiseta que llevaba puesta y me tumbé en bragas en el sofá, esperando quedarme dormida cuando rozaban las cuatro de la madrugada.

Recordé a Fer allí tumbado, sus tatuajes, sus abdominales, su olor a

albaricoque y pensé por una vez, que no me hubiera importado besarle y estaba siendo muy considerada y fina, cosa que me sorprendía, porque por norma general, hubiera pensado que no me hubiera importado que me la metiera enterrándose en lo más profundo de mí. ¿Le apetecería a él también? Me había comentado algo de que estaba hasta los huevos de las tías, que había tenido alguna mala experiencia y que como consecuencia de ello, había decidido guardar celibato «un tiempo».

Ignoro el motivo por el que se apoderó de mi mente una especie de enajenación mental transitoria que me hizo imaginarlo trabajando para mí, en Coquetería Ribelles, podría hacer cosas sencillas, como lavar el pelo. Recordé la cara de satisfacción de Remedios mientras él masajeara de forma concienzuda su cuero cabelludo. Estaba segura de que me haría con una cartera mucho mayor de clientas jóvenes que vendrían a babear viendo al barbitas, porque debía reconocerlo, estaba bueno el jodido.

Y con mi mente puesta en Fer, en su cuerpo, en sus manos y en su sonrisa me dio por pensar cuánto tiempo sería «un tiempo», mientras Avril Lavigne cantaba a través de los auriculares conectados a mi teléfono móvil. Me gustaba..., necesitaba pensar en otra cosa o en nada. Tarareé. Fer, barriendo mi peluquería. Fer, manejando mi lavadora. Fer, preparándome la cena... Abrí los ojos y comprobé que se habían erizado mis pezones. «Mierda», murmuré.

Fer, tocando mi guitarra. Fer, cantando a dúo conmigo. Fer, haciéndome cosquillas. Fer, dormido en mi sofá con cara de no haber roto un plato en la vida...

Me había humedecido, no necesitaba pasar la mano por mi sexo para saberlo y más me valía resolverlo cuanto antes porque no me quedaría dormida hasta que no tuviera un orgasmo de la leche.

No recordaba cuándo había sido la última vez que me había masturbado, debía hacer demasiado pues no tenía mucho tiempo y

normalmente no lo necesitaba. Pero no estaba yo en aquel momento para ponerme a recapacitar sobre el sentido de la vida, por qué me ponía tan *perraca* el antipático ese y mucho menos, calcular cuántos ciclos solares habían transcurrido desde la última vez que había colado un par de dedos dentro de mi sexo húmedo, buscando satisfacer de forma rápida y eficiente el orgasmo necesario. Simplemente me dejé llevar y no tardé demasiado en alcanzar el clímax, vamos, apenas dos minutos.

Tras darme una ducha que al fin logró refrescarme y relajarme lo suficiente, decidí volver a la cama, donde unas horas más tarde, cuando empezaba a amanecer, por fin me quedé dormida.

Sentí unos golpes en la puerta. No había escuchado el timbre y me costaba abrir los ojos, pero cuando lo hice, comprobé en el reloj de mi muñeca, que eran poco más de las ocho. «¿A quién cojones se le ocurría tocar en casa de nadie un domingo a esta hora?», refunfuñé. Como fuera Yoli la asesinaba, lo juro por Dios, bastante cabreada estaba por el sinfín de WhatsApps que me había enviado para preguntarme quién era Fernando y cómo podía hacer para tirárselo, como si yo tuviera su puñetero manual de instrucciones.

Se volvieron a escuchar los golpes, así que me tiré de la cama abajo, colocándome la primera camiseta que vi en el cajón de la cómoda.

Otra vez los latidos en mi cabeza por el dolor. Menuda mierda, pasaría un domingo horrible, a base de calmantes y mal humor. Al abrir la puerta, Fer olía a él, pero más intensificado por la reciente ducha que debía haberse dado, pues aún tenía el pelo mojado. Ese aroma me embriagó unos nanosegundos y aspiré con fuerza, antes de mirar la hora en mi muñeca por si me había equivocado. No, no me había confundido. Apenas pasaban las ocho.

—Buenos días —murmuró, pero sin saber qué hacía allí exactamente me mantuve en silencio—. Me preguntaba qué tal habías pasado el día ayer, si

se te había aliviado el dolor de cabeza. Si necesitabas algo..., y no podía dormir.

Y, sinceramente, si no fuera porque me había recorrido de arriba abajo con la mirada, igual no me hubiera descolocado tanto. No sabía qué responder. Se acercó y hundió los dedos entre mi cabello. Le gustaba hacer eso y a mí me gustaba que lo hiciera. Sin más contemplaciones devoró mis labios y el olor a albaricoque de la esencia de su barba destacó entre todos los demás. Sentí su lengua caliente entrar dentro de mi boca, mordió mi labio inferior y se me escapó un gemido. Tiré de él, para que entrara dentro de casa y poder cerrar la puerta.

Me agarró por los muslos, alzándome del suelo e hizo que me aferrara a su cintura con mis piernas, notando su erección rozarse con mis bragas, lo que produjo que una corriente eléctrica se descargara en la zona de pura anticipación. En las películas americanas era todo mucho más ideal, nosotros éramos dos desastres salidos dándonos de leches a trompicones. Reímos y unimos de nuevo nuestras bocas y lenguas.

Sabía el camino a mi dormitorio, en el cual, en cuanto llegamos, me colocó en el suelo, separándose de mí un momento. El tiempo suficiente para deshacerse de mi camiseta y después, la suya. Le desabroché los pantalones y los dejé caer al suelo, mientras él se descalzaba.

Se paró un instante a mirar mis ojos, sonrió, sonreímos y mordí mi labio inferior. Fer tiró de mi barbilla para que dejara de hacerlo y volvió a besarme, empujándome con suavidad hasta mi cama.

Sus besos fueron bajando hasta mi cuello, mi clavícula, mis pechos... devoró mis pezones, chupándolos y mordiéndolos, haciéndome arquear la espalda. Mi cuerpo me pedía más, pedía que me invadiera, mientras mis bragas se iban mojando de mi propia excitación, de las que pronto se deshizo deslizándolas piernas abajo y abriendo mis muslos para quedar expuesta a él.

Se quedó allí mirándome y relamiéndose, tras lo cual pasó su lengua caliente con suavidad por mi clítoris, una vez, luego otra..., sopló y volvió a hacerlo, alejándose cada vez, comprobando como me iba inundando de deseo.

Paseó un dedo por mis labios externos y luego por los internos, humedeciéndose de mí. Subió hasta mi clítoris despacio, como si quisiera memorizar con su tacto, mis formas más íntimas. Lo movió en círculos alrededor de la zona, hasta que mi espalda se volvió a arquear y gemí de placer, en cuyo instante hundió un dedo en mi interior, haciendo que me contrajera alrededor de él. Su boca se dirigió a la zona, que devoró sin piedad, moviendo la lengua con agilidad y mordiendo con suavidad, chupando. Abrí los ojos para mirarlo, no había mejor vista que la de Fernando devorándome entre mis piernas, o eso pensé entonces, porque aún me quedaba mucho que ver.

Unos minutos después me derretí en su boca gimiendo sin contemplaciones y se aferró con fuerza a mis muslos para que no pudiera separarme mientras no dejaba de comerme, finalmente se tumbó, tirando de mi mano para que me colocase encima.

Agarré un preservativo del cajón de mi mesa de noche y cuando me deshice de su ropa interior, supe que no iba a ser fácil colocárselo. Su miembro se erguía exigiendo atención y había estado con muchos tíos a lo largo de mi vida, pero nadie con unas dimensiones como aquellas. Se me secó la garganta.

Fer me arrebató el preservativo cuando me vio dudar y se lo colocó en unos segundos, volviendo a tirar de mí para que me pusiera encima de una vez. Coloqué su polla en mi hendidura y se aferró a mis caderas, tirando de ellas para hundirse dentro de mí.

Me moví con suavidad, acostumbrándome a su tamaño, recorriéndole con mi cuerpo. Haciendo que entrara y saliera en un camino lento cada vez.

Fer enterró sus dedos en mis nalgas y movió las caderas, clavándose por completo en mi interior en una estocada certera que me hizo temblar. Aceleré el ritmo, cada vez que mi cuerpo se estrechaba alrededor de su verga no podía evitar gemir de placer. Apoyé mis manos en sus hombros y lo besé, mientras él me ayudaba a moverme más rápido haciendo que un nuevo orgasmo me poseyera de nuevo desde mi espalda, mi estómago, mis muslos hasta alcanzar mi sexo de forma abrupta.

Me bajé, notando cómo me temblaban las piernas de pura satisfacción.

—Eh, Diana. ¿A dónde vas? —me preguntó cuando vio que me ponía de pie.

—Necesito agua.

Estaba empapada en sudor y tenía la garganta completamente seca. Fui hasta el frigorífico de donde saqué una botella, cuando cerré la puerta apoyé la frente sobre ella, concentrada en los espasmos de mi sexo, segura de que con un simple soplido en la zona volvería a irme.

No había notado que Fer me había seguido hasta allí.

—Y yo necesito más —murmuró con su verga tiesa.

Me quitó la botella de la mano, desenroscó el tapón y me la tendió. Bebí el líquido helado, que bajaba por mi garganta aliviándome al instante. Bebió él también. «Eso, cariño, hidrátate, que aún no he terminado contigo», pensé.

Se llenó la boca, observé como tragaba y volvió a llenársela con el agua helada, fue hasta mi pezón derecho que acarició con sus labios fríos, provocando que se irguiera nuevamente y dejó derramar el líquido helado sobre él que resbaló hacia abajo hasta caer en la ingle.

Volvió a repetir, se puso agua dentro de la boca y fue hasta el otro pezón. Gemí incluso antes de que lo tocara. El agua helada, en contraste con mi piel ardiendo, erizaba cada poro. Fernando me miró con una sonrisa

socarrona, lo agarré de la cabeza para que lo hiciera de una vez y dejara de torturarme con la espera. Rozó el pezón y el agua comenzó a caer, jugueteando con su lengua en él.

Me agarró en volandas, haciendo que me subiera a la encimera de la cocina. Mi imaginación fue más rápido que la realidad y cuando me abrió las piernas, haciendo que me acercara al borde lo máximo posible, jadeé. Volvió a meter un buen trago de agua helada en su boca. Se agachó, pasando sus labios fríos por la zona más hinchada, luego su lengua que con parsimonia recorrió mis pliegues antes de dejar resbalar poco a poco el líquido, centrándose esta vez en moverla con agilidad alrededor de mi clítoris. Cuando notó que mis piernas se tensaban y que murmuraba un «joder», notando como un nuevo calambre comenzaba a bajar por mi estómago, se apartó, sopló, mordió, sopló nuevamente y volvió a repetir el proceso con el agua al menos tres veces más, hasta que yo movía las caderas desesperada porque dejara de atormentarme y que un nuevo orgasmo me arrollase.

—Joder, Fer. Fóllame. Fóllame de una puta vez —le pedí sin contemplaciones.

Sonrió de medio lado, agarrándome de las manos para ayudarme a bajar de la encimera, aferrándome a sus brazos. Me dio la vuelta, con una de sus manos en mi abdomen y la otra en la cadera y me penetró de una estocada fuerte, moviendo las caderas con rapidez y cuando mi cuerpo empezaba a comprimirse a su alrededor paró y salió de mi interior.

—¿Qué haces? Joder, ¿qué coño haces? —quería matarlo, si no hacía que me corriera de una vez me lo cargaría con mis propias manos.

—Schhhs —me chistó, volviendo a entrar dentro de mí de forma salvaje y volviendo a agitar las caderas, gemí y mi cuerpo, pronto volvió a comprimirse. Salió de mi interior y antes de que pudiera protestar, insultarle o pensar en cortarle los huevos por estarme afligiendo de esa forma, me giró y

hundió su lengua en mi boca.

Fernando se apartó un poco de mí y lo miré con las cejas levantadas y la boca entreabierta, o me tocaba ya o me fundía allí sin su ayuda. No me moví ni pestañeé, cualquier roce haría que estallara en un orgasmo y prefería hacerlo con su descomunal miembro dentro de mí. Lo vi trastear con los cajones de mi congelador sacó dos piedras de hielo que puso en un vaso. «¿Se va a echar un cubata ahora, o qué?». Le puso agua dentro. «Pues no... a saber». No podía pensar, no en aquel momento en el que toda mi sangre se agolpaba en mis genitales.

Sonrió, mirándome y agarró mi mano, tirando de mí hasta el sofá. Por ahí andaba aún la sábana que había utilizado para dormir los días atrás y la estiró antes de tumbarme. Dejó el vaso en la mesilla del salón y se colocó encima de mí, volviendo a besarme... esos increíbles besos de albaricoque que me volvían loca. Lengua, saliva, dientes, mezclados con gemidos en un cóctel que me estaba haciendo perder la razón poco a poco.

Me temblaban las piernas cuando me penetró despacio, hundiéndose en mi interior hasta lo más hondo y volviendo a salir, volvió a hacer lo mismo. Jadeé dejándome llevar, mi estómago se tensó y mis piernas también y, una vez más, abandonó mi interior.

No me dejó protestar y a mí no es que me pareciera mal, pero tenía demasiadas ganas de correrme para pensar en otra cosa. Me besó y cogió una piedra de hielo que se metió en la boca, bajó por mi cuello hasta mis pezones, haciéndome notar el frío en cada uno de ellos, en mi abdomen, ombligo e ingle... abrió un poco la boca dejando asomar el hielo al llegar a mi botón. Recorrió los pliegues de mi sexo con la piedra helada, lo colocó en mi hendidura, sosteniéndolo un poco con un dedo para que no se moviera, mientras devoraba de nuevo mi clítoris, sin contemplaciones, sin suavidad, sin ternura... mordió, chupó y lamió con todas sus ganas hasta que me corrí,

mucho, mucho más de lo que había recordado haberme corrido en mucho tiempo. Sentía mi sexo contraerse contra lo que quedaba del hielo, resbalando el líquido helado mezclado con mis fluidos calientes alrededor.

Fer dejó salir el minúsculo trozo de hielo que quedaba y abrió más mis piernas, metiéndome su polla, que estaba más dura, más gorda y más grande si es que eso era posible. Movi6 las caderas con velocidad, hundiéndose una y otra vez en lo más profundo de mí, rozándose contra todas las partes de mi sexo hasta que noté sus convulsiones y se vació por completo antes de salir de mi interior. Volvió a mis labios y me besó, después de lo cual se dejó caer tirándose a mi lado, pasando el brazo por encima de su frente, intentando recuperando el aliento.

Dios mío de mi vida. ¿Qué había sido eso? Me acababa de destrozar, esperaba poder sentarme sin correrme de nuevo, porque tenía todo tan sensible y abultado, que temía que mi cuerpo arrancara en un nuevo orgasmo de un momento a otro.

Unos minutos después me incorporé, acercándome a él y abrazándolo. Fer me besó en la frente y estuvimos así un buen rato, en silencio. Me quedé escuchando los latidos de su corazón y el hormigueo volvió a mi est6mago. Esperaba por mi bien que aquel cosquilleo no significara nada de eso de lo que estaba pasando por mi cabeza.

Fernando acariciaba mi pelo y me dio otro beso en la frente, levanté la cabeza, estaba acojonada, asustada y lo miré a los ojos. Cosquilleo. Me sonrió. Cosquilleo. Y me besó en los labios, el albaricoque lo inundó todo de nuevo. Cosquilleo. Su nariz acarició la mía. Cosquilleo. Sus labios calientes y suaves me besaron con ternura. Cosquilleo.

Me negué a creerlo, no podía ser. No. No. No. NO. Eso que estaba pasando por mi cabeza sería el error más garrafal de mi vida.

—Fer —murmuré apartándome de su abrazo y poniéndome de pie de

espaldas a él.

—Dime.

—Tienes que irte —no me volteé para mirarlo.

Caminé hasta el baño, no fue fácil. Mis piernas temblaban por el atracón de sexo, pero también por el ataque de pánico que acababa de darme. Recé lo que supe para que simplemente me hiciera caso y se largara. Cuando salí de la ducha, fui hasta mi dormitorio a vestirme y regresé al salón. No había rastro de Fernando por ninguna parte. Se había ido.

Capítulo 20

Aunque la casa de Diana no estaba demasiado lejos de la de Carlos y Adriana, cogí un taxi que me llevara hasta allí. Lo que menos me apetecía era pegarme una caminata. Necesitaba una ducha con urgencia, lavarme los dientes, cambiarme de ropa y comer, comer sobre todo. Estaba muerto de hambre por no hablar de todo lo demás que se me acumulaba en el estómago y aún no me atrevía a identificar.

Llamé al timbre y Bender ladró contento, Adriana no tardó en abrirme la puerta.

—Eh, Fer —me abrazó dándome un beso en la mejilla—. ¿Dónde estabas?

—No me toques mucho, estoy un pelín guarro. No me podía dormir y salí a... correr —me excusé con lo primero que se me pasó por la cabeza.

—¿A correr? ¿Tú? —me preguntó mi amiga extrañada —¿en vaqueros? —Asentí esperando que no me pidiera que saliera a la mañana siguiente con ella porque era incapaz de correr más de cinco minutos seguidos sin soltar el pulmón por la boca—. Pues menuda maratón, ¿no? Es la una.

—Bah, me perdí un poco, di un paseo, me tomé un café... lo normal. ¿Puedo ducharme? —le pregunté pasando dentro, intentando cambiar de tema mientras pretendía averiguar por qué motivo sentía la necesidad de ocultarle a mi amiga lo que acababa de pasar.

—Sí, claro. Pasa. Pensé que me habías abandonado por una chica de pelo naranja fosforito y que hoy no aparecerías por aquí —la miré como si hubiera dicho la locura más grande jamás contada—. Voy a decirle a Carlos que comes con nosotros, está preparando el almuerzo. Te espero con Ebba y Martín en la terraza.

—Bien. Sí. Gracias —murmuré.

Fui directo a la ducha, en la que estuve un buen rato. Como era la segunda ducha del día, pasé un poco del tema champú y esencia para la barba, es más, me estaba tocando mucho los huevos ya aquel matojo de pelos, en cualquier momento me lo afeitaba.

Estaba de mal humor y esperaba que el mal genio se fuera por el sumidero, porque Adriana no tenía la culpa de nada de lo que había ocurrido y no se merecía que le fastidiara el día.

Pensé en Diana, sabiendo que no tenía que haberme liado con ella. Mi instinto me lo chillaba cada vez que estábamos cerca. Pero no podía quitarme su maldita imagen de la cabeza. También sabía, porque habíamos hablado del tema, que si se me ocurría pasar por su cama ocurriría una vez y nunca más... pero qué vez. Tenía que ser justo, Diana había sido clara conmigo, pero eso no hacía que me dejara de joder. La puñetera loca del moño me había dejado fuera de juego.

Bufé.

Dejé caer el agua caliente por los hombros, me enjaboné, más agua... sin llegar a comprender por qué demonios no se me bajaba la puta erección. Ahí seguía, latente. Gruñí antes de agarrar mi polla y mover mis manos con agilidad. Más me valía terminar cuanto antes con eso. Agua caliente. Ojos cerrados. Diana abierta de piernas, con el hielo derritiéndose en su coño. Mis manos moviéndose con rapidez. Diana con la boca entreabierta rogándome que la follara de una maldita vez...

—Fer —escuché unos golpes en la puerta, era Adriana... Adriana en el baño de aquel bar, mientras la cogía en volandas y la follaba piel con piel —. ¡Fer! Te está sonando el móvil —Adriana corriéndose. «No, mierda. ¿Qué coño hago pensando en mi amiga?»— ¡Fer! ¿Me estás escuchando?

La erección se había bajado. «La madre que me parió a mí, a Diana y a Adriana por interrumpirme».

—¡Voy! —grité— Joder, joder... me cago en la puta —murmuré.

Salí de la bañera frustrado y abrí la puerta una rendija para que Adri pudiera darme el móvil, el cual aún repiqueteaba.

—Perdona, es que están insistiendo mucho. No sé si es importante — me explicó.

Pensé que podía ser Diana, que quería explicarme qué demonios había pasado en su casa, porque aún no entendía cómo pudo ser tan bestia de echarme de allí tres minutos después de terminar de follar. Pero cuando miré la pantalla y vi el nombre de Tamara, fruncí el ceño extrañado. Luego fui consciente de que Diana no tenía mi teléfono y que en el hipotético caso de que quisiera hablar conmigo, tendría que llamar a Adriana, cosa que estaba seguro de que no haría jamás en la vida. No la conocía demasiado, pero juraría que era orgullosa.

—Tam. Hola.

—Hola, Fer. ¿Qué tal las vacaciones? —me preguntó sin demasiado entusiasmo.

—Bien. Al grano, Tam. ¿Qué coño ha pasado? —pregunté, sabiendo que aunque éramos amigos, no solíamos hablar por teléfono y que esa llamada tenía un fin.

—Haydée la está armando —me explicó escuetamente.

—¿Cómo que la está armando? —coloqué el teléfono encima del lavamanos con el altavoz activado para poder secarme, ya que lo estaba llenando todo de agua.

—Que está contando mierdas sobre ti. Que la emborrachaste, te aprovechaste de ella y luego la echaste de tu casa y yo sé que es mentira Fernando, vi cómo te comía con la mirada, cómo coqueteaba contigo y aún no estaba borracha.

—Demonios... pero ¿qué le pasa a esa mujer? —exasperado e

impotente por no poder controlar lo que había pasado, protesté.

—Está cabreada. Está muy pillada por ti y quiere joderte porque has pasado de ella. No te hubiera llamado si no fuera importante, es que... se lo ha contado a todo el mundo, a los compañeros, Marcos se ha enterado, la escuché hablar con una de las señoras asiduas al supermercado, que la vio mustia y le preguntó qué le pasaba. Se lo soltó. Con toda su cara. Delante de todo el mundo.

—Tam, no sé por qué narices se me acercan todas las locas. De verdad, que no lo sé. Menuda temporada llevo —bufé.

—Lo siento.

—Ya.

—Deberías dejártela guardada dentro del pantalón con las compañeras del supermercado, de verdad, Fernando. Te lo digo desde el cariño, deja de sacarla cada vez que se roza una fémica contra tu pierna.

Igual en otro momento me hubiera reído por el comentario, pero estaba tan hasta las narices de todo que no me hacía ni puñetera gracia.

—Ya. Si tienes razón. Joder, mierda de día. Bueno, gracias por avisarme. Que cuente lo que quiera. Yo tengo una versión bastante diferente y si tiene algo que decir, que me lo diga a la cara. Paso de movidas —resolví. ¿Acaso podía hacer otra cosa? ¿Cómo se supone que iba a enmendarlo? ¿Llamando a todos los compañeros y al encargado para explicar mi versión de los hechos? Patético... lo mejor era pasar.

—Te va a dar por saco mientras coincidáis en la tienda —me encogí de hombros como si mi amiga pudiera verme.

—Tengo que colgar —dije queriendo zanjear el tema de una vez.

Me coloqué una camiseta y unos pantalones vaqueros rajados a la rodilla con unas Converse de caña alta y fui hasta el comedor, donde todos tomaban una cerveza haciendo tiempo, esperando por mí.

—¿Todo bien? —preguntó Adriana al ver mi cara de mosqueo.

—Todo bien —murmuré, no tenía confianza con Carlos como para soltarle toda mi mierda y mucho menos con Ebba y Martín allí, así que cogí una bebida que me tendía Carlos y me senté con ellos a almorzar.

Hablaban e intenté prestar atención, pero estaba pensando en formas de acercarme a casa de Diana sin que me echara a patadas. «Joder», pensé. Lo supe. Entonces lo supe. Me había encoñado hasta el tuétano de ella porque solo me apetecía presentarme allí y exigirle explicaciones, tal como había hecho el vikingo gigante de unos días atrás delante de la puerta de su peluquería. ¿Resultaría tan patético como él? Recordé lo que le dije entonces: «supongo que ya estaba así de loca cuando la conociste». Sí, eso le dije y me había hecho hasta gracia, pues toma castaña...

Adriana y compañía tenían pensado acercarse al casco antiguo de Barcelona en coche después de almorzar y pasear por la zona, que igual en otro momento me hubiera parecido la mar de interesante, pero lo cierto era que no me apetecía. Sin embargo, fui con ellos, me mantuve en silencio mucho más tiempo del que me hubiera gustado, porque no se me iba de la cabeza Diana echándome de su casa. ¿Yo le había hecho eso a Haydée? Yo había sido un millón de veces más delicado. Inevitablemente, pensé en la que mi compañera de trabajo, estaba armando en mi ausencia.

La idea de volver al supermercado cada vez se me hacía más insoportable.

—¿Qué te pasa? —Adriana se apartó de los demás, acercándose a mí —. ¿Estás bien? —me preguntó, ella me conocía aunque hacía un año que no nos veíamos sabía que algo que me estaba taladrando por dentro. Asentí.

—Una mierda del curro.

—¿En serio? —me preguntó con el ceño fruncido.

—No quiero volver al supermercado —bufé en alto lo que rondaba

por mi cabeza queriendo desahogarme.

—Fer, ¿por qué no te quedas un tiempo por aquí? —me preguntó.

—Adriana, cariño mío. ¿Y dónde se supone que voy a vivir? ¿En el sofá de la loca del moño? ¿En el tuyo y de Carlos? —pregunté mosqueado porque mi amiga vivía en los mundos de Yupi y ya me había hecho esa propuesta demasiadas veces y también otro poco, porque en general estaba mosqueado y no estaba para chorradas.

—No seas cínico. Carlos tiene contacto con muchas empresas. Podemos pedirle que te ayude a buscar un trabajo con el que puedas cambiar de rutinas. Quizás no puedas conseguir el curro de tu vida, pero un cambio te sentará bien.

Bufé. Me parecía todo muy surrealista. No le contesté. Estaba cabreado con el tema y no quería darle más vueltas.

Nos paramos en una terraza a tomar algo. Martín nos contaba su experiencia en Alemania, cómo se había adaptado allí, lo rara que era la gente. Alguna anécdota que le había ocurrido en el hospital en donde trabajaba. Ebba reía cada cosa que decía. Eran simpáticos y fue agradable lograr centrar la atención en otra cosa durante un rato.

Nos despedimos de ellos, ya que al día siguiente a primera hora cogían un avión con destino a Gran Canaria, donde pasarían unos días con la madre de Adriana y luego tenían unas vacaciones planeadas en autocaravana por Portugal. Se pegaban todo el año reuniendo para disfrutar a tope su mes de descanso y lo tenían todo muy planeado.

Carlos se retiró a dormir y Adriana y yo nos acoplamos en su sofá hablando durante horas.

—¿Te vas a casar? —era una pregunta retórica, ya sabía la respuesta, pero me costaba creerlo. Aún me sorprendía comprobar ese lado tierno y enamorado de mi amiga. Adriana asintió sin dejar de sonreír—. ¿Eres feliz,

Adriana?

—Sí, lo soy. No podría serlo más.

—¿Mereció la pena? —Me miró con el ceño fruncido, sin llegar a entender mi pregunta—. Todo lo que pasaste por él. Todo lo que lloraste. Todas las decisiones que tomaste... —intenté explicarme y era consciente de que me había puesto demasiado serio pero de pronto todas esas preguntas se agolpaban en mi cerebro y no me dejaban respirar.

—Hasta la última lágrima que solté mereció la pena —sonreí de medio lado con su contestación—. Diana es una tía dura de pelar —soltó sin venir a cuento y un pellizco me hizo respirar con dificultad—. Pero es buena gente.

—Sí, la hostia de buena es —mascullé.

—Me gusta tu barba —cambio de tema, acariciándomela como hacía ella y un escalofrío recorrió mi espalda.

—Sí, mola —dije, no sabía qué otra cosa responder.

Estaba jodido. Tremendamente jodido. No me explicaba cómo carajo era posible que me hubiera colgado de la loca del moño de pelo anaranjado que me había follado esa misma mañana. Intenté evitarlo. Intenté no pensar en ella, ni en sus labios, su sonrisa, su voz al cantar, su mirada, su forma de atusarme la barba..., intenté no centrarme en sus piernas perfectas, su risa, sus locuras..., sentía un ardor en el estómago que dudaba que tuviera que ver con la comida que había ingerido. Me había pillado... me había pillado de la tía más imposible del universo.

Apenas me quedaban dos noches en Barcelona. Solo dos y volvería a casa, no pensaría más en ella y la olvidaría. Eso exactamente es lo que iba a pasar. Me iba a quitar esa barba e iba a tirar por el wáter los potingues esos de mierda que me había dado Diana.

—Me voy a la cama, cielo —Adriana me dio un beso en la mejilla levantándose de mi lado como si supiera que tenía la cabeza en otra parte y

necesitara estar solo.

—Buenas noches.

—Fer —murmuró unos pasos más adelante, sin volverse.

—¿Jum? —pregunté sin ganas de hablar.

—Intenta solucionar lo que tienes... entre manos, por decirlo fino... y no me manches el sofá —Adri soltó una risilla y siguió el camino hasta subir las escaleras que la llevaban al dormitorio. Pues sí, estaba empalmado. Mucho.

Capítulo 21

Pasé el domingo tirada en el sofá, pasando canales. Empezaba a ver una película y a la media hora me daba cuenta de que estaba perdida en mis pensamientos y no me había enterado de nada. Estaba de mal humor y me dolían las piernas, que aún me temblaban de cuando en cuando. Al menos el dolor de cabeza había desaparecido.

Apagué el televisor, dándome por vencida unas horas más tarde, activando la música de mi Spotify en los altavoces que tenía en el salón. Pensé en Fer y me volvió el cosquilleo. Era horrible. Era la sensación más patética y desagradable que había sentido nunca. Esas ganas de verlo que dolían por dentro. Al menos diez veces cogí el móvil en la mano para llamar a Adriana, segura de que estaba con ella, para pedirle que me dejara hablar con él, disculparme por echarle, pedirle que volviera y hundir mi lengua de nuevo en sus increíbles besos. Me cabreaba conmigo misma por no evitar eso que estaba sintiendo.

No. No iba justificarme por lo que había ocurrido. Punto. Fin de la historia. Al fin y al cabo, él vino a casa sin ser invitado, me arrolló y todo eso que pasó después. Mi entrepierna se contrajo al recordarlo.

—Joder, nena... no me ayudas —me recliné.

Fernando se marcharía, así que pronto se acabaría esa mierda. Se largaría de vuelta a Gran Canaria y yo volvería a mi rutina, sin pensar en nadie que no fuera en mí misma. Ese era mi plan... no como ahora, que no podía evitar desear salir de casa a buscarlo, con las manos en los bolsillos, los pies en el asfalto y la cabeza en sus ojos color miel escrutándome justo antes de acariciar mi nariz con la suya. «Aaag, qué asco doy».

Fui hasta la cocina, en busca de alguna basura que pudiera comer sin cocinar. Mi despensa no estaba demasiado surtida, pero algo quedaba.

Galletas de chocolate, patatas, gominolas... me armé del arsenal y de vuelta al salón vi en la mesilla el libro de Fernando, no me había dado cuenta de que se lo había dejado en casa. Lo agarré llevándolo conmigo al sofá.

Le eché un ojo a la sinopsis, pensando en meterlo en el bolso. Era una buena excusa para verlo y despedirme de él. Aburrida, sin otra cosa mejor en lo que dedicar el tiempo, abrí el libro y comencé a leer, alternando patatas con galletas de chocolate y Coca Cola con mucho hielo. Cada vez que hacía tintinear el hielo en el vaso, recordaba a Fernando, agarrando esa piedra en mi hendidura, haciendo que me corriera derritiéndola casi por completo. Cosquilleo. Cosquilleo. Cosquilleo... más cosquilleo.

Bufé enfadada y leí, metiéndome de lleno en esa novela, a ver si dejaba de pensar en el barbarroja por un rato. Lo conseguí a medias, a ratos leía, a ratos comía, a ratos pensaba en la boca de Fer recorriendo mi intimidad y a ratos dormitaba y así pasé el día hasta que la noche cayó y suspiré aliviada, porque sabía que al día siguiente tenía que ir a trabajar y no tendría demasiado tiempo para pensar ni en él ni en ningún tío que quisiera amargarme la existencia.

Había logrado descansar algo y me autoengañé queriendo pensar que no había venido Fer a mi cabeza según había sonado el despertador. «¡Chorradas! Folla bien, pero ya está, chica... será por folladores en este mundo», me dije cuando me sorprendí sentada en una silla de mi cocina, mirando la encimera con cara de besugo.

Me puse los auriculares de camino a la peluquería, como hacía cada día, y me cagué en todos mis muertos cuando vi a Adriana, Fernando y Bender, de camino al parque. Adriana iba hablando sin parar y sujetando de la correa a Bender, que caminaba tranquilo a su lado, de vez en cuando recibía una caricia en el cogote. Adri reía, gesticulaba con las manos, algo le estaba contando al pelirrojo que la escuchaba, con las manos en los bolsillos y mirando en mi

dirección.

Tragué con fuerza al notar de nuevo ese hormigueo que estaba dándome por culo desde hacía días. No me gustaba. No me gustaba en absoluto.

Levanté la mano para saludarlo y él me correspondió con lo que me pareció un disimulado movimiento de cabeza. Suponía que no quería que Adriana se diese cuenta de que estaba allí, lo que me jodía. No es que tuviera ganas de acercarme a hablar con él pero Adri era mi amiga, no iba a dejar de saludarla porque estuviera el imbécil ese con ella.

Fruncí el ceño cabreada y Fer levantó las cejas, sin entender qué ocurría, cuando me dirigí con paso firme hasta donde estaban.

—Eh, ¿qué tal, chicos? ¿De paseo? —pregunté forzando una sonrisa.

—¡Diana! —Adri se acercó y me abrazó, la correspondí y acaricié a Bender, que ya estaba como loco—. Vamos a tomarnos un café por aquí, en una terraza. ¿Te vienes? Aún es temprano —me preguntó, miré de reojo a Fer, que no decía nada, ni era capaz de leer su gesto. Negué con la cabeza y me acerqué a él para darle dos besos.

Fer colocó una mano en mi cintura antes de acercarse y temblé, lo notó, se me erizó la piel y me miró extrañado. Mierda de tío. Pelirrojo pesado... ¿Qué demonios quería de mí?

La barba raspaba un poco y no olía a nada. Imbécil. Le tiré de los pelos de la barbilla, gesto que él entendió, pues se encogió de hombros.

—Tengo que irme a trabajar. Nos vemos —dije secamente.

Adriana había desviado la atención al perro de forma disimulada, como si no notase que algo nos traíamos entre manos.

—Mañana me voy —me informé.

Como si no lo supiera ya, como si no me hubiera estado torturando todo el puñetero día anterior con esa idea, mientras no hice otra cosa que estar tirada en el sofá pensando en él, en cómo y por qué había pasado a ese estado

de gilipollez (que esperaba que fuera transitorio) y cuánto tardaría en volver a la normalidad una vez el susodicho se subiera al avión que le llevaría de vuelta al paraíso canario.

—Nos vemos —repetí. No sabía qué más decir.

—Sí. Nos vemos —contestó.

—Adiós, barbarroja.

Su mirada intensa se me clavó muy dentro de mí, un nuevo cosquilleo me embargó. Me mordí el interior del cachete para despistar a mi boca de las ganas que tenía de lanzarme a besarlo.

—Adiós... loca del moño —murmuró.

Sonreí. Le di dos besos sin pensar más ni retrasar el momento y no pude evitar abrazarlo aspirando su olor, impregnándome de su calor y la suavidad de sus brazos, él me correspondió y noté como hundía la nariz en mi cabello, como queriendo hacer lo mismo que yo. Me besó en el cuello y me aparté, en contra de todo lo que mi cuerpo me gritaba que hiciera. Sin mirar a Adriana, pues en aquel instante no quería saber cuánto sabía o atinaba a averiguar con la escena que acabábamos de darle, emprendí el camino a la peluquería.

A veces he tenido la sensación de que los planetas se alineaban para ir en mi contra, no solía pasarme muy a menudo, porque por norma general era feliz con poco y en mi vida tenía una rutina bastante estable. Pero ese día, el cosmos se estaba confabulando en contra de mí y de toda mi estirpe. Durante toda la mañana, apenas entraron un par de personas y después de las cuatro no había ni un cliente en la peluquería, me aburría como una ostra.

Si ponía música me acordaba de Fer. Si tomaba una de las Coca Colas que había repuesto en mi nevera me acordaba de él y si no hacía absolutamente nada, también lo recordaba y me dio por recapacitar en por qué me ofuscaba todo tanto y me respondí rápidamente que no solo es que

estuviera yendo en contra de mis principios y mi forma de ver la vida, es que Fer no era de los que se comprometían, de los que querían conocer una chica y enamorarse, él era como yo (o como lo había sido hasta que lo conocí) y luego está el hecho, de que su vida estuviera establecida en el quinto infierno. También me reproché que hacía menos de una semana que lo conocía y que era imposible que me hubiera colgado de él y llegué a una conclusión: no quería pensar más.

Asqueada, fui hasta mi bolso en busca de su novela, sí, la llevaba encima y sí, no se la había dado cuando nos cruzamos esa mañana. Cosas que pasan. Comencé a leer y cada diez minutos miraba el reloj. Nada, ni un cliente.

Para cuando pasó la siguiente hora, ya estaba inmersa en las páginas de libro. Me había enganchado y con todo el tiempo que le había dedicado el día anterior, apenas me quedaban unas cien páginas para acabarlo. Chisté cuando escuché el tintineo de la puerta, porque se me había olvidado que necesitaba atender a los clientes para poder seguir pagando facturas.

Terminé de leer el párrafo antes de poner el marcapáginas y cerrar el libro, al levantar la cabeza, Fernando me miraba muy serio y con el ceño fruncido.

—Eso es mío —me reclamó—. ¿Me lo has desmarcado? —Preguntó viendo dónde había puesto el marcapáginas.

—A ti no te gusta —me encogí de hombros—. Te quedas dormido como un mono cada vez que lo coges.

—Es mío —dijo acercándose a mí. Joder, qué pesado.

—Vale, tío. ¡Qué plasta! Toma tu puto libro.

Se lo tendí y desvié la vista a un lado, no quería mirar sus ojos color miel observarme con la intensidad con la que lo hacían.

Fernando me quitó el libro de las manos y lo lanzó al aire por detrás de su hombro. Levanté las cejas sorprendida, se acercó hasta mí y hundió las

manos en mi cabello y su lengua en mi boca, me mordió el labio inferior con fuerza y volvió a invadirme, y yo me dejé hacer, aferrando mis manos a su cintura.

Me pellizcó un pezón, luego otro y cuando, con su mano fue en busca del botón de mi pantalón, lo paré.

—Joder, Fer. Espera... estamos en la peluquería —protesté casi sin aliento.

—No hay nadie. No tengo tiempo para una cita.

Recordé que se iba a la mañana siguiente. Pero era precisamente lo que yo quería, que se largara de una vez y me dejara vivir en paz. Que se fuera y se llevara consigo toda esa mierda que hacía que quisiera dejarlo todo para estar con él, como en ese momento, en el que deseaba cerrar mi negocio para que me follara como quisiera y eso no podía ser. ¿Y si venía algún cliente? ¿Casi no había habido movimiento a lo largo del día? Necesitaba atender a alguien más para amortizar la apertura. Me convencí a mí misma.

—No puedo, Fer. No puedo. Tienes que irte —murmuré, dejando escapar de mi garganta un gemido cuando hundió su boca en mi cuello y me mordió.

—No hay nadie —repitió apartándose un poco.

—No puedo cerrar aún —expliqué de forma tajante, empujándolo con suavidad para que se apartara de mí.

Fernando bufó cabreado y esperaba haberlo convencido, porque no me faltaba demasiado para mandar todo mi orgullo a tomar viento y lanzarme a besarlo. Miró la hora mientras yo tragaba con fuerza, se me había ocurrido bajar la vista y me había encontrado con su erección en pleno apogeo.

Abrió el frigorífico de debajo del mostrador y cogió dos bebidas, me tendió una, que acepté de buena gana, me hacía falta un poco de líquido para bajar el nudo que se me había instalado en la garganta. Abrió la suya dándole

un buen trago. Se me escapó una mano y acaricié su barba. Esa barba que me traía por el camino de la amargura. Fernando agarró mi mano y tiró de ella para que me levantara del taburete del que no me había movido desde que entró por la puerta del local. Volvió a besarme. Besos de Coca Cola que hacían que me temblaran las piernas.

Lo volví a separar, dispuesta a no ceder y comenzó a sonar una canción de uno de mis viejos CD de Paramore que me había dado por escuchar ese día y que seguía en el lector de mi ordenador. Comencé a cantar la letra, por hacer algo y que Fernando no volviera a besarme de esa forma.

«And if you're listening: I miss you
And if you hear me now: I need you
Where did you go cause you're not gone
Everyone knows that something is wrong
The wires were cut and I'm alone»^[3].

El ambiente se volvió denso, su mirada intensa, mi pulso temblaba.

—Diana... —murmuró Fer.

—Schss... —lo interrumpí cagada de miedo por lo que estaba escuchando y cómo lo identificaba conmigo misma y esta vez fui yo la que me abalancé a besarlo.

La canción continuó y mi piel seguía de gallina, me moví, con Fer pegado a mis labios hasta la puerta, para poner el cartel de cerrado y pasar la llave.

Lo agarré de la mano, llevándolo a la trastienda. No soportaba su mirada, sus ojos color miel queriendo leer los míos. Me sentía desnuda ante él y hubiera apagado la luz, de pura necesidad de desaparecer, si no temiera que nos rompiéramos la crisma allí sin ver absolutamente nada.

Me besó de nuevo, con suavidad, acariciando mi cabello y se apartó para mirarme a los ojos. Supe que quería decirme algo y recé para que no lo hiciera, que simplemente se dejara llevar. Mordí mi labio inferior y tiré de la

hebilla de su cinturón, para desabrocharlo, dejando caer sus pantalones al suelo.

Nos desnudamos, despacio, como si de pronto hubiera desaparecido la ansiedad por poseernos, por entregarnos el uno al otro. Me apoyó sobre la mesa y se enterró entre mis piernas, tras colocarse un preservativo que le tendí, y me torturó muy despacio, recorriendo todo mi interior con su miembro, acallando mis gemidos con sus besos.

Las yemas de sus dedos jugueteaban con mis pezones, produciendo un calambre en todo mi cuerpo que se tensaba por momentos, moviendo mis caderas con desesperación en busca de mayor profundidad y rapidez. Fer se aferró a mis nalgas, moviéndose con agilidad y gruñendo: «joder, joder...», llegando a cada rincón de mi sexo, eché la cabeza hacia atrás y me dejé embargar por un orgasmo que me sacudió hasta el alma y noté como su polla se contraía en mi interior.

Me abracé a él, intentando recuperar el aliento y el equilibrio, porque me daba vértigo todo eso que sentí. Apenas lo conocía de unos días. ¿Cómo? ¿Por qué?... , no tenía ni la menor idea, pero había pasado. Me había pillado del pelirrojo.

Ví cómo se alejaba de mí para quitarse el preservativo que tiró al cubo de la basura que había debajo de la mesa y al volver frente a mí, me besó con suavidad, acariciando mi mejilla, la barbilla y volviendo a hundir los dedos en mi cabello, haciéndome ladear la cabeza y sobre todo, aceptando por una vez esas molestas cosquillas que llevaban haciéndome compañía demasiadas horas de mi vida. Sonreí y él hizo lo mismo. Apoyó su frente en la mía y me besó una última vez antes de apartarse para vestirnos, con la idea de llevármelo a casa y volver a repetir en el sofá, en la cama y en la ducha a poder ser.

Cuando se colocó las zapatillas salía de la trastienda y se paró un

momento de espaldas a mí.

—Adiós —murmuró y me dejó noqueada de nuevo.

¿Se iba? ¿Sin más?

Y efectivamente, unos segundos después sentí la llave en la cerradura y el tintineo que anunciaba que la puerta se había abierto y cerrado.

Estaba jodida. Estaba realmente jodida.

Capítulo 22

Lo necesitaba. Necesitaba sentirla de nuevo. No podía irme sin más, sin volver a verla, sin volver a acariciarla, besarla, hundirme en su interior y hacerla disfrutar, como acababa de hacer y tuve que exigirme, gritarme interiormente, que tenía que salir de allí, sabiendo que eso era lo que Diana quería que hiciera, por mucho que me costara.

Me pasé las manos por la cara, intentando despejarme. Por suerte, apenas me quedaban unas horas en Barcelona. Volvería a casa a la mañana siguiente y dejaría a Adriana atrás pero también a Diana, a la loca del moño... a mi loca del moño. Y por mi bien, todo volvería a la normalidad.

Recapacité por un momento en si me arrepentía de haber viajado hasta allí, pero la respuesta era negativa. Necesitaba ver a Adriana. Ahora sabía que era feliz, más feliz de lo que la había visto nunca, sonreía con la boca, con los ojos y hasta con el corazón. Cada carcajada suya llegaba muy adentro y te hacía sonreír también. Estaba nerviosa y pletórica con todo lo que había pasado los últimos días. Aún no sabía cómo, cuándo, ni dónde iba a casarse, pero era pronto todavía. Tenía mucho tiempo para organizarlo.

Me convencí a mí mismo de que lo que había pasado con Diana no tenía importancia, era otro polvo más de fin de semana, otro si te he visto no me acuerdo, en un par de semanas ni siquiera me acordaría de su nombre.

Decidí dar un paseo cuando salí de la peluquería, una nube negra se había instalado delante del sol y una brisa de aire fresco hizo que me subiera la cremallera de mi chaqueta de piel. Caminé despacio, observando a la gente que pasaba a mi lado, echando en falta unos auriculares para escuchar música en mi móvil, pero me los había dejado en casa, así que poco podía hacer, más que ir tarareando por el camino. Se me vino a la cabeza la canción que cantaba Diana hacía un rato en la peluquería.

«And do you ever want me?
Do you ever need me?
I know that you left before goodbye
And it's okay, there's always another day»^[4].

Canturreé cagándome en mis puñeteras muelas por conocer la dichosa cancioncita que se me había pegado. Pensando en mis cosas, llegué a la terraza donde Adriana y Carlos me habían dicho que me esperarían tomándose una copa y me senté junto a ellos.

—¿Ya has hecho los recados que tenías que hacer? —me preguntó Adriana.

Sonreí. Era la excusa que le había puesto para ausentarme durante un buen rato. Ella no había preguntado más y yo tampoco les había explicado.

—Sí, ya está.

—¿Quieres una cerveza sin alcohol o algo más fuerte? —me preguntó.

—Cerveza sin está bien. —Adri le pidió al camarero que pasaba por nuestro lado un botellín sin alcohol para mí.

—¿Cómo estaba Diana? —me preguntó, gruñí algo que no entendí ni yo y mi amiga soltó una risita. Muy listilla, Adriana.

—No sé de qué me hablas —disimulé mirando al camarero que pasaba por mi lado con el botellín que me tendió, al que di un buen trago.

Adriana soltó una carcajada, Carlos rio por lo bajini y a mí no me hacía ni puñetera gracia que se notara tan a la legua lo que había pasado. ¿Lo llevaría escrito en la cara? Tatuado en gigante: «pringado». Desde luego eso debía ser.

Aunque Adriana y yo teníamos mucha confianza no le había contado absolutamente nada de lo que había pasado con Diana, no quería que me presionara o se descojonara de mí por haberme pillado de la persona más inapropiada del universo. Bufé y bebí lo que quedaba en el botellín de otro trago.

Le pedí al camarero que pasaba cerca de nuestra mesa un *gin tonic* como el que tomaban Carlos y Adriana. Prácticamente nunca tomaba alcohol porque no me gustaba la sensación que me producía cuando me subía, pero por un día iba a permitirme refugiarme en una copa para pasarlo bien y dejar de pensar estupideces.

Me encantaba que Adriana estuviera de tan buen humor que no parase de hablar, porque algo estaba logrando distraer mi atención. Carlos se retiró media hora más tarde y nos quedamos a solas.

—¿Vamos a dar un paseo? —me sugirió, cuando ya había acabado el segundo *gin tonic*.

—Claro, qué gran idea —ironicé, sabiendo que se me trabarían los pies más incluso que la lengua.

—Quejica —protestó— Echo de menos ir en tu moto.

—Eso tiene solución. Cuando vayas a verme te doy una vuelta —sonreí—. Yo echo de menos dormir abrazado a ti.

Reímos. Pensé en la cara que se le quedaría a Carlos si eso llegara a ocurrir.

Adri me soltó un sopapo haciéndome soltar una carcajada. Se abrazó a mi cintura y le pasé el brazo por encima.

—Apareciste en mi vida cuándo más te necesitaba —me dijo.

—Deja de decirme ñoñadas, niña cursi —bromeé.

—Me subiste el ego, me alteraste las hormonas. Lo cambiaste todo. Me abrazaste, Fer. Estuviste ahí para abrazarme.

—Y te masturbé en medio del bar...

Yo no era muy de sentimentalismos, así que bromeé de nuevo para quitarle hierro al asunto. Adriana soltó una carcajada tal, que hizo que me tambaleara y estuve a punto de caerme al suelo.

—Sí, es verdad. Delante del dios asiático... oye, no me recuerdes esas

cosas... —juraría que las mejillas se le habían teñido de rojo.

—Ákira —reí—. El pobre se quedó con las ganas —Adri asintió.

—Oye, Fer. Me gustaría pedirte algo —Adriana se separó de mi cintura, agarrándome de una mano y parando de caminar. Levanté las cejas.

—No —respondí.

—¿No? ¿No, qué? —me preguntó flipando.

—No voy a follar contigo —me llevé otro sopapo y esta vez más fuerte.

—Eres imbécil —se echó a reír—. Me duele la barriga de reír. ¿Me puedes tomar en serio por un momento? Necesito pedirte algo.

—¿No era eso? Qué pena, si insistes un poco, seguro que cedo.

—¡Que te calles! —soltó agarrándose el abdomen sin parar de reír.

—Bueno, vale... te dejo hablar. ¿Qué puedo hacer por ti? —pregunté evitando soltar otra broma.

—¿Querrías ser mi padrino de boda? —me preguntó agarrándome ambas manos.

—¿En serio? —asintió—. Pero ¿eso es ético...? Teniendo en cuenta...

—Ostras, Fer, siempre estás pensando en lo mismo. Dile a tu pene que necesito el riego en el cerebro ahora mismo —soltó.

—Adri... —dejé de bromear—. ¿Por qué yo?

—Te lo acabo de explicar.

—¿Sabes una cosa, piernas? —me miraba a los ojos con una sonrisa nerviosa. Supongo que esperaba que aceptase o no, pero que le dijera algo ya —. Eres lo más increíble que me ha pasado en la vida. Siempre me dices que yo estuve ahí, pero tú también estabas, justo a mi lado. Pienso que hay personas más importantes en tu vida que merecen estar junto a ti ese día, pero si, de entre todas las personas que quieres, me has elegido a mí, te diré que me parece una idea cojonuda y que me haces muy feliz.

Adriana se colgó de mi cuello y la abracé.

—Fer... si haces otra broma de lo que voy a decirte te corto los testículos —sonreí—. Te quiero, Fer.

—Y yo, Adri. Y yo...

Nos abrazamos de nuevo y emprendimos el camino de vuelta a su casa, ella con la mano alrededor de mi cintura y yo por encima de su hombro, acoplados el uno en el otro, en silencio. Era el «te quiero» más bonito que me habían dicho en la vida.

Dormí poco y mal. Entre el alcohol, los nervios por el vuelo, la conversación con Adriana y... Diana, sí, Diana por supuesto (no me había olvidado de ella tan pronto), no fue mi mejor noche, el sofá se me hizo enorme y sentía mis manos aferradas a la tela del mismo, con la única idea de evitar por todos los medios ir de nuevo en su busca. Se había acabado. Ya no tenía nada más que decirle ni que ofrecerle sin que saliera más herido de lo que estaba.

Intenté imaginar que igual había una mínima posibilidad de que ella se sintiera igual que yo. Quizás no quería que me marchase de la peluquería la noche anterior. ¿Y si no quería? ¿Y si deseaba tanto como yo que fuésemos juntos a su casa y despedirnos durante toda la noche? Pero, vamos... ¿a quién quería engañar? Diana era la tía con menos pelos en la lengua que había conocido nunca. Si ella hubiera querido más me lo hubiera pedido, como cuando en su cocina la torturé con mis empujones y me exigió que la follara de una vez. No era una mujer tímida. No era una tipa que dejaba pasar las oportunidades y no dijo absolutamente nada. Ni siquiera respondió a mi adiós. Era estúpido estar allí pensando en ella. Pero lo estaba, aunque me jodiera, Diana permaneció en mi cabeza durante toda la puñetera noche.

Ducha. Café. Gafas de sol. Adriana abrazándome a cada rato. Otro café. Carlos me miraba extrañado, aquellos dos cuchicheaban, pero yo estaba

en mi mundo, deseando que apareciera Diana antes de irme, simplemente para decirme adiós y que me echaría de menos, aunque fuese mentira, aunque no volviera a acordarse de mí. Abrazarla por última vez.

Me cabréé conmigo mismo por imbécil y ridículo y cuando acabé el tercer café, nos pusimos camino al aeropuerto, donde Carlos y Adriana me acompañaron.

Muchos abrazos y promesas más tarde, embarqué para volver a Gran Canaria.

Capítulo 23

Para ser sincera, hubo muchas cosas de esos días que no me esperaba. No esperaba que el hombre con pinta de vagabundo y antipático que vi junto a Carlos, terminara calándome tanto. No esperaba tener cosas en común con él, ni tampoco que se implicara en mi trabajo para hacerme sentir mejor. No esperaba que supiera preparar unos bocadillos de pollo de muerte y que pudiera engancharme tanto su olor y lo que menos esperaba de todo, era colarme por él hasta rozar el punto de la obsesión.

También he de decir que no pensé que después de follar en la peluquería se iba a marchar. Sin que yo lo echara, quiero decir, que seguramente es lo que hubiera hecho en los siguientes dos minutos, pero me jodía que él hubiera actuado porque sí sin darme tiempo a reaccionar ni recapacitar sobre lo que quería que sucediera a continuación.

Y ahora me tocaba confesarme, tenía que reconocer que me dolió que se fuera, así, sin más y lo que es más difícil para mí admitir: lloré. Sí, joder, lloré. Ya puedes reírte que me espero. Pues que te jodan, serán las puñeteras hormonas, me irá a venir la menstruación o se habrá alineado el sol con la luna..., yo qué demonios sé. Si entendiera algo de todo lo que me pasó te lo explicaría, en serio. Pero no lo entendí, solo noté una pesadez en el estómago como si me hubiera comido cuatro kilos de piedras crudas y los ojos me picaban como si hubiera cortado cebolla para una tortilla española de record mundial (sí, la tortilla de patatas española lleva cebolla, te guste o no, te lo digo yo que me la como todas las semanas).

El caso, es que lloré en la peluquería antes de irme a casa, lloré por el camino rogando para no encontrarme con ningún conocido y lloré en mi cama antes de dormirme, que no fue pronto ni fácil y me sorprendí a mí misma compadeciéndome mientras observaba la foto que le había hecho mientras

dormía en mi sofá, por lo cual me sentí tan ridícula que la borré (aunque más tarde me arrepentí de hacerlo).

Mi parte práctica sintió alivio al saber que Fer se iba a la mañana siguiente y se habría terminado toda la angustia, o al menos eso esperaba.

Supongo que es fácil entender lo que digo. Fer era el problema. Se marchaba a su casa. Fin del problema. Pues si lo entiendes igual me puedes explicar por qué una vez autoconvencida de ello, me puse el despertador dos horas antes de lo habitual esa mañana, me di una ducha y me atavié un vestido ligero para contrarrestar el calor que se había metido de repente y con toda mi paciencia, mis auriculares, Spotify y mis cosquillas en el estómago, cogí dos autobuses hasta llegar al aeropuerto a las nueve de la mañana.

Miré en el panel y comprobé que el vuelo aparecía en hora y supuse que Fer estaría a punto de llegar, pues apenas quedaba hora y media para que saliera su vuelo. Me pedí un café para llevar en la cafetería y caminé hasta la zona de los controles, tarareando lo que sonaba por los auriculares, sin pensar en nada, muerta de nervios, con el pulso temblándome.

Unos minutos más tarde, levanté la cabeza y lo vi aparecer, abrazó a Adriana y me quedé clavada en el asiento. ¿Qué iba a decirle? Me refiero aparte de adiós. ¿Que me había pillado por él? ¿Que no quería que se fuera? Quizás podía decirle que mi sofá, mi guitarra y yo seríamos muy felices si se quedara unos días más en casa. ¿Y luego qué? El nudo de mi estómago se hizo más intenso, al fin me levanté.

Fernando daba un abrazo rápido a Carlos y hablaba, buscaba algo en su mochila, suponía que era la tarjeta de embarque. Me paré. «¿Esto no es demasiado peliculero? Demasiado...», demasiado para mí sí era. Me obligué a no dar un paso más.

Lo vi sonreír, hablar un poco más y mirar su reloj, antes de dar un nuevo y rápido achuchón a Adriana y arrastrar su equipaje de mano hasta la

zona de control.

Carlos levantó la cabeza en mi dirección y me vio, me coloqué un dedo sobre los labios para que se mantuviera en silencio. Me fui acercando despacio. Vi a Fer colocar las bandejas con sus cosas por la cinta transportadora y pasar por el arco, dijo adiós con la mano de nuevo a Adriana y a Carlos, pero este último ya no miraba hacia él, miraba para mí con cara de estar tremendamente confundido. Cuando Fer ya no podía verles, le dio un toque en el brazo a mi amiga y señaló en mi dirección.

—Hola —dijo cuando llegué junto a ella y parecía tan triste como yo—. Llegas tarde —señaló al control.

—En realidad llevo aquí más de media hora —murmuré, tragué con fuerza— estaba justo allí —señalé la zona desde la que los había estado observando.

Adriana me abrazó. ¿Esto era pillarse por alguien? Pues era una puta mierda. Eso tenía ganas de chillárselo a la cara, porque ella siempre estaba insistiendo con la puñetera idea de que tenía que sentar cabeza y enamorarme, que me pasaría y sería estupendo, magnífico y no sé qué más, que yo nunca le creí, pero vamos... tampoco imaginé que alcanzaría este nivel de imbecilidad por un tipo al que acababa de conocer... ridículo.

No dije nada, Adriana no tenía la culpa, ni siquiera entendí cómo había pasado. Solo sé que Fer entró en mi casa y ya nada volvió a ser igual. Fruncí el ceño y miré a Carlos.

—Esto es culpa tuya —le acusé señalándole con un dedo.

—¿Eh? —preguntó sin entender nada.

—Te odio.

Adri sonrió, pero como sonríes cuando pierdes algo y quieres hacer ver que no te importa, aunque te joda la vida.

—¿Cómo has venido? —me preguntó ella cambiando de tema.

—En el bus —resoplé. Tendría que echar mínimo otra hora o más, para poder llegar a la peluquería si volvía en el transporte público—. ¿Puedo volver con vosotros?

Carlos nos miraba a una y a otra sin entender nada, ni por qué estaba allí, ni para qué había ido. No le culpo. Carlos era tío. Los tíos no entendían una mierda de nada. No tenía ganas de explicárselo, así que me encogí de hombros y Adriana le dio un toque en el brazo para que dejara de mirarnos de esa forma.

Volví con ellos en el coche, pero no me quité los auriculares. Ellos se enfrascaron en una conversación de trabajo y yo escuché tres veces seguidas *Another Day* de Paramore cantando por lo bajini...

«I know that you left before goodbye
And it's okay, there's always another day
And anytime you want me
Anytime you see me
I don't think you meant to say goodbye
But it's okay, there's always another day»^[5].

Se me puso la piel de gallina..., pues sí, se había ido sin despedirse... y sí, yo, la persona que había jurado jamás engancharse a un hombre, no había cumplido mi palabra.

Llegué a la peluquería y me metí de lleno en mi rutina. Todo había acabado, por fin, Fernando se había ido y toda esa estupidez que me había dado con él se difuminaría ahora que no estaba, estaba segura de ello, muy segura...

Capítulo 24

Los días transcurrieron y el momento que temía llegó, las vacaciones habían terminado, al día siguiente tenía que volver al supermercado. Me miré en el espejo del baño después de la ducha, había pasado bastante del tema barba *hipster* desde que había vuelto a Gran Canaria. Por el contrario, me había vuelto a aficionar a mi barba de vago, hasta que me aburriera de ella y me afeitara.

Interiormente estaba orgulloso de mi ego masculino que había logrado ignorar las instrucciones de la peluquera entrometida que había conocido días atrás. «¡Ja! ¡Que te den, loca del moño!», reí frente al espejo. Patético. Lo sé.

Tenía cita con Luis en su estudio de tatuajes. Me había picado el gusanillo de hacerme uno nuevo después de volver de mis vacaciones con Adriana. No había nada que me apeteciera más, que sentir el repiqueteo de las agujas en mi piel, grabando para siempre una nueva imagen con uno de los momentos más emotivos e intensos que viví en Barcelona.

Cuando Luis acabó el tatuaje no me podía creer lo bien que había quedado. En mi pantorrilla derecha estaba Adriana en forma de muñeca *pin up* de pelo rosa (había visto fotos suyas de aquella época y me encantaba, para el tatuaje quedaba impresionante), aluciné, aluciné mucho y esa sensación alivió en parte la mala leche que se había instalado en mí desde hacía días. Cuando llegué a casa le hice una foto a mi pierna y se la mandé por WhatsApp a mi amiga.

FERNANDO 

«Ahora te llevaré siempre conmigo, en mi pierna, para que puedas observar mi camino y darme una colleja cuando me equivoque».

Era lo más profundo que era capaz de decirle. Yo no era de palabras, prefería los hechos y esperaba que le quedara claro lo importante que era para

mí como para llevarla grabada para siempre. Era tarde e imaginaba que ya dormía, así que simplemente desconecté el sonido del móvil y me metí en la cama. Al día siguiente no me quedaba más remedio que volver a mi rutina.

Cuando sonó el despertador tenía un mensaje de Adriana:

ADRIANA 

«Es lo más bonito que nadie ha hecho nunca por mí. Se me ocurren muchas situaciones en las que hubiera querido darte una colleja».

FERNANDO 

«Por ejemplo...».

ADRIANA 

«Cuando no te das cuenta de que lleva observándote media hora en el aeropuerto alguien que ha ido a despedirte, pero no se atrevió».

Levanté las cejas sorprendido. Diana... ¿en serio? ¿Había estado allí y no se había acercado a despedirse de mí? Mira que eran raras las tías, jamás llegaría a comprenderlas, como tampoco podía llegar a entender por qué Adriana no me lo dijo enseguida o cuando volvimos a hablar y había esperado tantos días.

No quise darle más vueltas al asunto. Había evitado pensar en ella, en su nombre, en sus ojos, su voz, su sonrisa, sus labios, sus gemidos... y todo vino a mi cabeza de repente, temblé y sentí que se me revolvía el estómago.

No le contesté a mi amiga. ¿Qué sentido tenía hacerlo? ¿Qué iba a decirle? Lo que me apetecía soltar era: «pues qué imbécil trasladarse hasta allí y no decirme ni un simple adiós».

Por un momento recapacité que igual no se despidió porque Diana sentía algo por mí, era la única razón a la que veía algún sentido... pero no podía ser. Me echó de su casa la primera vez y dejó que me fuera la segunda, lo único que sentía con respecto a mí era simpatía, quizás algo de morbo, pero nada más.

Fui lo suficientemente fuerte como para no pedirle su número de

teléfono a mi amiga. Aunque me apetecía mucho saber cómo estaba, si alguien tocaba su guitarra, si tenía suficiente Coca Cola y se le habían pasado los dolores de cabeza, si le había gustado mi libro (que se había quedado tirado en el suelo de la peluquería donde cayó cuando voló por encima de mi hombro). Pero tampoco tenía sentido, nada tenía sentido para mí. A estas alturas ni con Diana ni sin ella.

Me atavié el uniforme y media hora después estaba en la puerta del supermercado, resoplé antes de entrar, sabiendo que iba a tener un día duro. Sin embargo no fue para tanto, Haydée estaba allí, me saludó de forma cordial y no cruzamos ni una sola palabra más en toda la jornada. Pensaba que me iba a llevar un tirón de orejas de Marcos, por provocar la furia de una fémina en territorio de trabajo, pero se mantuvo al margen, cosa que agradecí profundamente. Más adelante me enteré que la que se llevó el rapapolvo fue ella por ir contándole problemas personales de cama a las clientas, seré cruel, pero me alegré.

Lo bueno del supermercado era que siempre había jaleo y poco tiempo para cháchara, así que el día pasó relativamente rápido. El siguiente dolió menos aún y al siguiente ya volvía a reír con mis compañeros.

Una semana más tarde Haydée volvió a su tienda, sabiendo que no volvería a verla al menos en una buena temporada, lo cual era un alivio. Me di un tiempo para recapacitar sobre mi vida, el trabajo y todo lo demás y estaba claro que el supermercado no era el trabajo con el que soñaba de pequeño, pero me daba comodidad y dinero, así que, por el momento, tendría que aceptarlo.

Por fin cumplí mi palabra de pasar un periodo de desintoxicación de las tías, locas del moño o no, en general. Así que cambié las copas y los polvos de fin de semana, por pizza, cervezas y PlayStation... tranquilidad absoluta, así puedo definir las siguientes semanas de mi vida.

Sin embargo, aceptarlo no quería decir que me conformara. Quería cambiar de aires, eso lo tenía claro y había echado infinidad de currículum para puestos de trabajo relacionados con mis estudios, pero mi poca experiencia, suerte o mi careto de indigente, no sabía cuál se llevaba la palma, habían sido los encargados de que no consiguiera ni una entrevista.

Pensé incluso en llamar a Rubén, me vendría bien trabajar en el turno de noche, podría ahorrar algo de dinero con las propinas y si llegaba a Navidad, esa era la época mejor pagada de todas, así que no estaría mal. Sin embargo nunca terminaba de decidirme. ¿Otra vez trabajar de noche? No me convencía del todo la idea. Así que al final hice lo único que se me ocurría: esperar.

No entendía el motivo por el cual cada vez que hablaba con Adriana me soltaba algo de Diana, como si yo le pidiera saber de ella. No quise darle mayor importancia, suponía que mi amiga pensaba que habíamos hecho buenas migas porque había decidido dormir más noches en casa de Diana que en la suya y bueno... buenas migas hicimos, sí, pero se debieron quemar.

Un sábado cualquiera, en el que me había hartado a comida basura y no me apetecía demasiado jugar a la consola, me tiré delante del ordenador. Me reí al ver una oferta de empleo. Se me ocurrió modificar un poco mi currículum para adecuarlo a ella, solo por pasar el rato, me pareció una idea divertida (sí, así había cambiado mi idea de la diversión).

Abrí el archivo con una sonrisa maliciosa, estaba tan aburrido que no estaría de más hacer algo diferente. Lo que nunca, jamás de los jamases hubiera esperado, era que me llamaran para una entrevista para el puesto de ayudante de peluquería que había visto en una página de ofertas unos días atrás y a la que me había inscrito por hacer el tonto.

Reí, reí muchísimo y decidí asistir a la entrevista, total, no tenía nada que perder y quedaría mucho mejor presentarme y no saber hacer nada, que no

presentarme. Además me cuadró perfectamente la hora de la cita con mi mañana libre en el supermercado.

Sabía que el aspecto era importante, así que me acerqué a mi peluquería habitual, la cual no solía pisar demasiado, todo sea dicho de paso, y encargué a mi peluquero que me cortase un poco la barba para darle forma. Aproveché para darle uso a los productos que me había regalado Diana y que conservaba en el armario de mi baño.

Intenté mantenerme serio durante la entrevista con una chica no mucho mayor que Diana pero con menos aspecto de loca del moño.

—No necesito que tengas la formación académica, al menos por ahora, porque por el momento solo necesito un ayudante. Ya sabes, lo típico. Manejar la recepción, agenda, teléfono, lavar cabezas, ayudarme a recoger la peluquería...

—Entiendo sí, la interrumpí.

—Pero sí me vendría genial que tuvieras algo de experiencia en atención al público y si es en una peluquería mejor, por supuesto —me explicó la chica.

El sueldo no era la panacea, pero el horario era de diez de la mañana hasta las seis de la tarde con un par de horas al mediodía para salir a comer. Solo trabajaría dos sábados al mes y apenas cuatro horas. Me atraía la idea de ser libre a partir de las seis de la tarde todos los días y que mis fines de semana pasaran de tener un día a tener uno y medio o dos.

Pensé durante un rato, estaba allí y eso ya de por sí era una locura y por primera vez me planteé que era una buena oportunidad de cambio si no fuera por lo que se iban a reír de mí en casa y mis colegas. Sin embargo lo cierto era que a mí siempre me había importado bastante poco lo que pensarán los demás de mí y me parecía hasta un cambio agradable y divertido.

La peluquería de Estela estaba situada en una zona bastante céntrica, se

apañaban entre ella y su socio, Raúl. Habían abierto hacía unos seis meses y el volumen de clientes había ido creciendo, por el momento se arreglaban bien, pero la joven admitió que no llevaban demasiado bien el tema administrativo, inventarios, pedidos, pagos, cobros y demás cosas que no llevaba la asesoría, que les llevaba demasiado tiempo.

—Tengo experiencia, por supuesto —contesté convencido.

—¿En qué peluquería? —me preguntó Estela apuntando algo en un papel.

—Fue en Barcelona durante una temporada que pasé allí hace unos meses —mentí descaradamente—, en Coquetería Ribelles precisamente me encargaba de todo eso.

—¿Puedes darme los datos de contacto? Necesito referencias de ti... —sin querer se me levantaron las cejas. «Ups» fue lo único que se me vino a la mente—. No es por nada, es que vas a manejar mi dinero y a mis clientela y necesito saber más.

—También tengo mucha experiencia en la atención cara al público. He trabajado en bares y en un supermercado durante tres años —añadí.

—Perfecto —contestó mientras seguía escribiendo. ¿Por qué escribía tanto? Tenía la sensación de que mi respuesta no le había terminado de gustar.

—Por supuesto te diré los datos de contacto de los lugares en los que he trabajado —saqué el móvil del bolsillo y busqué en Google el número de teléfono que le facilité.

Entonces caí en la cuenta de que desde el primer día en que me fui de Barcelona podía haber contactado con Diana tan solo buscando los datos de la peluquería en Internet. Es lo que pasa cuando la sangre se te concentra en una parte del cuerpo y el riego no llega de forma adecuada al cerebro, que era básicamente lo que me pasaba cada vez que pensaba en ella.

Le di los datos de mis anteriores trabajos a la chica y recé para que

fuera un farol y no telefonara a Diana.

—¿Qué estudiaste?

—Magisterio con especialidad en música —mi entrevistadora levantó la cabeza del papel que garabateaba con los ojos como platos—. Ya ves —me encogí de hombros—, al final la vida me ha llevado por otros caminos —me encogí de hombros.

Me hizo alguna pregunta más, como cuándo podría incorporarme, cosas así y se despidió de mí.

Según salí y cuando estuve lejos como para que no me viera la dueña de la peluquería y pensara que tenía que llamar al manicomio, me partí de la risa. Esa entrevista era lo más surrealista que había hecho en la vida, sin duda alguna.

Marqué el número de Tam. De mis amigos era a la única que sería capaz de contarle lo que me había pasado y lo necesitaba, así que media hora más tarde me senté en una terraza a su lado, frente a un desayuno tardío, para relatarle todo lo sucedido.

Capítulo 25

Por suerte, desde que se fue Fernando por donde había venido se me pasó la enajenación transitoria que me había dado. Podía respirar, dormir, comer y leer sin querer morirme por no poder verlo (al menos cuando habían pasado un par de semanas desde su marcha), se me fue pasando la bobería y volví a mi rutina. Eso sí, intenté mantenerme lo más alejada posible de los tíos, no quería que volviera a pasarme algo así en la vida y a lo mejor aquello había sido una bacteria o un virus y volvería a atacarme si pasaba más de media hora con un hombre. Lejos. Cuanto más mejor. Al menos de momento.

Mi vibrador nuevo sustituía todas las funciones que hasta ahora habían hecho los tíos, no me hacía el café (pero ellos tampoco), lo bueno es que era rápido, eficaz, silencioso y bastante más higiénico.

Así que volví a mis sonrisas, a mis paseos cantando, a mis chácharas con las clientas, a mis escapadas con Mónica y Adriana, la cual me había sorprendido manteniéndose demasiado callada con respecto a Fernando y no me había preguntado absolutamente nada de él, y lo agradecí, porque lo que menos me apetecía era recordarlo a él, su nombre, su forma de puntear las cuerdas de mi guitarra, su sonrisa, su manera de llamarme loca del moño, sus increíbles besos de albaricoque y las puñeteras cosquillas que me produjo durante unos días.

Las noches de chicas, se convirtieron en eso, de chicas y fueron asiduas hasta que de pronto Mónica ya no quería salir de fiesta. Por un momento pensé que había tenido alguna movida con Unai, que se habría enfado con ella por salir con nosotras hasta las tantas y volver tan borracha que no era capaz de quitarse el vestido de rigor. Cada vez que Adri y yo le preguntábamos, simplemente respondía que no le apetecía.

Adriana, con el paso de las semanas, se enfrascó en los preparativos

de la boda y siempre estaba cansada u ocupada. Así que, como tampoco me apetecía lo que solía ser mi plan alternativo (un polvo de la leche con cualquiera que se cruzara en mi camino y me atrajera lo suficiente), pues empecé a quedarme más en casa. Al fin terminé de leer la novela que se había dejado Fernando en el suelo de mi peluquería y me aficioné a ver películas y series durante mis horas muertas, que durante un tiempo no estuvo mal, pero según fueron pasando los días y estos convirtiéndose en semanas, me empezaba a aburrir de la vida de señora de setenta años que llevaba, tanto que me estaba empezando a plantear aprender a hacer calceta.

Un domingo por la tarde abrí el WhatsApp del grupo que tenía con las chicas.

DIANA 

«Por favor, alguien podría venir a matarme o salir conmigo a tomar una cerveza».

ADRIANA 

«¿Qué te pasa, cariño? ¿Te ha bajado la regla y no puedes echar mano de la chorboagenda?».

DIANA 

«Muy graciosa. Paso del género masculino y me aburro como una ostra».

MÓNICA 

«¿Pasas del género masculino? Yo me quedo en casa, que tienes pinta de tener la gripe o un virus muy jodido».

DIANA 

«Puede ser eso o puede ocurrir, simplemente, que hace muchísimo que pasáis de mi culo y me apetece ver más a mis amigas que a cualquier baboso que tardará más que mi vibrador nuevo en hacer que me corra».

ADRIANA 

«Mira que eres bestia. Estoy agotada, tenemos un montón de trabajo esta semana y he hecho tantas horas extras que tengo

calambres en los dedos y en las muñecas. Solo me apetece quedarme tirada en el sofá toda la tarde».

DIANA 

«Razón de más para ir a tomar una cerveza y desconectar».

Empezaba a mosquearme, nunca había tenido que insistir tanto para verlas. Diciembre ya estaba presente, vale, el día había amanecido frío ¿y qué? Necesitaba ver a mis amigas, estaba más mustia que los árboles del parque junto a mi casa.

ADRIANA 

«No me apetece mucho. Hace frío».

DIANA 

«Pues te tomas un cacao caliente».

MÓNICA 

«Venga, vale... pesada».

ADRIANA 

«Bueno, me apunto, pero solo un ratito que mañana madrugo».

DIANA 

«Dile a tu jefe que solo le permito que te explote sexualmente, que en el trabajo horas extras las justas. Nos vemos en el bar de siempre dentro de una hora».

Adriana respondió con una serie de emoticonos de mejillas sonrosadas, caras tapadas y demás, que si no fuera por lo feliz que estaba de poder salir de casa con aquellas dos, me darían ganas de potar. Al final, lo importante era que había logrado convencer a los dos muermos que tenía por amigas, para que fuéramos a tomarnos algo.

Peinado, maquillaje, vestido, medias, botas altas, pañuelo al cuello y una cazadora de piel antes de salir corriendo de casa. Estaba hasta el moño del uniforme y el calzado cómodo, quería lucir palmito de nuevo.

Llegué la primera al bar y me pedí una cerveza. Se estaba calentita

dentro y sonaba muy suave algo de música española. Ojeaba el móvil cuando llegó Adriana y medio minuto después Mónica. Nos saludamos con varios achuchones y les di un coscorrón a cada una por el abandono al que me habían sometido.

Adriana se pidió un café con leche y Mónica un cacao, en serio, un cacao caliente... El alma de la fiesta esas dos y encima me dice que la idea había sido mía y se le había antojado por mi culpa... en fin...

—Bueno chicas, ya que estamos aquí os diré que ya tengo fecha para la boda —explicó Adriana ilusionada frotándose las palmas de las manos.

—¿Y no nos habías dicho nada? ¡Arpía! —la regañé con ojos rasgados y señalándola con un dedo acusador, tras lo cual soltó una carcajada.

—No quería decíroslo en un mensaje. Es algo importante. Me caso el dieciséis de febrero.

—¿En febrero? —La interrumpió Mónica—. Madre mía, ¿vas a llevar puesta camiseta térmica bajo el vestido para evitar el frío? Porque te vas a casar con vestido, ¿verdad?

La cara de horror de Mónica era un poema. Yo sabía qué se le pasaba por la cabeza a la morena: vestido blanco con una cola de dos metros, velo, marcha nupcial, ramo de novia que saldría volando hacia atrás al acabar la ceremonia... No sabía qué tenía en mente Adriana, pero yo me la imaginaba mejor con el cabello de color rosa, como cuando conoció a Carlos, un vestido sencillo y una ceremonia íntima.

—Qué pronto. ¿No estarás preñada? —Bromeé, Adriana se echó a reír y Mónica me miró como si hubiera soltado una blasfemia—. Era broma —dije con las manos en alto.

—No. No estoy preñada y no voy a llevar ropa térmica debajo del vestido porque no creo que pase mucho frío.

—Te vas a cagar, nena, que enero y febrero son los peores meses del

invierno —soltó Mónica.

—No voy a pasar frío porque me caso en Gran Canaria y quiero que vengáis a mi boda.

—Ostras —exclamé—, pero nena, en febrero... —bufé. Me temo que si hubiera dicho cualquier otro mes hubiera protestado de igual forma.

—Deja de quejarte. En Navidad haces caja y te tomas unos días de descanso después. Porque tienes que venir a mi boda. Febrero no es un mes de los de más trabajo —me reprochó Adriana por mi gesto de fastidio.

—Es que soy autónoma y tú mejor que nadie sabes de qué va esto. Lo de cerrar la peluquería no lo llevo bien —me justifiqué.

Mi corazón latía con fuerza, porque el solo hecho de nombrarme Gran Canaria me había hecho recordar a Fernando, sus caricias, sus besos, su mirada..., se me comprimió el estómago. Cosquilleo. «Mierda», cómo era posible que aún sintiera ese puñetero hormigueo cada vez que su imagen venía a mi cerebro.

Supongo que en el fondo guardaba la esperanza de que él no pudiera escaparse del trabajo para venir a la ceremonia, pero si Adri se casaba en Gran Canaria estaría allí de todas, todas... Tenía que buscar la forma de escaquearme. Yo quería mucho a Adriana, pero me quería más a mí (por feo que parezca) y el hecho de tener que ver otra vez a esa persona que lo había vuelto todo patas arriba durante semanas y que me había hecho llorar ¡¡A mí!! ¡Yo! Llorar por un tío. No, definitivamente no podía ir a esa boda.

—Bueno, febrero no es mal mes para viajar, no estaré muy gorda —mi amiga Mónica y sus lógicas aplastantes.

Abrí la boca con la intención de decirle que se fuera olvidando de los turrónes, polvorones y demás alimentos hipercalóricos típicos de Navidad, pero al ver la cara de Adriana, con las cejas por sombrero y la boca abierta, se me encendió una bombilla.

—¿Estás preñada? —pregunté boquiabierta.

—Sí —murmuro mi amiga y no parecía muy feliz.

—Pues no sé si darte las felicidades, no pareces muy entusiasmada —respondió Adriana.

—Hace unos meses Unai y yo tuvimos una discusión muy fuerte. A mí me dio un ataque de pánico al ver a Daniela tan mayor y que ya no tenía un bebé y no sé, las hormonas se me revolucionaron. Me empeñé en que era el momento de darle un hermanito o hermanita a la niña. Unai se negó en rotundo. Me aseguró que no quería más hijos, que ya lo teníamos complicado con una, como para traer más. Pensé que se le pasaría, porque nunca habíamos hablado del tema, pero yo daba por hecho que no íbamos a dejar a la niña sola. La cuestión es que estuvimos discutiendo varios días y Unai me dijo que si no era capaz de respetar su decisión, igual es que teníamos que seguir cada uno nuestro camino por separado.

—¿Te dijo eso Unai-oso-amoroso? —pregunté alucinada.

Unai se desvivía por Mónica y por la pequeña. Era buen esposo y buen padre y no me lo imaginaba diciéndole algo así a mi amiga aunque la muy desequilibrada quisiera traer otro hijo al mundo. Mónica asintió.

—¿Y cómo ha reaccionado con la noticia? —preguntó Adriana.

—No lo sabe —Adriana y yo nos miramos.

—¿No le has contado nada? ¿Cómo pasó? ¿De cuánto estás? ¿Cuándo vas a decírselo? —pregunté.

No entendía demasiado bien cómo funcionaban las relaciones monógamas pero me parecía que el hecho de que estuviera embarazada era demasiado importante como para ocultárselo a su marido.

—No me hagas tantas preguntas, que me pongo de los nervios, joder.

Pues sí que tenía que tener las hormonas alteradas, las palabras malsonantes no eran habituales en el vocabulario de niña pija de mi amiga.

—Perdón —mascullé.

—Unas semanas después de la discusión, cuando Daniela se puso tan enferma que estuvo varios días seguidos con fiebre altísima, olvidé tomar algunas pastillas anticonceptivas y no le di mayor importancia pensando que estaba protegida, porque yo siempre soy muy rigurosa con las tomas y evidentemente, no lo estaba, porque me quedé embarazada —explicó.

—¿Crees que no se lo va a tomar bien? —pregunté.

—Eso creo —Mónica se frotó la cara con las manos—. Se va a enfadar mucho, va a pensar que lo hice a propósito y me va a dejar.

—Unai nunca te dejaría. Él te quiere —declaró mi amiga.

—¿De cuánto estás? —pregunté.

—Unas seis semanas.

—Tienes que decírselo, aún estáis a tiempo de interrumpir el embarazo.

Mi lado práctico habló sin pensar y Mónica se echó a llorar. Vale, creo que eso significaba que no quería abortar. Así que decidí cerrar el pico. El tacto y la delicadeza no eran lo mío.

—Tienes que contárselo —murmuró Adriana con un tono mucho más suave que el mío, dónde va a parar, aunque sabía que en el fondo quería decir lo mismo—, pronto se te empezará a notar y se va a enfadar mucho más si dejas pasar el tiempo sin más.

—Lo sé... —bufó triste.

Se instaló un silencio entre las tres, pero no un silencio cómodo en el que aprovecharíamos para hartarnos a comer croquetas, es más, aquellas dos no habían querido pedir nada para picar. Sino un silencio triste, en el que no teníamos ni la menor idea de cómo consolar a Mónica que se alargó durante minutos. Mónica se limpiaba las lágrimas que le iban cayendo mejillas abajo con un pañuelo de papel y Adriana me miraba con cara de circunstancia.

¿Qué podía decirle? ¿Que todo saldría bien? ¿Que Unai la adoraba y no la pondría entre la espada y la pared para que abortase? Que, para ser sincera, era lo menos jodido que se me ocurría que podía pasar. A mí solo me salía decirle que le prestaba el dinero y le acompañaba a una clínica para que lo solucionara antes de que se enterara su marido, pero claro, yo no tenía ni puta idea de relaciones, y en el fondo, sabía que eso tampoco estaría bien.

—¿Sabes que Diana se ha enamorado? —soltó Adriana. Mónica y yo abrimos los ojos de forma desorbitada.

—Pero ¿qué dices? —bramé.

—No lo niegues, ni siquiera te has querido quitar del pelo el naranja ese que eligió él —sentenció.

—¿Quién él? —preguntó Mónica perdida.

—Me gusta el color —me defendí.

—No paras de escuchar esa canción rara —mi amiga debía estar sufriendo algún tipo de choque de neuronas o algo por el estilo, porque no tenía ni puñetera idea de lo que me hablaba.

—¿Qué canción rara? —preguntó Mónica.

—¿Qué canción rara? Para ti todas mis canciones son raras y hace al menos dos semanas que no nos vemos, así que no sé de qué me hablas —protesté con la garganta seca.

—Espera... déjame pensar —Adriana se agarró el puente de la nariz masajeándose como si así pudiera recordarlo antes —. ¿Cómo era? ¿Cómo era?

Mónica saltaba su mirada de una a otra con la boca abierta, los ojos se le iban a salir de las cuencas. Al final le daría un síncope a la pobre, había que evitarle nervios y mi amiga no lo estaba poniendo muy fácil.

Ví a Adriana trastear con el móvil y se me puso la carne de gallina cuando los primeros acordes empezaron a sonar. ¿Tanto la había cantado para

que Adriana fuera capaz de identificarla y buscarla por Internet?

«I know that you left before goodbye
And it's okay, there's always another day
And anytime you want me
Anytime you see me
I don't think you meant to say goodbye
But it's okay, there's always another day»^[6].

No le dio simplemente al *play*, es que la canturreó. Si se la había aprendido igual sí que la había cantado demasiadas veces cuando estábamos juntas.

—Me gusta esa canción, es bonita —protesté a la defensiva en un último intento de proteger mi amor propio y mi dignidad.

—Fue al aeropuerto para despedirse de Fer y no se despidió de él —siguió y parecía estar pasándolo bien.

—Hostia, hostia, hostia... —Mónica agitaba las manos como si se hubiera enterado de que tenía una fortuna escondida en un banco de un paraíso fiscal y que nos podíamos ir a vivir a las Maldivas.

—Y ya por el camino de vuelta, con Carlos y conmigo en el coche, puso esa canción en un bucle infinito en sus auriculares durante todo el camino, cantándola una y otra vez. Aunque yo todavía tenía la suerte de no sabérmela.

—Eres un demonio.

Le eché una mirada asesina y apunté mentalmente en mi memoria que la próxima vez que pasase por mi peluquería le iba a rapar la puñetera cabeza esa que debía haberse quedado sin oxígeno para soltar tal sarta de estupideces.

—¿Te acostaste con Fer?—preguntó Mónica cuando recuperó el habla mientras Adriana reía. Supongo que por mi gesto supo que la respuesta era afirmativa—. Pensé que no te caía bien.

—No me caía del todo bien —me encogí de hombros.

—Y le tocaba la guitarra mientras ella cantaba —siguió explicando Adriana.

—Puto niño llorón con pinta de indigente —refunfuñé.

—No me lo ha dicho Fer —me explicó Adriana, ahora sí que no entendía nada porque yo sí que no se lo había contado—. Me lo contó Yoli, que escuchó los diversos conciertos en tu casa, y no solo me habló de los musicales.

—Vecina cotilla. Sí, nos dio por ahí. Y sí, solo fue un polvo, bueno, dos... pero solo eso, sexo, como siempre. Nos aburríamos en casa de no hacer nada y simplemente pasó. Yo no me cuelgo de los tíos, estáis empeñadas en verme enamorada, pero eso no va a pasar en la vida —me defendí.

—Te vi llorar el día que se fue —me rebatió. ¿Por qué? ¿Por qué demonios se había empeñado en hundirme? Cuando ya casi había logrado olvidarme del barbarroja... casi...

—Tú flipas.

Murmuré cada vez con menos fuerza y convicción. Vale, igual me había pillado un poco por él y negarlo, como lo había hecho desde el principio, no me estaba ayudando en nada a olvidarlo, pero de ahí a estar enamorada de él... «Sí, ya, claro hombre, claro... de un puñado de días que nos vimos... pffff». Adriana estaba como una jodida regadera, el día que repartieron a los amigos se debieron acabar los cuerdos porque no tenía ni uno normal.

—No te has vuelto a acostar con ningún hombre desde que Fernando estuvo aquí —siguió atacándome.

—De verdad. Recuérdame que no te vuelva a teñir el pelo de rubio, se te está metiendo el decolorante en el cerebro y te estás volviendo tonta —refunfuñé y mi amiga volvió a reír—. En serio, eso no pasó, ni pasará jamás. Y en caso de que fuera cierto, ¿por qué lo sueltas ahora dos meses más tarde?

—Porque Mónica necesita distraerse —miré a Mónica que había soltado una carcajada y asintió repetidas veces.

Pues menuda gracia me estaban haciendo a mí esas dos, por mí se podían ir al cuerno. Fer, ni Fer, ni qué ocho cuartos. No me acostaba con nadie porque mi vibrador era capaz de dejarme más satisfecha que ningún tío y no me pedía nada a cambio. Era feliz así. Qué afán porque me colgase de un tío tenían aquellas dos.

Me mantuve en silencio por no soltarle a Mónica que ya se le quitarían las ganas de reír cuando Unai le diera una patada en el trasero y le pidiera el divorcio, pero hasta a mí me pareció cruel. Mejor me callaba.

Dos cervezas más tarde volví a casa de muy mal humor, mucho, peor del que había tenido desde hacía al menos dos meses.

Tres veces me sorprendí cantando la dichosa cancioncilla que Adriana se había aprendido. Como no se me quitara de la cabeza iba a tener que empezar a tomar medidas drásticas, como empezar a escuchar el reggaetón ese que le gustaba a esas dos.

Cogí la guitarra y acaricié las cuerdas, poco más sabía hacer con ella. Debería aprender a usarla o venderla. ¿Para qué la quería si no? Y pensé que si Fer volviera a casa le gustaría que siguiera allí para poder tocarla. Pero, ¿por qué demonios iba a volver a mi casa? Ni puñetera idea, pero mi psique, que estaba con el tonto subido, se empeñaba en aferrarse a esa idea.

Sin duda la conversación de la noche anterior me había afectado, porque soñé con Fernando esa noche y el juego de las piedras de hielo, amanecí mojada, caliente, sudorosa y giré el grifo hacia el lado frío en cuanto me metí en la ducha, resignada a que aquel hombre había vuelto a mi cabeza con más fuerza todavía, pero que a mí no me iba a amargar la existencia, que si mi cerebro gritaba su nombre yo gritaría más fuerte cualquier otra chorrada que no me hiciera pensar en él.

Emprendí el camino al trabajo y por una vez prescindí de mis auriculares y de lo que me deparara el orden aleatorio de canciones de mi lista de Spotify. Mejor pasaba de la música.

La peluquería estaba tranquila, así que aproveché para hacer un inventario rápido para saber si necesitaba pedir algún producto cuando sonó el teléfono de la recepción.

Capítulo 26

—¡Fer! Buenos días.

La voz de Adriana sonaba al otro lado, apenas podía despegar los ojos, era sábado y debía ser temprano, o no... pero hasta hacía dos segundos que me había despertado el móvil, dormía profundamente. Tenía turno de tarde en el supermercado y pensaba pegarme toda la mañana durmiendo a pierna suelta.

Porque la quería mucho y tenía una voz dulce y angelical, de lo contrario me la cargaba.

—Buenos días, piernas —refunfuñé.

—Despierta, dormilón —rio.

—Jum...

—*Habemus* fecha, Fer... ¡¡Tengo fecha!! —exclamó emocionada pegando gritillos.

—¿Para depilarte las ingles? Enhorabuena, que te lo coman bien —bromeé, sentándome en la cama.

—Fernando. Eres un guarro y un salvaje —protestó muy seria—. Sabes perfectamente que si estuviera a tu lado te iba a dar una tremenda colleja que haría que se te cayera la barba esa que te has dejado para tener pinta de hombre adulto.

—¿Estás tomando clases en la Paramount? Porque me parto la caja contigo —solté.

—Idiota... a ver. Ya estás moviendo tu culo hasta el calendario cutre de gasolinera que tienes colgado en la cocina —me ordenó.

—No está en mi cocina, listilla, está en mi salón.

—¿Qué diferencia hay? —Adriana soltó una carcajada.

—Nunca entenderás lo *cool* que resulta poder remover un guiso sin

levantar el culo de la cama —exageré y Adriana volvió a reír—. A ver, dime el día.

—Dieciséis de febrero.

—Ok. Dieciséis de febrero. Vaya, qué pronto. Hay prisa, ¿eh?

—Chuminadas. Me gusta febrero —objetó feliz.

—Vale, a mí me parece perfecto. Iré cuadrando en el trabajo a ver si me puedo coger unos cuantos días y mirando precios de los billetes de avión —y de un hotel, aunque eso no se lo dije. Las opciones: casa de Adriana en plena luna de miel o casa de Diana, me parecían igual de inverosímiles y no iba a discutir sobre ello sin al menos un café de por medio.

—Me caso en Gran Canaria —me anunció feliz.

—Ostras, qué bien.

—Sí, por varios motivos que ahora no vienen al caso, así que necesitaré un poco de ayuda del padrino para organizar las cosas. ¿Me ayudarás?

—Ya decía yo que me habías elegido a mí por el interés —reí—. Claro que sí, nena. ¿Cómo no voy a ayudarte? Tú dame instrucciones claras y detalladas, como si fuera un niño de cinco años, bueno, mejor como si fuera un hombre adulto, que nos enteramos aún menos —reímos los dos.

—Gracias, cielo. Te iré diciendo.

—Genial. Bueno, nena. Me voy a seguir durmiendo, estoy hecho polvo. Anoche hice una maratón de películas y me acosté a las mil. Hoy tengo turno de tarde, necesito descansar un poco —y me estaba meando a reventar, eso también.

—Fer, espera... quería decirte algo más —silencio.

—¿Hoy? —pregunté un buen rato después en el que se mantuvo callada para que espabilara porque al final me meaba encima con la gracia.

—He estado hablando con Carlos y, bueno, al fin y al cabo lo de la

boda lo hace por mí, porque me hace muchísima ilusión. Para él es su segundo matrimonio y ya sabes... todo lo importante y comprometido, ya lo pasó con su primera mujer —otra vez silencio.

—¿Yyy? —pregunté sin entender por dónde iban los tiros.

—La boda va a ser muy, muy íntima. No llega a diez invitados.

—Bueno, nena. Yo lo organizaré como tú me pidas... qué cojones, yo invito al convite —solté—. Voy a echar la casa por la ventana —Adriana se echó a reír—. Eh, que prometo no llevaros a ninguna hamburguesería cutre.

—Ya hablaremos de eso. Fer... el caso es que, Carlos y yo hemos decidido que la madrina de boda sea Diana —me expuso.

—Ahm... vale.

—Espero que no te moleste.

—¿Eh? ¿Por qué me iba a molestar? Bueno, nena... ahora sí que te dejo que tengo que ir al cuarto de baño, pero ya. Cuídate y vamos hablando —«Mierda, mierda, mierda».

—Vale...

—Adiós, piernas.

—Fer...

—Dime.

—Si vas a pajearte pensando en Diana con un mini vestido mega escotado y unas sandalias de aguja de doce centímetros, que conociéndola como la conozco será el atuendo que lleve a la ceremonia, hazlo en el cuarto de baño, que luego me salpicas todos los muebles de la cocina.

—Gilipollas —tuve que echarme a reír, luego el bestia y guarro era yo—. Adiós, cerda.

—Chauuu.

Hija de la grandísima madre que la parió, mi polla había dado un respingo ya al oír el nombre de Diana, y ahora apretaba con fuerza con la

puñetera imagen que acababa de regalarme mi amiga.

«Me cago en Adriana, en Diana y en su puñetera estampa de niña tremenda que me pone jodidamente ciego».

Directo a la ducha... pero aquella mañana no iba a ser fría. Agarré mi polla y moví la mano con agilidad arriba y abajo, mientras el agua caliente caía sobre mi cabeza y mis hombros, con los ojos cerrados. Tenía en el cerebro muy grabada la imagen de Diana expuesta ante mí mientras la devoraba. En tres sacudidas me había corrido. Apoyé una mano en la pared sin soltar mi miembro, moviendo con más lentitud y suavidad, disfrutando de los espasmos.

La ducha fue larga. Diana tenía un efecto en mí que no lograba a entender, después de dos meses, incluso a miles de kilómetros de distancia, era capaz de mantener mi erección firme, aunque hubiera eyaculado. Esa mujer era lo más frustrante que me había pasado en la vida.

En cuanto llegué al supermercado le pregunté a los chicos que andaban por allí si tenían pensado salir de copas más tarde, la respuesta era sí, siempre sí. Tam incluso aplaudió cuando les informé de que me apuntaba.

Solo tenía una idea en la cabeza, habían pasado dos meses y no lograba sacarme a Diana de la cabeza, ni de mis fantasías, lo mejor que podía hacer era volver a mi vida rutinaria pre-Barcelona y buscarme a cualquiera con la que follar y desahogarme entre sus piernas, quitarme a Diana del puto cerebro a base de darle embestidas a otra mujer.

Era una buena idea.

Era la mejor idea que se me había ocurrido nunca.

Volvía a tener una erección por lo mucho que adoraba mi puta idea. Bueno, no es del todo cierto, era porque de repente me había venido la imagen de Diana en su sofá, suplicándome que hiciera que se corriera.

Era la puta peor idea que se me había ocurrido en la vida. Esa era la

verdad. Porque, ¿qué ocurre cuando estás pillado hasta el tuétano de alguien? Que haces el gilipollas, como ignorarlo durante semanas, sí, ya lo sé..., quiero decir ¿qué más...? Y no, no me refiero a pajearme bajo la ducha.

Lo que pasa cuando estás pillado por alguien que se te ha taladrado muy adentro, como me había pasado con Diana, y sales con amigos, te diviertes, te emborrachas, te emborrachas más y bailas, saltas, brincas al ritmo de la música disco, bebes más y ves a tu siguiente víctima, que como requisito indispensable tiene que ser lo más diferente a ella posible, por supuesto. Te pongo en situación: una morena de metro ochenta con unas curvas que quitaban hasta la respiración, un cabello largo y rizado, del que te hubiera encantado tirar mientras te la follabas a cuatro patas con ese minúsculo vestido negro tan ceñido con el que era fácil averiguar que no había ropa interior debajo.

Te diré lo que ocurre entonces: te acercas, la invitas a una copa, sonrías, ella sonrío también. Intentas hablar algo (imposible, por supuesto, la música disco te perfora los tímpanos), bailas cerca de ella, la devoras con la mirada, tanto como hace ella contigo... Has elegido a tu presa y parece que está dispuesta a dejarse llevar.

A la segunda copa ya la tomas de la mano y a la tercera, la música disco que suena a todo tren se convierte en tu interior en una bachata empalagosa con la que tengas que bailar tan pegado que pueda notar lo dispuesto que estás.

La besas. La besas más. Mucha lengua. Caliente. Batallando. Muerdes. Juguetear. Una mano a su trasero. «Vicky», te grita (o eso entiendes). «Fernando», gritas tú. «Encantado de conocerte». No sabes si te ha oído pero ella asiente.

Media hora más tarde, paras un taxi frente a la disco con ella de la mano. La llevas a casa. Te desnuda. La desnudas. Tiene un cuerpo de diosa y unas tetas no demasiado grandes, pero de pezones compactos y apretados que

piden a gritos lengua, saliva y dientes. Vais hasta la cama a trompicones, entre el ciego del alcohol y que con tu lengua en su boca poco puedes ver te das un par de hostias antes de llegar. La besas. La besas más. Te duelen los labios de sus mordidas al tiempo que sientes que tu polla salta de felicidad después de dos meses de celibato.

Condón. Sonrisa. Besos. Tu polla en la hendidura de su entrada...

—Oye, qué bien hueles... —murmura—. ¿Eso es albaricoque? —te acaricia la barba.

«Diana...». Adiós erección. «Me cago en todo», es la primera vez que te viene a la cabeza y no se te mantiene la polla erguida como el jodido mástil de una bandera.

«Lo siento, nena, es la primera vez que me pasa. Estoy cansado. Demasiado alcohol...», veinte excusas más y diez minutos más tarde, la morenaza de la que ya no recuerdas ni el jodido nombre porque se te ha borrado de la cabeza, al ver esas dos tetas erguidas señalándote, sale por la puerta.

Eso es lo que pasa, pero no a ti, claro, te lo cuento en segunda persona porque es menos vergonzoso que admitir que eso fue exactamente lo que me ocurrió a mí: Diana otra vez jodiéndome la vida.

Lo primero que hice fue dirigirme al armario del baño y tirar a la basura los potingues para la barba.

Capítulo 27

—Coquetería Ribelles, buenos días —contesté agarrando el bolígrafo y la agenda instintivamente.

—Buenos días. Mi nombre es Estela. ¿Eres Diana? —una voz femenina preguntó al otro lado.

—La misma —contesté escuetamente.

—Hola Diana. Me gustaría saber si podrías hablarme un poco sobre Fernando Moreno —«Ya se han aliado estas dos para gastarme una coña, como si no tuviera nada que hacer», pensé.

—¿Qué quieres que te cuente? —pregunté un poco cabreada por la tomadura de pelo.

—Disculpa, a ver, que te explico —contestó la chica al otro lado, consciente de que su petición no me había sentado demasiado bien—. Soy dueña de una peluquería y tengo un currículum de este chico. Me ha dado tus datos para pedir referencias. Me gustaría saber qué tal trabajó ahí de cara al público. Cómo se le daban las funciones de ayudante en general.

—¿Qué? —Flipaba, en serio, menuda broma rara—. Ah, sí. Muy bien. Un ayudante increíble —dije eso, como podía haber dicho algo en plan, pues qué quiere que le diga del indigente ese, pero fue lo que me salió así, sin pensar.

—¿Cuánto tiempo ejerció de ayudante en la peluquería? ¿Me lo recomendaría?

¿En serio? ¿No era una broma? Me estaba empezando a asustar. ¿Por qué demonios quería Fernando trabajar en una peluquería? Que sí, que yo sabía toda la historia esa que me había contado de que le daba exactamente igual dónde, pero que necesitaba conseguir un curro diferente y nuevo. Pero ¿en una peluquería? Y por un nanosegundo pensé ¿y por qué no en la mía?

—Puees... no sé, déjame que piense —no entendía un carajo. Pero si era lo que él quería hacer y le había dado mis datos a la persona que me hablaba al otro lado, sería porque necesitaba mi ayuda. Bufé, resoplé, suspiré por tener que pensar en él de nuevo—. A ver, se desenvolvía por la peluquería sin conocerla. Resolutivo. Rápido. Amable... no tengo nada malo que decir sobre él. No tiene mucha experiencia, pero el poco tiempo que me ayudó me quitó un gran peso de encima —«más bien me lo puso, cuando se colocó encima de mí para enterrarse entre mis muslos», cavilé. Sin embargo forcé una sonrisa y esperaba que no me hiciera muchas más preguntas, porque había sido sincera dentro de lo que le había contado, pero como me preguntara cuánto tiempo había estado contratado a ver qué le respondía—. Siempre puedes probar y si no te convence, para eso está el periodo de prueba.

Hablamos un poco más. Soy autónoma. Bla, bla, bla... necesito un poco de ayuda Bla, bla, bla... y esas cosas que yo entendía, lo que no lograba comprender era por qué ayudaba a Fernando. No tenía ni la más remota idea.

Me había quedado un poco en treinta y tres y con ganas de llamar a Adriana para contarle la cosa más surrealista que me había pasado nunca, pero lo descarté muy rápido. ¿Volver a aguantar sus burlas? No, gracias.

Temblé cuando mi estómago seguía comprimido quince minutos después. Lo echaba de menos, tenía que admitirlo. Lo echaba tanto, tanto de menos que no me importaría un carajo salir camino al aeropuerto y presentarme en Gran Canaria, en su casa (si supiera dónde vivía), y exigirle qué pretendía con aquella llamada extraña, por qué demonios no salía de mi cabeza y sobre todo, quería saber si a él le pasaba igual.

Me di golpes en la frente con la madera de la mesa, sentada en la silla de la recepción, con la peluquería desierta y el corazón latiéndome como si hubiera corrido una maratón.

—¡Se acabó, Diana! —me reprendí—. Hasta aquí hemos llegado, no

puedes seguir así. A ver... soluciones...

Recapacité unos minutos, pero ¿había otras salidas que no fueran rogarle a Adriana que me diera su número de teléfono o seguir ignorando el hecho de que sentía algo por él que no lograba controlar?

«Diana, tú puedes hacerlo, lo llevas haciendo veintiocho años de tu vida. ¿Cómo no vas a poder ahora ser una mujer independiente y feliz?». Independiente no sé, feliz, ahora mismo tirando por lo bajo... pero majara, sí, majara perdida. No, si al final el motecito de las narices que me había puesto el barbarroja me venía que ni pintado.

Bueno, vale, a grandes problemas, soluciones drásticas. Maximicé la ventana del Spotify en mi ordenador. No podía ser difícil de encontrar. Le di a la lupa, no sabía qué buscaba exactamente, bueno, sí, me hacía una idea, y solo se me ocurría una canción. «Me voy a odiar toda la vida por hacer esto».

Tecleé. Le di al play. Me tapé la cara. «¡Qué horror!», que yo no tenía nada en contra de ese cantante, ni de la gente que le gustaba el reggaetón, pero la de veces que me había metido yo con Adriana y Mónica porque se sabían al pie de la letra la fastidiosa canción que estaba sonando. «Despacito...». Despacito dice este... sí, despacito me estás matando y me estoy dejando morir.

Continué casi toda la canción con la cara tapada, intentando no concentrarme demasiado en la letra. Subí el volumen. «Diana, es por tu bien...» y le di a la tecla de repetir en bucle. La escucharía hasta que me sangraran los oídos si era necesario, pero de ese día no pasaba que me quitara de la cabeza las puñeteras canciones que me recordaban a Fernando, que era prácticamente toda mi *playlist* actual.

—Deespacito —canturreé— na na na na ni no despacito, ni no, ni no al oído...

—Pero ¿se puede saber qué pasa aquí? —Levanté la cabeza y vi a mi

madre de brazos cruzados frente a mí—. Didi, hija mía. ¿Has cambiado la peluquería por una discoteca de esas en las que se magrean los jóvenes mientras se hartan a porros y alcohol y yo no me he enterado?

—¿Qué dices mamá? —Solté una carcajada—. Estás como una regadera. Anda, dame un beso.

—Lo que te voy a dar es una colleja. ¿Quieres hacer el favor de bajar esa música? Así no te va a entrar un alma —resoplé. Puse el pause directamente y mi cuerpo se destensó aliviado por haber parado el ruido infernal.

—¿Qué ocurre, Didi? —mi madre se acercó y me dio un abrazo y un beso, me acarició el pelo, apoyando mi cabeza en su pecho.

—Nada, mamá. Que hoy a las clientas se les han pegado las sábanas y me aburro —otra cosa no podía explicarle.

—No, qué pasa en tu peluquería no, ¿qué pasa contigo? Estás mustia, tienes ojeras, estás enfurruñada. No te veo desde hace semanas y llevas meses que pareces un alma en pena y chica, llevo un rato ahí fuera y te he visto darte golpes contra la mesa y poner esa música, taparte la cara, los oídos, sufrir... ¿Me lo explicas?

—No parezco un alma en pena, soy una mujer hecha y derecha que se ha vuelto más seria. Tengo responsabilidades y problemas —refuté.

Anda que no... si llevaba yo sola mi negocio, podría estar preocupada por haber recibido un producto en mal estado o equivocado o que alguien me hubiera puesto una reclamación. Así éramos las mujeres de negocio, teníamos que afrontar nuestro día a día, surgieran los inconvenientes que surgiesen.

—¿Te has quedado sin lencería para que te rompa uno de tus ligues?

—¡Mamáááá! —«joder, ya empezamos», puse los ojos en blanco.

—Que yo sepa, problemas económicos no tienes, ¿no? —Negué con la cabeza—. ¿Necesitas vacaciones? —asentí con un puchero y al menos eso era

cierto.

—Sí, mamá. Llevo casi cinco años sin cerrar más de dos días seguidos. Necesito parar, descansar, irme de viaje, emborracharme y dormir hasta el mediodía. No sé, las cosas normales que hace la gente de mi edad.

—Bueno, hija, pues seguro que tienes dinero reunido. No va a pasar nada porque durante quince días tires de ahorros y te des un lujo y bueno, aún quedan algunos meses para tu cumpleaños, pero si quieres, puedo regalarte los billetes.

—Eres la mejor madre del mundo —la abracé.

—Lo sé, Didi, lo sé... —respondió dándome suaves palmaditas en la espalda.

—Pero no puedo. En febrero tendré que cerrar por la boda de Adriana y no sé, me da miedo que se resienta la cuenta corriente. Me encantaría viajar, pero ¿a dónde iba a ir yo ahora?

—Me han dicho que en Gran Canaria por esta época hace muy buen tiempo —mis ojos se abrieron como platos, tanto como mi boca.

—No me lo puedo creer... —murmuré mosqueada—. ¡¡No me lo puedo creer!! —grité esta vez—. Ya ha estado la arpía de Adriana comiéndote la cabeza. Joder, mamá, tú no...

Me llevé una colleja.

—Didi, esa boca —me sermoneó.

—¿En serio? ¿Te has creído toda la sarta de gilipolleces que te ha contado mi ex amiga? Mira por donde, creo que me voy a ahorrar un pasaje, vestido, regalos de boda... me va a salir muy bien de precio matarla —mi madre se echó a reír.

—¿Por qué no me has hablado de él?

—Por lo mismo que no te hablo del resto, mamá... porque no son importantes —expliqué sin más, intentando zanjar el tema.

—¿Cómo Miguel Ángel? Ese que me dijiste que viste un puñado de veces y te armó una escena un día cuando salías de la peluquería en plan novio despechado.

—Sí, mamá... como Miguel Ángel.

—O como el otro, el peludo ese que nunca me acuerdo del nombre... ¿repartidor de Coca Cola me dijiste?

—Sí, mamá... Quique —al final, mira por donde, me había aprendido el nombre de mis últimos líos.

—Sí me hablas de tus ligues, Didi —sentenció—. Siempre lo haces y nos partimos de risa. Me invitas a un *gin tonic* y a una tabla de quesos mientras lo haces, despotricamos de ellos juntas y a mí me parece bien siempre lo que haces mientras eso te haga feliz.

—Cuando tengo alguna anécdota simpática que contar, sí —intentaba defenderme.

—Claro, me parece súper simpático que un hombre de dos metros se eche a llorar en plena calle porque le has partido el corazón. Vamos, es que lo recuerdo y no puedo parar de reír, una cosa —ironizó.

—Vale, mamá —puse los ojos en blanco.

—Quiero que me hables de Fernando —se cruzó de brazos—. No hay nadie ahora mismo aquí, así que pones el cartel ese de vuelvo en cinco minutos con el que siempre te escaqueas y nos vamos a tomar un café —exigió.

—Dios, ¿por qué no me matas ya y acabas con mi sufrimiento? —refunfuñé mirando al techo, lo que hizo que me cayera una nueva colleja. Mi madre no se andaba con chiquitas. De ella había heredado mi magnífico carácter.

—¿Tienes idea de qué día es hoy, Diana?

—Lunes. El pu... es el peor lunes de la historia —me ahorré la

palabrota para no llevarme otra torta.

—¡Diana! Hoy es mi cumpleaños, no me has llamado nada más despertarte, que es lo que siempre haces y estoy tremendamente dolida — fingió un puchero y se puso la mano en el pecho. «Ostras, ostras, ostras, había olvidado que era hoy. Me cago en la leche», se estaba riendo de mí la muy chantajista—, y como no vengas conmigo ahora, te tomes un café y un trozo de tarta y me cuentes hasta el último minuto que pasaste con el Fernando ese, me voy a mosquear mucho y no te voy a volver a cocinar croquetas en tu vida.

—¿Las croquetas mamá? ¿En serio? Eso es un golpe bajo —adoraba las croquetas de mi madre, podría comerlas todos los días y de hecho, cada vez que iba de visita tenía preparado religiosamente un mega recipiente repleto hasta arriba que congelaba en raciones diarias y caían varias veces en semana —. Anda, vamos —protesté cogiendo el bolso de debajo del mostrador y sacando las llaves.

Un café y un trozo de tarta más tarde mi madre se reía a carcajadas y como no tenía ni la más remota idea de qué era lo que le resultaba tan simpático, simplemente me crucé de brazos y esperé a que terminara de caer el chaparrón.

—En serio, Didi... ya era hora, cariño.

—¿Ya era hora de qué? —pregunté mosqueada.

—De que sintieras algo por un chico. No te veía así desde el tal Ángel ese que te partió el corazón en el instituto.

Obviamente se estaba partiendo la caja de mí, porque mi madre estaba hablando de un chico del que me colgué desde los trece hasta los quince y el cual se había vuelto innombrable en las dependencias de mi hogar por los siglos de los siglos. Así que bueno, llegados a este punto, creo que debo aclararte que te mentí un poco. Quiero decir, no creo en el amor ni en esas mierdas, en los golpes de pecho y menos, que las personas no pueden estar

completas y felices si están solas, pero sí me partieron el corazón cuando era una cría. Mi madre siempre me discute y me dice: «Didi, preciosa mía, eso era amor». Amor dice, que yo soy peluquera pero no imbécil, eso era química, simple y llanamente, que en reacción con las hormonas alteradas típicas de la edad se convirtió en un monstruo invencible.

Dos años me pegué llorando por Ángel, que no me hacía ni puto caso, todos los meses tenía una novia nueva (estaba muy bueno aunque de inteligencia iba tirando por lo bajo, para ser honesta) y mira que el instituto no era demasiado grande, pero a mí nunca me tocó. El cerdo ese salió con todas las chicas de nuestra edad, las de un curso por encima y un curso por debajo, menos conmigo. Asco de tío, si lo viera ahora le daría una patada en los huevos.

Mi madre siempre me decía que tenía dos teorías: o bien el muchacho estaba colado por mí y no se atrevía a acercarse, que Ángel sería muchas cosas, pero tímido, tímido no era; o segundo: me tenía miedo. A ver, me explico, que si con veintiocho tenía mal carácter, cuando estaba en plena revolución hormonal, ni te cuento.

Pues no sabía si mi madre tenía razón o simplemente él pensaba que yo era un horco, pero lo cierto era que yo bebía los vientos por él y jamás de los jamases me pidió salir. Eso sí, me vengué bien, porque le daba unas palizas jugando al fútbol cuando nos reuníamos los amigos en el parque por las tardes, que alucinas. Igual también era por eso, ahora que lo pienso.

En definitiva, que mi madre, tan simpática ella, había decidido que este era el momento idóneo para sacar mis traumas adolescentes a la palestra, como si todo aquello hubiera tenido algo que ver con mi forma de vivir la vida. Estupideces. Yo vivía así porque quería. Porque era divertido y ya está.

Mi intención era rechistar, por supuesto, pero no abrí la boca, porque me había quedado observando como venía hacia la cafetería, sonriente y feliz,

mi amiga (ahora más conocida como ex amiga) Adriana, vestida de señorita con su uniforme de trabajo. Esa cafetería quedaba bastante alejada de su oficina y dudaba que le cogiera de camino para cualquier tipo de gestión que hubiera tenido que hacer, así que aún me faltaba fiesta, estas dos estaban conspirando para algo más y yo todavía no me había enterado.

—¿Cómo está la calabacita más preciosa de todo Horta? —me saludó Adriana.

—Me cago en tu madre, loca del demonio —colleja de la mía propia.

—A las madres no se las menciona bajo ningún concepto, Didi, ¿qué clase de educación te he dado?

Ojos en blanco... «Dios, qué cruz más grande», ese cumpleaños no se iba a acabar en la vida. Aquellas dos se partían de risa.

—¿Y a esta mujer qué le pasa? ¡Feliz cumpleaños, Rocío! —Adriana abrazó a mi madre como si no hubiera un mañana, llenándola de besos.

—Casi me creo que no os habéis visto hace mucho —dije enfurruñada.

—Calla, pesada —me soltó mi madre—. Siéntate cariño y pide un café y tarta, que invita Diana —levanté las cejas y me eché a reír. No, si encima tenía que pagar yo la cuenta.

Adriana se acercó y me dio dos besos, sabía que delante de mi madre no la mordería, ni tampoco ladraría demasiado porque ya estaba un poco hasta los ovarios de llevarme collejas por ese día.

Mi madre y mi amiga se llevaban bien desde el momento en que se conocieron, hacía un buen puñado de meses. Coincidieron un día en la peluquería, empezaron a hablar y a los cinco minutos estaban soltando carcajadas juntas. Solía ocurrir. Mi madre era peculiar, por norma general era divertida (excepto cuando se confabulaba con el resto del mundo para meterse conmigo). Era una mujer joven de cuarenta y nueve años, que le gustaba divertirse. Mi lado hiperactivo lo había sacado de ella porque mi padre era

bastante más tranquilo. Le seguía el ritmo pero yo creo que era un poco por hacerla feliz, que él estaría súper a gusto en pantuflas y pijama los fines de semana tirado en el sofá de casa. Mi madre, sin embargo, era una amante del senderismo, ir de campamento, playa, vela latina. De joven le había dado por el surf y todavía de vez en cuando pillaba la tabla y claro, cuando alguna de mis amigas conocía a mi madre, se enamoraba al instante de ella. Eso era porque no sabían que era una maniática de la limpieza y el orden hasta rayar en lo obsesivo compulsivo. Se le hinchaba la vena como se te olvidara descalzarte nada más entrar en casa y si se te caía una gota de cualquier cosa al suelo, muebles o cualquier superficie y no dejabas todo lo que estabas haciendo para limpiarlo *ipso facto* te llevabas una colleja. Pues con Adriana no fue diferente, tuvieron una especie de flechazo y se llevaban muy bien.

No me quedaba más remedio que esperar con paciencia a ver por dónde me salían. Me pedí una Coca Cola y mi madre un café solo y me mantuve a la expectativa. Adriana hablaba sin parar, estaba comentando con mi madre detalles de la boda, que para mi satisfacción y desagrado de Mónica (que era muy clásica y tradicional para ese tipo de eventos), no iba a ser nada convencional con vestidos rocambolescos de colas kilométricas, algunos niños tirando pétalos de rosa y otros llevando anillos y arras, donde un cura les diera la bendición. No. Adriana nos había contado que quería algo mucho más sencillo.

A mí madre le gustaban sus ideas tanto como a mí y estaban entusiasmadas comentando cosas. He de decir que la había convencido para teñirse el pelo de rosa de nuevo cuando se acercara el momento, jugando sucio, por supuesto. «Así es como lo conociste, como lo conquistaste, imagínate su cara...» y al final, esa idea, se unió con la de un vestido de novia que rompiera todos los moldes, y vamos que si los rompía, era un vestido deslumbrante, con cola de sirena de lo más sensual y una abertura en la parte

delantera que casi rozaba la ingle izquierda con escote en barco y manga larga con aplicaciones de pedrería. Una elección muy sensual que estaba segura de que iba a dejar a Carlos noqueado en cuanto la viera.

—Hoy he cerrado con la floristería de Gran Canaria el bouquet, algo muy simple con azucenas fucsias.

—Vas a estar preciosa —dije con una sonrisa.

—Oye, Diana... quería pedirte algo.

Di un respingo de felicidad, segura de que me iba a pedir que ese día me encargase tanto del peinado como del maquillaje y por supuesto que la respuesta sería sí, es más, me hacía muchísima ilusión.

—Lo que quieras —respondí.

—Sabes que este día es muy importante para mí y sé que vas a hacer el esfuerzo de cerrar la peluquería, porque aunque refunfuñes, protestes y me digas que no me puedes confirmar aún, sé que no me dejarías en la estacada —a eso se le podía considerar chantaje emocional, pero sí, en el fondo tenía razón así que asentí—, pero necesito que hagas algo más por mí, porque vamos a ver, que yo sé que tú crees que el matrimonio es algo así como *viejuno* y que ya no se usa y que vas a tener que hacer un esfuerzo sobrehumano por no vomitar arcoíris de colores durante la ceremonia —solté una carcajada—. Pero, cariño, he estado hablando con Carlos y está de acuerdo conmigo en que quiere que seas nuestra madrina.

—¿Cómo? ¿Yo? ¿De qué? ¿Por qué? —pregunté confusa, esperaba que su madrina fuera su madre, o Ebba, incluso Mónica, que trabajaban juntas y estaban muy unidas. Pero, ¿por qué yo?

—Porque sí, porque te quiero mucho, porque es importante para mí, porque sin ti probablemente hoy no estaría planeando esta boda.

—No sé qué decir —respondí.

—Di «sí» —me pidió Adri.

—Claro que sí, ¿cómo te voy a decir que no? —Adriana me abrazó muy fuerte— y prometo no vomitar nada durante la ceremonia, después igual ya no me hago responsable, como pongas barra libre de *gin tonics* no sé yo qué decirte —bromeé y Adriana rio.

—¿Sí? ¿Seguro? —me preguntó.

—Claro... —respondí feliz, mi madre sonreía socarrona.

—Tengo que decirte algo más —esa mirada angelical no me terminaba de gustar del todo—. Fer va a ser nuestro padrino. Espero que no haya ningún problema con eso.

—¿Eh? No, claro, ¿qué problema va a haber? Esto... que... ¿lo tradicional no es que uno de la pareja elija un padrino y el otro la madrina?

—Nosotros los hemos elegido a los dos, juntos —me explicó.

—Ya.

Me cago en el inventor de las bodas, los vestidos, las parejas enamoradas y los padrinos y sobre todo me cago en el barbarroja que no quiero volver a ver en la vida y con el que voy a tener que lidiar, porque aquello no era azar, eso seguro. Lo habían planeado así para que tuviéramos que hablar en algún momento, preparar algo juntos, vernos, charlar, retozar, enamorarnos, casarnos y tener cinco críos... si conocía yo a mi amiga.

Mi madre reía por lo bajini y mantuve una sonrisa falsa hasta que por fin pude escaparme para volver a mi negocio abandonado, donde tenía ganas de encerrarme en mi local, ponerme música (de la que me gustaba, a poder ser) y darme de leches contra alguna superficie dura hasta que se me pasara el mal trago.

Capítulo 28

Unos días más tarde, recibí una llamada de Estela en la que me ofrecía el trabajo, pero ¿qué demonios iba a hacer yo en una peluquería? Al final, tuve la suficiente cordura de agradecer infinitamente que me hubieran seleccionado y poner una excusa para salir del paso y rechazar la oferta. Había sido divertido pasar por la entrevista y todo eso, pero para ser sincero, solo me había presentado porque me había acordado de Diana, era una locura. Por el momento me iba a quedar en el supermercado y seguiría buscando un trabajo más acorde a lo que realmente me apetecía hacer.

Un par de sábados más tarde en el que Tam y yo habíamos tenido turno de mañana en el supermercado, se había venido a mi casa después del trabajo. Mi amiga se había enfadado con el novio de turno y tenía el fin de semana libre, así que se decidió a hacerme compañía en mi reclutamiento. Después de mi última experiencia no había vuelto a salir de fiesta, se me habían quitado las ganas y volví a mis fines de semana de tranquilidad. Alquilamos un par de películas *online* e hicimos una maratón con todas las porquerías comestibles que se nos ocurrió comprar en el supermercado.

Estábamos a mitad de una de esas películas chorras de humor estúpido americano, partiéndonos de risa, un poco por lo mala que era y otro poco por la cantidad de cervezas que llevábamos encima (con alcohol sí, porque ese día me apetecía desfasar) y mi teléfono móvil sonó, puse el pause para mirar la pantalla del aparato.

—No sé quién es, no conozco el número —lo dejé encima de la mesa, pero seguían insistiendo.

—Contesta, a lo mejor es importante.

—Paso, prefiero otra cerveza —me levanté y me subió todo el alcohol de repente, me tambaleé hasta llegar a mi frigorífico—. ¿Quieres?

—Vale —contestó. El teléfono seguía sonando—. Contesta, me estoy poniendo de los nervios.

—Qué pesados, ¿no? Venga, voy a ver quién es.

—Me bajo a fumar un cigarrillo, enseguida vuelvo —me dijo, asentí.

Descolgué el teléfono con la boca llena de patatas.

—¿Jum? —di un buen trago a la cerveza para que me bajara y poder hablar.

—Hola, barbarroja —escuché al otro lado y me caí de culo cuando intenté sentarme en la cama. Mal cálculo. ¿Cuántas cervezas llevaba?

—Hostias —murmuré.

—Se dice hola —contestó seria.

—Hola, loca del moño —eso es lo que creo que dije, no sé si me entendió. Seguía seria al otro lado. Igual no era ella y mi absoluta obsesión con esa mujer me había hecho tener imaginaciones—. ¿Diana? —no contestó, me aparté el teléfono de la cara, el número que aparecía en la pantalla no lo tenía grabado y no lograba identificar la voz.

—Hola —volvió a repetir con un tono más suave.

—Hola —¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué? Quería preguntar todo eso, pero no fui capaz, entre el alcohol en vena y la sangre agolpándose en mis partes íntimas, poco riego llegaba al cerebro.

—Adriana me ha dado tu número, me ha dicho que eres su padrino y supongo que ya sabes que yo soy la madrina —me explicó.

—Algo me dijo, sí —no quería hablar demasiado para que no notara que estaba terriblemente borracho, pero se me escapó una risilla.

—¿Has tomado setas alucinógenas? —preguntó.

—No —solté una carcajada después de contestar.

—¿María?

—Que no, coño. Me he bebido como cinco cervezas y ya sabes que no

suelo tomar alcohol. Me han subido mucho —le expliqué antes de que me siguiera preguntando.

—Nene, para de beber eso que te vas a quedar rubio —bromeó, sabía que intentaba romper el hielo y me estaba estrujando el cerebro, quería decirle algo ingenioso, o bonito, o divertido, o todo junto a la vez.

—Diana, quiero decirte una cosa... —silencio al otro lado, ¿se habría cortado? Me lo separé de la oreja, no, ahí seguía. «¿Qué coño vas a decirle? ¡Joder! Fernando, filtro, dignidad. Cállate la puta boca»—. Esto... Eres la mejor peluquera que he conocido nunca —Diana se echó a reír con mi parida—. Ahí está esa risa preciosa que tanto me gusta... —murmuré, pensaba que lo había pensado, pero no, lo dije en alto y a ella se le cortaron de repente las ganas de reír—. Perdón —musité.

—La mejor peluquera no, pero el examen de amiga lo pasé con sobresaliente. ¿Te cogieron en la peluquería?

—Ostras —Estela la había llamado, no me cabía la menor duda y además, ahora suponía que le había dicho algo bueno, puesto que me habían ofrecido el puesto. Diana volvió a reír—. No, que va.

—Oh, lo siento mucho.

—No pasa nada, otra vez será.

Me encogí de hombros, cerré los ojos y recordé mis manos hundiéndose en su cabello, mis labios chocando en los suyos, mi lengua batallando por conseguir un gemido, su piel suave bajo mi tacto, las contracciones de su sexo alrededor del mío...

Me froté la cara con la mano que tenía libre intentando despejarme, se me había puesto dura y de verdad necesitaba pensar antes de hablar para no soltar ninguna gilipollez. «Riego, por favor, riego».

Estuvimos en silencio un rato, ella y yo, yo y ella y no, no se había cortado la llamada. Tragué con fuerza. Estaba allí, al otro lado de la línea y yo

me estaba cagando vivo... bueno, para ser sincero no sabía si me estaba cagando o eso era lo que llamaban mariposas en el estómago, pero yo lo definiría mejor como indigestión.

—Fer, te llamo porque Adriana me ha comentado que necesita que nos pongamos de acuerdo para el tema de la vestimenta para la boda. Soy la madrina —me repitió.

—Sí, algo me dijo —repetí—. ¿Qué de la vestimenta? ¿No es una boda sencilla e íntima? Pensé que podría ponerme relativamente cómodo. Camisa de cuadros, vaqueros...

—Si quieres morir a manos de Adriana, por mí está bien —ironizó y otra vez esa risilla suya, que esta vez me puso la piel de gallina.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —pregunté frustrado. Adriana no me había dicho nada y no me había preocupado en absoluto de ese tema. Ni siquiera había pensado en ello.

—No sé si es el momento más adecuado para hablar. Igual mañana no te acuerdas.

—No voy tan pedo y creo que no tenemos muchas opciones de quedar frente a un café para hablarlo —expliqué intentando sonar convincente.

—Es fácil, ¿vale? Muuy fácil. Solo tienes que conseguir una corbata fucsia. Bueno y un traje, obviamente.

—Fucsia, vale, es fácil. Y un traje. Ok.

—Apúntalo —exigió seria.

—Que no, leches, fucsia. Me acordaré. Corbata... por Dios, qué cruz —protesté.

—Te quejas tanto como cuando cantabas *Welcome to my life* en mi peluquería —murmuró y sonreí, sonreí con cariño al recordar ese momento en el que Diana hacía el papel de Eduardo Manostijeras frente a mí, fue raro y divertido y loco y más raro aún... muy Diana... muy loca del moño. Fue hasta

tierno. Bueno, tierno no fue, pero yo lo recordaba con ternura, no me preguntes por qué.

—Do you ever feel like breaking down? Do you ever feel out of place?

[7] —canturreé intentando que no me saliera ningún gallo. Diana soltó tal carcajada que me tuve que apartar el teléfono de la oreja. Reí yo también.

—Like somehow you just don't belong and no one understands you... [8]

—ella cantaba un millón de veces mejor que yo, sonreí de nuevo. —Eres la mujer más divertida que he conocido nunca.

—Eres el hombre que mejor me ha tocado nunca —soltó sin anestesia ni nada, se me secó la garganta y mi polla brincó— y me refiero a la guitarra, salido, que nos conocemos ya —volvimos a reír.

—Me alegro de oírte —murmuré con sinceridad.

—Y yo. La verdad, Fer... es que he pensado mucho...

—¡Fer! ¡Venga! Cuelga ya el puto móvil —Tam, que estaba más borracha que yo gritó mientras se lanzaba sobre mi cama. Diana se quedó en silencio.

—Vale, estás ocupado. Ya hablamos en otro momento, adiós.

—¡Diana! ¡No! Espera... —pero ya había cortado, me quedé mirando la pantalla. ¿Qué había pasado? ¡Joder! ¡Joder!—¡Tamara! Me cago en la leche, ¿tenías que chillar como un puñetero animal?

Miré hacia mi amiga que roncaba, se había quedado dormida en una milésima de segundo. La madre que me parió. Fui hasta el cuarto de baño y me lavé la cara con agua fría, logré que se me bajara bastante el pedo (la erección no, ella seguía allí latente), antes de coger el móvil y marcar el último número que me había llamado. Pero Diana ya no contestó y no sé el motivo por el que eso me sentaba tan mal. ¿Por qué me importaba lo que ella pensara? Es más, ¿por qué demonios tenía que pensar nada? Bufé cabreado.

«Diana, ¿me puedes coger el teléfono, por favor?».

DIANA 

«Fucsia».

Contestó sobre la marcha y sabía que eso era un no.

Capítulo 29

Me sentí el ser más estúpido sobre la faz de la Tierra y también el más energúmeno, dolida, y estúpida. ¿He dicho ya que me sentía una completa estúpida? Y en realidad no entendía por qué. ¿Qué me había hecho ese hombre para estar enfadada? Nada, absolutamente nada. ¿Estaba con una tía un sábado por la tarde? Pues era lo más normal del mundo. ¿Y por qué me sentía estafada? No obstante, no era por él, era por el mundo en general. Al fin y al cabo él no había cambiado, cuando lo conocí era un chico joven que se entregaba al sexo sin compromiso cada vez que podía, tal como hacía yo entonces, que a mí se me hubieran quitado las ganas de hacerlo no quería decir que los demás tuvieran que comportarse de igual forma.

Mi realidad en aquel momento era que me sentía una mezcla entre el osito de Mimosín y un Gremlin recién bañado y comiendo chocolate en medio de la madrugada. «Hablando de chocolate...», me arrastré hasta mi despensa y brinqué de emoción cuando comprobé que me quedaba una tableta de chocolate almendrado sin abrir. Eso sí era felicidad absoluta. Los trescientos gramos de la felicidad más palpable que podía existir y que me la iba a comer entera de una sentada.

Fer me llamó y no contesté, por supuesto, estaba muy ocupada lamiendo mi herida... «lamer, grrrr», me había puesto calentorra. Vi su WhatsApp y le contesté con una sola palabra, esperando que entendiera que quería que me dejara tranquila y que ya había hecho el suficiente ridículo, por ese día al menos. Por suerte, no volvió a llamar. ¿Por suerte? Se me escaparon las lágrimas. «Ostras, Diana, ya te vale», me recriminé.

Se me encendió una bombilla y accedí en mi teléfono a una aplicación que me confirmó que estaba ovulando. «Bueno, vale... entonces te perdono», me dije y seguí masticando chocolate y me acordé de esa peli infantil que

había visto en casa de Mónica con Daniela, la cual no recordaba el nombre, pero salían los bichos de colorines más hippies que había visto en la vida y cuya frase final era: «la felicidad no es algo que se pueda comer, está dentro de ti...» y solo se me ocurrió pensar: «calla bicho, a ver si te traga el gigante feo ese de una puta vez».

Adriana y Mónica me acompañaron de tiendas para elegir mi vestido de madrina. En una situación normal, para que Mónica no protestase por el corte nada clásico que pensaba elegir, la invitaríamos a un *gin tonic*; amiga borracha, vale por dos. Pero dado su estado de buena esperanza, no era plan. Así que pasamos al plan B, a ella le dejamos tomar batido de helado de chocolate, con mucha nata por encima y Adriana y yo nos tomamos dos *gin tonics*. Si no podías emborrachar a tu enemigo, mejor emborracharte tú.

Mónica, que aún se encontraba en el primer trimestre del embarazo (y no, aún no se lo había dicho al padre de la criatura), se cansaba cada poco y después de cada *boutique* nos sentábamos en una terraza a comer como cerdas, con lo cual caía un nuevo combinado y así seguimos toda la tarde, de tienda en tienda, muertas de risa hasta que di con la prenda perfecta.

Adriana y yo nos quedamos embelesadas mirando el reflejo del espejo frente a mí mientras Mónica murmuraba.

—Cariño, no pasa nada por seguir mirando en otros sitios ¿eh?

Y sabía que eso quería decir que le horrorizaba, pero a mí me encantaba. Fucsia, con un hombro al aire, pedrería en la parte superior y en la parte inferior la falda era de tul. Corto, un poco por encima de la rodilla y precioso. Antes de salir de la tienda, más feliz que una perdiz, con la promesa de volver en una semana para recogerlo con un par de arreglos que tenían que hacerle para ajustarlo a mi contorno, le pedí algo a la dependienta sin que me oyeran aquellas dos. Ya lo recogería cuando viniera a por el vestido. La chica me aseguró que podía conseguírmelo, que no me preocupase y yo suspiré

aliviada.

—¡*Habemus* vestido! —grité feliz al salir de la *boutique*.

—¡Sí! Y es precioso.

—Yuju —ironizó Mónica haciéndonos reír.

—Hay que ver qué aguafiestas eres —protesté.

—Me encantan las bodas tradicionales, lo siento. Yo nací para ser organizadora de ese tipo de eventos, pero mira por donde, terminé de recepcionista en la empresa del futuro marido de esta mujer y ahí sigo, aguantando la chapa de todo el que llama —protestó.

—Calla, boba, si te encanta tu trabajo. Eres más feliz con un teléfono que un niño con un caramelo —rechistó Adriana abrazándola.

Mónica necesitaba mimos en cantidades ingentes y hasta yo, que soy un poco bruta y lo de andar todo el día por ahí sobándome con mis amigas no iba conmigo, la abrazaba a cada rato.

—Venga, para animarte voy a dejar que elijas una tradición que se haga normalmente en las bodas. Solo una, y dejaras de poner esa cara mustia —Adriana intentó negociar con el enemigo. Mónica sonrió.

—Pues... no puedes casarte sin llevar algo nuevo, algo viejo, algo azul y algo prestado —enumeró rápidamente, como si tuviera pensando exigirlo en cuánto tuviera ocasión.

—Nunca entenderé esa sarta de tonterías —protesté.

—Pues búscalos en Google porque estás demasiado borracha y paso de explicártelo ahora mismo —esa era la antipática, la que estaba hormonando a todo trapo.

—Gracias —me encogí de hombros y Adriana me dio un golpe en el brazo.

—Vale, eso puedo hacerlo, es fácil —respondió Adri—. A ver... algo nuevo: el vestido de novia. Algo azul: alguna joya con alguna piedra de ese

tono o algo así. Algo viejo... —pensó. No pensaba ayudarla. Me parecía una chorrada y pasaba de participar. Unos segundos más tarde se le iluminó la cara —, ya sé... los zapatos fucsia que me regaló Carlos, casi no me los he puesto, porque tienen un tacón muy exagerado y me quedarán perfectos con mi precioso vestido.

—Siento que te he perdido —dramatizó Mónica, poniéndose una mano en la cara.

—¡Pues a mí me parece una idea fantástica! Casi parece mía, se me tenía que haber ocurrido a mí —Adri soltó una carcajada.

—Y le pediré a mi madre que me preste algo, para hacerla partícipe. Solucionado —Mónica sonrió satisfecha y yo volví a pasar de ellas.

Capítulo 30

¿He dicho ya que lo de ir de compras no era lo mío? Me agobiaba en la tiendas, todo me parecía igual y no entendía por qué era tan caro. Pero como apenas quedaba mes y medio para la boda, más me valía ponerme las pilas y quitarme ese muerto de encima.

Pasaba de gastarme una fortuna en una ropa que no iba a volver a ponerme en la vida, así que me fui a unos grandes almacenes cerca de casa, anduve un rato hasta que vi los trajes. Espanté a la dependienta que se me acercó, miré por encima, cogí uno juvenil bastante bonito (y bastante igual a los otros ochenta que había a mi alrededor) y una blusa blanca. Me acerqué a pagar y cuando la dependienta me preguntó si no me lo iba a probar le dije que no, pero como me miró como si estuviera como una jodida regadera, al final pasé al probador.

Me quedaba bien, para mi felicidad no había que ajustar, y si había que hacerlo miré con la suficiente intensidad a la dependienta como para que me diera la razón. Cuando salí del probador vi las corbatas, elegí una lisa del color que me había dicho Diana y me fui a casa más feliz que una perdiz. Había tardado diecisiete minutos en salir de allí, así que tenía cuatro horas antes de entrar al trabajo.

Llevé las compras a casa y llamé a una pizzería cercana, no me daba tiempo a prepararme nada para almorzar y tampoco tenía muchas ganas de cocinar. Pensé en la boda. En el traje. En que pronto vería a Adriana, a Carlos y a Diana... a Diana también. Televisor apagado. Mirada al infinito. Dedos tamborileando en la encimera de la cocina donde estaba acoplado sentado en un taburete alto. «¿Por qué tardará tanto la pizza? Debe hacer ya tres minutos que la pedí».

No sé por qué, pero al pensar en Diana y en la boda, me imaginaba

escapándome con ella a cualquier baño para bajar la cremallera de su vestido y dejarla expuesta a mí y hacerle de todo en un espacio minúsculo.

Pero estaba cabreada conmigo, porque me llamó y yo estaba con otra mujer (no sé si Tam contaba como mujer, porque acababa de cumplir veintiuno y tenía más hormonas alteradas que mi prima de quince), el hecho es que lo más que me iba a llevar de Diana era una patada en el culo y no sería suave. Resoplé antes de teclear en mi móvil:

FERNANDO 

«No era nadie».

Habían pasado unos cuantos días, pero estaba seguro de que sabía a qué me refería. A los pocos segundos aparecieron los dos tics azules, y mientras estuvo en línea contuve el aliento, esperando que me respondiera. Pero no lo hizo.

FERNANDO 

«Ni siquiera me acosté con ella, era una amiga del supermercado».

De nuevo lo leyó y me dejó a la espera.

FERNANDO 

«Y ya que me estoy sincerando te diré, que ni con ella ni con ninguna otra».

Nuevamente, dos tics azules, en línea. Escribiendo..., contuve la respiración. Escribiendo... escribiendo... y de pronto desapareció. O estaba liada y ya terminaría de escribirme el mensaje o se había arrepentido. De cualquier manera, tres mensajes era mi límite para no considerarme un acosador.

«Bien, Fernando, resulta que llevas como tres años acostándote con un montón de mujeres, a la mayoría de las cuales no les importaría tener un rollo serio y te vienes a colgar de la única del universo que jamás saldría contigo, que vive en la otra puñetera punta del país, y que pasa de tu culo». Cosas que

pasan.

La pizza llegó, le eché una bronca de campeonato al repartidor por tardar tantísimo, el tipo se disculpó un millón de veces y le respondí con un simple «vale», aunque lo que tenía ganas era de partirle el culo de una patada. En cuanto se marchó y entré en la cocina para mirar la hora, por si de pronto me apetecía poner una reclamación, me di cuenta de que apenas había tardado veinte minutos y que me esperaba una vejez muy jodida en la que no me iba a aguantar ni yo.

Escuché el *bip bip* de mi móvil que anunciaba un nuevo mensaje y me atraganté con la pizza, tosí hasta recuperar el aliento y me acerqué al aparato con un sudor frío en las manos. Esperando que fuera la respuesta de Diana, porque me había salido que estaba escribiendo, no se lo había inventado mi mente perturbada.

Pero era Adriana, que yo la quería mucho, pero la hubiera mandado a cagar.

ADRIANA 

«Hola, Fer. ¿Estás en el trabajo?».

FERNANDO 

«Hola, piernas. No. Estoy en casa, comiendo. Hoy entro a las cinco».

ADRIANA 

«¿Tienes un minuto para hacer uno de los encargos de padrino?».

FERNANDO 

«Claro, dime».

Hasta el momento, mucho no había hecho, Adri me había ido pidiendo cosas, pero no había abusado demasiado, aunque me había ofrecido a hacer lo que necesitara. Algún papeleo. Alguna gestión para la celebración y poco más.

Sonó el telefonillo, abrí sin molestarme en contestar (el interfono llevaba estropeado al menos hacía año y medio) y fui hasta la puerta con el móvil en la mano, esperando la respuesta de mi amiga. Abrí el portal y esperé

en el rellano a que subieran por la escalera. Adriana ya no estaba en línea, lo cual era lógico, porque un minuto después la tenía frente a mí.

—Adri... —la abracé, se me fue todo el mal genio de un plumazo—. ¿Qué haces aquí?

—Devolverte la sorpresa —contestó riendo por mi cara de pasmo—. He venido a unos trámites para la boda en el Ayuntamiento y para ver a mi madre, voy a pasar la Nochebuena con ella. Me he tomado unos días libres, le he prometido ayudarla a elegir vestido para la boda. Y hablando de vestido, ¿hablaste con Diana sobre la ropa?

—Me alegro tanto, tanto de verte... pasa —me aparté de la puerta para que pudiera entrar—. ¿Tienes hambre? Me acaban de traer una pizza y tengo refresco y cervezas en la nevera.

—No me cambies de tema, Fer. No me cambies de tema —me sermoneó Adri.

—Que sí, que ya está todo solucionado.

—¿Ya tienes el traje? —me escrutó incrédula.

—Por supuesto que ya tengo el traje, ¿por quién me tomas? —lo que no le dije es que lo tenía desde hacía un par de horas.

—Quiero verlo —a ver, Adriana era mi mejor amiga, me caía bien, muy bien. Pero era una mujer, una mujer histérica preparando su boda y no pensaba sacar mi bolsa con el logotipo de los grandes almacenes por todas partes, con mi traje estándar de una marca cualquiera. Claro como el agua... simple supervivencia.

—Lo están ajustando —sonrió con mi respuesta y parecía más relajada, como si de pronto me creyera.

—Bueno, vale —Adriana llegó a mi cocina (salón, dormitorio) y se sirvió un refresco de la nevera, agarró un trozo de pizza y se sentó a mi lado en una banqueta. Cogí otro trozo yo también—. ¿Habéis hablado algo más? —

me miró de reojo.

—No —respondí tajante—. ¿Estás nerviosilla? —pregunta para salir del paso, por supuesto, era lo típico que se preguntaba en estos casos con una boda inminente, ¿no?

—¿Por qué no? Pensé que te caía bien.

—Jum —respondí, metiéndome un trozo más grande de pizza en la boca—. No está mal —murmuré con la boca llena y Adriana resopló.

—De verdad, parecéis imbéciles —respondió cruzándose de brazos y haciendo que mis cejas se elevaran.

—Y ese insulto gratuito es debido a...

—Fer, si te quieres engañar a ti mismo, a mí me parece bien. Pero a mí no me engañas. Ni tú, ni Diana. Estáis colados y lleváis desde hace meses haciendo el gilipuetas.

Me quedé callado.

Silencio.

Solté la pizza, de pronto se me había cerrado el estómago.

—Tu amiga no quiere hablar conmigo, lo he intentado. No sé si está cabreada por la llamada que le hicieron desde la peluquería donde eché el currículum y di su contacto como referencia, o porque no he hecho nada por saber de ella en este tiempo, o porque me largué el día que follamos, pero es que ella me había dicho que me fuera el día antes... pensé que era lo que quería, o es que la terminé de cabrear cuando me llamó el otro día y yo estaba con Tam, a cuál de los dos más borrachos y soltó una perla de las suyas, que hizo mosquear a tu amiga, la cual me colgó el teléfono y ya no me quiere contestar. No tengo ni puta idea... —vomité las palabras.

Adriana tenía la boca abierta.

—Lo que yo os diga. Imbéciles del culo. ¿Por qué no me contaste nada de lo que pasó en Barcelona? —me preguntó de brazos cruzados, vale, se

estaba mosqueando y me esperaba un sermón.

—Porque... No tengo excusa. No quise decírtelo.

—Mira que sois tercos. Tengo algo para ti que te manda Diana — Adriana fue a coger una bolsa de papel que había dejado en mi cama, junto a su bolso y me la tendió.

Contuve la respiración.

—Vale, luego lo miro.

—Sí, hombre. Si te piensas que me voy a ir de aquí sin saber lo que hay dentro la llevas clara. Bastante he hecho con no curiosear en todo el tiempo que ha estado bajo mi custodia —protestó.

—Cotilla —rechisté.

Abrí la bolsa y dentro estaba mi libro, el que me había dejado en el suelo de la peluquería y una lata redonda de unos veinte centímetros de diámetro. Me reí, porque tenía el logotipo de Coca Cola. Esa mujer y su obsesión por la bebida de marras no tenía fin. Adri levantó una ceja y cuando abrí la lata dentro había unos pequeños pasteles en forma de bola y un sobre pequeño, dentro había una cuartilla doblada en cuatro.

«Te prometí enviarte *panellets* para que dejaras de ser un ignorante. Es la primera vez que los cocino. Espero que te gusten. Esto también es para ti. Te echo de menos». Debajo había un código QR. ¿Un código QR? Adriana y yo nos miramos y me eché a reír.

—No entiendo un carajo —soltó Adriana.

—Diana me habló de su abuela, de cuando iba a verla al pueblo y algunas tradiciones familiares, entre las que se encontraba ver cómo le preparaba este postre —le tendí la lata para que cogiera y me metí uno en la boca yo también, estaba rico, mastiqué y me metí otro antes de seguir hablando —. Prometió mandarme algunos, porque le dije que no sabía lo que eran los *panellets*.

—¿Y ese código? —me preguntó con curiosidad.

—No tengo ni la menor idea.

—¿Y a qué esperas? ¡Venga! Jolín, me muero de curiosidad —Dios, qué mandona se había vuelto mi amiga.

—Eso, tú ni disimules —reí, agarrando mi teléfono móvil y buscando la aplicación adecuada con la que leer el código.

Lo pasé por la imagen y se me abrió Spotify, se me levantaron las cejas cuando vi una *playlist*, mis ojos se quedaron grabados en el título y tragué con fuerza: «Tus increíbles besos de albaricoque». ¿Eso era hecho para mí o era una *playlist* que se llamaba así? Las canciones que había dentro me dejaron clara la respuesta.

Adriana se partía la caja, pero se reía tanto que hasta se atragantó y tuvo que tomar agua y no me dejaba pensar con todo ese ruido que hacía.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le pregunté bastante fuera de juego.

—Creo que esta es la versión actualizada dos punto cero en nuestro siglo actual, equivalente a regalar un CD a la persona que te gustaba con canciones grabadas que hacíamos cuando estábamos en el instituto.

Me enrojecí. ¿Era eso? Repasé nuevamente la lista. Se me secó la garganta.

—Hostias... —no se me ocurría nada más original que decir.

—Ahora entiendo todo. Cuando me bajé del avión tenía como siete audios de Diana pidiéndome que no te diera la bolsa bajo ningún concepto, que la llevara de vuelta, o la dejara en casa de mi madre, o la tirara, pero que no te la diera.

—¿Y eso qué quiere decir? —entendía aún menos con su explicación.

—Que está cabreada.

—Ya... lo he notado.

Capítulo 31

Mi amiga era una traicionera, el ser más rastrero que había conocido nunca. ¡Siete audios! ¡Siete malditos audios rogándole que no le diera la bolsa a Fer! ¿Y qué hizo ella? Se bajó del avión y fue directamente a su casa y por supuesto, le dio la bolsa. ¿Entiendes ahora lo que te decía de que la gente hace muchas estupideces cuando se cuelga de otra persona? Puff... me había metido en la cocina a hacer *panellets*, cosa que nunca jamás había hecho. No había vuelto a probarlas desde hacía cinco años cuando se murió mi abuela. Me habían quedado ricas, la verdad, y en vez de quedármelas se las mandé a Fernando, que no sé por qué motivo, razón o yo que sé, se pensó que estaba mosqueada con él porque había escuchado una voz de mujer cuando hablábamos por teléfono y me había escrito muchas veces. A ver, que era verdad... pero ¿por qué lo sabía? Claramente porque era un engreído.

Supe que lo había recibido en cuanto me sonó el teléfono e insistió e insistió, hasta que por fin descolgué porque me ponía de los nervios que ese aparato infernal no dejara de sonar y porque me estaba ocupando la línea, que podía llamarme cualquier cliente de un momento a otro.

—¿Qué quieres, Fer? Estoy trabajando —Merche, una señora de unos cincuenta años amiga de mi madre, esperaba a que le hiciera efecto el tinte mientras leía una revista, pero no me pasó desapercibido que levantó una ceja y puso la oreja. «¡Será maruja!». Vi como agarraba el móvil disimuladamente. Esa estaba avisando a mi madre cual espía.

—Hola, Diana —sin loca del moño, sin bromas, sin tono chulesco. Solo Fer, muy serio, tanto que se me mojaron las bragas.

—Hola —murmuré.

—Gracias. Me ha encantado. Todo.

—Ahm, eso... no es nada. Estaba aburrida en casa y se me ocurrió

meterme en la cocina —como si él no supiera que no tenía tiempo de aburrirme en mi único día y medio libre de la semana—. Los *panellets* no tienen punto de comparación con los de mi abuela, pero sirven para que te hagas una idea.

—¿Diana? —me interrumpió.

—¿Qué?

—Me gustas...

Temblé... Ostras si temblé.

—Algo he notado.

A mí no se me daban bien estas cosas. Me estaba poniendo de los nervios y el único motivo por el que no le había cortado ya el teléfono era porque Fer y Adriana eran muy buenos amigos y no tenía ganas de aguantar los sermones de mi amiga.

—¿No vas a decirme nada más? —preguntó.

Supe que estaba triste al otro lado, al igual que sabía que le había costado mucho soltarse para decírmelo y la culpa de que lo hubiera hecho la tenía Adriana, que era una entrometida, porque estaba seguro de que le presionó para que lo hiciera.

Pensé unos instantes. Vale, a mí también me gustaba Fer, pero ¿qué quería que le dijera? Vivía en la otra puñetera punta del país, teníamos vidas muy diferentes y teníamos que ser realistas... nunca funcionaría. El país de las maravillas solo existía en los cuentos de hadas.

—No funcionaría... —solté.

—Lo sé... Tengo que dejarte. No te hago perder más tiempo. Me ha encantado tu regalo. Gracias.

—Fer...

—Dime.

—Echo de menos tus increíbles besos de albaricoque —hice

referencia al nombre de la *playlist* que le había enviado y se quedó en silencio al otro lado, tanto como yo.

—Lo sé...

Asentí como si él pudiera verme y me quedé con el teléfono en la oreja a pesar de que había cortado hacía unos segundos, tratando de digerir esa conversación surrealista. Hasta que escuché un clic que me sacó de mi letargo.

—¡Ostras, Merche! Ya le vale.

La amiga de mi madre me miraba boquiabierta y de pronto soltó una risa maligna. No tenía nada que hacer, esa fotografía que acababa de sacar ya estaba en el móvil de mi madre. Me pasé las manos por la cara y me abrí un refresco, aún quedaban diez minutos para poder lavarle el pelo y no tenía otra cosa mejor que hacer.

Recapacité. No volveríamos a hablar, ¿qué lógica tenía hacerlo? Lo único que íbamos a conseguir era torturarnos más. Parecía que era todo súper cuqui, pero la realidad era la que era. Nos gustábamos, vale. Menudo descubrimiento. ¿Y? Ni siquiera se me ocurría una única forma en la que pudiéramos intentarlo.

El teléfono volvió a sonar y me dieron taquicardias hasta que comprobé que era Mónica.

—Buenos días, morena. ¿Qué tal? ¿Me llamas para rogarme que salgamos a tomarnos una cerveza? Tú sin alcohol, por cierto... necesito conocer a un hombre que quite el hipo y la gilipollez aguda —solté de sopetón. Pero Mónica no se rio de mi gracia, porque lloraba al otro lado de la línea—. Ostras... ¿se lo has dicho?

—¿Puedes venir a casa? —preguntó entre hipidos.

—Sí, cariño. Pero tienes que esperarte un poco. Estoy a medias con una clienta, no tengo a nadie más en espera, así que en cuanto termine con ella voy para allá.

—Gracias.

Los diez minutos que faltaban para poder lavarle el pelo a Merche se me hicieron eternos. Cerré la peluquería y en cuanto se fue la mujer, la cual se dio cuenta de que no estaba el horno para bollos y no mentó mi absurda conversación anterior, agarré mis cosas y salí camino a casa de mi amiga.

Cuando llegué Mónica tenía una cara que ni la niña del exorcista. Los ojos hinchados y los labios reseco, la tez pálida.

—Dame un segundo —me pidió, y la escuché vomitar en el baño mientras yo observaba a la pequeña Daniela que se había quedado dormida en el sofá. Parecía buena y todo.

Mónica me había comentado que las náuseas se le habían alargado en el tiempo con este embarazo, pero que yo supiera las tenía controladas con medicación. Aún así, no comenté nada de su mal aspecto, pasó por mi lado y me pidió que la acompañara a la cocina para no hacer ruido y no despertar a la niña.

—Se ha ido —demasiado resumido para mí.

—¿Cómo que se ha ido?

—Estaba muy cabreado, porque lo ha descubierto. No fui capaz de decírselo, después de la bronca monumental que tuvimos en la que me aseguraba que no quería volver a ser padre y mis hormonas alteradas... yo no lo busqué, pasó sin más, pero no me pude defender porque se lo he ocultado.

—Tienes trece semanas, Mónica. Es normal que se haya cabreado mucho, pero volverá —y quise creerlo aunque no tenía ni puñetera idea.

—Vino y me preguntó directamente. Suponía que no era imbécil y que me había visto siempre mareada, aunque intentaba disimularlo. Utilizo ropa más holgada. Hablé con Carlos para pedir una falda de una talla más para que me diera tiempo a hablar con él antes de usar ropa premamá. Pero ya se empezaba a notar. Intentaba que no me viera desnuda pero bueno, a veces es

inevitable. Las hormonas alteradas, un calentón, un polvo bestial... no me di cuenta, me olvidé por un momento de ello y cuando lo pensé ya era tarde. Me miró la barriga, las tetas hinchadas y él solo unió cabos. Mucho tardó la verdad...

—Dios y qué le dijiste.

—Le dije que no estaba segura. Pero supo que le mentía y entonces me eché a llorar. Me preguntó cuándo había tenido mi última menstruación y cuando le contesté se quedó pálido delante de mí. Tardó en reaccionar y cuando lo hizo solo gruñía que no podía creérselo. No pude explicarle nada de nada. Metió ropa en una maleta y me soltó fríamente que no quería volver a saber nunca más de mí y que todo lo referente a los críos y el divorcio lo tendría que tratar directamente con su abogado.

—Joder...

Eso era muy bestia y radical y yo suponía que el problema no era tan solo que se hubiera quedado embarazada, sino que lo peor era que se lo había ocultado y ni siquiera le había dejado opinar, decidir o participar. Estaba jodida. Muy jodida. Pero había visto un millón de veces cómo miraba Unai a mi amiga, la adoraba. No me creía que simplemente desapareciera y no fuera a verlo nunca más, la verdad. Se le pasaría el mosqueo y hablarían.

Mónica se limpió las lágrimas.

—No puedo hacer esto sola, no puedo —se acarició el vientre y me levanté para abrazarla. Lloró un buen rato. Cuando escuchó ruido en el salón se metió en el cuarto de baño para adecentarse un poco y yo fui a jugar con Daniela un rato en lo que ella se despejaba.

Capítulo 32

El siguiente mes pasó deprisa. Una Navidad como cajero de supermercado es estresante pero lo bueno era que no me dejaba tiempo para pensar. En el trabajo estaba a tope y cuando salía del curro y volvía casa estaba tan cansado que simplemente me desmayaba.

Regalos. Cenas navideñas. Mi hermana Mélani que aprovechó para presentar a un novio nuevo y mi hermano Octavio que había hecho feliz a mis padres con unas notas sobresalientes. Estaba más centrado, no se pasaba el día por ahí con los colegas de porros, cervezas o videojuegos. Estudiaba Ingeniería informática desde hacía un par de cursos (aunque según mi teoría, había empezado hacía apenas tres meses), mis padres estaban felices por las notas que había traído y me preguntaron varias veces qué me ocurría, que me notaban serio, pero no, no estaba serio, simplemente tranquilo.

Normalmente salía cada fin de año a desfasarme con los colegas y por norma general acababa la noche en mi estudio con alguna tía lo suficientemente guapa, sobria y con tantas ganas de lío como yo. Pero ese año, me quedé en casa de mis padres. Me prometí a mí mismo que esas eran las últimas Navidades que pasaba trabajando en ese supermercado así que me dediqué a enviar currículums a todas horas y no solo en Gran Canaria. Adriana insistió de nuevo con la idea de que le hiciera llegar un currículum, para que Carlos pudiera moverlo por sus contactos. No tenía demasiadas esperanzas puestas en ello.

El calendario corría a pasos agigantados y cuando me di cuenta ya casi teníamos la boda encima. No había hablado con Diana por teléfono desde nuestro momento confesión, tras recibir su regalo, pero los WhatsApps se habían vuelto infinitos.

Me había pedido vacaciones en el supermercado y tenía quince días de

relax total, que después de las Navidades se agradecían infinitamente y estaba en casa, frente a mi teléfono, escuchando en mi Spotify como un tonto la lista de Diana y me armé de valor. Marqué su número y contestó al segundo tono.

—¡Hola, Fer!

—Hola. Diana... vas a matarme.

—¿Qué has hecho? —preguntó sorprendida.

—Necesito tu ayuda y es importante.

—Madre mía, ¿qué has olvidado? Adriana puede matarte, lo sabes, ¿verdad? —me preguntó ofuscada.

—Hace semanas que vuelvo a parecer un vagabundo y perdí los productos que me regalaste —los perdí... los tiré a la basura, lo mismo daba—. Necesito que arregles este desastre.

—Eso está hecho —noté como sonreía al otro lado—. Voy a facturar un pequeño kit de herramientas y productos. Soy la peluquera oficial de la boda —anunció con orgullo.

—Faltaría más. ¿Y te puedo pedir otro favor?

—A ver...

—¿Te quedarías en mi casa los días que pases en Gran Canaria? —pregunté. Diana se quedó en silencio unos segundos que se me hicieron eternos.

—Suena bien...

—No te creas, vivo en un estudio minúsculo, si estas en la cama y estornudas te puedes meter el grifo del fregadero en el ojo —bromeé feliz con la idea de tenerla allí, en mi propia cama.

—Exagerado —rio—. Pero no puedo, Fer. Mónica y Unai se han dado un tiempo y prometí que me quedaría con ella para ayudarla.

—Ahm, qué mal —decepción infinita.

—Es que va con la peque —me explicó y tras mi silencio siguió

hablando—.Y... está embarazada.

—Ostras.

—Sí. Ostras. Puede valerse por sí misma, claro... pero embarazada y con la niña, prefiero no dejarla sola.

Lo entendía, me decepcionaba tremendamente pero tenía lógica.

Adriana y Carlos vinieron a Gran Canaria una semana antes de la boda para ultimar los preparativos. Cuando la vi aparecer con el cabello rosa, aluciné. Estaba preciosa. No me volvió a preguntar por su amiga, lo cual agradecí y nos dedicamos a ponernos al día a ratos.

El día antes de la boda según amaneció y después de un café bien cargado, fui a recoger a la tintorería el traje y la camisa, perfectamente planchados y listos para mi papel de padrino. Lógicamente, la moto se quedó aparcada en mi piso y me moví en taxi y cuando volvía, caminaba con la ropa en una mano y en la otra tecleaba contestándole a Adri un mensaje confirmándole que ya lo tenía todo y que iba camino a mi casa.

Cuando levanté la cabeza me encontré con Diana, apoyada en la pared de mi edificio. Mi primera reacción fue querer tirar todo aquello al suelo para lanzarme a colar mis manos entre su cabello y cubrir mi boca con la suya, pero arrugar o ensuciar el traje era motivo justificado de asesinato por parte de Adriana, así que me acerqué con sigilo. No entendía qué hacía allí, el cómo había dado con mi dirección no necesitaba preguntarlo, una entrometida de pelo rosa y sonrisa dulce era la responsable, estaba seguro.

Diana levantó la cabeza de su teléfono móvil y sonrió al cruzar su mirada con la mía. Se acercó hasta mí, acarició mi barba frunciendo el ceño.

—Te advertí que tenía pinta de indigente.

—Es verdad —murmuró.

Se mordió el labio inferior antes de acercarse a devorar mis labios y encaramarse de un salto alrededor de mi cintura, abrazándome. Guardé el

móvil en el bolsillo trasero para poder agarrarla y que no se cayera con la mano que me había quedado libre, intentando por todos los medios mantener la suficiente cordura para no deshacerme del traje de la boda.

Se apartó de mí para mirarme a los ojos.

—Hola, loca del moño —susurré.

—Recordaba mejor tus besos, la verdad —nos echamos a reír los dos.

—He perdido práctica —me observaba con una sonrisa pero no me preguntó nada, bajó las piernas al suelo y me siguió hasta mi piso—. Salón, cocina, dormitorio aquí mismo y ahí está el baño. Esto es todo... te he ganado... —bromeé en referencia al día que me enseñó su casa.

Nos quedamos en silencio, solté lo que tenía en las manos y me acerqué hasta ella.

Los besos se hicieron infinitos, con su lengua batallando por jugar con la mía, con sus dientes mordiéndome, saboreándome tanto como yo a ella. La despojé del moño que traía puesto y el cabello le cayó cual cascada por la espalda, hundí los dedos allí, la acaricié y ella hizo lo mismo. Estaba allí y no me lo podía creer, estaba frente a mí, besándome.

Notaba cómo temblaba y su corazón latir despiadado, tanto como suponía que ella notaba el mío. Me impregné de su aroma y olía a ángeles, o como suponía yo que debían oler estos, olía a Diana, olía a Diana excitada en mis brazos... y era el mejor olor del mundo entero.

No tenía ni la menor idea de qué iba a pasar después, pero no podía pensar en ello tampoco, no en ese momento en el que Diana gemía cuando pellizcaba sus pezones, a los que alcancé con mi boca para besar y devorar con toda la ansiedad acumulada de meses. Arqueó la espalda cuando fui en busca del otro.

Necesitaba sentir que la poseía, necesitaba penetrarla de una vez porque mi sexo estaba a punto de estallar. Recorrí con mi punta dura y mojada

los recovecos de sus pliegues y me coloqué en su hendidura, sin entrar, solo allí, a las puertas del placer. Gruñí cuando movió las caderas y mi glande entró un poco dentro de su cuerpo, me aparté con brusquedad, no llevaba preservativo y si me colaba dentro de ella iba a enloquecer y ya no podría salir de su interior caliente hasta que sintiera las convulsiones del clímax.

Sentí cómo protestaba y sonreí, abandoné sus labios por un momento y bajé por su clavícula hasta llegar a sus pechos, que devoré y seguí bajando por su vientre, hasta llegar a su entrepierna, me separé para observar lo mojada que estaba y sentí un latigazo de anticipación, temí correrme de un momento a otro sin siquiera penetrarla.

Soplé, Diana gimió y la devoré sin contemplaciones, jactándome de su sabor, notando el poder que tenía sobre ella, que se aferró a mi cabello tirando de él y moviendo las caderas. No quería estar en otro sitio que no fuera en allí, con su sexo palpitando en mi lengua, con su clímax inundando mi boca, sin poder parar de devorarla, aunque Diana me pedía que parase. Mis dedos se hundieron en su interior, notando su cuerpo comprimirse alrededor de ellos y volviendo a arrancarle un nuevo orgasmo unos instantes después.

Subí hasta sus labios. Su cuerpo temblaba. Me encantaba sentirla tan vulnerable bajo mi propio peso. Me coloqué un preservativo de la caja que guardaba en mi mesa de noche.

—Fer... te quiero... dentro —murmuró con voz entrecortada.

—Diana... —me coloqué en su hendidura y comencé a hundirme despacio—, te quiero... sea como sea.

Levantó las cejas y evité que pudiera hablar, clavándome hasta lo más profundo de su interior y moviéndome con agilidad, llenándola por completo, sintiendo como se comprimía alrededor de mí.

Cerró los ojos, levantando la barbilla, jadeando y haciéndome gruñir con la espectacular vista de su cuerpo desnudo bamboleándose al ritmo del

mío.

Había pasado demasiado tiempo desde la última vez, no quería salir de ella, aminoré la marcha cuando logré que un nuevo orgasmo la embargara y Diana me empujó para girarnos en la cama, quedando encima de mí. Cabalgándome, enterré los dedos en sus caderas empujando con fuerza para colarme hasta lo más profundo de su interior y que ajustara el ritmo a la velocidad que necesitaba para correrme, pero me dio un golpe en las manos, que las agarró para llevarlas hasta sus pechos, tomando el control ella por esta vez, despacio, noté cada centímetro de mí saliendo de ella y volviendo a entrar con una lentitud tortuosa. El orgasmo me sacudió de forma bestial porque ella no me dejaba moverme, si intentaba agitar las caderas salía del todo y se apartaba, así que al final me dejé hacer y cerré los ojos deleitándome en los espasmos de mi polla en su interior, que se contraía apretándome de forma brutal.

Diana cayó a mi lado, abrazándose a mí. Acaricié su cabello y su espalda perlada en sudor. Me besó con ternura esta vez, se apartó y me miró a los ojos. Vi el mismo pánico, o yo qué sé qué era aquello, que la primera vez y temía que saliera corriendo de un momento a otro.

—No te vayas —supliqué con mi voz, con mis brazos aferrándome a su piel y con mis ojos.

—No funcionará. Nunca podría funcionar —sentenció.

—¿A quién le importa? —murmuré, porque no tenía nada inteligente con lo que rebatir sus palabras y no era mentira, no me importaba una mierda lo que nos tenía deparado el futuro, solo quería seguir en mi cama, abrazado a ella, el tiempo que durase.

Capítulo 33

Y no me fui a ninguna parte, aunque de pronto sentía una horrible necesidad de que las patas me llegaran al culo. Sin embargo, me quedé allí, entre sus brazos, disfrutando de las sensaciones, los fuegos artificiales, el terror, los climas prolongados, el pánico a lo que estaba sintiendo, las cosquillas en el estómago, el ronroneo por sus caricias y la sensación de vértigo por sus palabras: «te quiero, sea como sea».

Al mediodía, nos vestimos para poder ser capaces de comer la comida china que habíamos pedido sin terminar retozando antes de acabarla. Saqué mi parafernalia y le arreglé la barba, tras lo cual, nos trasladamos a la ducha, donde le ayudé a enjabonarla con los productos especiales que le había traído y donde terminó girándome contra los azulejos, agarrando mis caderas y colándose dentro de mí a empujones certeros que me arrancaron un nuevo orgasmo, salió rápidamente de mi interior cuando notó las convulsiones y se corrió restregándose contra mi culo, dejándome con la boca seca y con ganas de más, que físicamente eran imposibles de cumplir para ambos.

Al secarnos, nos trasladamos a la cama y nos quedamos traspuestos. Cuando me desperté eran cerca de las siete de la tarde, tenía que irme y no quería despertarlo.

Saqué de la bolsa la caja con lo que le había comprado en la tienda del vestido. Una corbata y un pañuelo a juego con mi ropa y se lo dejé a la vista con una nota.

«No me fiaba de tu capacidad de elegir el fucsia adecuado. Si te portas bien, colaré en tu bolsillo una pieza del mismo tono que llevaré puesto. Nos vemos mañana».

Adriana me había mandado varios mensajes para pedirme que fuera cuanto antes, que no quería dejar sola a Mónica. Habían ido a nuestro hotel

hacía una media hora al que rápidamente llegué en taxi. Mónica disimulaba, sonreía, jugaba con la peque, cantaba con ella dando palmas, cansándola para que nos dejara dormir del tirón toda la noche.

En cuanto Daniela estuvo duchada y apostada delante de los dibujos en la tele, nos acoplamos en la terraza, porque lógicamente Adriana no se iba a marchar hasta que les contara con pelos y señales todo lo que había pasado.

Como temía, aquello se convirtió en una algarabía de «uuuhhh, oooohhhh, sííí... oh yeahh», y demás cosas por el estilo, patético, sí. No les hubiera contado nada, para ser sincera, pero Mónica estaba muy sensible, triste, cabizbaja y era la única forma que se me ocurría de distraerla. Su humor era pésimo, aunque intentara disimularlo.

—Sinceramente, Diana. Espero que lo estés pasando súper bien con Fernando, pero también espero que te pares a pensar. Él vive aquí y nosotras allí, tienes tu vida resuelta. No puedes dejar todo —soltó Mónica.

—No pienso dejar mi peluquería, si te refieres a eso.

—¿Le pedirás a él que lo haga? ¿Qué vaya contigo? Y luego, ¿qué pasará? —Mónica preguntó muy seria y con el ceño fruncido—. Piénsalo, Diana. Es todo muy bonito ahora que saltan chispas y tenéis más necesidad de besaros que de hablar. Pero si él se va contigo, no tendrá trabajo. Dependerá de ti económicamente y viviría contigo, que estás acostumbrada a vivir sola desde hace cinco años, que jamás en la vida has tenido una relación estable. Probablemente, en algún momento te agobiarás, él se enfadará, se irá al sofá de Adriana a dormir —comprobé que Adriana miraba totalmente alucinada a nuestra amiga—. Te sentirás culpable, al fin y al cabo, él lo dejaría todo para irse contigo (si es que al final cede y lo hace), terminarás enfadada contigo misma, con él, hasta con Adriana y lo vas a echar todo a perder.

—Joder, eres la reina de la positividad —solté mosqueada.

—Siento ser la realista de las tres, pero hasta ahora siempre lo habías

sido tú —dijo señalándome—, y ahora estás ciega, tienes ese brillo, esa sonrisa tonta, esa sensación de euforia que te dice que todo saldrá bien, pero las cosas no salen bien porque quieras, hay que trabajárselo.

—Mónica, cariño. Déjalo ya —le pidió Adriana—. Estás mal por Unai, lo entendemos y tienes las hormonas alteradas por el embarazo. Pero las cosas no son tan negativas como las pintas.

—Adri... a ti te salió bien, cariño, pero sabes que Diana no es Carlos.

—Mónica, pero ¿qué dices? Precisamente he hablado con Carlos de todo esto. Hemos incluso pensado que puede darle algún puesto en la asesoría, como mensajero o algo así, falta nos hace, pero como sabemos que Fer probablemente no reaccione de forma muy positiva, pues se ha estado moviendo con su currículum desde hace semanas. Tiene contactos a través de clientes de la asesoría. Si decidieran estar juntos ni siquiera tiene que irse ya —empezaba a agobiarme, se me subió la sangre a la cabeza que me sentía a punto de estallar. Me dolía, temblaba, me había quedado sin palabras—. Pueden esperar unos meses y cuando le consigamos unas cuántas entrevistas ir y...

—¿Y? ¿Crees que no pasará todo lo que he dicho porque él tenga trabajo?

—Estás siendo muy dura —Adriana estaba empezando a enfadarse.

—No quiero que Diana sufra. No tiene ni puta idea de dónde se está metiendo.

—Chicas —hablé por fin—. Me voy a la ducha y a la cama. Estoy agotadísima y mañana no quiero parecer un zombi, deberíais hacer lo mismo. Adriana, vete a casa y métete en la cama a la de ya, porque si tienes una sola ojera mañana te daré una mordida en ese culo fibroso que tienes.

Fin de la conversación. Se me había venido el mundo encima porque Mónica, estaría alterada por su separación de Unai, por las hormonas y lo que

quieras, pero tenía más razón que un santo. No me había planteado nada de eso, porque por el momento simplemente me había dedicado a disfrutar de las sensaciones aceptándolas por primera vez desde que las había empezado a sentir. Ni siquiera me había planteado que Fer se viniera a vivir conmigo. No, por Dios. Aún no...

Me levanté para no dar lugar a réplica y cuando salí de la ducha, Adriana se había ido ya. Me estaba vistiendo cuando llamaron a la puerta. Era Carlos. Se quedaba en el hotel estos días por lo de dormir separados antes de la boda.

—Chicas, vamos. Os invito a cenar.

—No hace falta, Carlos, gracias —repliqué.

—Daniela acaba de tomar zumo y galletas, hemos comido muy tarde y estamos cansadas. Me voy a meter en la cama con ella a ver si se duerme, que si no se va a poner jaquecosa —aquello era un no en toda regla.

—Vente, Diana. Luego le subimos algo a Mónica. Mis padres están durmiendo hace rato ya y soy un novio el día antes de la boda, la madrina no puede dejar que cene solo.

—Eso es chantaje, Carlos, guapo. No me toques las narices —para mi pesar no se movió de la puerta—. Espera a que me cambie.

Ya me había puesto el pijama, así que me coloqué unos vaqueros y una sudadera y seguí al novio. No le dije nada a Mónica antes de salir porque estaba enfadada con ella pero cuando llegamos al restaurante del hotel me arrepentí de dejarla sola.

—¿Podríamos pedirnos algo y subir con Mónica? —pregunté nerviosa.

—Estará bien. Siéntate. Seguro que ya se ha quedado dormida —me pidió Carlos. Tras encargarse un par de ensaladas y Coca Colas a la camarera me miró con intensidad... vale, este me iba a salir por alguna parte. Me crucé de brazos instintivamente—. He hablado con Adriana y me ha dicho...

—Carlos —lo interrumpí—. Por favor, para de buscarle trabajo a Fernando, por favor. Me estoy agobiando con todo este tema.

Carlos sonrió masticando en silencio.

—Siempre he sabido que eras una mujer muy independiente, dura de pelar y también he tenido muy claro desde que te conozco que tú eres feliz con la forma en la que vives. Aunque Adriana piense que no se puede vivir sin amor. Sí se puede. Yo viví así unos cuantos años después de mi divorcio y era feliz. No necesitaba a nadie. Me enamoré porque sí y me cogió desprevenido. Como me imagino que te ha pillado a ti lo de Fernando y yo te entiendo Diana, de verdad que sí. Pero no puedes dejar que tus miedos, inseguridades o tus decisiones afecten a la vida de otra persona.

La conversación con Carlos no fue corta y era bastante balsámica en general. Entendía lo que me decía, pero yo actuaba por simple supervivencia. Era absurdo tener todas aquellas dudas por nada. Fer y yo no éramos nada. Apenas nos conocíamos. Sentíamos atracción, nos gustábamos, había química y todo lo que quieras, pero de ahí a que nos fuéramos a lanzar a una relación seria que acabara con él viviendo en mi casa de forma inminente, pues no... no lo veía.

Cuando volví a la habitación estaba más tranquila. Mónica y Daniela dormían a pierna suelta y me fui directa a la cama.

Capítulo 34

Sonreí como un estúpido al leer su nota, aunque hubiera preferido que no se marchara a la francesa. Por primera vez, fui capaz de asumir la verdad sin querer morirme por ello. Desde que la había conocido se había metido en mi mente y nos habíamos evitado mucho, pero el último mes y medio nos mandábamos mensajes a cada rato, cada mañana, cada noche, todo el tiempo y había calado aún más en mí. Estaba colado por esa mujer hasta el tuétano y me lo iba a hacer pasar mal, jodidamente mal. No me cabía la menor duda. Aún sentía la suavidad de su cabello entre mis dedos, por ser un poco romántico y comedido, porque prefería recordar mil veces la forma en la que su cuerpo se contraía alrededor del mío durante las embestidas rápidas y certeras que la hicieron gemir mi nombre.

Sea como fuere, tenía que dejar de pensar en ello y levantarme de una vez de la cama, pasar por la ducha y arreglarme para la boda. Tenía que prepararme para ser el padrino de mi mejor amiga.

Mi reflejo en el espejo me mostraba una sonrisa que hacía mucho que no veía, me gustaba lo que observaba y me encantaba ver cómo había quedado mi barba después de pasar por las mágicas manos de Diana... mágicas o expertas, lo que sea... En aquel momento lo veía todo como algo maravilloso y sorprendente y sin ningún tipo de drogas de por medio. Pues sí, era raro y fantástico, aterrador y extraordinario a partes iguales.

Hice el protocolo; ducha, jabón, peinado, esencia... lo que ella me había enseñado. Diana me había regalado productos nuevos, por supuesto, la esencia seguía siendo a niño piojoso, porque por alguna extraña razón, a ella le encantaba el olor a albaricoque y a mí me encantaba ver cómo ella cerraba los ojos para olerme y que me atusara la barba con deleite.

Me vestí con cuidado de que no se arrugara ninguna pieza de ropa y

cojí un taxi hasta la casa de Adriana, donde unos cuarenta minutos antes de la boda nos recogería un chófer con un Rolls Royce, capricho de Carlos, que después de la celebración llevaría a los novios camino a la suite de hotel cinco estrellas que habían reservado para la noche de bodas.

Llamé al timbre y me abrió Lorena, la madre de Adriana, que me sonrió dándome dos besos. No la había visto mucho, apenas dos o tres veces desde que conocía a Adriana, pero me parecía una mujer entrañable y simpática. Apenas medía metro y medio y su hija había heredado de ella el color de sus ojos, y la forma carnosa de sus labios. Me dio conversación unos minutos, admirando lo guapo que estaba y lo cambiado que me encontraba desde la última vez que nos habíamos visto. Finalmente se retiró a su habitación para terminar de arreglarse para la ceremonia y me hizo pasar al salón.

—Dios mío. ¿Estoy dormido? ¿Esto es una fantasía sexual?

Adriana estaba sentada en una silla, llevaba puesto un kimono en color blanco, que le colgaba bastante abierto y se le veía el sujetador, corto... demasiado corto. Tanto como el de color negro que llevaba Diana, que estaba de pie tras ella peinándola.

—Cierra la boca, barbarroja y déjate de pensar con lo que tú y yo sabemos.

Soltó Diana señalándome con el peine que tenía en la mano. Adriana se echó a reír, supongo que por mi cara de imbécil, y por mi erección, por eso también. El sujetador de Diana era del color de mi corbata (que por cierto, la muy jodida tenía razón, no tenía ni pajolera idea de diferenciar el fucsia, la mía no se parecía en nada). Se me secó la garganta al recordar su promesa.

—Estáis preciosas. Si llego a saber que la temática de la boda era de kimonos japoneses me hubiera comprado uno.

Me acerqué a darle un beso a Adriana y Diana me amenazó con la

plancha del pelo.

—Ni se te ocurra acercarte a menos de un metro, está prohibido terminantemente besar a la novia, ya está maquillada y está preciosa, perfecta y divina y ya sabe que la quieres y que te has puesto muy bruto. No hace falta que se lo demuestres —Adri y yo nos echamos a reír.

—Echaba de menos tu faceta de tarada —bromeé.

—Loca del moño, habla con propiedad —soltó Adriana haciéndome ruborizar tras lo cual pegó un grito por un oportuno tirón de pelo, «sin querer», que le había dado Diana.

—Au... bruja —farfulló mi amiga.

—¿Y a la madrina la puedo besar? —pregunté a riesgo de que me mandara a la mierda.

—Bueno, vale —me respondió y a mi parecer vi un rastro de timidez en sus ojos, que suponía que era causado porque estábamos acompañados.

—Me alegro de verte —murmuré acercándome, colando las manos en su cabello y buscando sus labios con los míos.

Adriana fingió una arcada y nos separamos con una sonrisa.

Me hicieron salir del salón para cambiarse de ropa, en contra de mi voluntad, por supuesto y cuando vi aparecer a Diana no pude quitarle la vista de encima, estaba preciosa con aquel vestido minúsculo en color fucsia. Me acerqué hasta ella que me miraba con una sonrisa y la tomé de la mano, haciéndola girar. La falda de tul se levantó lo suficiente para mostrarme lo que había debajo y que por supuesto, sabía que iba a terminar en mi bolsillo. Tragué fuerte.

—Fer... —murmuró clavando su mirada en mis ojos, dejándome embriagar por todo aquello que veía reflejado en ellos—. Si se te ocurre besarme, te arrearé una patada en los huevos. No encontré el tono de labios que quería en permanente, así que... ni te me acerques —me amenazó.

—Eres todo simpatía y delicadeza —bromeé con una sonrisa.

Adriana entró en ese momento y me quedé sin habla y hasta sin respiración. Era la novia más guapa que hubiera visto nunca, ese vestido quitaba el hipo y el sentido. Se ajustaba a su cuerpo como un guante y a través de la infinita raja de su falda pude ver los tacones de color fucsia, a juego con su pelo. Preciosa... increíblemente preciosa.

—Cierra la boca, barbarroja —soltó Adriana.

—No puedes usar ese mote —la señaló Diana con un dedo acusador —, o te rapo la cabeza.

Reímos.

¿Te puedes imaginar la cara de Carlos al verme entrar con Adriana del brazo en el pasillo de la sala nupcial? No había mucha gente allí. La madre de Adriana, Martín y Ebba, los padres de Carlos, Mónica, a la que se le empezaba a notar el embarazo y la pequeña Daniela de la mano. Era un salón coqueto que el Ayuntamiento utilizaba para ese tipo de eventos y frente a Carlos y Diana, esperaba el funcionario que iba a officiar la ceremonia.

Al contrario de lo que pensaba de las bodas civiles, esta fue bonita y conmovedora. Claro que vivirla en primer plano, junto a Adriana, viéndola temblar al colocarse los anillos, o sonreír antes de decir el «sí quiero», empapándome de los nervios de ambos, la emoción, la admiración y el amor... se vivía de otra forma.

El funcionario leyó los artículos correspondientes y recitó un poema antes de dar por finalizado el casamiento, que aquellos dos sellaron con un beso de película, no escatimaron en nada, los jodidos.

No había apartado la vista de aquellos dos durante todo el tiempo que había durado el acto, embelesándome y empapándome de todas las sensaciones y sentimientos que emanaban, para cuando miré a Diana me di cuenta que tenía un gesto extraño, contrariado tal vez, no le di mayor

importancia y supuse que estaba emocionada. Le sonreí y cuando nos giramos para salir del recinto vi que Unai estaba al fondo de la sala, sentado en solitario y otro hombre más en la otra esquina del local que no supe quién era en aquel momento.

Diana se encogió de hombros cuando la miré sorprendido, sabía tanto como yo. Adriana y Carlos estaban igual de confusos, como luego lo estuvo Mónica. Daniela corrió a los brazos de su padre en cuanto lo vio, que soltó una carcajada cuando este jugó a levantarla por los aires y vi como Adriana y Martín iban hasta el hombre al final de la sala, que luego supe que era su padre, ese que nunca había estado para ellos. Se sonrieron con timidez, se dieron dos besos cada uno y abrazos extraños y fríos que hasta a mí me resultaron incómodos. Carlos se unió a ellos y les saludó, mientras cogía de la mano a Adriana.

Fuimos saliendo todos y esperamos fuera a que lo hicieran los novios, que aún tardaron un rato más, a los que lanzamos arroz entre risas y posteriores aplausos. Todo el mundo hablaba, reía, felicitaba a Adriana y Carlos y agarré a Diana de la mano para girarla hacia mí. Necesitaba besarla, quería sentir sus labios en los míos y cuando me acerqué se apartó.

—Perdona, olvidaba tu maquillaje —me disculpé.

—No, Fer... es que, no puedo, yo no sirvo para esto. Estos nunca seremos tú y yo —habló en voz suave para que nadie pudiese escucharnos.

—No es lo que yo quiero tampoco —rebatí desconcertado.

—No funcionará —quiso soltarme la mano pero no la dejé.

—Haremos que funcione —y no tenía ni puta idea de cómo íbamos a hacer tal cosa, pero sonaba bien, como en las películas americanas. En plan: «bella dama, no temas, lucharé por vos hasta la muerte...»; o en plan: «mi amor, no te preocupes, nada ni nadie podrá separarnos jamás... viviré del aire, dormiré en las nubes, comeré estrellas, pero te amaré a tu lado cada día

de mi vida...».

—No quiero... ¿acaso es lo que tú quieres? ¿Ser un ser incompleto? Esto ya lo hemos hablado cuando nos conocimos. ¿Vivir siempre con esa angustia en el pecho? ¿Con esa sensación extraña en el estómago como si estuvieras a punto de vomitar? ¿El temblor al vernos? ¿La excitación que no te deja pensar? ¿Eso es lo que quieres, Fer?

—Si es a tu lado, sí —y contesté seguro de mí mismo, porque yo podría estar igual de acojonado que ella, pero ya había asumido que no quería luchar más en contra de lo que sentía.

—No funcionará.

—No. Igual no funciona. Pero, ¿no quieres intentarlo? —prácticamente le rogué.

—No, Fer. No quiero intentarlo.

Diana soltó mis manos y se separó de mí, fui tras ella, uniéndonos al resto y durante la cena de celebración en el restaurante, me dediqué a tomar un par de copas sin acercarme a molestarla. No quería. No quería arriesgarse. Pensaba que era una mujer fuerte pero era terriblemente cobarde. Sin embargo, aquella era su decisión y yo la respetaba.

Cuando acabamos de comer en el restaurante, apartaron las mesas. Carlos y Adriana iban a bailar, suponía que era la hora del vals. Ambos destilaban felicidad, solo con verlos no podías evitar sonreír. Reí mucho cuando comenzó a sonar *Déjame robarte un beso* de Carlos Vives y Sebastián Yatra y aquellos dos se abrazaron para bailar muy pegados el ritmo latino que retumbaba por los altavoces. Mucho mejor que el vals, dónde va a parar.

Miré a mi alrededor hasta que localicé a Mónica y Unai. Nos habíamos llevado a la pequeña para que tuvieran la intimidad suficiente para hablar lo que pudieran y quisieran, aunque supuse que eran conscientes de que no era el momento ni el lugar adecuado. Tardaron más de una hora en unirse a nosotros,

Mónica tenía el rostro hinchado por el llanto y Unai tenía una expresión seria, con el ceño fruncido, pero aferrados el uno al otro de la mano. En ese momento bailaban abrazados. Unai tenía a Daniela cogida en brazos y la frente apoyada en la de su mujer. Al parecer iban a hacer las paces. No tenía ni idea de lo que les había pasado, pero teniendo en cuenta el embarazo más que notorio, me alegraba por la pareja.

Los padres de Carlos hablaban mientras bebían de su copa, sentados a la mesa aún. Lorena reía a carcajadas bailando con Martín y en la otra punta del restaurante Ebba y Diana charlaban animadamente. El padre de Adriana ni siquiera había aparecido por la celebración.

Adriana pidió bailar con el padrino y aunque no se me daba demasiado bien, le di el gusto, porque era su día y no se le podía negar nada a una novia tan guapa como ella.

—¿Qué pasa con Diana? —preguntó en cuanto nos encontramos solos en la pista, sabiendo que algo había pasado por nuestro distanciamiento.

—Que no funcionará —me encogí de hombros.

—Eres imbécil.

—Una novia tan preciosa no debería soltar tacos —dije con tranquilidad.

—No es un taco, es una definición. ¿Por qué no iba a funcionar? De verdad, es que me exasperas, es que te daría de tortas...

—Adri... La frase no es mía, es suya, pero tiene razón.

Adriana bufó. No se le daba muy bien lo de hacer de Celestina. Reí. Me hacía gracia verla ofuscada, pero yo no lo estaba. Diana tenía razón. No había forma plausible de hacer que funcionara. Íbamos a pasarlo mal y estábamos a tiempo de frenarlo sin sufrir. Bueno, vale, sí que rascaba un poco, pero entendía su posición.

Muchas horas más tarde y mucho alcohol después, cuando los padres

de Carlos se habían retirado al hotel a dormir, y la madre de Adriana a su casa, escuché los acordes de una canción por los altavoces que me pusieron la piel de gallina. Levanté la cabeza y la busqué con la mirada, que me taladraba con los ojos, flipada y con una cara de mosqueo del carajo... por su gesto pude adivinar que no había sido idea suya, así que solo pudo ser cosa de nuestra amiga, la cual sonreía como una tonta mirándonos a uno y a otro. Hasta que Diana agarró su bolso y salió del local.

Pues no. A Adriana no se le daba nada bien el papel de Celestina, no.
Dos minutos después recibí un WhatsApp en mi móvil

DIANA 

«Eres un estúpido, no me van estas historias, asúmelo. Paso de ti. ¿Qué pensabas? ¿Que me iba a girar y empezáramos a cantar a dúo hasta que me uniera a ti y nos fundiéramos en un beso? De verdad... es lo más ridículo que ha hecho nadie nunca».

FERNANDO 

«¿Más que el vikingo de dos metros llorando en la puerta de tu peluquería?».

DIANA 

«Gilipollas».

FERNANDO 

«Es solo una canción, no sé por qué te enfadas tanto».

DIANA 

«No es solo una canción y lo sabes... olvídate».

FERNANDO 

«¿Diana?».

DIANA 

«¿Qué?».

FERNANDO 

«No ha sido cosa mía. Deberías preguntarle a la chica esa de pelo rosa con la que protagonizabas mis fantasías sexuales más

morbosas esta mañana».

Intenté bromear por quitarle hierro al asunto, porque para ser sincero a mí tampoco me iba mucho el rollo escenita dramática que acabábamos de protagonizar y me estaba empezando a tocar mucho los huevos todo aquello.

Capítulo 35

Debo admitir que entré en pánico porque todo había dejado de tener sentido, con Fernando y sin él. Esa familiaridad con la que me había saludado al llegar a casa de Adri, su forma de sonreír y la admiración en sus ojos, me llenó de calidez, pero luego, en la boda, mi cabeza empezó a dar vueltas sola, recapacitando en las palabras que Mónica me había soltado la noche anterior sabiendo que tenía razón. La estaba cagando. No por acostarme con Fer o liarme con él un día o dos, la estaba cagando porque él significaba más de lo que había significado nunca un hombre para mí, que por norma general no me hacían sentir absolutamente nada que no fuera placer en cantidades ingentes, pero nada más.

Cada vez que Fer se acercaba a mí, sin embargo, todo era diferente. Las ganas de sonreírle, de mirarle a los ojos, de abrazarle, de impregnarme de su aroma eran cada vez más intensas. El nudo en el pecho. Las cosquillas en el estómago. La piel de gallina. El deseo.

Me paré a observar a Carlos y a Adriana, emocionados, felices, intercambiando anillos y miradas cómplices y me pregunté si eso es lo que quería para mí y un «no» gigante retumbaba en mi cerebro. No. Yo quería seguir siendo independiente, un ser único y completo que fuera feliz por sí mismo, como había hecho siempre.

El problema en sí no era que me hubiera pillado de alguien, quizás si hubiera sido cualquier chico de los que vivían en mi entorno igual me hubiera rendido para dar un paso más, pero con Fer, todo se complicaba hasta el infinito. Intentarlo suponía que uno de los dos tenía que dejar su vida tal como la vivía hasta el momento, dejar a sus amigos y familia, sus rutinas, mudarse, buscar empleo en otra ciudad... me sobrepasaba. Querer estar con alguien no debía implicar sacrificar tanto y sí, Fernando me gustaba mucho y nos lo

pasábamos muy bien juntos, pero aún estábamos a tiempo de frenar todo aquello antes de que fuera a más y metiéramos la pata hasta el fondo.

Cogí un taxi hasta el hotel, donde me apetecía pasar un rato a solas, antes de que Mónica llegara con su familia. No me apetecía compartir espacio con todos ellos. No esa noche, pero no me quedaba más remedio.

Fer me había dicho que había sido cosa de Adriana. Mi amiga estaba tonta del culo, se le había subido la sensación de princesa de cuento a la cabeza y su cerebro se había convertido en serrín. ¿Cómo se le había ocurrido ponernos la cancioncita de marras? Parecía que no me conocía. Se libraba porque era el día de su boda y no era plan de cantarle las cuarenta, aunque ganas no me faltaban. Me vendría bien no verla hasta dentro de un par de semanas que volviera de su viaje de luna de miel.

«No pasa nada», recapacité. «Mañana te vuelves directita a Barcelona y fin de la historia, todos tan amigos». ¿Cómo podía echar tanto de menos mi peluquería? Las vacaciones estaban sobrevaloradas, desde luego. Estaba deseando llegar a mi piso, pasearme en ropa zarrapastrosa, volver a mis cafés solitarios, a mis paseos matutinos, a mi trabajo y que todo aquello quedara en una simple anécdota con la que mi madre se partiría la caja y me sermonearía con alguna de sus frases del tipo: «Didi, no tienes remedio».

Me había agobiado mucho con todo, el pensar que si empezaba algo con Fer luego no podría dar un paso atrás porque lo dejaría todo por mí, me ofuscaba. Todo lo que me había dicho Mónica me taladraba el cerebro, porque igual me había pillado por él, pero, ¿eso era suficiente para que todo saliera bien? Me temía que la repuesta era no, que probablemente no iba a soportar un cambio en mi vida tan drástico y que una vez se acabara esa magia que había entre ambos, que suponía que no iba a durar eternamente, se me quitarían las ganas de compartir tiempo y espacio con él. Sufriría yo, sufriría él. Mejor atajarlo, ¿no?

Resoplé y admití que necesitaba hablar con mi madre. Era tarde, muy tarde, pero mi madre era ave nocturna, a esta hora, un día como hoy en el que al día siguiente no tenía que ir al despacho estaría despierta empapándose de alguna serie de esas de la cual era adicta (creo que no te he contado que mis padres tenían su propio despacho. Mi madre era arquitecta, junto con otros dos socios y mi padre era el contable. No era una empresa demasiado grande, pero ganaban pasta. Es decir, mis padres se veían a todas horas, en el trabajo y en casa y sí, seguían juntos y enamorados, cosa que no lograba explicarme).

No lo pensé mucho antes de agarrar el móvil y marcar. Lo dejaría sonar dos veces y si no contestaba colgaría la llamada. Era algo que solía hacer cuando me apetecía mucho hablar con ella y era tarde. Al primer tono descolgó.

—¿Qué has hecho ahora, Didi? —contestó e intuí su sonrisa al otro lado de la línea mientras notaba como bajaba el volumen del televisor.

—Me he liado de nuevo con Fer.

—¿Y? —me preguntó.

—Que me gusta mucho y le he dicho que me deje en paz —mi madre se mantuvo en silencio porque sabía que ahora venía la perorata justificando mis hechos—. Estoy acostumbrada a vivir sola, ya sabes lo independiente que soy y un poco maniática también con mis cosas y es una gilipollez que uno de los dos tenga que dejar absolutamente toda su vida para estar con el otro y te aseguro que esa no voy a ser yo, tendría que ser él y luego... bueno, ya sabes. Me agobiaría cuando todo su mundo girara en torno a mí.

—Tienes razón —contestó

—¿Sí?—pregunté extrañada, no era lo que esperaba oír.

—Didi, cielo, tienes más razón que un santo.

—Imagínate —seguí explicándome—, él deja su trabajo, se establece en mi casa y pasaremos un mes de la leche, dos a lo sumo. Sexo a diario y

pasteleo y, ¿luego qué? Comenzarán las discusiones porque no soportaría, por ejemplo, que se conformara con cualquier trabajo que no le hiciera feliz, o porque se dejaría la tapa del wáter levantada, o porque se ha acabado la última Coca Cola y no ha ido a comprar más... no sé, porque ha gastado el agua caliente, porque no me ha gustado cómo ha limpiado las ventanas, porque se levanta muy tarde o porque se levanta muy temprano... Me cansaré, querré que se marche, que me deje en paz. Igual entra en la peluquería un maromo de dos metros y barba hasta el ombligo y dejo de pensar en él. Se me ocurren mil cosas que pueden fallar.

—Tienes razón, cariño. Lo mejor es que lo dejes pasar. Tú siempre dices que no sabes querer, que el amor no se hizo para ti, ¿no es verdad?

—Sí —solté dubitativa.

—Pues ya está...

—Mamá.

—Dime, cariño.

—No sé por qué, pero no me estás ayudando en nada. Te dejo, me voy a dormir que me tengo que levantar temprano.

—Hasta mañana, cielo —se despidió.

Y entonces mi cabeza fue a mil por hora. ¿Por qué demonios mi madre no confiaba en que las cosas pudieran salirme bien? Vale que yo tuviera dudas, miedos y tal, pero joder, un poco de confianza maternal me hubiera venido bien. ¿O será que no le gusta Fernando? Por los tatuajes y la barba quizás, o por el hecho de que se mudaría y dependería de mí económicamente, al menos durante un tiempo e igual mi madre se quería hacer la moderna, pero estaba chapada a la antigua y pensaría que eso sería caer muy bajo. Pues no tenía ni idea de por qué, pero me había tocado mucho la moral. Pues le iba a demostrar que estaba equivocada, que había dicho un montón de veces que no sabía querer, ¿y qué? ¿Eso qué significaba? Solo eran palabras y las palabras

se las lleva el viento... me fui caldeando más y más y pensé en el último mensaje de Fer.

Me sorprendía el hecho de que había bromeado, como queriendo enterrar el hacha de guerra, como si no me fuera a tener en cuenta mi ataque de sensatez, realidad y ridículo. Así que tirada en mi cama de hotel, en pijama y dándole demasiadas vueltas a la cabeza, le escribí de nuevo, esperando que estuviera despierto.

DIANA 
«Toc toc».

FERNANDO 
«Hola. ¿Qué tal? ¿Qué haces?».

DIANA 
«Llamar a tu puerta virtual para disculparme por ser tan sumamente energúmena».

FERNANDO 
«Uhm... vale, pero asoma la patita por debajo para saber que eres tú».

DIANA 
«Nos lo pasamos muy bien ayer. Fue bestial».

FERNANDO 
«Lo fue. No te preocupes Diana. Entiendo todo lo que me dijiste y tienes razón. ¿Amigos?».

DIANA 
«Amigos».

FERNANDO 
«¿Me dejas que te lleve mañana al aeropuerto?».

Recapacité un momento. Mientras no me armara un drama en plan: «no te vayas, eres el amor de mi vida...», todo iría bien, y no veía yo a Fer llegando a esos límites, la verdad.

DIANA 

«Vale».

Respondí rápidamente, porque lo cierto era que necesitaba verle antes de marcharme para poder aclarar mi mente de una vez.

Capítulo 36

En cualquier mes del año en Canarias te podías esperar cualquier cosa, de repente hacía frío, como de pronto se instalaba un bochorno soporífero que no te dejaba respirar y no sabía exactamente si ese era el motivo por el cual, en pleno mes de febrero, un calor insoportable se me había metido en el cuerpo haciéndome sudar como un cerdo y sin poder pegar ojo. Había bebido demasiado alcohol, esa también podía ser la causa, aunque realmente no me sentía mareado ni demasiado embotado (era una de las razones por las que nunca bebía, no soportaba los cambios físicos que me producía el alcohol).

Una hora más tarde, harto de dar vueltas en la cama me fui hasta la ducha, el agua tibia me ayudó a despejarme y a aliviar un poco la temperatura elevada de mi piel. Encendí el televisor por hacer algo, pasar canales era una actividad igual de válida como cualquier otra para poder recuperar el sueño y di un brinco de la leche cuando escuché el portero automático del edificio.

Me alteré. Mucho. Debo reconocerlo. No podía ser ella. Habíamos hablado hacía un par de horas y habíamos llegado a la conclusión de que tenía razón, que seríamos amigos y que no podía ser de otra manera. ¿Para qué venir entonces en medio de la madrugada? Pero allí estaba, frente a mí, subiendo las escaleras arrastrando una maleta y con una mochila colgada al hombro.

Se quedó en silencio observándome a un paso de mí y yo no supe reaccionar, porque no tenía la menor idea de qué se suponía que debía hacer. Estaba más perdido que un pulpo en un garaje.

—¿Puedo dormir aquí? Me ha dado por pensar que Mónica y Unai llegarán en algún momento al hotel y seguro que quieren hacer las paces con toda la intimidad que Daniela les permita —parloteó—. Estaba dando vueltas y más vueltas en la cama. ¿Sabes? Lo de *voyeur* no se hizo para mí, no me apetece nada presenciar una escenita de sexo *amateur* de reconciliación, que

seguro que es la hostia de bueno, pero no tengo yo el humor para eso ahora mismo.

—Pasa —sonreí apartándome a un lado.

Diana soltó todos los trastos en una esquina de mi dormitorio (salón/cocina) y se deshizo de la sudadera que tenía puesta, llevaba el pijama debajo. La noté bastante incómoda, pero estaba allí y eso era un gran paso.

Se cruzó de brazos acercándose a mí.

—¿Qué hacías? —me preguntó.

Miré de soslayo la hora, eran casi las cuatro de la madrugada, muchas alternativas a esa pregunta no había que fueran verosímiles y las de verdad, tampoco me parecían muy buena opción; en plan, pues mira chica, estaba tirado en mi cama pensando en por qué demonios siempre tiene que ser todo tan jodidamente complicado, con lo feliz que era no colgándome por nadie y me tengo que colgar de ti, que estás loca como una jodida regadera y vives en la otra punta del país. Que arreglas las barbas de puta madre, pero eres una antipática de cuidado. Que cantas como los ángeles, pero que sientes la necesidad de huir a cientos de kilómetros cada vez que follamos y no sé, una cosa me llevó a la otra, me pajeé una vez, luego otra... El alcohol me dio por llorar por una tortuga que se me murió cuando tenía siete años (por supuesto que era por la tortuga, no seas egocéntrica, le diría porque a ciencia cierta sabría qué gesto iba a poner al escucharme, nos íbamos conociendo ya) y luego di vueltas en la cama cual croqueta esperando que en uno de esos movimientos me diera un fuerte golpe en la cabeza hasta quedarme inconsciente y dejara de pensar en ti. No. No era buena idea.

—No podía dormir —ese era un resumen bastante bueno, sobre todo teniendo cuenta que la sangre empezaba a ir hacia abajo en mi cuerpo y no se me ocurría otra cosa que decir. No tenía la culpa de que el pijama de mi acompañante se transparentara. Debo admitir que me decepcionó mucho el

hecho de no encontrar debajo de aquella ropa la prenda que prometió que acabaría en mi bolsillo al acabar la fiesta.

—Eres un salido —no era tonta, ni ciega, obviamente.

—Le dijo la sartén al cazo —bromeé. Diana se echó a reír.

—¿Y si cogemos una guitarra y cantamos un ratito en voz baja para no molestar a tus vecinos? Igual así nos da sueño —sugirió.

—No tengo guitarra en casa.

—¿No tienes guitarra? ¿Qué clase de profesor de música no tiene guitarra en su casa? —preguntó sorprendida.

—La clase de profesor que no da clases de música —me encogí de hombros—. En esta lata de sardinas no cabe mucho, mis guitarras y demás instrumentos están en casa de mis padres.

—Vaya...

—Puedo ofrecerte auriculares con Spotify, película o... cama —me refería a intentar dormir, pero ella no lo interpretó así, supongo, pues se mordió el labio inferior y se acercó despacio rozando sus labios con los míos como si tuviera miedo a que la rechazara, pero yo no quería hacerlo, no me apetecía otra cosa que dejarme llevar.

La ternura de sus labios me provocó un vuelco en el estómago que me solía ocurrir únicamente cuando ella estaba cerca. Me besó tan despacio, tan suave y caliente, tan dulce que no pude más que abrazarla y aferrarme a su espalda en un abrazo que se prolongó unos minutos. Se apartó clavando sus ojos en los míos y me perdí en aquella mirada de ojos verdes que me decían tantas cosas que no era capaz de digerir en un solo instante. Sus dedos se enlazaron con los míos y me besó de nuevo. No sé cuánto tiempo transcurrió. En algún momento nos trasladamos hasta la cama, uno frente al otro, abrazados, acariciando su nariz con la mía, cubriendo su boca con mis besos y dejando que me acariciara y oliera mi barba, tanto como sabía que le gustaba

hacer, sonriéndonos de cuando en cuando, hasta que nos quedamos dormidos.

Cuando me desperté, la vi salir de la ducha con el pelo mojado y vestida ya para marcharse, había comprado los pasajes con un límite de tiempo bastante ajustado a la boda, como si no quisiera quedarse en la isla ni un minuto más del necesario y deseé preguntarle por qué, pero me daba miedo su respuesta, así que no lo hice.

Después de ducharme, salimos al bar de la esquina a tomarnos un desayuno en condiciones, en mi casa las opciones eran limitadas: café solo, patatas de bolsa, dos rebanadas de pan de molde rancias que debían llevar caducadas muchas semanas, ketchup y medio limón, creo que era lo único comestible que quedaba en mi cocina.

Se mostró animada, parloteaba, bromeaba. Supuse, conociéndola como la conocía, que no era más que una máscara, que pensaba que ya había cubierto el cupo de antipatía y que por eso se estaba desviviendo por ser agradable. Tampoco es que fuera a protestar por ello. Me gustaba la Diana simpática que canturreaba y me tomaba el pelo, no podía negarlo.

Nos besamos mucho y nos abrazamos mucho más y no pasamos de ahí. No me apetecía entregarme al fornicio como si no hubiera un mañana. Quería estar así como estábamos. Hablando, riendo, notando como me atusaba la barba de vez en cuando o miraba a mis ojos, o acariciaba mi espalda, notando sus labios suaves y calientes sobre los míos. Era una sensación indescriptible que no quería que se acabara nunca, pero se iba a terminar y en apenas unas horas. No iba a ponerle difícil su marcha, desde luego, lo de ponernos dramáticos no se había hecho para nosotros. Así que, después de pasar toda la mañana juntos, emprendimos el camino al aeropuerto parando a almorzar en una hamburguesería que nos cogía de paso, tras lo cual la acompañé hasta la zona de acceso al control donde nos besamos por última vez.

—Nos vemos pronto, loca del moño —murmuré.

—Hasta pronto.

Diana sonrió y se fue sin mirar atrás y eso era bueno, había sido intenso, estaba bien que se marchara para poder recuperar un poco la cordura. Lo mejor que me podía ocurrir era tenerla lejos, porque cuando estaba cerca, no podía pensar en nada, me volvía gilipollas y estaba convencido de ello, pero me costaba asumirlo, por lo que cuando llegué a casa, me harté de pasar canales sin sentido, de comer mierdas de las cuales me había surtido en una gasolinera y cuando estaba totalmente desesperado, porque dolía demasiado no tenerla cerca, agarré una cazadora y me marché en taxi a la zona de Vegueta, donde pensaba apostarme en alguna terraza a beber algo potente que me ayudara a no pensar en nada.

Lo malo de salir al sitio donde siempre quedas con tus amigos, es que corres el riesgo de encontrarte con ellos, y allí, en aquel bar en el que me había tomado ya dos copas, entraron Tam y los demás colegas del supermercado, junto a Marcos. Fueron apareciendo compañeros de otras tiendas y recordé que en la cena de Navidad habían estado hablando de hacer una quedada que se fue posponiendo en el tiempo y tuve la suerte de haber acertado de pleno con el día, allí estaban todos, incluida Haydée, que en cuanto me vio borracho y solo, no dudó en venir hasta donde estaba.

—Qué solo estás —canturreó feliz.

—Lo parezco, pero no lo estoy —contesté secamente, intentando dejarle claro que no había ni una mínima y remota posibilidad de que esa noche se marchara conmigo a ninguna parte.

—Fui un poco tocapelotas, Fernando. Lo siento —asentí.

Con el paso del tiempo, desde que volví de Barcelona y Haydée dejó de meterse en mis asuntos, supuse que se había dado cuenta de que se había pasado mucho, porque no me habían llegado más rumores. Me daba igual ella y su rollo, pero no me apetecía hablarlo y supongo que lo entendió cuando

unos minutos más tarde seguía a su lado sin dirigirle la palabra, se levantó del taburete y se despidió, lo que supuso un alivio. Esa mujer cuanto más lejos, mejor.

Saludé a mis compañeros con la mano y Tam se acercó para pedirme que fuera con ellos, pero no me apetecía, me quedé donde estaba tranquilamente y unos minutos más tarde, Marcos se sentaba a mi lado.

—Eh, tío... ¿qué tal las vacaciones? —me dio un par de golpecitos amistosos en la espalda.

—Bien, cortas... —murmuré.

—Si solo llevas cinco días, chaval, te quedan otros diez —soltó con una risilla.

—Ya... perdona —dije sin pensar.

La conversación se alargó, más que nada, porque no parecía tener intención de marcharse, insistió en la idea de que llevaba unos meses raro y que había pensado que de un momento a otro dejaría el supermercado y al final, un poco porque teníamos confianza y otro poco por su insistencia, me liberé contándole que estaba aburrido de todo aquello, que quería encontrar otro trabajo, que había pensado incluso en la posibilidad de trasladarme a Barcelona y cuando me preguntó por qué esa ciudad, le dije que tenía a alguien especial allí que en realidad no era nadie, pero lo suficientemente alguien como para llenar mis días de alegría. No sé si lo entendió o no, pero para mí estaba claro como el agua.

Me invitó a otra cerveza y brindamos. Esa noche llegué muy hecho polvo a casa, incluso vomité y caí como un saco en la cama hasta el mediodía del día siguiente.

Capítulo 37

—Es mejor querer y después perder que no haber querido nunca —mi amiga era la mujer más petarda del universo, por si no lo habías notado.

—Déjame en paz, Mónica, por favor te lo pido. Me duele la cabeza.

—Tú no sabes lo que es un dolor de cabeza. Intenta jugar a las cocinitas con una niña que te mangonea dos horas después de regresar de una de nuestras fiestas —sentenció.

—Te admiro, tía —Mónica sonrió mucho—. Pero déjame vivir.

—Déjala ya, cielo. No ves que la estás molestando —Unai me defendió.

—Gracias, Unai —y en ese «gracias» había tantas cosas implícitas que él no sabía. Gracias por hacer tan feliz a mi amiga que estuviera a mi lado volviéndome loca con Fer sin posibilidad de escapar durante las tres horas y media que iba a durar el vuelo. Gracias por acariciar su tripa de cuando en cuando y hacer que ella sonriera de verdad. Gracias por haber hecho desaparecer a aquella persona mustia y amargada (y todo eso que pasa cuando te enamoras y pierdes a tu mitad, lo que ya hemos hablado en más de una ocasión). Unai sonrió, supongo que entendiendo en la profundidad de mi mirada y mi sonrisa, todo aquello que quería trasmitirle.

Durante la mayor parte del trayecto Daniela dormía en el asiento junto a su padre y Mónica, sentada a mi lado, no tardó en hacerlo también, el embarazo ya de por sí le daba sueño y el movimiento del avión la mecía dejándose llevar a un estado de sopor que la dejara descansar todo lo que no pudo la noche anterior. Cuando escuchamos sus ronquidos Unai y yo nos miramos, soltando una risilla.

—Espero que esté todo bien —murmuré.

—Lo estará. Ella... ellas... lo son todo. Me enfadé mucho, Diana,

mucho —me explicó mesándose el cabello.

—Lo sé y entiendo tus motivos. No sé qué se siente al estar embarazada, la revolución de hormonas, los cambios y todo lo demás... pero debe ser jodido, Unai. Lo ha pasado mal. Entró en pánico. Estaba atemorizada —Unai asintió y luego pensé por qué le decía todo eso. ¿Lo estaba manipulando? ¿Lo estaba presionando para que no saliera corriendo de nuevo? No me gustó... no estaba bien—. ¿Estás dónde quieres estar?

—Preferiría estar en mi cama, abrazado al troll ese que ronca a tu lado —reímos y me puse la mano en la boca para silenciar la carcajada, porque aquella mujer roncaba que retumbaba en todo el pasillo. Me valía, asentí y di por zanjada la conversación.

Abrí mi mochila y reí al ver un libro, se lo había birlado a Fernando de la estantería. Había descubierto que me sabía leer libros robados, la verdad. Ya se lo devolvería en algún momento, o eso esperaba.

Me saqué un *selfie* con él y lo subí a Instagram con el Wi-Fi que nos había facilitado la compañía aérea al despegar el vuelo.

«De vuelta a casa, con lectura que me acompaña para amenizar el largo trayecto».

Lo etiqueté, por supuesto, porque hacía semanas que nos seguíamos por las redes sociales y quería molestarlo un poco. Me saltó un aviso en el móvil media página de lectura más tarde.

«Ostras, pues sabes que me han robado un libro igualito a ese, de la estantería de mi casa».

Fer me había contestado en el post de la fotografía y reí, tecleando al mismo tiempo:

«Qué feo. Con lo mal que está robar».

Y me concentré en leer porque Unai también estaba dando cabezadas ya y supuse que tampoco le apetecía mucho hablar.

En cuando aterrizó el avión le escribí a mi madre.

DIANA 

«Acabo de llegar. Por cierto... creo que voy a intentarlo con Fer».

MAMÁ 

«Muy bien, cariño si eso es lo que quieres es lo que debes hacer.

Descansa».

Obnubilada me dejaba, pero no era el momento ni el lugar para recapacitar en el motivo por el cual mi madre me daba la razón en todo, en lugar de utilizar las típicas frases de: «quién no arriesga no gana; algún día te enamorarás, Didi y ese día lo entenderás todo; cuando seas madre, comerás huevos...», no sé, alguna de sus paridas habituales y no ese: «tienes razón, bueno, vale, de acuerdo...», que realmente no me estaba ayudando en nada.

Unas horas más tarde me acosté en mi cama, dejando la maleta, mochila y demás tirados en el salón y me quedé dormida, dormí tanto, que cuando me desperté no solo necesitaba mirar la hora, sino también la fecha en el calendario del móvil. Tenía un mensaje de Fer de hacía casi veinte horas antes.

FERNANDO 

«¿Has llegado bien?».

DIANA 

«Buenos días... tardes... noches, creo... Resulta que me pinché con una rueda y caí en un pesado y profundo sueño durante casi cien años».

FERNANDO 

«¿Te has tomado tu medicación?».

DIANA 

«Capullo. No eres tan valiente cuando estamos frente a frente
¿eh?»

FERNANDO 

«No. Cuando te tengo delante no puedo ser tan audaz».

DIANA 

«Porque estás siempre cachondo».

FERNANDO 

«Básicamente».

Sonreí. Me preparé un sándwich, que devoré tirada en mi sofá pasando canales dispuesta a ignorar mi teléfono. Cuando vi que ponían Crepúsculo solté una carcajada y agarré el móvil para escribirle a Fer y decirle que estaban dando su película favorita y de paso le diría que echaba de menos cantar juntos y que tenía que ir a casa de sus padres urgentemente a coger la guitarra para llamarnos por Skype y cantar un par de horas, como hacíamos en mi sofá los días de otoño que pasó en mi casa.

Estaba tecleando como si no hubiera un mañana, me apetecía un montón escribirle y sonreír nerviosa con el móvil en la mano hasta que él me contestase, en cuyo momento sentiría un cosquilleo en el estómago antes de leer el texto, que seguramente iba a ser astuto, o simpático, o tierno o todo a la vez. A lo que yo contestaría algo borde y él reiría... y entonces me seguiría pillando por él aún más de lo que estaba. Por lo que no. No era una buena idea. Borré el texto del mensaje y miré mi aparato unos instantes antes de tomar la que sabía que era la mejor decisión para los dos.

Bloquéé su número en la lista de WhatsApp, lo puse en la lista negra de llamadas y luego eliminé su contacto de mi agenda. Fin. Era lo mejor. Le tenía que haber escrito antes en plan: «es mejor querer y después perder, que nunca haber querido», esa filosofía barata de mi amiga igual le hacía sentir mejor, pero ya era tarde, había desaparecido de mi móvil. Borré el historial de sus mensajes y todo rastro que pudiera llevarme en un momento de debilidad a querer saber de él y eso pasaba por eliminarlo y bloquearlo en todas las redes sociales. Fueron los dos minutos más duros emocionalmente de mi vida.

DIANA 

«He cambiado de opinión. No quiero saber nada más de Fer, me hace sentir imbécil».

MAMÁ 🗨️

«Ok, cielo. Me parece una buena decisión».

«Aaagggg», cuánto odié a mi madre por no decirme una palabra de aliento, estaba utilizando conmigo algún tipo de psicología inversa o vete a saber qué táctica que seguramente había aprendido en uno de los cientos de libros que había leído sobre maternidad. Me imaginaba algo como: «Hijos y amor: el ojo del huracán».

DIANA 🗨️

«Perra. ¿Qué pretendes? No me ayudas».

MAMÁ 🗨️

«Te has quedado sin croquetas esta semana y recuérdame que te de una colleja la próxima vez que nos veamos. Te dejo, que me voy al gimnasio».

Al gimnasio, un domingo. ¿Por qué, señor? Qué madre más rara tenía. Me enfurruñé mucho por la forma en que había pasado de mí, pero no fue nada en comparación con todo lo que me exasperé con el sermón que me tocó aguantar de mi amiga Adriana, que buscó un hueco una semana más tarde de irse de luna de miel, para llamarme por teléfono y ponerme los puntos sobre las íes. El barbudo llorón debió contarle lo sucedido, pero no me apetecía demasiado escucharla así que diez minutos después de que comenzara su monólogo, dejé el móvil a mi lado sobre el sofá del salón, mientras veía una peli y de vez en cuando decía en alto cualquier chorrada como: «sí, ya, entiendo, sí sé que tienes razón» y demás, hasta que escuché como me llamaba de forma insistente, me había concentrado demasiado en la pantalla y no le estaba prestando la más mínima atención.

—¡Diana! Diana, tía. ¿No me vas a decir nada? —agarré el móvil antes de que se diera cuenta de que la estaba ignorando porque eso era motivo

de cancelación de viaje de luna de miel para venir a meterme collejas y pasaba de ese rollo.

—Sí, es que no tengo nada que decirte, cielo. Tú sabes que tienes razón. Yo sé que tienes razón. Pero yo soy así.

Gruñó al otro lado algo ininteligible.

—¡Diana! A ver, chica, porque no sé qué capítulo me he perdido para no entenderlo. Carlos llamó a Fer ayer, estuvo hablando un buen rato con él y le ofreció un puesto en la asesoría llevando temas de mensajería —mi corazón se aceleró por el pánico, los nervios o todo a la vez—. Tendríais una oportunidad de estar juntos y él podría cambiar de aires.

—¿Cómo?

—Pues le dijo que no, ¿te lo puedes creer?, y que no había opción a réplica. Que Horta era el último sitio del planeta en el que le apetecía trabajar —suspiré de alivio ¿o era decepción?

—Pues me parece bien. Si no le apetece... es lo que hay —solté.

—Paso de ustedes —gruñó—. Paso, de verdad.

—Adriana, cariño. Suelta el móvil y vete a celebrar la luna de miel con tu marido porque ahora mismo estás tocando los cojones equivocados —que conste que intenté ser amable, pero no me salió.

—Aaaag... adiós.

Cortó.

Fer tenía posibilidad de trabajar en Horta.

Le habían ofrecido un curro diferente con el que salir de su rutina, esa que tanto le hastiaba y de la que se quería librar.

Un curro cerca de mí.

Y dijo que no.

El último lugar del planeta... pues menudo crío imbécil e inmaduro.

Que le peten.

Que le peten el ano, para ser más exactos.

Y así me quedé rumiando durante horas y días, pero más convencida que nunca de que había hecho lo correcto. Aún con la psicología inversa de mi madre que me había cabreado hasta el punto de pensar, por un instante, en tirar todo por la borda y lanzarme a por él (gracias a Dios la idea se difuminó en cuestión de minutos); aún con las cutre-frases filosóficas de mi amiga Mónica; aún con los sermones de Adriana y aún con el grupo de WhatsApp en el que estábamos las tres echando humo cada vez que salía el tema pelirrojo de barba espesa y labios deliciosos... Con todo eso y mucho más, me sentía completamente bien. Había hecho lo más adecuado. Fulminar al barbarroja como a una simple cucaracha que iba a estropear toda mi vida a su paso.

Los días pasaron, el chaparrón dejó de caer, las aguas volvieron a su cauce. Yo volví a beber Coca Cola a todas horas, a reír con mis clientas, a flirtear con mis clientes (sin llevármelos a casa, por el momento mi amigo a pilas seguía siendo la mejor opción), a quedar con Adriana y Mónica sin que saliera el tema Fer en ningún momento, ya no había tiempo. Adriana tenía que contarnos cada segundo de su luna de miel (por fin había cumplido su fantasía, aquella con cuerdas, ojos vendados, faldas mega cortas, azotes, felaciones sin manos..., vamos, lo normal de una pareja enamorada dándolo todo). Mónica, que por fin sabía que era niño y tenía que contarnos todo lo referente a un embarazo, semana a semana, y todo lo que tenía que comprar, lo que necesitaría el bebé cuando viniera al mundo y luego ya entró en la psicología infantil para que Daniela no sufriera demasiado con los celos..., que yo de maternidad cero y de matrimonios menos, pero intervenía feliz porque habían dejado de preguntarme por mí.

Veintiún días duró mi felicidad... sí, veintiún días como el programa ese de la tele que te cuenta que si estás veintiún días exactos con o sin algo, al final tu cuerpo se habitúa y ya no necesitas esforzarte para seguir haciéndolo.

Veintiún días desde que bloqueé a Fer. Veintiún días desde que me había sugestionado a mí misma de que era lo mejor y por fin me había convencido. Veintiún días.

Brindé feliz con una Coca Cola de mi frigorífico en un momento en el cual la peluquería se había quedado desierta.

Lo había superado. Fer... no había cosquillas. Su olor... nada. Su manera de acariciar las cuerdas de mi guitarra... tranquilidad absoluta. Su manera de penetrarme entre caricias... mi corazón no bombeaba más fuerte, igual...

Me puse un dedo en la carótida... *pum pum pum*... conté... sí, tranquila como una balsa de aceite.

—¡Bien! —grité feliz—. ¡Te fulminé vil cucaracha! Muajajaja —risa malévolamente de bruja.

—A saber a qué pobre infeliz has fulminado ahora —rezongó Adriana que acababa de acceder a la peluquería y no me había dado cuenta.

—¡Hola, preciosa! —la saludé feliz—. ¿Un cambio de color? ¿Un corte? ¿Qué le pongo, señorita?

—No, me voy a quedar con el rosa un poco más, que parece que a Carlos le pone tierno —sonrió y yo hice un amago de arcada con el que ella se cruzó de brazos y yo me eché a reír. Las cosas volvían a ser como siempre. Bien—. ¿Me haces la manicura?

Mi amiga sí que sabía hacerme feliz. La última media hora antes de cerrar la peluquería nos la pasamos hablando como si no hubiera un mañana de una serie ñoña y un poco friki que me había recomendado y a la cual estaba enganchada. Reímos mucho con las aventuras y desventuras de los dos pringados protagonistas.

Adriana me pidió que la acompañara a un hipermercado de una gran superficie que estaba a unos quince o veinte minutos caminando desde la

peluquería, pues tenía que hacer algunas compras. No tenía nada mejor que hacer y me vendría bien, porque siempre compraba en el supermercado de la esquina, donde las cosas costaban casi el doble si no más, pero era cómodo.

Dimos un paseo, el frío se había empezado a atenuar, se acercaba la primavera a pasos agigantados y era agradable caminar por las calles de Barcelona. Me esperé al lado de los carros en lo que mi amiga buscaba una moneda en el bolso y chisté cuando comprobé que sonaba la canción esa *reggaetona* que me ponía la piel de gallina. Eran pesaditos con la puñetera canción, la ponían a todas horas, en cualquier sitio. Adriana rio por lo bajini.

—¿Te ríes? Eso es lo que me pasa por tener gusto musical, que me torturan con bazofia y mi amiga se ríe de mí... en fin...

—Calla petarda, que ya sabes que me encanta. Como vuelvas a repetirlo te la canto enterita de arriba abajo —me amenazó la muy petarda.

—No, por Dios... Esto es arte hecho canción —ironicé.

—Gracias —rio y opté por pasar de ella, era la mejor alternativa.

Caminamos echando cosas en el carro, discutiendo también sobre marcas de productos. Mi amiga y yo éramos enemigas de manual: marcas de detergente distintas. Marcas de cacao diferentes... si me decía que prefería la Pepsi antes que la Coca Cola nuestra amistad no tendría solución, estaría rota por los siglos de los siglos.

—¿Sabes qué? He estado pensando en comprarme un televisor nuevo —me dijo arrastrando el carro hasta la zona donde estaban ubicados.

—¿Otro? No te compraste uno hace dos meses —pregunté, yo es que como no era muy consumista me costaba entender esos rollos para gastar dinero sin tino.

—Sí, sí... pero ese era para el dormitorio. Ahora me ha dado por renovar aparatos de casa. Anda, ven... —puse los ojos en blanco y la seguí pasillo a través arrastrando el carro— Ay, Diana. Espera un momento. Mierda,

olvidé coger algo. Ahora vuelvo.

—Qué pesada eres, nena. Eres peor que mi madre haciendo la compra del mes.

Adriana sonrió y me quedé allí, mientras ella corría a la otra punta del recinto. Miré las etiquetas de los precios, por hacer algo. Fui pasando de una en una hasta que levanté la cabeza y... Dolor de estómago. Cosquillas. Fuegos artificiales.

—Joder.

Capítulo 38

Darme cuenta de que Diana me había bloqueado tanto en el móvil, como en las redes sociales fue duro. Supongo que fue como ser el dejado y tenía un nuevo adjetivo que sumar a mi lista de virtudes/defectos de la loca del moño: radical. Cortó por lo sano la tía y se acabó. Desapareció de cualquier parte y encima me tocó aguantar chaparrón del gordo de nuestra amiga en común, Adriana, que no entendía que yo no tenía nada que ver en su decisión. Que el día que la dejé pasando el control del aeropuerto pensaba que comenzaríamos una relación a distancia, en la que pasaríamos horas hablando por teléfono, o incluso cantando uno a cada lado de la línea, en la que nos buscaríamos a cada rato porque pensaríamos continuamente el uno en el otro y chuminadas así, sexo telefónico, no sé... esas cosas. Pero no me dio la oportunidad ni de proponérselo.

Jodida loca del moño.

Adriana dejó de insistir y de machacarme con lo mismo el día que Carlos me propuso trabajar en MBF asesores y le di un no rotundo. Carlos no era un empresario, era una jodida ONG. No quería que me diera trabajo, porque estaba seguro de que se lo había pedido Adriana para hacer algún complot de esos que yo ya me conocía para juntarnos de una forma u otra. Y Diana estaría loca, sería radical y un poco antipática también, pero era su decisión y yo había elegido respetarla. Hasta aquel momento, siempre se me había dado bien respetar las decisiones ajenas que me afectaban, aunque se me dieran mal asumirlas.

Pero eso cambió el día que me incorporé al supermercado después de las vacaciones. Ya había pasado todo. La boda se había terminado. Diana se había marchado. Las posibilidades de volver a verla o a saber de ella se reducían a nulas. Me había bloqueado. Grité. La odié. La entendí. La olvidé y

era hora de volver a mi rutina. Había pasado página. Estaba claro. Claro como el agua.

Marcos me vio entrar a la tienda y vino hasta mí con gesto serio.

—Fernando, ¿puedes venir a mi despacho?

Ostras, esa mirada no me gustaba, ese gesto, ese tono... ¿había hecho algo mal? ¿Me había equivocado de día al incorporarme al trabajo? ¿No había saludado a alguna clienta que había venido con el cuento al encargado? ¿Haydée había vuelto a hacer de las suyas? No sabía qué era pero algo me iba a caer.

Me senté frente al encargado, que se hizo el interesante tecleando algo delante del ordenador. Me pareció un gesto estúpido, como para despistar mi atención, pero me mantuve tranquilo y a la expectativa.

—Fernando. Me caes bien, en serio que sí —pausa.

—Ehm... vale, Marcos. Tú a mí también —respondí.

—Hay cosas que se escapan de mi alcance, eso quiero que lo sepas también —otra pausa, esta vez más dramática. Me mantuve en silencio porque no se me ocurría una respuesta a esa frase, era obvio. No podía controlar la lluvia ni el sol, no podía controlar que el proveedor de la carne llegara cuando le saliera de la coronilla y menos, que las señoras de la zona pija nos hablaran como escoria..., lo entendía, había cosas que no podía controlar... ¿y?—Y bueno... hay otras cosas que sí —elemental querido encargado.

¿Me iba a despedir? Igual me estaba haciendo un favor e iba a acabar con mi soporífera existencia mandándome a la cola del paro para que pudiera espabilarme y buscar otro curro diferente que no aborreciera tanto, aunque ahora que lo pensaba, allí no se estaba mal. Ese día, por ejemplo, me había levantado a las diez porque tenía turno de tarde y no tenía que madrugar. Pagaría por no tener que madrugar un lunes, te lo aseguro. Y no sé, los colegas eran divertidos, teníamos un buen equipo, quitando a algún garbanzo, nos

llevábamos bien. ¿En qué trabajo los compañeros salen casi cada fin de semana a tomar una copa juntos? Los clientes me conocían y la mayoría eran simpáticos. Podía aparcar mi moto en la puerta y siempre la tenía vigilada desde la caja. De pronto se me ocurrían un montón de razones por las que no quería marcharme de aquel lugar y me parecía mala idea que Marcos, al que le había echado un rezado algunas semanas atrás sobre lo aburrido que estaba de todo, me despidiera para agilizármelo.

—¿Se puede saber de qué estás hablando, Marcos? —pregunté exasperado porque sus pausas me parecían eternas.

—Sé que estás cansado de trabajar aquí, Fernando. Tú mismo me lo dijiste.

—Bueno, cuando uno está borracho, de fiesta y fuera de estas cuatro paredes, dice muchas cosas que igual no deberían ser tenidas en cuenta por su jefe que en ese momento estaba fuera de servicio.

—Bebiste unas pocas cervezas, no estabas borracho y un jefe nunca está fuera de servicio —rebatí.

—Eso son los superhéroes, no los encargados de supermercado, Marcos, no me toques la moral. ¿Qué es lo que pasa? —me tomé la libertad de hablarle claro, porque teníamos confianza y porque, ¿qué demonios? Si iba a despedirme, ¿qué más daba? Y ahí estaba, partido de risa el jodido sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo, pues a ver si al final tenía punto de comparación: «*un gran poder conlleva una gran responsabilidad*, cabrón, no te puedes reír de tus empleados cuando los despides». Sin embargo me mantuve en silencio, aunque me estaba tocando mucho las pelotas.

—Fernando. He estado moviendo hilos, porque me contaste toda esa historia sobre la monotonía y sobre que en una zona de Barcelona vivía Alicia en el país de las maravillas —me explicó.

—Diana —le interrumpí—. Vive Diana, pero ya no me interesa un

carajo esa tía.

—Ya... y luego me contaste todo eso sobre que te importaba, pero no tanto, pero sí lo suficiente. A mí me convenciste.

—¿Y? —esa conversación estaba abocada al fracaso, más valía terminar pronto con ella.

—Resulta que este año hay una convocatoria de encargados por promoción interna. Ya sabes, se hace cada cierto tiempo porque cada año abrimos supermercados nuevos y necesitamos gente preparada para dirigir al resto del rebaño —me explicó con toda la paciencia del mundo.

—¿Y el rebaño soy yo? —pregunté porque no entendía nada.

—No te estás tomando muy bien esta conversación, así que mejor voy al grano. He hablado con el equipo directivo y te he recomendado como encargado, porque eres uno de mis mejores empleados y te lo mereces. También les he dicho que necesitabas trasladarte a otra ciudad por motivos personales. Así que Fer, después de mezclar cerveza, tequila y ron espero que sepas que soy incapaz de recordar el nombre de la ciudad catalana a donde querías mudarte.

—Horta —contesté sin saber muy bien cómo reaccionar todavía porque de pronto tenía una sensación de estar jiniéndome e intuía que no tenía nada que ver con el funcionamiento de mi tracto intestinal.

—¿Te comentó Adriana que pasó por el supermercado a saludar a los compañeros antes de irse de luna de miel? —cambió de tema, o no... porque ya sabía yo de lo que era capaz mi amiga.

—Ehm... no.

—Sí —contestó escuetamente.

—Ya.

—Horta, ¿no?

—Sí.

—No tiene nada que ver con Adriana, ¿verdad? Porque sé que sois muy amigos, pero no sería muy ético que te ayudara a que una mujer recién casada le fuera infiel a su marido —me escrutó con una mirada divertida y sabía que me estaba tomando el pelo, pero no pude evitar indignarme.

—¿Qué? —¿Estaría soñando? ¿Cuándo se acabaría esa conversación surrealista que me estaba poniendo de los nervios?

—Bueno, pues tengo a alguien arriba que me debía un favor. Mejor no preguntes. Llevo muchos años en esta cadena de supermercados. Y te he conseguido un puesto de encargado para empezar en Horta. ¿Sabías que teníamos un centro allí?

—Tenemos centros por toda España. No es algo en lo que me parara a pensar, pero imagino que sí, que alguno habrá. Marcos, ¿por qué has hecho esto por mí?

—Porque eres bueno en tu trabajo y porque me hace gracia verte encoñado y sufriendo por amor. —No sabía si abrazarle o darle una hostia.

—Oh, menudo detalle, capullo —bromeé.

Y así... medio año después de sentir que necesitaba un cambio en mi vida, llegó, y para ser sinceros, estaba acojonado. Diana vino a mi cabeza, pero la agité con fuerza, ahora no era el momento de pensar en ella, solo en mí. Me iba a mudar de ciudad por mí. Iba a empezar una vida nueva porque lo necesitaba. Me iban a ascender, lo que significaba que iba a ganar más pasta. Eso también me beneficiaba.

Adriana lo supo todo desde que salí del supermercado ese día. La llamé. Tardó algo en contestar. Y luego le escupí todo lo que había ocurrido, lo cagado que estaba, lo que necesitaba su ayuda para encontrar un lugar donde vivir en el que no estaban incluidas las opciones de su sofá ni el de ningún amigo o amiga que se le ocurriera, haciéndole prometer que no le iba a contar nada a Diana de mi inminente traslado, al menos durante un tiempo, a lo

que ella contestó: «un tiempo, vale, entiendo».

Fue todo muy rápido. Marcos me había dicho que podía irme en cuanto quisiera, que estaban esperando por mí. Carlos movió uno de sus hilos mágicos y en dos días viajaba a Barcelona con un par de maletas en las que llevaba lo imprescindible para empezar de cero en un piso no mucho más grande que mi estudio en Gran Canaria pero en el que al menos tenía diferenciada la cocina, del salón, del dormitorio (aunque echaría de menos esa cómoda unión para días resacosos en los que no me apetecía caminar). El piso estaba situado en Carrer de la Selva, bastante alejado del supermercado y de la zona donde vivía Adriana (y Diana), pero no estaba mal.

Adriana estaba feliz y eufórica cuando me recogió en el aeropuerto y fue hablando todo el camino hasta llegar a mi nuevo hogar. Me ayudó con mi mudanza (básicamente, a vaciar las dos maletas y a colocar las cosas por donde podía y a aprender a utilizar el mando del televisor que estaba apostado en mi salón). Me gustaba verla así, aún conservaba el cabello de color rosa y estaba preciosa. Hablaba eufórica, reía, gesticulaba moviendo las manos con agilidad, en cuyo momento no podía evitar fijarme en su alianza de boda. Era extraño que estuviera casada, aún me costaba hacerme a la idea.

Para ir al trabajo tenía que coger el autobús, pero como tenía buena conexión, funcionaba bien y el servicio era rápido, tampoco me suponía ningún tipo de inconveniente.

Y poco a poco dieron comienzo mis nuevas rutinas.

Tres días. Tres días tardó la muy hija de perra en arrastrar a Diana hasta la tienda (y encima la culpa sería mía por no especificar cuánto tiempo necesitaba antes de que ella supiera que me había mudado).

Cuando levanté la cabeza y la vi, escuché su voz.

—Joder.

Una palabra preciosa en todas sus connotaciones, sí señor y que me

llenó el estómago de hormigas dispuestas a salir por mi esófago, o mi ano, no sé..., como no estaba acostumbrado a notar esas cosas, no sabría definirlo mejor. Algo se comprimió en el pecho y fuegos artificiales comenzaron a estallar a nuestro alrededor. Bueno, no eran fuegos artificiales, era la música *reggaetón* que sonaba por el hilo musical a toda pastilla, pero era casi lo mismo (o sonaba casi igual).

Me acerqué, porque era lo lógico ¿no? No me iba a quedar ahí tieso para ignorarla como si no la conociera, eso era estúpido (aunque me hubiera bloqueado el WhatsApp, el móvil y las redes sociales y se lo mereciera).

—¿Qué haces aquí? —murmuró su pregunta mirando alrededor, supongo que buscaba a Adriana que, ya que estábamos, también me vendría bien saber dónde se encontraba la manipuladora de mi amiga.

—Trabajo aquí —respondí. Pocas palabras. Mejor explicado imposible. Ole yo.

—¿Hasta cuándo? —miré el reloj al escuchar su pregunta.

—Hasta dentro de dos minutos y medio que acaba mi turno —suponía que no se refería a ese día en concreto, pero tampoco tenía una respuesta mejor para darle. «Hasta que me jodas la vida de nuevo y le suplique a mi jefe que me vuelva a trasladar, hasta que mi jefe vea que estoy perdiendo el tiempo y me eche, hasta que me aburra y busque otro trabajo...», posibilidades infinitas que no era momento de explicarle.

—Hostias —dijo.

—Se dice hola —sonreí al recordar su saludo la primera vez que me llamó.

—Hola —repitió.

—Hola. Tengo que seguir trabajando, porque es mi tercer día y no es muy ético que me ponga aquí a escaquearme, dos minutos dan para producir un montón. ¿Quieres tomar una Coca Cola después? —vale, ella no se lo merecía,

pero yo sí, ¿no? Al menos iba a intentarlo.

—Jum—Diana miró a su alrededor y comprobó lo que tenía dentro del carro—. Supongo que Adriana no va a volver y que esto era una vil estratagema para mantenerme entretenida hasta que llegáramos aquí.

—Probablemente —asentí—. En mi defensa diré que estoy tan sorprendido como tú.

—Bueno, vale... —sonrió con mi respuesta—. ¿Fer?

—Dime.

—No te imaginas cuánto los he extrañado —confesó.

—¿El qué?

Deseaba tanto colar mis dedos en su cabello, acercarme a ella, aferrarme a su cintura y cubrir mi boca con la suya que no podía pensar en otra cosa y «¡joder! A la mierda...», pensé. Miré la hora... «Treinta segundos. Mañana los recupero». Me aproximé, mis dedos se hundieron en la suavidad espesa de su pelo y me acerqué hasta quedar a dos centímetros de sus labios.

—Tus increíbles besos de albaricoque.

Epílogo

Debo confesar una cosa. Todo volvió. Las cosquillas. El vértigo. Las ganas de sonreír, de acariciar su barba, de besarle sintiendo cómo sus dedos se colaban en mi pelo. Las ganas de ver cómo tocaba, la guitarra y a mí, y me rendí. Fui más fuerte que él. De eso siempre podré presumir, pero al final caí. Porque, ¿quién puede resistirse a tomar una Coca Cola después del trabajo con el tipo que la pone *perraca*? ¿Y a otra cuando ya has asumido la realidad de la encerrona que te ha tendido tu amiga? ¿Y a otra cuando te bajas del autobús y entras en su piso? ¿Y a otra más después de desnudarnos y hacernos el amor? Nadie... era la vida perfecta que quería, aunque aquel era solo el primer día (aunque debía admitir que esas eran demasiadas Coca Colas hasta para mí).

Los besos se alargaron durante toda la noche y odié tener que marcharme a las siete de la mañana para poder ir a mi casa a darme una ducha y ponerme un uniforme nuevo para comenzar otra jornada que se haría más eterna que nunca, porque ahora lo tenía a él, porque ahora él me esperaba o yo a él, dependiendo de los turnos en el trabajo.

¿Y sabes qué fue lo realmente fascinante? Descubrir que llevaba veintiocho años de mi vida equivocada y que en un par de días iba a cumplir veintinueve con Fer enterrándose entre mis piernas y hundiéndose en mi corazón. Pues sí, el amor existía, en forma de latas de refresco que se reponían solas en el frigorífico de la peluquería, o de esos acordes que sonaban en su guitarra (porque lógicamente, se la regalé) cuando escuchaba mis llaves tintinear en la puerta de su piso, o de una cena preparada con mimo cuando él tenía un turno jodido en el super, o de un beso detrás de la oreja cuando me despertaba para irme al trabajo, de un café y un sándwich gigante cuando él arrastraba los pies hasta la cocina porque le había costado horrores despertarse esa mañana, de un masaje cuando me dolía la cabeza, que

normalmente terminaba en su cama o en la mía desfogándonos como cosacos uno encima del otro, o uno al lado del otro, o uno frente al otro, pero siempre, siempre... uno dentro del otro. El amor existía y se convirtió en ilusión, porque éramos seres completos por separado, satisfechos con nuestros trabajos, nos divertíamos con nuestros amigos pero juntos éramos más felices aún y eso bastaba para saber que no queríamos que se acabara nunca.

Con el tiempo, Fer se mudó a mi piso, porque era más amplio, más cómodo y nos quedaba más cerca del trabajo a los dos, aunque él tuviera que seguir cogiendo el autobús hasta que se compró otra moto (la suya se la había quedado su hermano Octavio a cambio de un puñado de euros que tenía reunidos y que a Fernando le venían de perlas para la fianza del alquiler de su piso cuando se mudó).

La convivencia con otra persona nunca es fácil, pero nosotros la hicimos divertida.

Mi madre, que estaba al día de todo por la alcahueta de mi amiga Adriana, esperó un tiempo prudencial para exigir la presentación oficial. Nunca me explicó el motivo de haberse mantenido al margen, no sé si llamarlo así, o esa psicología extraña que utilizó conmigo respecto a él, pero tampoco le pedí explicaciones. Como le pasaba a todo el mundo Fer se enamoró de ella. Una suegra joven, simpática y moderna, con la que irse a surfear de vez en cuando. Os aseguro que aquellos dos aliados no estaban bien de la cabeza.

—Estoy convencida de que enamorar a Didi fue una auténtica aventura —soltó mi madre la ñoñez del año, como si yo no estuviera delante y no me fueran a dar arcadas.

—Pero, ¿sabes qué te digo? Mereció la pena... hasta la última lágrima —el barbarroja me miraba con ternura, «demasiado débil, chaval». Sonreí. Cerré los ojos. Me impregné de su olor y lo besé, como esperaba seguir haciendo durante mucho tiempo.

Cuando Mónica dio a luz a su segundo hijo y fuimos con Adriana y Carlos a ver al bebé, Adri se acercó a la cuna del pequeño y acariciando su tripa dijo.

—Mira, garbancito, este es tu primo Jaume —Y a Carlos estuvieron a punto de salirse los ojos de las cuencas, supongo que como a todos, pero más acojonado. Adri sonrió y se giró hacia él—. Vas a ser papá.

Esos dos se habían acostumbrado a anunciarse y pedirse cosas en público y al parecer les gustaba, les ponía cachondos o qué se yo, pero lo siguieron haciendo a lo largo del tiempo. Mientras no tuviera que presenciar ninguna escenita *amateur*, por mí estaba bien.

Mónica estaba cansada, emocionada, lloraba por todo y tenía que darle el pecho a Jaume, cosa que por lo visto era fácil de decir, pero mega complicado de conseguir y Unai nos echó a todos de allí. Nos fuimos con Adriana y Carlos a celebrarlo (con un helado, porque la cerveza está contraindicada en el embarazo). Aquellos dos se hablaban a murmullos, se besaban, sonreían, se daban la mano y era bonito presenciarlo.

—¿Te ves así alguna vez? —me preguntó Fernando.

—Somos muy jóvenes —los pelos como escarpas, en serio... No era el momento ni de pensarlo. Disimulé las arcadas y él sonrió sin insistir más en la idea, al menos por el momento.

La segunda maternidad de Mónica fue dura para ella, porque era difícil de por sí, pero se obligó a no quejarse nunca a Unai, por miedo al «te lo dije», pero él tampoco lo necesitó nunca. Se seguía desviviendo por su familia día tras día. Daniela lo llevó a ratos bien, a ratos tirando a mal, pero poco a poco se acostumbró al papel de hermana mayor.

Cuando Adriana dio a luz, acordó con Carlos en reducir su jornada laboral a la mitad y dedicar algunas horas libres a estudiar a distancia Relaciones Laborales. Tiare era tan buena y dormía tantas horas, que al

principio no fue muy difícil, lo complicado vino cuando correteaba por toda la casa, tocando cualquier cosa, cuanto más delicada y peligrosa, mejor. Pero con sacrificio todo se consigue y Adriana lo dio todo durante años para lograr el título que tanto había ansiado obtener.

Dos años más tarde, Fernando comenzó a trabajar de interino en un colegio público como profesor, tutor de un curso de primaria de cuyos alumnos no paraba de hablar entusiasmado y como profesor de las clases de música de buena parte del colegio. No era una oposición, pero era un comienzo.

Por nuestra parte, nos contentamos adoptando a un gatito naranja al que bauticé como Coque (de albaricoque, cosa que nunca reconocería delante de ningún ser vivo que no fuera Fer, en la intimidad de nuestra cama y después de tener, al menos, tres orgasmos de la hostia). Iba un poco a su bola, no era muy cariñoso, no todo el tiempo, solo cuando le apetecía... se parecía a mí el jodido. Cierto eso que dicen que los animales terminan pareciéndose a sus dueños (o viceversa).

Cuando nació nuestra hija Sheila, casi seis años más tarde, Coque se convirtió en su juguete favorito y Diego, el segundo hijo de Adriana y Carlos, en su mejor amigo. Tras lo cual Fernando aprobó las oposiciones y consiguió una plaza fija en un colegio situado en la localidad de Mollet a una media hora de casa.

Para mí Adriana y Mónica eran lo más parecido a unas hermanas que tendría nunca y me hacía feliz el que pudiéramos criar a nuestros pequeños juntos, como primos o amigos muy unidos con los que contar en su vida. A veces hablábamos del pasado, de la forma en que nos conocimos y Adriana siempre decía que aunque sufrió con Álvaro, esa época tuvo que vivirla para poder tener todas las cosas bonitas que logró después. De él no sabía demasiado. Seguía afincado en Canarias y se había enterado por la madre de

él, un día que se la encontró por la calle y fueron a tomarse un café juntas, que se había casado y dos años después se había divorciado con un bebé de apenas tres meses en el mundo, que volvió a beber y volvió a tratarse y con el tiempo lo había superado y que había hecho de su hijo, su vida, demostrándose a sí mismo y a su ex mujer, que aunque era una pareja horrible, era un buen padre.

Los besos con Fer siempre eran increíbles, a veces eran de albaricoque y a veces no, porque en contra de mi voluntad, se quitaba la barba, sobre todo en verano, pero de cuando en cuando, me contentaba dejándosela crecer unos meses. Mi pequeña tenía el mismo amor que yo por el vello masculino en el rostro y se pegaba eternidades acariciando la barba de su papi mientras veía dibujos abrazada a él.

Sheila aprendió a tocar la guitarra mucho antes que yo, Fer se aburría de intentar enseñarme y al final, se contentó con que yo cantara las canciones que él interpretaba para mí y mi pequeña había sacado el talento y la paciencia de él. Se encerraban en la habitación de juegos durante horas con la excusa de que querían darme una sorpresa y el día de mi cuarenta y dos cumpleaños aquellos dos, a dúo, interpretaron y cantaron *Another Day* de Paramore, haciéndome llorar de emoción (sí, los años me habían vuelto más blanda) y aquella canción me recordaba muchas cosas, pero sobre todo, a esas primeras cosquillas que sentí en la vida, aquellas que quise ignorar y borrar pero que jamás desaparecieron. A lo largo de los años se fueron transformando en una sensación agradable y placentera de felicidad por tener a mi lado un hombre como él que me había aportado muchas cosas, entre ellas, una familia increíble.

Mi hija se convirtió en la nieta más mimada del mundo entero, porque mis padres le permitían todo lo que a la pequeña le diera la gana, pero los de Fer, que la veían bastante menos, aquello era mimar nivel Dios. Fer y yo, sin

embargo, le dimos a mi hija muchas cosas, pero no tantas materiales, sino con mayor valor: caminatas por rutas de montaña, patinaje en familia, días de playa, campamentos en familia, tardes de cine y palomitas, domingos de concierto tirados en el suelo de casa de los abuelos, Navidades en Cadaqués donde siempre le relataba historias sobre mi abuela, viajes a Gran Canaria... vivir experiencias y nuestro tiempo valía más que cualquier objeto material y ella aprendió a valorarlo.

Pasaba algunas semanas en verano con su familia canaria, tenía locura y adoración por sus abuelos y era uña y carne con su tía Mélani y su prima Leire, que tenía la misma edad que ella. Su tío Octavio siempre fue un poco cabeza loca y se dedicaba a enseñarla a jugar a todos los videojuegos habidos y por haber que nosotros le prohibíamos hasta que tuviera edad para ello.

De vez en cuando, algún fin de semana, dormía en casa de mis padres, donde su abuela la malcriaba, le dejaba ver la tele hasta tarde, que comiera chuches hasta que le doliera el estómago y le contaba historias rocambolescas de princesas que conquistaban el mar sobre una tabla de surf, o cosas por el estilo... tanto le calaron todos aquellos cuentos, que más pronto que tarde se aficionó a la tabla, a la que su padre le enseñó a montar. A mí no me miréis, a mí nunca me había dado por ahí y con una tabla de surf lo único que sabía hacer era el ridículo (y partirme algún hueso, seguramente).

Fuimos felices y comimos perdices, como cuentan en los cuentos y estábamos rodeados de gente maravillosa que lo hacían todo más fácil. De vez en cuando, yo seguía siendo la loca del moño y él un imbécil orgulloso que me hacía cabrear, pero siempre supimos solucionarlo. Conocía mi punto débil el muy capullo, una barba perfecta, unas gotas de esencia, una sonrisa, una canción y uno de sus increíbles besos de albaricoque y todo se me olvidaba.

FIN

Banda Sonora

Tus increíbles besos de albaricoque tiene banda sonora y una muy punk, no te la pierdas en el siguiente Spotify code:



La canción principal de esta novela no está en Spotify, así que aquí os dejo el enlace para escucharla en Youtube:

Another Day – Paramore



Agradecimientos

En diciembre de 2016 nació Besos sabor a café, una historia que para mí es muy especial, que me ha dado muchas alegrías, muchísimas.

La historia de Adriana y Carlos tocaba el corazoncito a los lectores tanto como había hecho conmigo, para mí era una novela con principio y final y me despedí de sus personajes en cuanto salió publicada, pero entonces no pararon de llegarme mensajes pidiéndome más. Fer... mi querido Fer, había calado hondo y me reclamaban su historia. No fue hasta enero de este año que me lo empecé a plantear en serio. Como una espinita que se había quedado clavada en mi alma Fernando me pedía que tecleara sobre él, sobre Diana y sobre cómo se enamoraron.

Desde el principio de esta novela, los personajes me calaron hondo y se metieron en mi cabeza, no podía dejar pensar en ellos, de hacer anotaciones, de teclear a todas horas, fue rápido y hasta vertiginoso. Y aquí está, después de mucho trabajo.

Hay muchas personas que han estado a mi lado durante este proyecto. A la primera a la que tengo que agradecer es a Yanira García. Gracias, amiga, por tu cariño, por confiar en mí, por apoyarme, por leer esta novela antes que nadie y ayudarme a pulirla, por pasarnos horas hablando, por tus risas, por ser mi alma gemela, por querer tanto como yo hacernos un tatuaje que ponga lo que tú y yo sabemos (PG te queremos... va por ti). Por todo y más y por lo que nos queda por vivir juntas. Gracias. También a Dacar Santana, mi Patri, mi amiga, mi hermana... porque la vida nos cruzó en el camino y tú me lo diste todo, ánimos, aliento, risas, una mano... tu mano. Siempre. Cada vez que te he necesitado has estado ahí. Las dos sois para mí maravillosas, las quiero mucho. Sois mucho más que amigas.

A las chicas de RomántiCanarias porque pase lo que pase, ahí seguimos apoyándonos unas a otras. Gracias chicas: Kira, Jossy, Leti,

Bárbara, Magela, Romina, Cora, etc... a todas, que siempre habéis tenido una palabra de ánimo.

Eve Romu... mi Eve... resulta que conocí a este torbellino de mujer hace unos meses. ¡Madre mía! Es todo energía, optimismo, cariño, risas... Eve, eres especial, lo das todo por los demás, disfrutas cada historia como si la vivieras en primera persona, tus mensajes, tus sorpresas, tus fan-arts, tus videos, tu esfuerzo... lo llenan todo siempre de sonrisas. Me has ayudado mucho, lo sabes y lo sigues haciendo. Gracias, cariño mío, por aparecer y revolucionarlo todo.

Como os he contado muchas lectoras de Besos sabor a café me contactaron pidiendo más, muchas se enamoraron de Fer y me pedían su historia y entre ellas, Sheila Baena, que conocí gracias a las redes sociales y que me escribió un día y me dijo... quiero saber más, quiero más... estaría bien juntar a Fer y a Diana y aquello fue... ¡bestial! La historia se convirtió de repente en efervescente en mi mente y ya no pude parar de pensar en otra cosa hasta que la escribí. A ella tengo que agradecerle que provocara esa chispa.

A todos los lectores que disfrutan cada día de mis historias, a los que me siguen y me apoyan a través de las redes sociales: Sayo Hernández, Ana María Achim, Yolanda Díaz Jiménez, Madita DI, Bella Contreras, Inés Sousa, Mary Izan, Beatriz Calvar, Ana di Como, Isabellee Isa, Gema Alonso, Silvia Gómez, Virginia López, Guacimara Martín Expósito y un largo etc. Siento no poder nombraros a todas aquí, pero daros por aludidas, porque con cada palabra vuestra, con cada muestra de afecto, con cada libro que disfrutáis, me hacéis la mujer más feliz del mundo. Gracias a todos los que me escriben para contarme sus impresiones y me sacan una sonrisa, a los que me han dado la oportunidad o a los que piensan hacerlo. Gracias a todos. También a los grupos y blogs que apoyan a los autores independientes, que tanto nos cuesta hacernos ver, con especial hincapié en el grupo L@s auténtic@s devoralibros

(a Noe y Mari Jose), Un café entre sueños de papel (a Vanessa Lucas) y Suspiros en la noche by Eve (de nuevo a mi Eve Romu). Me dejo muchos atrás, de nuevo mis disculpas por no nombraros a todos y muchas gracias por tanto apoyo y cariño.

A Marta Fernández de Munyx Design porque esa mujer tiene poderes mágicos, sabe escanear exactamente la idea que quiero y necesito y plasmarla en una portada preciosa. Gracias Marta, por hacerlo todo siempre tan fácil para mí.

A Sole... mi Sole, mi hermana, este año casi no hemos podido vernos, pero siempre, siempre, siempre te tengo en mente. Sin ti probablemente hubiera dejado de escribir hace muchos años. Pero me has apoyado, has confiado en mí y me has alentado a seguir adelante... SIEMPRE. Gracias.

Para Germán, mi marido, no sabes lo importante que es para mí que me apoyes en esto, que entiendas que me paso media vida tecleando, que sepas que es imprescindible para mí. A mis niños, a toda mi familia, a mis amigos... a todos, a ti.

Gracias.

Biografía



Me llamo Raquel Antúnez, nací en 1981 y vivo en Gran Canaria junto a mi marido y mis dos niños. Soy madre y trabajadora dentro y fuera de casa y por encima de todo soy escritora, básicamente porque lo necesito como respirar. Hay quién requiere horas de gimnasio, una tarde de tele basura o una cerveza en una terraza para despejar la mente, yo necesito teclear.

Escribir a formado parte de mí toda la vida, cuando intento recordar qué fue lo primero que escribí, soy incapaz, porque siempre, siempre, tengo recuerdos ligados a los libros, los bolis, las libretas, las cartas, los folios garabateados, los archivos de ordenador en los que me explayaba tecleando. Siempre. Es la mejor palabra que se me ocurre relacionada con mi relación con la escritura y literatura en general.

Ha habido muchas historias, algunas de ellas las guardo con cariño (iba a decir en un viejo cajón, porque suena muy romántico, pero la verdad es que lo guardo en el ordenador y en cientos de copias de seguridad por ahí).

Un día me atreví a teclear una comedia romántica muy cortita que autopubliqué y que fue el principio en esto de Amazon: **Las tarántulas venenosas no siempre devoran a los dioses griegos**. 2011 fue el año de mi despegue, sin saber a qué me enfrentaba y sin tener idea de nada. Esta novela se ha publicado también en portugués unos años más tarde.

Siempre me ha gustado experimentar con las letras, con los géneros, con los subgéneros y un día me vi tecleando una historia en la que el misterio y el erotismo se entremezclaba en sus páginas, dando como fruto **Redes de Pasión**, publicada con el sello Tombooktu de Ediciones Nowtilus, con esta novela fui nominada a mejor autora revelación y mejor novela chick lit en 2012 por la web Premios Chick Lit España.

En 2014 volví a la comedia romántica, esta vez de la editorial Alentia Ediciones, con la novela **¡A otra con ese cuento!** Que repitió nominación a mejor novela chick lit en ese año. A la finalización del contrato de edición autopubliqué la novela en Amazon. Esta novela está publicada también en italiano.

En 2016 volví a la autopublicación con **Besos sabor a café**, una novela romántico-erótica que se ha mantenido a lo largo del tiempo en el top ventas dentro de su género en Amazon. La novela fue publicada también en inglés e italiano en todas las plataformas digitales.

Más tarde me lancé de lleno al thriller romántico con **Te encontraré**, novela que quedó finalista del I Premio de Novela Romántica de la editorial Romantic Ediciones y fue publicada por la misma editorial en abril de 2017.

En diciembre de 2017 publiqué **Tropezando en el amor**, una novela romántica contemporánea con pinceladas eróticas, publicada por Ediciones

Besos de papel.

En junio de 2018, me puse el reto de un el libro de relatos: **Amor, sexo y otras movidas**. Un libro de relatos románticos que autopubliqué en Amazon.

En septiembre de 2018 publica **Tus increíbles besos de albaricoque**, una novela autoconclusiva que se desarrolla con personajes secundarios de Besos sabor a café, donde comedia, erotismo y romance van de la mano.

Búscame en las redes sociales:



RaquelAntunezC



Rqantunez



Raquel Antúnez

[1] En Canarias se utiliza para definir un cereal hecho a base de harina de maíz, trigo o cebada tostados.

[2] *Crushcrushcrush* del grupo Paramore.

[3] « *Si me escuchas... te extraño. Si me oyes ahora...te necesito. ¿Dónde te fuiste por qué aún estas? Todos saben que algo anda mal, los alambres fueron cortados y estoy sola*». Another Day - Paramore

[4] « *¿Alguna vez me quisiste? ¿Alguna vez me necesitaste? Lo sé te fuiste sin despedirte y está bien, siempre habrá otro día*». Another Day – Paramore

[5] « *Lo sé te fuiste sin despedirte y está bien, siempre habrá otro día y cada vez que me quieras y cada vez que me veas no creo que quieras decir adiós. Pero está bien, siempre habrá otro día*». Another Day – Paramore

[6] «*Lo sé, te fuiste sin despedirte y está bien, siempre habrá otro día y cada vez que me quieras y cada vez que me veas no creo que quieras decir adiós, pero está bien, siempre habrá otro día*». Another Day - Paramore.

[7] «*¿Alguna vez sientes que te deprimes? ¿Alguna vez te sientes fuera de lugar?*». *Welcome to my life* – Simple Plan.

[8] «*Como si alguna manera simplemente no encajaras y que nadie te entiende*». *Welcome to my life* – Simple Plan